CIRUJANA DE CONFIANZA



ESPOSA DEDICADA



LA CIRUJANA



¿ASESINA?



LESLIE WOLFE

¡UN GIRO QUE NO VI VENIR!
– GOODREADS

JENTAS

La cirujana

La cirujana

Título original: The Surgeon
© Leslie Wolfe, 2023. Reservados todos los derechos.
© 2023 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
ePub: Jentas A/S
Traducción: Jorge de Buen Unna

ISBN: 9788742812631

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

La cirujana

Leslie Wolfe

Estoy muy agradecida con mi amigo Mark Freyberg, gran jurista de Nueva York, quien me ha guiado con pericia por los entresijos del sistema judicial.

Quiero expresar, también, un agradecimiento entusiasta a la doctora Deborah (Debbi) Joule por su amistad y sus atentos consejos. Ella ha conseguido que mi investigación sobre las complejidades de la cirugía cardiovascular fuera una tarea mucho menos desalentadora. Su experiencia y su ardor por la precisión y el detalle han hecho que escribir esta novela fuera una experiencia fantástica.

Uno

El paciente

«¿Qué he hecho?»

El pensamiento recorre mi mente, abrasa y debilita mi cuerpo. El subidón de adrenalina llena mis músculos de ganas de correr, de escapar, pero no hay adónde ir. Temblorosa y débil, me dejo caer al suelo; la fría pared de azulejos contra la espalda es el único apoyo que tengo. Por un momento, me miro las manos. Apenas las reconozco, como si nunca las hubiera visto enfundadas en guantes quirúrgicos ensangrentados. Me parecen extrañas; son las manos de una desconocida. Alguien las ha unido a mi cuerpo por algún error inexplicable.

Un pitido débil y constante se sobrepone al silbido pertinaz del aire acondicionado. Ojalá tuviera fuerzas para pedirles que lo apagaran. Nadie se mueve en la sala de operaciones. Todos los ojos están clavados en mí, ensanchados y tensos por encima de las mascarillas.

Solo un par de ojos me miran fijamente. Se clavan en los míos cada vez que pueden, con sus iris azul acero, mortalmente fríos, tras las gruesas lentes y la máscara protectora. Sin moverse de su asiento, junto a la máquina de anestesia, el doctor Robert Bolger no necesita decir nada. Ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos. Demasiado, incluso.

—Apaga esa cosa —susurra Madison.

Lee Chen pulsa un botón y el atroz sonido se silencia. Luego se me acerca y se agacha a mi lado. Me pone la mano en el hombro, aunque no llega a tocarme.

—¿Doctora Wiley? —susurra, con la mano aún en el aire—. ¿Anne? Venga, vámonos.

Sacudo la cabeza lentamente, sin dejar de mirar el suelo. Recuerdo con perfecta exactitud las propiedades del revestimiento de polímero que se aplica a todos los suelos de quirófano. Información inútil que, sin ningún motivo, ocupa espacio en mi cerebro, ya que yo soy la cirujana, la usuaria final de estos suelos de mosaico azul. Yo no decido qué revestimiento debe utilizarse.

—¿Anne?

Con voz tranquilizadora y llena de calidez, Madison vuelve a decir mi nombre.

—No —le susurro—, no puedo.

Una esponja ensangrentada ha caído de la mesa, a escasos centímetros de la punta de mi pie derecho, y ha dejado una mancha en el suelo antes impoluto. Meto una pierna debajo de la otra, sin apartar la mirada de la esponja, como si la sangre impregnada pudiera echárseme encima.

Madison se retira bajo la mirada furiosa del doctor Bolger. Suspira y apaga su equipo. En la tensa habitación, el silencio se hace más profundo.

—Bueno, supongo que hemos terminado aquí. —Se levanta con un gemido frustrado y lanza al doctor Dean, el ecocardiólogo, una mirada como un fardo.— Venga, vamos al café a enjuagar el recuerdo de este desastre.

El doctor Dean se vuelve a mí, como en busca de aprobación. Quizá se siente culpable. El doctor Bolger lo ha señalado. Yo apenas me he dado cuenta.

No reacciono. No puedo.

Mi mente ya está en otra parte. Revive momento a momento lo que ha sucedido desde esta mañana.

El día empezó bien para mí, sin ninguna señal de lo que estaba por venir. Ha sido una caprichosa y ventosa mañana de primavera. Mi trote diario se convirtió en un ejercicio de fuerza de voluntad, no

tanto de resistencia física. El amor de Chicago por sus residentes es un amor duro, con ráfagas de viento frío que te cortan hasta los huesos, por decirlo de algún modo. No es un corte quirúrgico; aquí solo se trata del clima y la percepción que la gente tiene de él.

Como en las dos semanas anteriores, he recorrido los cinco kilómetros habituales por Lincoln Park, contemplando olmos y espinos, con la esperanza renovada de encontrar una hoja en ciernes, por pequeña que fuera. Estaba preparada para la primavera, para unos jardines en flor y un sol más cálido. No me esperaba otra cosa. A las seis y media de la mañana, parecía un jueves cualquiera. Una desilusión.

A eso de las siete y media, entré al hospital por el aparcamiento para empleados y dejé el coche en mi plaza reservada. La noche anterior, en la comodidad de mi despacho, había dado un último repaso a los detalles de la operación. Es otra de mis rutinas.

Teníamos en la agenda a Caleb Donaghy, un paciente de cincuenta y nueve años con aneurisma de aorta ascendente. Empezaríamos a las diez en punto.

Ya había visto dos veces a Caleb Donaghy; la primera, durante una consulta. Su cardiólogo, quien había detectado el gran aneurisma, nos lo había remitido para una reparación quirúrgica. Yo recordaba con claridad aquella consulta. Los hallazgos tenían al paciente asustado, como era de esperar, y el pobre lo pasaba peor con cada cosa que yo le decía. Mantenía los brazos cruzados firmemente delante del pecho, como poniendo el corazón a resguardo de mi bisturí. En su barba desaliñada había vetas de color gris amarillento, y, por lo que alcancé a distinguir bajo una gorra de béisbol que se negó a quitarse, ese mismo gris iluminaba sus sienes. Dejé que se quedara con la gorra puesta.

Durante un rato, estuvo malhumorado, debatiendo todo lo que yo decía. ¿Qué había hecho para merecer ese aneurisma? Sus

padres acababan de morir, y no por problemas cardíacos. Me llevó quince largos minutos controlar su ansiedad para poder evaluarlo.

Esa fue la primera vez que nos vimos.

Anoche, después de la sesión de planificación quirúrgica con mi equipo, volví a verlo. Caleb Donaghy llevaba dos días ingresado y le habían vuelto a hacer todos los análisis de sangre. Cuando entré, lo encontré sentado en la cama, erguido, con los brazos cruzados, apoyado en las almohadas, sin hacer absolutamente nada. Llevaba en la cabeza una manchada gorra de béisbol de los Cubs. La televisión estaba apagada. No había revistas en su cama y su teléfono estaba boca abajo en su mesilla de noche. La habitación olía ligeramente a tabaco rancio y sudor de borracho. Caleb lucía pensativo, triste y solo. Y cabreado. Acababa de enterarse de que le afeitarían la barba y el pecho en el preoperatorio. Para colmo de males, un empleado de la administración del hospital se había pasado por allí para preguntarle si estaba registrado como donante de órganos. Durante siete largos minutos me explicó, de muchas maneras, que no iba a permitir que lo vendieran por partes. Dijo que sabía lo que nosotros, los médicos, hacemos a gente como él, a personas que carecen de dinero, a quienes no tienen una familia que nos lleve a juicio. Dijo que tomábamos sus órganos para trasplantarlos al mejor postor. ¿Por qué, si no, cada uno de los edificios de nuestro hospital llevaba el nombre de un tío rico de Chicago?

Le prometí que no sería así. No me hizo caso. Le dije, entonces, que lo único que tenía que hacer era decir que no. Si la cirugía salía mal, lo que en la jerga de los cirujanos significa que el paciente ha muerto en el quirófano, el trasplante de órganos dejaría de ser una posibilidad. Eso lo silenció en un instante.

Pero eso fue ayer.

Esta mañana, cuando llegué a la oficina, Madison me tenía

preparado el café. Es la mejor enfermera quirúrgica con la que he trabajado, así como mi ayudante personal, cuando no está de guardia.

Madison forma parte de mi equipo quirúrgico permanente. Y junto con ella están Lee Chen, mi talentoso segundo enfermero quirúrgico; Tim Crosley, el perfusionista cardiovascular, o sea, el que maneja esa máquina para corazones y pulmones que llamamos «bomba», y el doctor Francis Dean, el ecocardiólogo. Luego está lo de los anestesistas, que es de suerte, y, para mi fastidio, he sacado la pajita corta con el doctor Bolger. Tiene algo muy desagradable. Podría ser su indisimulada misoginia. Se rumorea que la administración del hospital lo ha expedientado dos veces por sus diatribas sexistas, pues el tío insiste en que el entorno clínico de las mujeres no debería estar por encima de la enfermería. Exuda desprecio por las mujeres, aunque últimamente ha sido más cuidadoso a la hora de mostrarlo. También es un hijo de puta arrogante, aunque, como anestesista, es excelente. Y son sus logros profesionales los que, por un lado, alimentan tanta arrogancia y, por el otro, diluyen la determinación del hospital a la hora de encarar sus problemas de conducta. Así es el doctor Bolger.

Cuando estamos juntos en el quirófano, siempre intento que las cosas funcionen lo mejor posible, por el bien del paciente y el equipo quirúrgico.

Pero nunca funcionan. Hacen falta dos para bailar un tango.

Recuerdo haber maldecido en voz baja cuando vi su nombre en la agenda. Después me desentendí del asunto.

El doctor Bolger ya estaba en el quirófano cuando entré. «Buenos días», le dije, sin esperar respuesta. Y no la hubo. Solo un rápido movimiento de cabeza y una mirada de reojo detrás del paño quirúrgico que separa su mundo del mío. Enseguida, él volvió a centrar su atención en el carro del equipo, a su derecha. La máquina

de anestesia le ayuda a administrar las dosis precisas. Detrás de ese paño protector, el anestesista controla las vías respiratorias del enfermo. Casi nunca veo la cara de mi paciente durante una intervención quirúrgica.

Me centro en su corazón.

Tengo cuarenta y un años y llevo doce dedicándome a esto, desde que terminé la residencia en cirugía general. Me pasé a cardiotorácica justo después, y ya nunca miré atrás. Esto es lo que siempre he querido hacer. Y nunca había perdido un paciente en el quirófano.

Hasta hoy.

El solo pensarlo es un puñetazo en el vientre.

Por un instante, de nuevo arrastrada a este presente sombrío, miro a mi alrededor e intento registrarlo todo. Las luces de cirugía están apagadas. Madison sigue allí, mirándome con preocupación. Lee Chen está sentado en su taburete, listo para ponerse en pie cuando sea necesario. Tim Crosley está sentado junto a la bomba, con la espalda encorvada y la cabeza gacha. Si pudiera, quizá tendría la frente apoyada en las manos, pero sigue trabajando, sigue manteniendo estéril este lugar. Mientras la bomba esté en marcha, él estará de servicio.

Vuelvo a pensar en la operación. El quirófano era todo charlas encendidas, como de costumbre. Virginia Gonzales, la enfermera en uniforme quirúrgico que va de aquí para allá y nos mantiene a todos organizados, trayéndonos lo que necesitamos, nos estaba compartiendo su experiencia con las citas por internet. Acaba de pasar por un terrible divorcio. Ha decidido, hace poco, que aún puede salir y conocer gente. Admiro su resistencia. Secretamente, espero que no sea pura desesperación ante la idea de vivir una vida en completa soledad. Su primera cita de Tinder ha resultado ser un hombre que había adulterado radicalmente su propia identidad. Nos

reíamos mientras contaba los detalles. El tipo le había dicho que era un ejecutivo de transportes, cuando, en realidad, era camionero. «No hay de nada malo en ello», se apresuró a decir Ginny, pero este tío nunca había oído hablar del hilo dental. Además, durante el encuentro de veinticinco minutos, se le había escapado que recurría a prostitutas cuando estaba de viaje. «Baratas», tranquilizó de inmediato a una atónita Ginny.

Mientras la oía hablar, no dejaba de pensar en lo agradecida que estoy con mi marido y mi matrimonio. Preferiría morir hecha una ermitaña que tener que volver a salir con alguien.

En el quirófano estalló una súbita carcajada cuando Ginny añadió:

—No hice otra cosa que echar a correr.

El doctor Bolger la fulminó con la mirada.

—Vamos a ser un poco más profesionales aquí, si se puede —dijo despacio, marcando el ritmo de sus palabras para causar el mayor impacto—, si no es mucho pedir.

No quise discutir con él. Todos estaban trabajando, haciendo lo suyo. Los equipos quirúrgicos funcionan mejor cuando tienen cómo desahogarse. Si el quirófano está en silencio, si nadie cuenta nada, si no hay música, algo va muy mal.

Prefiero que rían todo el tiempo. Así es como mantenemos la muerte a raya. A mí me había funcionado. Hasta ahora.

—¿Qué quieres escuchar? —me preguntó Madison, de pie junto al equipo de música.

—Mmm, déjame pensar. —El *footing* mañanero me había recordado a los Beatles.—¿Tienes *Here Comes the Sun*?

Madison sonrió detrás de la mascarilla. Lo noté en sus ojos. Le encantan los Beatles.

—Tengo aquí mismo todos sus grandes éxitos.

—Dale —dije mientras me movía hacia mi puesto, entre el equipo

y la mesa de operaciones, hasta situarme a un lado del pecho del paciente. La música llenó la habitación.

Me puse a tararear. Extendí la mano y un bisturí se posó firmemente en ella. No tengo que pedir nada, Madison sabe cómo trabajo. Estoy segura de que puede leer mis pensamientos, y no importa que eso no pueda demostrarse científicamente.

Desde la primera incisión, la línea vertical en medio del esternón, todos los pasos de la cirugía fueron rutinarios.

Esternotomía para exponer el corazón.

Apertura del pericardio, esa fina envoltura que envuelve el corazón, y exposición del aneurisma.

Era grande, uno de los más grandes que había visto. Pero eso ya lo sabía, gracias a los estudios de imagen. Estábamos preparados.

—Echa a andar la bomba —le dije a Tim para que empezara a hacer circular la sangre del paciente por el baipás cardiopulmonar.

—Pinza cruzada en posición —anuncié—. *Cold flush.*

La solución fría de potasio entró en las cavidades del corazón. Con el mismo líquido, enjuagué profusamente el exterior del órgano, a sabiendas de que la solución fría preservaría el tejido cardíaco mientras estuviéramos trabajando. En cuestión de segundos, el corazón se detuvo. Esa quietud, tan parecida a la muerte, nos la anunció un zumbido que ya esperábamos: el sonido de la señal nula, la ausencia de latidos.

Ya con el corazón perfectamente inmóvil, empecé a sustituir el aneurisma aórtico por un injerto. Tardé casi un disco entero de los Beatles en terminar de coser.

Es extraño que, por encima de todo, me acuerde del frío. Siempre hace frío en el quirófano. El sistema de aire acondicionado expulsa aire a diecisiete grados. El chorro frío con que bajamos la temperatura del corazón para inmovilizarlo se suministra a cuatro grados, apenas por encima del punto de congelación. Los dedos se

me entumecen al cabo de un rato, pero me muevo lo más rápido que puedo. Sin embargo, hoy parecía hacer más frío de lo habitual. Si puedo decir que he tenido una premonición, ha sido esa.

No creo en premoniciones. Tengo mis motivos.

Al terminar de coser el injerto, examiné el trabajo minuciosamente para comprobar que las puntadas estuvieran lo bastante apretadas. La prueba final vendría enseguida, cuando la sangre empezara a correr por el injerto. Veríamos, entonces, si había alguna fuga, y la arreglaríamos. Por lo general, no las había. De momento, estaba satisfecha.

—Suero salino caliente —pedí.

Esas tres palabras suelen marcar el final de la fase de cardioplejía, el tiempo en que el corazón está perfectamente inmóvil. Mientras enjuagaba copiosamente el órgano con la solución caliente, saboreaba la sensación de calor en mis dedos helados. Luego, con el aspirador, me deshice del exceso de líquido.

—Estoy soltando la pinza.

El instrumento repiqueteó al caer sobre la pila de utensilios usados. Contuve la respiración. Era el momento decisivo.

El corazón permaneció totalmente inmóvil.

No fibrilaba, no latía ni un poquito. Nada. Estaba completamente quieto.

Y eso casi nunca ocurre.

—Empiezo la reanimación —anuncié.

Madison hizo un gesto hacia el equipo de música y Ginny fue a apagarlo. Entonces, Madison puso en marcha un segundo temporizador de grandes números digitales rojos. El quirófano cayó en silencio, en un mutismo ominoso e ingrato, acentuado por el zumbido plano del monitor cardíaco.

—Epinefrina, de inmediato.

—Epinefrina dentro —confirmó el doctor Bolger.

Esa inyección de epinefrina tenía que haber provocado algo. No lo hizo. Masajeé el corazón con rapidez, pero lo sentía completamente incapaz de responder a la presión.

—Palas —pedí con la voz tensa e impaciente.

Madison me las puso en las manos. Las coloqué con cuidado a uno y otro lado del corazón, dije «despejado» y pulsé el botón. El zumbido persistente se interrumpió por un momento, pero volvió con sus malas noticias.

Lo intenté unas cuantas veces más y luego volví a masajear el corazón con las manos.

—Necesito otra inyección de epinefrina. ¿Tiempo?

—Diecisiete minutos —anunció Madison, sombría.

—Maldita sea —murmuré en voz baja—.Vamos, Caleb, no te vayas.

Seguí dándole masaje durante un par de minutos, pero no pasó nada. La bomba oxigenaba la sangre y la hacía llegar a los órganos, pero el corazón era otro problema. La solución fría de potasio ya no preservaba sus tejidos. Se deterioraba minuto a minuto y sus posibilidades de volver a latir disminuían rápidamente.

—¡Venga, ya! ¡Vive! —solté—. Vamos.

Sentí el impulso de mirar al paciente a la cara, como si allí pudiera encontrar alguna respuesta. Di un pequeño paso más allá del paño quirúrgico y me quedé paralizada, con la mano en el aire y la boca abierta bajo la mascarilla. Creo que jadeé. Bajo los zumbidos del aire acondicionado y la bomba, entre el estruendo del monitor, nadie se dio cuenta.

Reconocí a este hombre.

Mi sangre se congeló.

La cara que había visto ayer, la que no había reconocido, ahora estaba bien afeitada. No había gorra de béisbol. Caleb tenía una marca del color del oporto en el lado derecho de la cabeza. Era una

mancha de nacimiento roja e irregular que, como vino derramado, le salpicaba la frente calva.

Tuve que echar mano de toda mi fuerza de voluntad para volver de detrás de la cortina. Respiré hondo. Agradecida de que el aire fresco liberara mi mente de caer en la locura, dejé las palas sobre la mesa y me quedé mirando el corazón que se negaba a latir.

—¿Tiempo? —volví a preguntar, esta vez con la voz entrecortada.

—Veintiún minutos —respondió Madison.

Metí las manos en el pecho del hombre y masajeé el corazón, aunque sabía muy bien que esas compresiones cardíacas no funcionarían.

A fuerzas, metí otra bocanada de aire en mi pecho. Entonces dije:

—Me estoy rindiendo.

—¿Qué? —El doctor Bolger se levantó de un salto—. ¿Estás loca? Sigue.

Ya me lo esperaba.

—Podría continuar, pero no va a revivir, Robert. Lo hemos intentado todo. El corazón no me da ni el más mínimo aleteo.

Los ojos acerados del anestesiólogo me lanzaron dardos llenos de veneno.

—¿Te rindes? ¿Por qué? ¿Se cansaron tus bonitas manos, cariño?

No le hice caso. A nadie ayudaría que nos pusiéramos a discutir por encima del pecho abierto de Caleb Donaghy.

—Es mi caso y yo decido. —Durante un momento, resistí con firmeza su mirada humeante.— Hora de la muerte: una cuarenta y siete de la tarde.

Un gran silencio se apoderó de la sala. Después, todos empezaron a moverse, a recoger el instrumental, a quitarse los guantes, a apagar los equipos. Solo Tim permaneció en su sitio, con

la bomba aún en marcha, resguardando los órganos y tejidos de Caleb.

—Es asombroso esto que ha pasado aquí —dijo el doctor Bolger —. Eres increíble. Lamentable, incluso. No solo has perdido la virginidad…, la has arrojado por la borda.

Vaya referencia sexualizada al hecho de que yo nunca había perdido un paciente. Me hizo preguntarme cuánto de ese desdén era, en realidad, envidia. Pero el pensamiento se fue de prisa.

Entonces, la realidad me golpeó como un tren de carga.

«¿Qué he hecho? ¿Acabo de matar a un hombre?»

Dos

Cena

Paula Fuselier prácticamente corrió desde la puerta del taxi hasta la entrada del hotel Langham, con los tacones golpeando fuerte la acera tersa y resbaladiza. Al entrar en el vestíbulo, aminoró un poco la marcha por no atropellar a una anciana que llevaba un Louis Vuitton con ruedas. Preocupada, consultó la hora en su teléfono y reanudó la carrera.

Ya llevaba dos minutos de retraso. El jefe había dicho «cuatro en punto». De hecho, había usado dos veces la locución *en punto*. Así de importante era para ella llegar a tiempo.

El taconeo llamó la atención del recepcionista cuando Paula aún estaba a unos metros de la recepción. Este sonrió pacientemente, como diciendo que no había necesidad de apresurarse. Ella hizo un alto, lista para echar a correr.

—¿Travelle? —Gritó el nombre del restaurante por encima del ajetreado vestíbulo.

—Segunda planta —contestó el recepcionista con una sonrisa aún más abierta. Le señaló el banco de ascensores.

Volvió a oírse el repiqueteo de los apresurados tacones contra el brillante suelo de mármol, resonando indecentes en el vasto vestíbulo. Al llegar a los ascensores, Paula, impaciente, pulsó el botón de llamada varias veces. El tacón de su zapato derecho pisaba fuerte, al ritmo de los latidos de su corazón, acelerado y ansioso.

Oyó una voz de hombre, una voz ya conocida.

—Siento llegar tarde. —Justo al abrirse las puertas del ascensor, había girado y visto a su jefe, Mitch Hobbs, que sonreía a su lado gravemente. No era una sonrisa que llegara hasta los ojos.— Por suerte, casi nunca me pasa cuando tengo que ir al juzgado.

Las mejillas de Paula ardieron bajo el maquillaje. La insinuación era inequívoca. Su jefe siempre se fijaba en los retrasos, aunque fueran de unos cuantos minutos; o en cualquier otra forma de mala conducta, por intrascendente que fuera. El fiscal del condado de Cook no toleraba las fallas.

Sin embargo, respiró aliviada. Esto era mejor que la alternativa de pesadilla: su jefe sentado en el comedor más exquisito de un hotel de cinco estrellas, tamborileando el mantel almidonado con los dedos, a la espera de que su subordinada le mostrara un poco de respeto, maldita sea, y llegara a tiempo.

Logró esbozar una sonrisa incómoda y susurrar una disculpa al entrar en el ascensor. Luego dudó un momento antes de pulsar el botón. Le costaba mantener la mano firme.

Mientras el ascensor se ponía en marcha, echó un rápido vistazo a su reflejo. A pesar de la invitación inesperada y la poca antelación, el largo cabello castaño de Paula estaba perfecto, como si acabara de salir de la peluquería. Iba recogido por detrás con una pinza de perlas doradas y dejaba algunos mechones libres para enmarcar la cara. El maquillaje, después de retocado en el taxi durante el trayecto, le había quedado impecable. Con la blusa de satén, combinaba pulcramente un preciso traje de negocios de tono marino. El cuello de la blusa, hábilmente diseñado en forma de lazo con largas puntas, estaba un poco deformado y colgaba torcido hacia un lado. Nerviosa, lo reacomodó rápidamente, con movimientos furtivos, a espaldas de su jefe. Esperaba que los cabos rebeldes y resbaladizos del moño no se cruzaran en el camino de un plato de sopa.

No tenía ni idea de a qué se debía la sorpresiva invitación.

Su jefe era todo negocios, y lo era con total intensidad. Paula llevaba ocho años trabajando para él. Y, antes de que Mitchell Dwight Hobbs fuera elegido para dirigir la fiscalía del segundo

condado más poblado de los Estados Unidos, había trabajado para su predecesor. De cabo a cabo, la carrera de la mujer había consistido en llevar la justicia a las calles de Chicago. Desde el día en que aprobó el examen de abogacía y se puso a rechazar, en favor de la Fiscalía del Estado, ofertas de bufetes privados, había dedicado su vida a eso, a algo que verdaderamente importaba: la justicia para todos, para los desfavorecidos, para las personas que rara vez encontraban una voz fuerte que hablara en su nombre.

Quería ser esa voz, más que ninguna otra cosa. Esa pasión alimentaba su historial de condenas, solo superado por el del fiscal. En el mundo criminal de Chicago, se había ganado un apodo: la llamaban *Crotalina.* Si alguien se cruzaba en su camino, era mortal. Y a ella, en lo más íntimo, le encantaba ese apodo. Le decía cuán exitosa era.

El elegante restaurante tenía una reserva permanente a nombre de su jefe, un hombre muy conocido en el lugar. Hobbs, que en ese gran comedor parecía sentirse como en casa, la condujo a una mesa junto a la ventana, hizo un ademán para invitarla a sentarse y se situó frente a ella. No había un mantel blanco almidonado como el que Paula había tenido en su imaginación. El lacado de la mesa, impecable, dejaba ver las vetas de la madera y armonizaba a la perfección con el resto del decorado.

Al instante apareció un camarero. En una bandeja traía agua Pellegrino fría y dos vasos altos. Otro trajo los largos menús y los depositó sobre los platos con un manso gesto.

Por un momento, Paula agradeció ser capaz de ocultar la mirada inquisitiva ante el escrutinio de su jefe. Todas las opciones le hacían la boca agua, pero no se sentía capaz de comer nada. Su estómago era un nudo tenso y doloroso, como si se hubiera tragado una piedra.

A Hobbs le bastaron unos cuantos segundos para decidirse. En

cuanto volvió a poner el menú sobre la mesa, el camarero apareció con un bloc de notas en la mano.

—Para mí, el filete, Willie —dijo Hobbs, y luego se volvió hacia ella—. ¿Y tú?

Paula tragó con dificultad.

—Me bastará con una ensalada. No tengo tanta hambre.

Con un golpe sordo, Hobbs puso la mano sobre la brillante superficie de la mesa. Gracias a las reuniones de estrategia de la fiscalía y a las interminables revisiones de casos, ella conocía bien ese gesto.

—No, qué chorrada. —Rápidamente levantó la mirada hacia el camarero—. Arrachera también para ella. Es lo que comen los cazadores.

—Sí, señor —respondió el camarero—. ¿El término?

—Al punto, con un toque de sangre —dijo él, y una sonrisa ensanchó sus labios. Esa sonrisa y el brillo de los ojos, cuando hablaba de cazadores, carne y sangre, borraron la banalidad de su aspecto, la sensación de benevolencia que inducían las gafas metálicas plateadas y la sonrisa casi permanente. Durante un segundo, apenas, el hombre dejó ver sus verdaderos colores. Sus ojos, cuando los clavó en los de ella, aún brillaban—. Porque los cazadores son así: sacan sangre.

Paula sintió un escalofrío. Las inquietudes se le agolparon en las entrañas. Puso las manos sobre el regazo, bien cruzadas, y contestó sin pestañear:

—Muy cierto.

Willie desapareció tan silenciosamente como había venido y los dejó en medio de un incómodo silencio. Sabedora de que Hobbs observaba todos sus movimientos, Paula se abstuvo de beber un sorbo de agua. Se quedó esperando, aparentemente relajada y despreocupada, como si no le importara nada.

—Bueno, vayamos al grano —dijo finalmente Hobbs, con un suspiro—, ya que hemos empezado tarde.

Paula logró esbozar una tímida sonrisa en lugar de soltar un gemido y mirarlo de soslayo. Cuatro minutos. Nada más. A pesar de todo, el hombre tenía razón.

—La he estado observando, señorita Fuselier —dijo Hobbs. Cogió el vaso de agua y lo hizo girar con movimientos cuidadosos, como tratando de disolver las burbujas—. Usted no sabe perder. —Le sonrió durante un breve instante, y luego se puso serio.— Esas cosas me encantan en los ayudantes de fiscal. Es lo que *necesito* de *todos* mis asistentes, pero solo lo consigo en algunos.

Paula se permitió respirar. Lentamente, echó fuera el aire atrapado en los pulmones, para volver a llenarlos.

—Pero hay algo en usted que no entiendo.

Las cejas de la mujer se enarcaron:

—Tal vez pueda explicarlo.

Él hizo un gesto con la mano, una petición tácita de paciencia.

—En algunos casos, lleva al tío a juicio y gana, dicta las condenas con elegancia y sin esfuerzo. Pero en otros casos, como el robo de Kestner, el mes pasado, va a por ellos con venganza, con apetito de sangre.

Paula tragó saliva y fijó los ojos en el rostro de su jefe. ¿De qué se trataba esto? Podía haberla cuestionado en la oficina. Se contuvo. Lo dejó formular su pregunta.

—¿Cuál era la diferencia en el caso Kestner? —Mitch Hobbs la observó atento, como un depredador listo para abalanzarse.— ¿Es personal?

Un tenso silencio.

—Todo depende de la víctima, señor —respondió ella con indiferencia—. Si la víctima es una persona desfavorecida, como en este caso, en que tratábamos con un niño huérfano que acababa de

salir del sistema de acogida y sin un céntimo, me echo encima del delincuente. —Se inclinó hacia el fiscal y apoyó las manos en el borde de la mesa.— ¿Se imagina lo que le ha costado a ese chaval reunir el dinero para un Honda destartalado?, ¿lo que ese cacharro habría significado para él?: un trabajo un poco mejor; incluso un lugar donde dormir, si de alguna manera acababa en la calle. Son tiempos inciertos para todos. —Los dedos finos y bien cuidados encontraron la costura de la servilleta y juguetearon con ella distraídamente.— Para él, ese Honda significaba mucho más que el medio millón que le han sacado de la cuenta de criptodivisas al magnate corporativo en el caso estrella del mes pasado.

—Ah, ya veo —dijo Hobbs—. ¿Sabe qué pasa?

Un poco sorprendida, Paula negó con la cabeza.

—Que se le da natural. Usted es capital político en bruto. Es como el oro tosco: hermoso, sin procesar. Es genuina, diametralmente opuesta a lo espurio; algo muy difícil de encontrar. —Ella se quedó observándolo, insegura de hacia dónde iba la conversación. A él, sin embargo, no pareció molestarle el silencio.— Creo que usted es el futuro de esta oficina, Paula. A partir de hoy, con su ascenso a jefa de la Fiscalía Penal, la entrenaré para que algún día ocupe mi lugar.

Boquiabierta, Paula lo miró durante un breve instante. Esto no parecía verdad, pero Mitchell Hobbs no era un hombre que anduviera por ahí haciendo bromas sobre el cargo que con tanto orgullo ostentaba.

—No sé qué decir —consiguió hablar, dolorosamente consciente de que estaba frunciendo el ceño. Esa era, difícilmente, una respuesta apropiada ante la noticia de un ascenso.

—Un «gracias» estaría bien.

Ella sonrió, nerviosa.

—Gracias, señor. Le agradezco este voto de confianza. No me lo

esperaba. Soy la…

—¿La jefa de procesos penales más joven de la historia?

Ella asintió con la cabeza y se quedó mirando al camarero, que se acercaba haciendo equilibrio con dos grandes platos en el brazo. No era un buen momento para interrumpir la conversación.

—Solo por un par de años, Paula. Lo he investigado. —Se echó hacia atrás, para dejar que Willie colocara el filete. Luego desplegó la servilleta y se la puso sobre las rodillas.— Confío en que lo hará bien. Sí, habrá a quien se le paren las plumas, y, probablemente, Parsons se irá resoplando al sector privado, a cobrar un sueldo de siete cifras. Pero usted se sentará con el abogado contrario y lo hará comerse sus propios cojones cada vez que se crucen en el juzgado. —Pinchó el filete con el tenedor y cortó un trozo grande. Corrieron por el plato jugos del color de la sangre.— ¿Verdad?

Ella probó un bocado de puré de patatas. Delicioso, con sabor a mantequilla, cremoso. Tan suave como si lo hubieran revuelto con aire.

—Absolutamente. —La idea de enfrentarse en los tribunales a un Parsons frustrado, motivado y económicamente incentivado la asustó durante una fracción de segundo; luego, una sonrisa floreció en sus labios. El tío no era más que un gilipollas con derechos, un abogado de tercera generación, con estudios en Harvard, cada vez más infatuado con la edad; no tenía las agallas de Paula. —Póngamelo delante—. Cualquier cosa que se ganara ese engreído hijo de puta se la tenía bien merecida. Paula tenía ganas de saltar de la silla y bailar alrededor de la mesa.

Hobbs miró la hora, frunció un poco el ceño y señaló el filete de Paula.

—A comer, ¿eh?, venga. Tiene exactamente ocho minutos para terminarse la comida.

Ella volvió a fruncir el ceño.

—¿Qué hay en ocho minutos?

Hobbs le dedicó una sonrisa torcida.

—Su fiesta.

Hizo una seña al camarero.

—Que nos traigan una botella de champán a las cuatro y media en punto. Cuatro copas. Si nuestros invitados llegaran antes, siéntalos en el salón hasta que terminemos, por favor.

Willie inclinó la cabeza y desapareció. El restaurante empezaba a llenarse, pero el camarero parecía asignado a la mesa. Rara vez se apartaba a más de unos metros de distancia.

Paula cortó un trozo de filete y lo masticó lentamente, paladeando su exquisito sabor. «¿Ocho minutos? ¿Y quién vendrá?» Por un momento, se sintió tentada a preguntarle a su jefe, pero prefirió ser paciente y esperar. Con Hobbs, las reuniones de trabajo nunca terminaban. Ella aún tenía tiempo de meter la pata.

—Empezará en mayo. Tannehill se jubila el mes que viene. —Hobbs se terminó el filete hasta el último bocado, masticándolo con entusiasmo.

—No lo sabía —respondió Paula irreflexivamente. Pero se arrepintió al instante; no podía darse el lujo de parecer despistada.

Hobbs apartó el plato y Willie apareció para llevárselo.

—Ahora hablemos del largo plazo.

Paula detuvo la mano en el aire, con el tenedor a escasos centímetros de sus labios. Bajó este lentamente, a la escucha.

—Tendrá tres meses para cogerle el truco; tres meses de formación en el puesto de trabajo, si quiere, seguidos de un año de prueba. Le exigiré más que a sus compañeros. Espero que cumpla mejor, más rápido y por encima de cualquiera que haya llevado un caso criminal en este condado.

Ella bebió un sorbo de agua.

—Entendido.

—Si tiene dificultades, no se las guarde. Pida ayuda. Así empecé yo. El trabajo no es fácil.

Ella asintió.

—Gracias, eso haré. —Hizo una pausa. Dudaba si debía preguntar.—¿Y mi equipo, señor?

Él asintió con la cabeza en lugar de responder.

—Podrás llamarme Mitch. —Los ojos del fiscal brillaron de nuevo, como relámpagos, antes de que su mirada volviera al frío haz habitual.— Ahora no. A partir de mayo.

Paula rio entre dientes, cogió el último trozo de filete y se lo llevó a la boca.

—Gracias —dijo cuando hubo terminado—. Por todo. Especialmente, por creer en mí.

—Haz que me sienta orgulloso, Paula. —Él consultó la hora e hizo una seña a Willie. Eran las cuatro y media.

Willie desapareció y regresó con una cubitera de champán llena de hielo y envuelta en una servilleta blanca. Del interior asomaba un cuello de botella dorado. Por encima del borde de la servilleta, en el lateral de la cubitera, estaba grabado el nombre del hotel en letras finas, apenas perceptibles.

Momentos después, un hombre y una mujer se acercaron a la mesa con sonrisas vacilantes.

Paula se levantó para darles la bienvenida. La mujer, Marie Eckley, había sido su asistente durante siete años. Era una abogada brillante y hábil, y ocupaba ahora una casa vacía tras haber criado sola a sus dos hijos. El hombre, Adam Costilla, era un antiguo detective de la policía de Chicago y se había incorporado a la Fiscalía del Estado como investigador principal. Hacía unos cinco años, cuando se incorporó a su equipo este hombre voluminoso y cínico, que hablaba en una versión personal de la jerga taquigráfica con acento italiano que nadie puede entender, Paula había reconocido el

valor de tener a su lado a un policía inteligente. Le reservaba los casos más difíciles, los que acaparaban titulares, así como las investigaciones más complejas. Él la quería por eso, por haberlo salvado de la «lenta y dolorosa muerte por aburrimiento», como él la llamaba.

—Gracias por venir —dijo Paula, respondiendo al entusiasta abrazo de Marie—. Espera a oír la noticia, te va a encantar.

Hobbs los observaba con mucha atención, sin levantarse de su asiento. Entre sus gestos exudaba cierta impaciencia.

—Señor Hobbs —dijo Adam Costilla, y estrechó la mano del fiscal del Estado—, gracias por recibirnos. ¿Por qué brindamos?

—Es un quién, no un qué —respondió Hobbs, y asintió en dirección a Paula. La estaba invitando a hacer el anuncio.

—A partir de mayo, seré la nueva jefa de procesos penales —anunció Paula con la voz un poco temblorosa por la emoción. Las palabras seguían sin sonar ciertas; de algún modo, parecía imposible —. Y vosotros me habéis ayudado a llegar hasta aquí. —Tuvo que subir un poco la voz por encima de las felicitaciones de Marie y las risas e interjecciones entusiastas de un Adam boquiabierto.— Así que vendréis conmigo a la quinta planta.

—Cogeremos ese ascensor, nena —la animó Adam, y golpeó el aire con el puño—. ¡Sí!

El detective cerró la boca cuando Marie le puso la mano en el brazo. Dedicó a Hobbs una mirada tímida, pero no paraba de sonreír mientras acercaba una silla y se sentaba.

Willie se acercó y descorchó el champán. El fuerte estallido levantó otra ronda de vítores. Esta vez, Paula se sumó, bajo la mirada comedida del fiscal. Las copas se llenaron hasta tres cuartos y tintinearon en el aire.

—Enhorabuena —dijo Hobbs. Se llevó el vaso a los labios,

aunque apenas tocó el líquido—. Y no creáis que os voy a dar esquinazo, a ninguno de vosotros.

Sonó el móvil de Paula. Sin saber quién la llamaba, la abogada suprimió la sonrisa por un momento. Luego, al leer el mensaje, recuperó el gesto, ahora ladeado y lleno de intenciones. El mensaje decía:

Estás cenando con otro hombre y estoy locamente celoso.
¿Puedo acompañarte?

Leyó el nombre del remitente: «Sr. Alcalde», tal y como ella lo había almacenado en la memoria de su teléfono. Sabía quién era… Nadie más tenía por qué saberlo. Aunque aún no fuera alcalde.

Con el ceño inadvertidamente fruncido, tecleó de inmediato su respuesta.

No quieres estar aquí, y lo sabes. ¿Por qué preguntas?

Adam le dio una fuerte palmada en el hombro. Sobresaltada, Paula estuvo a punto de que se le cayera el teléfono.

—Te lo has ganado por todas esas largas noches y por el trabajo duro. Pero solo alguien especial se acuerda de su equipo cuando asciende.

Ella guardó el teléfono en el bolsillo. Cuando levantó los ojos, se encontró con la mirada acerada e ilegible de Hobbs.

El jefe se levantó de la mesa y alzó la mano para impedir que Adam hiciera lo mismo. Se pasó rápidamente los dedos por la corbata Armani, como para comprobar que seguía en su sitio, y se abrochó la chaqueta.

—Tengo que marcharme, pero, por favor, continúa. Seguro que tenéis mucho de qué hablar.

Paula se levantó y le estrechó la mano por encima de la mesa.

—Gracias, señor. Por todo. Le prometo que no se arrepentirá.

Él no abrió la boca, solo la miró como para asegurarse de que ella había querido decir lo que había dicho. Se dio la vuelta y salió del restaurante a paso ligero.

—Uf, qué intenso es —dijo Adam. Levantó la copa e invitó a sus compañeras a unirse al brindis. Las copas tintinearon alegremente por segunda vez—. Por la mujer, por la leyenda, por nuestra única Crotalina.

Marie jadeó y se tapó la boca con la mano.

—¡Adam!

Paula sonrió.

—No pasa nada. Entre todos hemos hecho realidad ese apodo.

—Todavía lo detesto —respondió Marie—. Es terrible llamar así a alguien.

El teléfono de Paula volvió a sonar. Otro mensaje corto, críptico y lleno de promesas del Sr. Alcalde:

HL #1098

Sus ojos se desviaron hacia la cubitera, donde las letras *HOTEL LANGHAM* estaban finamente grabadas bajo pequeñas gotas de agua. Sonrió. Fue una sonrisa de satisfacción que le hinchó el pecho de emocionantes expectativas. En algún lugar de aquel hotel, en la décima planta, el futuro alcalde de Chicago estaba a punto de desnudarse y esperarla en la cama, duro como una roca, y contando cada minuto hasta su llegada. El final perfecto para un día perfecto.

Cogió el vaso y se lo tendió a Adam para que lo llenara.

Este, mirándola con ojos inteligentes y llenos de curiosidad, no tardó en bromear:

—¿Acaso no eres el gato que se comió al canario?

Paula no se inmutó.

—¿De verdad? —Dejó la copa sobre la mesa. Una gota de Krug Grande Cuvée salpicó el reluciente acabado de madera. Resistió el

impulso de secarla—. No tengo prisa, chicos. Vamos a pedir algo de comer.

Sonrió para sus adentros. Una pequeña sonrisa dedicada al amante que la esperaba, deseándola más a cada minuto.

Tres

Introspección

El quirófano parece aún más frío que antes, ahora que se ha ido la mayoría de quienes lo animan cada día. Solo quedan Madison, agachada a mi lado, y Tim Crosley, que sigue sentado junto a la bomba, mirándose los pies.

Me castañetean los dientes. Intento levantarme, pero no lo consigo. La debilidad se ha extendido por mi cuerpo como pegamento; me mantiene inmóvil, me paraliza. Sin embargo, no puedo apartar los ojos de la cabeza del paciente, una forma apenas visible tras el paño. Me siento atraída hacia él. La necesidad de volver a ver su rostro me domina y vence el impulso de tumbarme en el suelo azul y helado.

El quirófano, con las luces quirúrgicas apagadas, parece diferente. Iluminado como cualquier otro espacio, con bombillas cenitales que a todo dan un matiz azulado, parece no tener vida. Es la inevitable consumación del fracaso y la derrota.

Igual que Caleb Donaghy.

Yo nunca había perdido un paciente.

El vacío que siento es desgarrador. Mis pensamientos se agitan erráticamente, tratando de dar sentido a lo que acaba de ocurrir. Extiendo el brazo para agarrarme del borde de un carro, en busca de apoyo, mientras hago un esfuerzo por levantarme. En lugar del carro, me encuentro el brazo de Madison. Me aferro a él con una mano temblorosa, aún enfundada en un guante manchado de sangre, y agradezco su presencia; pero no puedo mirarla a los ojos.

Tim deja su puesto junto a la bomba y se apresura a ayudarme a ponerme en pie. Cuando lo consigo, ninguno de los dos me suelta hasta que susurro:

—Estoy bien. De verdad.

Pero no lo estoy. Apenas puedo sostener mi peso, inestable y desequilibrada, como un náufrago arrastrado por el viento.

El esfuerzo de estar en pie exige a mi mente volver a concentrarse. Recuerdo cosas que tengo que hacer, pacientes que tengo que ver.

—¿El baipás de Williamson? —pregunto con voz ronca. Mi garganta es un pergamino seco y constreñido.

—Lo han reprogramado —susurra Madison—. El doctor Seldon se ha hecho cargo. No hay nada de qué preocuparse, cariño.

Asiento con la cabeza. El doctor Seldon no me juzgará. Fue mi mentor en la beca. De él he aprendido la mayor parte de lo que sé. Mi paciente está en buenas manos. «Mi otro paciente… el que aún está vivo.»

Miro fijamente el cuerpo de Caleb Donaghy. Me da miedo fijar los ojos en él, pero más miedo me da mirar dentro de mí.

Madison me toca suavemente el brazo.

—Venga, te llevo a casa.

Sacudo la cabeza sin dejar de mirar el cuerpo de mi paciente. Me atrae con una fuerza invisible que no puedo vencer.

Me acerco paso a paso, con la respiración entrecortada, incapaz de escapar. Contra toda lógica, supongo que despertará y me señalará con un dedo manchado de tabaco, acusador, amenazador.

Pero está quieto, bajo montones de paños quirúrgicos esterilizados y esponjas ensangrentadas, con el corazón inmóvil en el pecho abierto. Allí estaban mis manos hace unos minutos, trabajando duro para devolverle vida, haciendo que recuperara el ritmo sinusal normal, dándole lo mejor de mí.

Hasta que vi su cara.

Vuelvo sobre mis pasos, aturdida, y paso junto al paño quirúrgico que separa la cabeza del resto del cuerpo.

La mancha roja en su pálida frente atrae mis ojos como un imán. Una marca de nacimiento única que reconocí en cuanto la vi por primera vez, cuando aún tenía esperanzas de resucitar a Caleb Donaghy. La mancha de oporto que atormentó mis pesadillas durante años.

¿Cómo he podido ver a este paciente dos veces antes de hoy y no saber quién era?

Aprieto los ojos y me agarro con ambas manos al borde de la mesa de operaciones. La habitación da vueltas a mi alrededor, cada vez más deprisa, mientras hago intentos desesperados por estabilizarme. Me doy cuenta, entonces, de que he estado aguantando la respiración, conteniendo el aire en los pulmones, negándome a soltarlo, en un jadeo congelado que no termina.

Pongo toda mi fuerza de voluntad para inhalar y exhalar unas cuantas veces, hasta que la habitación se estabiliza y mis debilitados miembros recuperan algo de fuerza. Abro los ojos y lo primero que veo es la mancha de oporto en la frente. Vuelve a producirme el mismo efecto.

Paralizante. Siembra en mi pecho un pavor indescriptible. Llena mi sangre de hielo. Aunque no es clínicamente posible, siento como si esos cristales de hielo fueran de acero afilado, como si me cortaran por dentro.

¿Cómo pude no reconocerlo?

Llevaba esa maldita gorra de béisbol cada vez que nos veíamos. No le pedí que se la quitara; no tenía motivos para hacerlo. Y esa barba, que ocultaba los rasgos del hombre a quien había visto una vez y a quien esperaba volver a ver, al menos, una vez más.

Muchos pacientes llevan barba. No tiene nada malo.

Hasta que lo tiene.

Me acerco más y estudio minuciosamente su mancha de

nacimiento. «¿Me estaré equivocando sobre quién es Caleb Donaghy?»

Sin advertirlo, sacudo la cabeza lentamente, con los ojos aún clavados en la piel manchada de rojo.

—Tengo que sacarte de aquí —susurra Madison.

Levanto la mano. En silencio, le suplico que me dé un poco más de tiempo. Al otro lado de la mesa de operaciones, Tim está apagando su equipo. El zumbido de la bomba es el último sonido que oigo, sin contar el latido de mi propio corazón. No habrá extracción de órganos. Mi paciente no había dado su consentimiento.

Pero eso parece haber sido hace años.

No me equivoco. Dentro de cien años, seguiría reconociendo esa mancha de oporto. La he visto en mi mente tantas veces, siempre con tanta precisión; esa cosa imperecedera en mi memoria: una forma grande e irregular, algo parecida a una R manuscrita y adornada, y otras tres manchas más pequeñas, como gotas de vino que cayeran desde el borde izquierdo de la letra, casi rozando la ceja.

Cierro otra vez los ojos y me lo imagino claramente. Ayer llevaba la gorra de béisbol baja, con la visera protegiéndole los ojos, como si estuviera bajo un penetrante sol primaveral, y no en una habitación de hospital en penumbra.

Tengo que preguntarme, mientras tomo otra bocanada de aire frío, «¿saber quién es significa alguna diferencia en el quirófano?».

La respuesta, brutalmente sincera, resuena con fuerza en mi mente. Por un momento, lanzo a Madison una mirada preocupada, como si ella pudiera escuchar mis pensamientos y juzgarme. Horrorizarse por ellos. Pero Madison me mira con pura amabilidad, con los ojos llenos de comprensión.

De haber sabido, antes de la operación, quién era Caleb

Donaghy, habría pedido a un colega que me sustituyera. Nadie hace gestos por una petición así; es un procedimiento estándar. No operamos a amigos, familiares ni a nadie que pueda comprometer la capacidad del cirujano para actuar en el quirófano. Habría sido fácil. Y, si Caleb hubiera sobrevivido, yo…

No sé qué habría hecho yo.

Pero, antes de abrir su pecho y de tener su corazón en mi mano, no sabía quién era.

¿Habré dudado? ¿Me habré equivocado?

Con el ceño fruncido, me quito los guantes y los tiro al contenedor de residuos biológicos.

—Guantes nuevos, por favor.

Madison no se mueve.

—Anne, vamos a…

—Por favor —repito, ahora con más determinación en la voz.

Ella me trae un par de guantes nuevos después de haber sustituido los suyos, siguiendo el procedimiento al pie de la letra, como si el paciente estuviera vivo. Luego me ayuda a ponerme los guantes mientras miro fijamente el pecho de Caleb.

Rápidamente, inspecciono lo que he hecho. Busco muescas, tejido dañado, cualquier cosa que pueda explicar por qué el corazón se ha negado a funcionar. No encuentro nada. Permanezco inmóvil, con las manos en el aire, sobre el pecho abierto, incapaz de responder a una pregunta crucial: ¿El corazón era viable después de la operación y le di el golpe final cuando supe quién era mi paciente?

Agacho la cabeza bajo el peso de las implicaciones.

Antes de mirarlo a la cara, después de haber cosido todo y de haberle enjuagado el corazón con suero salino caliente, estuve intentando reanimarlo durante más de quince minutos.

Y eso es un hecho documentado.

Lanzo una intensa mirada a las cámaras situadas sobre mi

cabeza. Todos los procedimientos se graban hoy en día, desde múltiples ángulos, y las imágenes quedan sincronizadas con cifras críticas, tales como la hora exacta y las constantes vitales del paciente. Si me queda alguna duda, siempre puedo ver la grabación.

Pero eso no cambia el hecho de que, una vez que supe quién era mi paciente, lo quería muerto.

Cuatro

En el coche

Observo impotente cómo dos camilleros retiran el cuerpo de Caleb Donaghy oculto bajo una sábana azul que Madison acababa de desplegar. Carontes jóvenes y despreocupados, que, vestidos con batas de color azul oscuro, hacen un trabajo rápido. No me dicen nada, solo me lanzan una mirada lastimera y apartan la vista rápidamente. Uno de ellos lleva auriculares; tal vez escucha música, tal vez, un juego. Para él, es un día normal de labores.

No soy el primer cirujano cuyo trabajo han venido a llevarse a la morgue. No seré el último. Sería un pequeño milagro que este caso fuera el último de hoy. El hospital en el que trabajo es uno de los más grandes del país y tiene una reputación impecable, pero aquí sigue muriendo gente. Se me escapa una risita amarga al recordar que hace poco recibí un reconocimiento por ser una pieza clave de esa reputación. Mi perfecto historial contribuye al prestigio del hospital, y, por eso, es uno de los lugares preferidos para la cirugía cardíaca. Tenemos la tasa de mortalidad operatoria cardiotorácica más baja del Estado y una de las diez más bajas del país, solo por debajo de lugares como Stanford, el Mass General y la Clínica Mayo.

Yo solía formar parte de ese éxito. Ahora miro a los dos camilleros que se llevan a mi paciente muerto al ascensor de servicio y, de allí, al depósito de cadáveres del sótano. Ha sido un trabajo de limpieza apresurado. Nadie está dispuesto a dejar que demasiados ojos se posen en el desafortunado. Esas cosas no dejan nada bueno.

Ha sido una muerte entre tantas historias de éxito, de familias reunificadas y sueños cumplidos que mi trabajo ha hecho posibles.

Solo una muerte. Y, sin embargo, pesa tanto en mi mente.

—Ahora sí te marchas a casa —asevera Madison con firmeza. Me

agarra del codo y me saca del quirófano.

Sigo su orden sin objetar. Sin el cuerpo de Caleb Donaghy, ya no tengo motivos para estar en el frío y desierto quirófano. Huele a muerte, a sangre y a plástico nuevo. Empiezo a quitarme los guantes y la mascarilla; luego, las batas desechables, todo de un tirón. Hago una bola con todo esto y la arrojo a la gran papelera que hay junto a la puerta. El gesto me resulta familiar. Está arraigado en mí junto con el olor del jabón desinfectante y la sensación de los guantes de nitrilo en la piel. Me tranquiliza, me ayuda a seguir adelante, como un vagabundo inconsciente que siguiera una serie de movimientos bien ensayados.

—Deja que te consiga un Uber —me ofrece Madison en cuanto llegamos a mi despacho.

Esto es, exactamente, lo que necesito: la tranquilidad de la habitación familiar, con sus estanterías llenas de revistas médicas y tratados de cirugía, con el gran escritorio junto a la ventana, el sillón de cuero que me ha acogido innumerables veces después de largas operaciones, el gran sofá en el que a veces me quedo dormida cuando tengo un turno de setenta y dos horas. Camino vacilante hacia el sofá, con los ojos entrecerrados, cansada hasta los huesos. Añoro la suave manta que cuelga del respaldo, perfectamente doblada, lista para usarse. Tiene cachorros de golden retriever estampados, amarillos, adorables. Me gustaría envolverme y hundir la cara en ella para olvidarme de todo durante unos minutos.

Madison me intercepta con firmeza.

—No. Te vas a casa. Mañana me lo agradecerás.

Esta vez, me resisto, o, al menos, lo intento. Me aparto, con el ceño débilmente fruncido. Ese simple gesto exige demasiada energía.

—Solo un ratito, Maddie, por favor. Si pudiera tumbarme un ratito…

De algún modo, ella es como una madre, y yo, la niña testaruda. Por hoy, me siento cómoda en el papel. Necesito que otro esté al mando. Sé que podría endurecer la voz y fulminar a Madison con la mirada durante una fracción de segundo, y ella saldría corriendo y me dejaría en paz… Si tan solo, de verdad, yo confiara en mí misma para tomar esa decisión.

Por una vez, está bien dejar que otro decida.

Ella sacude la cabeza.

—Ya conoces el procedimiento, Anne. Es por tu bien. Te vas a casa y no vienes mañana. Es la regla.

Pensar en tratar con la administradora del hospital, la ferozmente rigurosa e impulsiva doctora Jody Meriwether, o M, como casi todo el mundo la llama, me provoca una punzada de dolor migrañoso justo en medio de la frente. No recuerdo quién le puso el apodo, pero fue durante mi residencia. A la mujer ya la precedía su reputación. El mote estaba inspirado en las películas de James Bond, en las que hacía falta una M para mantener a raya al imparable 007.

Hasta los recién graduados conocen su nombre y le temen más que a los especialistas de sus respectivas rotaciones.

Yo no soy una excepción, ni siquiera después de catorce años de trabajar en este hospital que ella gobierna como gobernaría su acorazado un estricto almirante de barba blanca. Todavía me da miedo darle la cara. Basta una mirada mía para que ella, al instante, sepa que algo va mal. Bueno, aparte de que un paciente haya muerto bajo mi bisturí.

Gracias a Madison, hoy no tendré que enfrentarme a ella. Temerosa, de repente, de que M entre en mi despacho y me interrogue hasta sacarme todo lo que he hecho, cojo el bolso y la chaqueta y paso junto a mi ayudante. Esta me observa con los labios ligeramente despegados y los ojos muy abiertos. Se siente

insegura, quizá, por haber ganado la ronda tan rápido. No soy precisamente famosa por ser fácil de manejar.

Como no se fía de mí, me acompaña a los ascensores.

—¿Estás bien para conducir? —me pregunta. Me mide como si yo hubiera bebido.

No estoy bien. No he estado bien desde que le vi la cara a mi paciente: la inconfundible mancha de oporto en la frente. Pero la idea de compartir con un desconocido el espacio de un coche durante los próximos veinticinco minutos me parece insoportable. Conducir a casa es algo que puedo hacer mientras duermo, como quitarme la bata de quirófano. Espero que este viaje sea igual. Rutina. Algo fácil. He recorrido el mismo camino durante más años de los que puedo recordar, desde que terminé la carrera de medicina. Así que asiento con la cabeza y hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para dirigirle a Madison una mirada tranquilizadora. Parece que se la ha creído. Me abraza justo cuando se abren las puertas del ascensor.

Ahora estoy por mi cuenta. Finalmente.

El aparcamiento está desierto y casi completamente a oscuras. Las escasas y distantes luminarias son demasiado débiles para luchar contra el crepúsculo de la tarde de marzo. Pocos turnos terminan a las cinco y media de la tarde; por suerte, de camino a mi coche no tengo que ponerme a charlar con nadie.

Pero no respiro del todo hasta que cierro la puerta del coche y, con ella, mi burbuja al resto del mundo. Arranco el motor e inmediatamente subo la calefacción al máximo. Acerco los dedos temblorosos y helados a las rejillas de ventilación del salpicadero.

Por fin sola, puedo quitarme la máscara. Las lágrimas brotan de mis ojos. Mi boca se abre torcida en un grito silencioso. Al principio, me caliento las manos frotándolas delante de los chorros de aire caliente; pero luego el gesto se convierte en apretones y

aflojamientos obsesivos mientras sollozo incontrolablemente en el silencio de mi coche.

«¿Por qué?»

Esa simple pregunta hace estragos en mi mente. No tiene respuesta, solo angustia y pena.

¿Por qué vino a dar a mi quirófano? ¿Por qué tuve que ver su cara? Nunca voy detrás de la cortina. Nunca. Pero esta vez lo he hecho. ¿Por qué? ¿La fatalidad? No creo en eso. Nunca he creído. Creeré mañana, quizá, después de lo que ha pasado. ¿Por qué a mí, entre todos los cirujanos cardiotorácicos de esta ciudad?

Capta mi atención un animado parloteo que se aproxima. Dos enfermeras, que no reconozco de inmediato, se acercan desde los ascensores. Puede que sepan quién soy, puede que me vean derrumbándome en el coche, puede que mañana ya lo sepa todo el mundo en el hospital, desde los conserjes nocturnos hasta la propia M. Encajo una marcha y salgo de allí antes de que puedan verme la cara llena de lágrimas.

Me detengo en la salida del aparcamiento para ceder el paso al tráfico y, mientras espero, me limpio los ojos con el dorso de la mano. Llueve y hace viento. El tiempo sale con su rabieta y me lanza, furioso, grandes goterones contra el parabrisas. El segundo día de marzo es una simple imagen primaveral en los calendarios; astronómicamente, no será primavera hasta dentro de casi tres semanas. Este tiempo vengativo se comporta como si quisiera recordarnos quién manda.

Hago una pausa en el tráfico y giro. Los limpiaparabrisas se mueven rítmicamente en un patrón hipnotizador. Las lágrimas me nublan la vista; y las gotas de lluvia contra los faros, aún más. Sin embargo, sigo adelante. Mi casa está a unos cuantos minutos. La calefacción funciona al máximo, pero sigo sin sentir el calor. Es como

si la visión de la cara sin afeitar de Caleb me hubiera helado la sangre para toda la eternidad.

Su corazón debería haber vuelto a latir por su propia cuenta, pero no lo hizo. ¿Por qué?

Tenía que haberme ahorrado la decisión que tomé. Pero se negó. No parece justo, aunque la vida rara vez lo es.

Eso no cambia el hecho de que un corazón en perfecto estado se negara a latir tras un procedimiento aparentemente exitoso.

Soy minuciosa; sé que lo soy. No tomo atajos. No me precipito en mis intervenciones, aunque tenga los dedos agarrotados de tanto coser o me duela la espalda de estar encorvada durante horas sobre la mesa de operaciones.

Hice más que eso… Revisé mi trabajo justo antes de que se llevaran el cuerpo de Caleb Donaghy a la morgue. No había ninguna explicación visible de que ese corazón permaneciera quieto una vez calentado con solución salina y restablecido el flujo sanguíneo. La mayoría de las veces, eso es suficiente. El corazón se calienta, se llena de sangre y empieza a trabajar. Late. Está escrito en su ADN.

Este no. Ni siquiera aleteaba. Ni siquiera daba señales de fibrilación ventricular. Nada. Una quietud perfecta, como si se hubiera quedado paralizado por la solución fría de potasio. Pero lo lavé con solución salina tibia hasta que la temperatura subió al rango normal requerido para el ritmo sinusal. Hasta que estuvo lo suficientemente caliente para latir.

Así que, una vez más, obsesivamente, ¿por qué?

Mi paciente no era diabético. Hice todos los análisis de sangre preoperatorios dos veces. Ayer fue la última. Busqué cuidadosamente cualquier cambio que hubiera habido en los últimos días. Los análisis de sangre lo ponían en una categoría de bajo riesgo para esta cirugía.

Sí, era bebedor y su hígado mostraba algunos signos de maltrato,

pero su corazón estaba bien, salvo por el aneurisma que le extirpé y una válvula aórtica ligeramente agrandada. No tenía ningún antecedente de arritmia, ningún síncope, nada que diera el menor aviso de que su corazón simplemente se negaría a latir.

Mientras conduzco, repaso mentalmente la operación, paso a paso, por cuarta o quinta vez desde que terminamos. Podría hacerlo cincuenta veces más y seguiría teniendo el mismo resultado. No hubo ninguna señal de alarma. Nada salió mal durante el procedimiento.

No hasta que me puse detrás de esa cortina y lo reconocí. Entonces todo cambió.

Pero nadie debe averiguar nunca quién era para mí Caleb Donaghy.

Doy un último giro y veo mi casa. En realidad, es la casa de mi madre, pero es el hogar que siempre he conocido y amado. Podría vivir donde quisiera, y probablemente mi marido estaría más contento, pero no me atrevo a marcharme. No con tantos recuerdos encerrados entre esas paredes de ladrillo rojo; no mientras siga oyendo la risa de Melanie cada vez que salgo al patio trasero bajo un sol perfecto.

La casa es grande. Así es como mi difunto padre veía un hogar confortable para toda su familia. Fue construida cuando él era un cirujano en ascenso en el mismo hospital donde trabajo hoy. Él soñaba con llenar la casa de nietos, e incluso bisnietos, si tenía la suerte de vivir tanto. No la tuvo. Murió cuando yo estaba a punto de empezar mi primer año de medicina. A veces, cuando lo echo mucho de menos, toco el cristal de la ventana del salón, donde él solía apoyar la frente y mirar al exterior. Juro que puedo sentir su espíritu en contacto con el mío de alguna manera. Lo siento a través de las paredes, a través de ese cristal, como si aún estuviera allí, a mi lado.

La casa está en línea recta desde el conservatorio de Lincoln

Park. Son tres niveles en un lote estrecho. Cuando papá era joven, este era, quizá, uno de los últimos lotes disponibles en el distrito de Mid-North. Y tiene algo extraordinario para el barrio: un garaje para dos coches que abre su puerta con solo pulsar un botón.

Entro en el garaje y, después de apagar el motor, vuelvo a pulsar el botón. La oscuridad se instala poco a poco mientras la puerta desciende lentamente. Podría mantener las luces encendidas y luchar contra las tinieblas. Podría dejar la puerta del garaje abierta, pero acojo con agrado la oscuridad y el silencio que viene con ella, porque encaja con mi estado de ánimo. Cierro los ojos y la invito a entrar en mi mente para acallar los horribles recuerdos del día, para borrarlos.

«Estoy en casa. Estoy a salvo.»

Por ahora.

Hasta que vengan a por mí por lo que he hecho.

Una lágrima rueda por mi mejilla; luego otra, sin esfuerzo. En algún lugar al sur, a pocos kilómetros de aquí, el cuerpo de un hombre yace sobre una losa de la morgue.

«¿Yo lo puse ahí?»

Cinco

Habitación de hotel

Al hombre le encantaba que lo montaran a horcajadas.

Algo inusual para un candidato a alcalde ávido de poder. Paula esperaba que fuera una especie de maniático del control; quizá, un poco brutal o prepotente, incluso, pero él prefería tumbarse boca arriba con las manos entrelazadas tras la nuca y dejar que ella usara su cuerpo como le pareciera.

No se desentendía ni dejaba de participar. En lo más mínimo. La observaba con los ojos entrecerrados, con un atisbo de sonrisa intencionada en los labios. Sus iris azules seguían cada movimiento de la mujer con una excitación sin salvaguardias. Y el futuro alcalde de Chicago era paciente, de una desprendida manera que ella se esforzaba en no encontrar adorable. Esperó a que ella estuviera lista. Se dejó conducir y sincronizó perfectamente su alivio con el de Paula.

Era casi demasiado bueno para ser verdad. Y, en cierto modo, era verdad.

Pero, a la cruda realidad de la relación, apelaba el sencillo anillo de oro que él llevaba en el dedo. No era su hombre, no podría tenerlo y retenerlo; pertenecía a alguien más.

Por ahora.

Ella apartó esos pensamientos y empezó a moverse cada vez más deprisa, con las manos apoyadas en el esculpido pecho del candidato. Si los ciudadanos de Chicago lo vieran desnudo, lo votarían sin dudarlo. La mayoría, digamos.

Paula le clavó las uñas en la piel y gimió. Debajo, él se puso rígido, con todos los músculos tensos, anhelante. Segundos

después, ella aterrizó a su lado, sin aliento. Jadeaba con la boca abierta y sonreía.

—Es usted bueno, señor alcalde, muy bueno —rio.

Él le dio un beso suave y satisfecho en los labios y la envolvió en sus brazos. Parecía dispuesto a adormilarse, pero ella tenía otros planes.

Durante unos treinta segundos, Paula se dejó sumergir en un dichoso estado de seminconsciencia. Fingía que esto era real, creía que podía llegar a serlo. Despertar así todas las mañanas… sería…

Entonces se acomodó entre sus brazos y lo miró a la cara: la mandíbula firme, el pelo entrecano y unos ojos azules perfectos que recordaban el océano Pacífico antes del atardecer; la nariz firme, recta y elegante; unos labios sensuales que, cuando sonreían, dejaban pequeños hoyuelos en las mejillas. Era una promesa. Los dos lo eran.

Alargó la mano por encima de él hasta la botella, a la cubitera que goteaba agua sobre la mesilla de noche. Se frotó lentamente contra su cuerpo, mordiéndose el labio inferior.

—Tengo sed —susurró, aunque no soportaba la idea de beber más champán—. ¿Y tú?

Sonriendo, él se apoyó en las almohadas, cogió de la mesa las dos copas casi vacías y las llenó con Veuve Clicquot Brut. El líquido chisporroteó en las copas.

—Es su festejo, señora fiscala del Estado. Usted manda.

Ella le cogió la copa y la levantó unos centímetros hasta chocarla con la otra en un alegre tintineo.

—¡Sí, lo es! Felicidades a mí —rio, y él también—. Ahora tengo más poder —añadió ella, relamiéndose los labios. El champán estaba exquisito, aunque un poco fuerte. O quizá ya había bebido demasiado—. Me enteraré de todas las detenciones de criminales, de cuándo y dónde ocurren. —Bebió otro sorbo y dejó la copa sobre

la mesilla de noche.— Y, si yo me entero, tú te enteras. —Puntuó su afirmación tocándole el pecho con el dedo índice. Empezó, entonces, a trazar las líneas de los músculos hasta donde las sábanas de satén le cortaban el paso.

—Interesante —respondió él. Puso su vaso vacío junto al de ella y cruzó las manos bajo la cabeza. La expectación se reflejaba en sus ojos azules—. ¿Y por qué debería importarme? —le preguntó con voz lenta y sensual.

Ella le dio un puñetazo en el hombro, en tono de burla, y se dejó caer de espaldas sobre las almohadas.

—Piensa en lo que podríamos hacer juntos. —Ahora, su voz era todo negocios, tal vez un poco más dura de lo que ella habría querido.— Puedo asegurarme de que estés presente en todas las detenciones importantes, listo para hablar con la prensa sobre tu firme postura frente a la delincuencia en esta ciudad. Después de todo, la delincuencia es la mayor preocupación de tus votantes.

—¿No son tus votantes también?

Ella rio.

—Todavía no, no lo son. Lo serán cuando lleve unos años al frente de la fiscalía. Pero entonces serás alcalde y podrás apoyarme para el puesto de fiscala del Estado en el próximo ciclo electoral.

—Lo tienes todo pensado, ¿verdad? —Él seguía sonriendo, pero un atisbo de ceño fruncido surcaba de arriba abajo su raíz nasal.

—¿Y tú no?

Él no contestó de inmediato. Paula le dio tiempo, a sabiendas de lo importante que era no presionarlo, de lo importante que era dejarle creer que todas las grandes ideas eran suyas, no de ella. Puede que algunas lo fueran; al fin y al cabo, ese era el valor de su colaboración. Cada vez que empezaba a sentir algo por el hombre increíblemente atractivo que yacía en la cama, a su lado, tenía que recordarse que lo que estaba forjando era una alianza, no una

relación amorosa. Pero quizá se estaba mintiendo a sí misma. Qué fácil sería enamorarse de él. Muy fácil. Tal vez ya estaba enamorada; un poquito, apenas. Solo que el amor era un lío, y ella no podía andarse con líos.

Distraídamente, con dedos suaves y bien cuidados, dibujaba pequeños círculos en el pecho del hombre mientras miraba a su alrededor, contemplando la lujosa habitación del hotel. Podría acostumbrarse a esto.

La ventana de suelo al techo se abría a lo que, en horas diurnas, debía de ser una vista impresionante del lago Michigan y el río Chicago. Incluso ahora, Paula podía vislumbrar el paisaje nocturno de la ciudad: la miríada de luces, las estelas rojas y blancas del denso tráfico de automóviles en las calles del centro, nueve pisos por debajo de sus pies. Junto a la ventana había un sillón de cuero en el que ansiaba sentarse a leer un libro, aunque sabía que no tenía tiempo. La cama era toda una experiencia, con sus frescas sábanas de satén, el edredón ingrávido y las suaves almohadas de plumón.

Sintió la tentación de caminar hasta la ventana y de quedarse allí, desnuda, a la vista de cualquiera que estuviera en el rascacielos de enfrente, para mirar el inquieto tráfico y sentir las cortinas contra su piel acalorada. Algún día, quizá, tendría una habitación para ella sola, y entonces se permitiría disfrutarla. Dentro de unos años, tal vez, sería la fiscala del Estado en el condado de Cook, en sustitución de Michael Hobbs, y tendría una reserva permanente en el Travelle; y sería, entonces, el centro de atención único de un camarero. Willie, quizá. Y él probablemente la recordaría.

—¿Sabes?, hay una historia detrás de este champán. —La voz masculina la devolvió a la realidad. Él lo notó y la rodeó con el brazo, la acercó y le acarició la espalda bajo las sábanas.— Lo elegí por una

razón. —Rio entre dientes.— No pedí champán caro solo para impresionarte.

Ella sonrió. No estaba segura de haber entendido lo que él acababa de decir.

—¿Por qué, entonces? ¿Porque querías presumir de tu impecable gusto por los vinos franceses?

Él rio entre dientes, visiblemente halagado.

—Bueno, al parecer, había un viñedo en Francia, si no recuerdo mal lo que leí, y el vino estaba bien. No era nada del otro mundo, porque el dueño se mantenía ocupado con un negocio textil, entre otros. El nombre del viticultor era, como seguramente habrás adivinado, Clicquot. El hijo, después de casarse, se hizo cargo del negocio hasta convertirlo en lo que es hoy. Pero murió repentinamente de unas fiebres, no recuerdo exactamente de qué. Era muy joven. Todo el mundo pensó que la viuda terminaría vendiendo el viñedo, pero lo conservó. Innovó la forma de conducir la empresa y se convirtió en una de las primeras mujeres en dirigir un negocio internacional. En el siglo diecinueve…, ¿te lo imaginas? —Silbó con admiración.— Cuando murió el marido, no tenía ni treinta años. *Veuve* significa 'viuda' en francés, y esta es la marca que la ha hecho famosa durante siglos.

Cogió la copa de Paula, la llenó de nuevo y se la ofreció. Ella la aceptó y se apoyó en las almohadas.

—Un homenaje a una joven poderosa en ascenso —dijo él, levantando su copa y mirándola fijamente—. Tienes el mundo a tus pies, Paula. Es tuyo.

Impresionada, pensativa, ella sorbió el vino espumoso y, antes de tragar, lo dejó reposar un momento en su paladar. Era refinado, exquisito.

—Gracias. Nunca deja de sorprenderme, señor alcalde. Su conversación de almohada es increíble. —Por un breve instante,

cayó en la trampa de anhelar que se quedara, de desear que la alianza fuera a más.

—¿Cuál es tu champán favorito? —preguntó él, con lo que dispersó, por suerte, todas las ideas prohibidas e insensatas de Paula—. ¿He dado en el clavo?

Ella se rio, aliviada de verse salvada de sí misma.

—No, y mi jefe tampoco ha acertado con el Krug Grande Cuvée.

—Ah, bueno. Sin duda, tiene unos gastos del demonio —bromeó —. ¿Cuál es, entonces?

—¿Prometes que no te reirás?

Él asintió. Los hoyuelos aparecieron de nuevo en sus mejillas.

—Te lo juro.

—Es un vino espumoso barato llamado Martini Asti. Cuesta de unos doce a unos quince dólares en el supermercado. Es más dulce que los de lujo, más ligero. Me gusta llamarlo champán solo porque me da la gana, aunque sé que no lo es.

Él la miró sorprendido, con los ojos muy abiertos.

—¿En serio?

Paula enredó su cuerpo en la sábana para cubrirse los pechos y bajó la mirada un momento. Se sentía avergonzada. Tal vez no debería haberlo dicho.

—Crecí pobre, ¿qué te puedo decir? Pero no está nada mal. Deberías probarlo.

—Vale, lo probaremos —contestó, y cogió el teléfono—. Seguro que lo tienen aquí; si no, podrían traérmelo enseguida.

Ella se le acercó y le dio un largo beso en los labios.

—Hoy no. He tomado todo el champán que puedo aguantar en un día. Pero, la próxima vez, sí. Es un pacto.

En el rostro del futuro alcalde hubo un atisbo de arrepentimiento, y ella sintió la tentación de cambiar de parecer. Pero no podía seguir así: si empezara a cambiar de planes para hacerlo feliz, la alianza

correría el riesgo de convertirse en otra cosa. ¿Por qué estropear la perfección?

Se veían un par de veces por semana, siempre en hoteles, siempre en uno diferente. Por el bien de ambos, eran discretos. Ella tampoco podía arriesgarse a que la vieran enfrascada en una aventura, ahora que su carrera estaba despegando y era posible que los medios se fijaran en ella. Su nuevo cargo le permitiría elegir los casos más importantes, los que propulsaran con más ímpetu su carrera. Que otros fiscales asistentes se encargaran de los rutinarios, como ella había hecho para su jefe, el fiscal del Estado Mitchell Hobbs.

Mitch. Solo que no por ahora, sino a partir de mayo. El recuerdo de aquel comentario le hizo reír. El hombre era un poco extraño.

—Me pregunto qué estará pensando Hobbs. —Paula frunció el ceño ante esa pregunta. Era como si él le hubiera leído la mente.— ¿Tiene una enfermedad terminal o algo así? ¿Será un suicidio, desde el punto de vista profesional?

—¿Por qué lo preguntas?

—De gustarle su trabajo como fiscal del condado de Cook, te habría enterrado bajo una montaña de papeleo para que no pudieras ver la luz del día. Debe de saber que lo estarás persiguiendo.

—A él le parece bien —respondió ella. Se preguntaba, al mismo tiempo, si sería cierto—. Eso dijo, al menos.

—Yo que tú, desconfiaría. —Se dispuso a servir el resto del champán, pero Paula lo rechazó con un movimiento de la mano.— Tal vez sea un trato del tipo «mantén a tus enemigos más cerca».

—Sí, pero ¿por qué promoverme, entonces? Esencialmente, está abriendo la puerta a ese camino. —Se quedó pensativa unos instantes.— No, yo le creo. Puede que aspire a ser gobernador y quiera a alguien de confianza en la fiscalía del Estado.

Él dudó un segundo antes de hablar.

—En cualquier caso, por lo que a mí respecta, se lo agradezco. Sé que algún día serás una gran fiscala. Como alcalde de nuestra hermosa ciudad, estaré orgulloso de apoyarte.

Ella negó con la cabeza.

—*Quid pro quo,* ¿verdad?

—*Quid pro quo,* señora fiscala —respondió él con voz suave. Se deslizó lentamente entre las almohadas y echó las sábanas a un lado —. Cerremos el trato.

Resistirse era cada vez más difícil.

—Me encantaría, pero tengo que marcharme.

Paula se apartó y le dio la espalda, temerosa de ceder si él insistía. Luego entró rápidamente en el cuarto de baño, sin tomarse ni un momento para apreciar el reluciente suelo de mármol blanco y la apetecible ducha de efecto lluvia.

Él tenía una forma adictiva, peligrosa, de hacer el amor. Había que escapar antes de que fuera demasiado tarde.

Un chorro de agua fría en la cara la ayudó a recuperar el control de sus tórridos sentidos. Se sentó en el borde de la bañera hasta que pudo volver a pensar con claridad, hasta que recordó lo que de verdad importaba.

Instantes después, estaba completamente vestida, preparada para salir. Él seguía en la cama, y las finas sábanas no ocultaban nada de su cuerpo.

—¿No cambiarás de parecer? ¿Estás segura? —Era una voz plagada de deseo, caliente, urgente.

Paula se puso los zapatos de tacón alto.

—No puedo. Te mandaré un mensaje.

Mientras ella se ajustaba la chaqueta, el futuro alcalde la miraba con curiosidad.

—Creo que te la he visto antes, ¿no?

Por supuesto, él tenía que acordarse.

—La noche en que nos conocimos, en la recaudación de fondos. —Se acercó a la cama y se inclinó hasta que sus labios tocaron los de él.

El lazo de seda del cuello de la blusa rozó la piel del hombre. Él gimió con el beso.

—He estado antológico, ¿verdad? —Y sus manos se posaron firmemente en las caderas de Paula.

Ella se soltó, se dirigió a la puerta y cogió el bolso al salir.

—Envíame un mensaje —dijo justo antes de cerrar.

«Siempre déjalos con ganas de más.» Esa era la regla. Se aplicaba a todo y a todos: jurados, jefes y amantes. No la rompería, pero «maldita sea».

Seis

Inicio

Cuando se abre la puerta del coche, la conciencia vuelve a mí con un sobresalto. No despierto, porque no dormía. Me he dejado llevar por un cómodo adormecimiento, disociándome de una realidad que aún no soy capaz de manejar.

Todavía está oscuro dentro del garaje. Solo una tenue luz entra por la puerta del lavadero, ahora entreabierta. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que llegué a casa. No lo recuerdo. No quiero acordarme.

—Cariño —dice mi madre. Se agacha a mi lado y me coge la mano. Me la aprieta con fuerza. Su piel es cálida y seca, la bondad y el amor de su corazón se filtran a través de su tacto—. Estás helada. —Me frota la mano entre las suyas y tira suavemente.— Venga, vamos adentro.

No quiero ir, pero lo hago por ella. Tiene casi setenta años y lucha contra la artritis. Apenas puede apoyar el pie izquierdo, a raíz de una operación de prótesis de cadera de la que no se ha recuperado del todo. No debería agacharse con este frío y esta humedad solo para cogerme de la mano.

Le ofrezco el brazo y ella cruza lentamente el garaje. Luego, agarrada del marco de la puerta, sube los dos escalones del lavadero. Tendré que hablar con Derreck para que instale unas barandillas de seguridad; aquí, y quizá también en el baño. La idea de que mi madre envejezca y necesite barras de apoyo me parte el corazón. Un sollozo se me sube a la garganta y me ahoga.

Ella lo nota y me lanza una mirada rápida.

—Lo siento mucho, cariño —susurra mientras cruzamos la cocina.

Aún agarrada a mi brazo, me lleva a mi sitio favorito: el sofá junto a la chimenea.

En la chimenea arde un fuego vivo. Los troncos llevaban ya un tiempo ahí, unas cuantas noches, desde que Derreck, mi marido, y yo íbamos a pasar un domingo agradable y acogedor en casa. Supuestamente. Eso fue antes de que uno de mis pacientes sufriera un paro cardíaco y yo tuviera que dejarlo todo para volver al hospital.

A diferencia de Caleb Donaghy, ese paciente sí sobrevivió.

Los troncos se quedaron en la chimenea, sin tocar, hasta hoy. No es propio de mamá encender el fuego para ella sola. La triste bondad de sus ojos me dice que sabe lo que me ha ocurrido.

—Lo siento, cariño —repite—. Ginny me ha llamado. —Responde a mi pregunta sin que se la formule.— Me ha dicho que hoy has perdido un paciente. Siéntate. Te prepararé una infusión.

Me quito los zapatos de una patada y me acurruco en el sofá, apoyada en el reposabrazos, aún con frío y temblorosa. Debí haber supuesto que Ginny llamaría a mamá. Antes de jubilarse, mi madre y mi enfermera quirúrgica, la que acaba de sobrevivir a un mal divorcio, solían trabajar en el mismo equipo. Mamá también era enfermera quirúrgica; así conoció a mi padre. Formaban un equipo formidable en el trabajo. Aún más en la vida.

Ginny era una de las protegidas de mamá. Yo sabía que seguían en contacto. Cuando yo era más joven, me preguntaba si hablaban de mí, de cómo hacía mi trabajo. Era como si me hubiera ido de campamento con uno de mis padres. Humillante. Al igual que muchos médicos jóvenes recién salidos de la facultad, me sentía insegura. Eso desapareció rápidamente en el primer año de residencia, cuando empecé a estar demasiado atareada para preocuparme por ninguna de esas tonterías.

Sin embargo, la sensación de hoy es diferente, es una punzada

de la vieja ansiedad que resurge.

—¿Qué te ha dicho? —pregunto. Levanto la cabeza del reposabrazos lo suficiente para verle la cara.

—Solo que perdiste un paciente y que estás muy contrariada. Así que encendí el fuego. No sabía qué más hacer. —Vierte un poco de miel en la infusión y me la trae en un platito.

Mi pecho se hincha de amor por mi madre. Tengo suerte de tenerla. Siempre he sabido lo afortunada que soy al haber tenido unos padres como ella y papá. Cojo la taza y la rodeo con los dedos, saboreando el calor.

—Gracias.

Se sienta a mi lado con un gemido silencioso. El frío invierno de Chicago ha sido duro para sus articulaciones. Contemplamos el fuego en silencio mientras bebo un sorbo de la infusión. La manzanilla caliente me quema la lengua y la garganta, pero estoy deseosa de sentir ese calor que se extiende desde el estómago al resto del cuerpo.

—La gente muere, Anne. Los corazones se niegan a arrancar de nuevo. Conoces las probabilidades. —Habla en voz baja. Su mano aprieta suavemente mi antebrazo.

—No tenía por qué haber pasado, mamá. Y no sabes ni la mitad. Este paciente, este hombre era… —Me detengo, con la garganta contraída, ahogándome con palabras que no me atrevo a pronunciar. ¿Cómo decírselo a mi madre?

Sus ojos buscan los míos, una pizca de preocupación tiñe su cariñosa mirada.

—Llevas años operando a corazón abierto y aún no habías perdido a nadie. Es un milagro, una casualidad estadística. ¿Cuál es, hoy en día, la tasa de mortalidad operatoria en aneurismas aórticos? ¿Sigue siendo del quince por ciento? —La miro con estupefacta incredulidad.— Cuando yo aún trabajaba, esa era la tasa. Tu padre

se obsesionaba con esas cifras más que tú. «Esos números significan que un hijo no va a volver a casa», solía decir.

Muda, bebo otro sorbo de la infusión de manzanilla. Yo creía que, en los seis años que lleva jubilada, mi madre se había distanciado del hospital, del trabajo. Nunca me imaginé que le interesarían tanto las estadísticas.

Miro con preocupación sus dedos nudosos. Quizá deberíamos mudarnos a un lugar cálido, donde ella estuviera más cómoda. Pero la idea, debilitada ante la perspectiva de dejar todo esto atrás —la casa, mi trabajo y también el de Derreck—, muere antes de que la exprese siquiera.

Ella sigue la dirección de mi mirada y se frota las manos, con los dedos visiblemente rígidos.

—Esto es lo que te hará el quirófano, si se lo permites —dice con un toque de tristeza—. Cuídate bien las manos, Anne. Mantenlas calientes.

Tengo que decirle lo que acabo de hacer. Si no lo saco del pecho, me aplastará. Me cambiará por completo. Ya lo ha hecho. Pero hablar de mi paciente significa hablar de Melanie, y eso abrirá heridas profundas. Respiro hondo.

—Mamá, yo…

—Tenía que suceder, tarde o temprano —dice, y se revisa el pelo, como preparándose para recibir invitados o para salir. Aún lo lleva largo, teñido de rubio. Su color natural es el castaño, pero ya lo tiene casi completamente blanco. Le gusta llevarlo rubio; le aclara la tez, la hace parecer más joven.

—Tienes un talento natural. La cirugía estaba hecha para ti desde el día en que naciste. —Sonríe como ante un grato recuerdo y su mirada se aparta de mi rostro.— ¿Recuerdas lo que hiciste con aquella muñeca grande, la que te regalé el día de tu cumpleaños, cuando cumpliste seis años?

Los recuerdos me invaden y sonrío, incapaz de resistirme.

—¿La alta con el pelo castaño rizado?

—Sí, la princesa. —Ríe y se da una palmada en la rodilla.— Era hermosa.

Mi sonrisa afloja.

—Algunos pacientes lo son. —He querido hacer una broma, pero el comentario ha sonado extraño saliendo de mis labios. Vuelvo a pensar en Caleb Donaghy. En Melanie.

Mamá me mira inquisitiva durante un instante, como si supiera que algo no va bien. Es así de sorprendente.

—La abriste, ¿recuerdas?

Agacho la cabeza, en un intento por ocultar la angustia que siento.

—Debo decir, en mi defensa, que no lo recuerdo. —La miro brevemente y luego bebo el último sorbo de infusión.— Sí recuerdo haber intentado coserla de nuevo. Eso debería tener algún valor. —Dejo la taza vacía sobre la mesa y suspiro. No me deja contarle lo que he hecho. Es una auténtica experta en cambiar de tema en el momento oportuno.

Se ríe tanto que se le salen las lágrimas. Es como si supiera lo que quiero decirle y no me dejara, en un intento de evitar que se vuelva realidad. Quiere que su risa y los buenos recuerdos borren todos los horrores de mi día.

—Debes recordarlo, sin duda. Volvimos a casa del hospital y te encontramos con los dedos ensangrentados por la aguja, con la cara y la ropa manchadas de sangre. Tu niñera estaba horrorizada. Habías cogido mi costurero para tratar de coserle la barriga a la princesa.

Me tiembla la barbilla mientras lucho por contener las lágrimas.

—Pero, entonces, papá…

Se tapa la boca brevemente, quizá para ahogar un sollozo. Las

dos lo echamos mucho de menos. He oído esa historia un montón de veces, contada en cenas y reuniones familiares. Sin embargo, cada vez que la cuenta, parece diferente.

—Bajó, trajo su estuche de sutura y te enseñó a coser bien esa barriga de goma.

El recuerdo me entibia el corazón.

—Para empezar, qué pena que no pueda recordar lo que le pasaba a la princesa.

—¡Ah, sí! —Me aprieta el brazo con cariño.— Algo sonaba dentro: el aparato que la hacía llorar y decir «mamá» y tal. Querías repararla.

—Genial —reconozco con retintín, saboreando el recuerdo de aquella época despreocupada en la que creía que todo era posible—. Fue la única muñeca que abrí, ¿verdad?

—Sí. Perdiste el interés por las muñecas en cuanto tu padre te enseñó a coser piel de verdad, y eso fue unas semanas después…

—… el día de Acción de Gracias —digo al mismo tiempo que ella. —Lo recuerdo.

Su risa vuelve a llenar la habitación. Por un breve momento, me parece inapropiado, tan poco tiempo después de lo de Caleb Donaghy. Como si yo debiera estar de luto por él.

Pero no lo estaré nunca.

—¿Te lo imaginas? Aquella mañana de Acción de Gracias bajé las escaleras, preparada para interminables horas de cocina, porque teníamos invitados. Tus primos venían en avión desde Seattle; y el doctor Seldon con su mujer y ¿quién más?... —Frunce el ceño, intentando recordar.— Ahora mismo no lo recuerdo. Pero todo tenía que ser perfecto.

Escucho la historia, como si nunca la hubiera oído. A ella se le ilumina la cara mientras la cuenta, como siempre que habla de papá. O de mí.

—Y ahí estabais los dos, metidos hasta los codos en mi pavo, cosiendo. Músculo, ligamento, piel… Te lo enseñó todo y aprendiste rápido. Su botiquín estaba sobre la mesa, y tú manejabas esa aguja como una profesional.

Se queda un momento mirando las llamas, extasiada, como si el rostro de mi padre cobrara vida en el hogar que construyó hace casi cincuenta años. A él le encantaba sentarse junto al fuego, justo donde estoy ahora. El olor a madera de pino quemada me trae muchos recuerdos de él, de nosotros juntos. De los cuatro.

—Yo tenía que quitar todas esas suturas antes de asar al pajarraco. Recuerdo que solté tacos… Sí, aquel día solté tacos, y nunca lo hago. Amenacé a tu padre con que, si no me compraba un pavo nuevo, él pasaría el día de Acción de Gracias solo. No cedió. Dijo que las altas temperaturas del horno harían las veces del proceso de cicatrización, que fijarían los bordes de las heridas y que, en cuanto el ave estuviera lista, él podría inspeccionar los puntos para ver si estaban bien hechos. Tú te sentías tan orgullosa que, para mí, era un gozo mirarte. Y él… estaba radiante. —Sacude la cabeza y se seca una lágrima en el rabillo del ojo.— Yo ya no podía hacerle la guerra; no después de darme cuenta de lo que estaba sintiendo en ese mismo momento: una felicidad pura e inmensa. Ya no me importaba pasar vergüenza ante la idea de servir un pavo descuartizado ni de ofrecer tijeras a los invitados para que quitaran las suturas a la comida. Al final, nada de eso importaba. Pero, que mi niña aprendiera el oficio del cirujano más talentoso que yo jamás había conocido, eso sí era pura felicidad.

Un pensamiento me desgarra el corazón. «¿Qué habría dicho papá al enterarse de lo de hoy?» ¿Se avergonzaría de mí? Si estuviera vivo, ¿querría mirarme a los ojos? ¿O estaría profundamente decepcionado conmigo, hasta el punto de lamentar el día en que me enseñó a coser piel, músculos y tendones de pavo?

No puedo respirar ni un momento; no hasta que me lo propongo con todas mis fuerzas. No soporto la idea de que papá se entere de lo que he hecho.

Por primera vez en mi vida, estoy agradecida de que se haya ido.

Mamá me lanza otra mirada de preocupación, pero no hace preguntas. Sigue contando la historia que he oído tantas veces.

—Tu tía Millie no tocó el pavo. Siempre ha detestado que se hable del trabajo a la hora de comer, ¿recuerdas?

Asiento con la cabeza y sonrío. Me doy cuenta de lo que mamá está haciendo: me recuerda quién soy, evoca mi linaje, la fuerza que corre por mi sangre. Me habla de la familia, del calor y del amor, para que el peso de mi pena no me haga olvidar nada de eso.

—Te quiero, mamá. —Le aprieto la mano y me hundo más en los cojines del sofá. Cierro los ojos un minuto para estar a solas con mis monstruos sin que ella me vea.

Aunque el corazón de Caleb Donaghy se haya resistido a reiniciarse por sí solo, aunque se haya negado tras los primeros quince minutos de reanimación, su muerte fue obra mía. Yo podía haber seguido adelante. Teníamos la bomba; pude haber seguido durante horas. Pude haberle administrado más epinefrina, inyectarlo directamente en el corazón. Hay otras formas en las que pude haber seguido luchando por su vida, formas que desdeñé.

Deliberadamente. Después de ver su cara.

Todo el desprecio que el doctor Bolger me vomitó por haberme rendido tan pronto estaba justificado. Y estoy dispuesta a apostar que no se quedó callado.

El penetrante sonido de una sirena de policía que se acerca rasga la quietud del salón. Sobresaltada, me pongo en pie de un salto y corro hacia la ventana. El corazón retumba en mi pecho mientras la sangre se me va de la cara, síntomas del miedo paralizante que estoy sintiendo. Supongo que el coche patrulla se detendrá delante

de mi casa, que me llevarán esposada. Contengo la respiración y miro la calle vacía, a la espera de lo inevitable.

Mamá me observa con recelo, pero no dice nada. La sirena crece en intensidad; luego se apaga y el coche de la policía sigue su camino sin siquiera girar en nuestra calle. Cansada hasta los huesos, vuelvo al sofá y me tumbo.

Pronto vendrán a por mí. No ha sido esta vez, pero sucederá. Pronto.

Porque he matado a un hombre.

Siete

Confesión

Solo hay tres personas sentadas a la mesa del comedor. Esta noche, mientras pongo la mesa, las sillas vacías me persiguen más que nunca. Mamá está preparando pollo asado con puré de patatas, una de mis comidas reconfortantes favoritas; con salsa y todo, como si hoy no fuera una noche de colegio.

Hace muchos años que en esta mesa no se sientan niños en edad escolar, pero seguimos llamándolas así.

Mamá hace lo que puede con la comida, y yo soy de poca ayuda. En cuanto abre el horno, el apetitoso olor del asado a las finas hierbas surca invisible el aire y llena mis fosas nasales, sembrando el hambre. Esa sensación se transforma inmediatamente en otra, más urgente. Corro al baño y vacío el estómago, agarrada del borde de la taza del váter. Cuando llega mamá, me tira del pelo hacia atrás y me pone la mano caliente en la frente, como solía hacer cuando yo era pequeña.

Después de eso, no dice ni una palabra; solo me prepara otra taza de infusión de manzanilla y la coloca en la mesita, a mi lado. Pone, también, unas galletas saladas en un platito. Unos minutos después, ya no hay galletas y mi estómago se ha calmado; al menos, por un rato.

Ayudo a mamá a terminar de poner la mesa. Aún estoy mareada y débil, pero sé que me hace bien moverme, sumergirme en lo mundano. No tenemos prisa; mi marido aún no ha llegado.

Derreck.

La idea de enfrentarme a él me produce una punzada de ansiedad. ¿Qué le voy a decir? ¿Qué debo decirle?

No me casé con un médico, como mis padres habían previsto que

haría, como hacen la mayoría de los médicos. Me enamoré de un joven estudiante de Derecho que visitó nuestro campus en una fiesta de la fraternidad, cuando yo estaba en segundo curso. Él estaba en el último año. Aún no puedo creer que Derreck aprobara el examen de abogacía. No es nada de lo que imaginé que sería un abogado. No tiene esa agresividad innata que necesitan los de su oficio para discutir todo el día en el tribunal, para interrogar a testigos hostiles hasta verlos derrumbarse en el estrado. No es un «abogado penalista agresivo», pero tampoco es un blandengue. Su determinación y su voluntad de triunfar tienen diferentes objetivos y diferentes métodos. Durante un tiempo sopesó la idea de dedicarse al derecho medioambiental; quería luchar del lado de los buenos, porque, en el fondo, es un buen tipo. Hasta la médula.

Pero no fue su cerebro lo que me llamó la atención aquella noche, en la fiesta de la fraternidad. Lo que me atrajo y despertó mi deseo de conocerlo mejor fueron su sonrisa embriagadora y la chispa de sus ojos. Me decepcionó un poco saber que estudiaba Derecho, en vez de Medicina, pero, un par de bailes lentos más tarde, yo ya estaba enganchada, enamorada, asombrada de que pudiera ocurrirme a mí y tan rápido.

Siempre fui clínica acerca del amor; cínica, incluso, conocedora de lo que había detrás del mecanismo: las hormonas y el impulso genético de asegurar la supervivencia de la especie mediante la reproducción. Podría hablar sin detenerme de lo que la química desencadena, de la adicción del uno hacia el otro, de eso que nosotros teníamos.

Pero nada importó después de que lo conocí.

Estaba eufórica, que es el término científico con que decimos que alguien está totalmente colocado de dopamina y oxitocina. Era incapaz de pensar en nada ni en nadie más que en Derreck. Durante meses, me sumergí de lleno en el nuevo romance, sabiendo que

acabaría pronto. No debía durar: era demasiado bueno para ser verdad, ¿no?

A los seis meses, cuando me propuso matrimonio, le dije rotundamente que no. Los médicos tienen carreras muy exigentes. Nunca están en casa, hacen turnos de setenta y dos horas, hasta que aprenden a dormir mientras caminan, hasta que pierden el interés por cualquier cosa que no sea su trabajo. Yo acabaría destrozándole el corazón. Nunca estaría a su lado, como él merecía que estuviera su mujer. Aceptó mi respuesta con un asentimiento resignado, con tristeza en los ojos, y se marchó.

Lloré toda la noche, pensando en que había sido el fin. Pero no fue así.

Nuestro romance se reanudó sin sobresaltos al día siguiente. Cuando le pregunté a Derreck por qué no me dejaba después de que lo hube rechazado, me dijo simplemente: «Te quiero, Anne. Eso no ha cambiado por el hecho de que no te atrevas a creer en nosotros. Simplemente te demostraré que tus turnos de tres días van muy bien con mis semanas de ochenta horas de trabajo. —Me besó los labios y añadió—: Pero necesitaremos un ama de llaves. Ya tengo a alguien». Luego me ofreció la llave de su apartamento.

Tres días después, se mudaba conmigo y con mamá. Esa fue la prueba definitiva: aceptar vivir con mi madre y encajar de verdad. No se me ocurren muchos hombres capaces de algo así, por más que mamá haya sido siempre dulce y acogedora. La mayoría de los hombres valorarían su intimidad más que cualquier otra cosa. No estarían dispuestos a transigir, no encontrarían un motivo para hacerlo.

Compartíamos la habitación de invitados de la planta baja, reacios a quedarnos arriba. Me inquietaban un poco las finas paredes de nuestra casa, y no me parecía bien hacer el amor a pocos metros del dormitorio de mamá. Esa sensación de inquietud

desapareció rápidamente cuando Derreck se instaló, como si este hubiera sido siempre su sitio, y mamá empezó a quererlo como a un hijo. Seguimos durmiendo abajo. Aun así, en los dieciséis años que llevamos juntos, nunca se me ha ocurrido ocupar el dormitorio principal. Esa siempre será la habitación de mis padres, por más que mamá nos la haya ofrecido innumerables veces.

La suite de invitados de la planta baja tiene muchas ventajas, además de la privacidad. Es bastante grande. Tiene su propio cuarto de baño, con ducha y bañera de hidromasaje, y un armario para él y otro para ella. Está cerca de la sala de estar, algo muy práctico cuando tengo insomnio y quiero ver la tele, cosa que ocurre a veces. También puedo escabullirme silenciosamente si una urgencia hospitalaria me saca de la cama en mitad de la noche.

Estoy cortando pan en la mesa cuando oigo el ruido de su BMW en el corto camino de entrada. Dejo caer el cuchillo y me acerco a la ventana, desde donde lo veo sacar del asiento trasero la chaqueta y el portafolio. Cuando me mira, lo saludo con la mano. Es nuestra pequeña rutina: minúsculos gestos de afecto que han arraigado en el tejido de nuestra vida en común.

Esta vez me traspasa una pizca de ansiedad. «Tendré que decirle lo que he hecho.»

Me reúno con él junto a la puerta y levanto los labios para encontrarme con los suyos. Él me abraza un instante y me susurra al oído:

—Hola, cariño.

Podría quedarme en sus brazos para siempre. Huele a desodorante y gel de ducha. Parece fresco, como si no llevara esa misma ropa desde las siete de la mañana.

—Hola. —Sonrío mientras me alejo.— Lávate las manos, la cena está lista.

Y así comienza la rutina. Se desabrocha la corbata y la deja en el

respaldo del sofá, encima de la chaqueta del traje. Se arremanga y se lava las manos en el fregadero, mientras mamá espera pacientemente su turno. Luego, charlando un poco, enjuaga los cuencos por ella.

Ayudo a mamá a poner la sopa en los cuencos y luego llevo estos a la mesa. Cuando por fin me siento, parece que hace siglos que no lo hiciera. Mi largo suspiro llama la atención de Derreck.

—¿Qué pasa?

Sacudo la cabeza.

—Solo… nada. Estoy muy cansada. Ha sido un día muy largo. Disfruta de tu sopa.

Él frunce el ceño. Las frases cortas no son lo mío; él sabe que algo no va bien. Rompo el contacto visual y termino mi sopa. Luego ayudo a mamá a servir el asado, mientras Derreck descorcha una botella de pinot gris.

Los recuerdos se arremolinan en mi cabeza. Algunos buenos, como nuestra boda, un año y medio después de que Derreck se mudara con nosotros. Otros son dolorosos, tan dolorosos que me estremezco a un millón de kilómetros de la discreta charla de la mesa. Empujo trozos de pollo por todo el plato. Sé que no podré comer mucho. Cojo un poco de puré de patata y lo mojo en salsa; luego dejo que se deshaga en mi boca. A mi derecha, Derreck come como un campeón después de un gran partido, con bocados hambrientos y entusiastas y una conversación despreocupada. Sin darme cuenta, clavo la mirada en el espacio vacío de enfrente, donde solía sentarse Melanie.

Melanie.

Aparto la silla y me pongo de pie, un poco mareada todavía.

—Seguid —susurro—, ahora vuelvo. —Se me quiebra la voz. Me doy la vuelta a tiempo y alcanzo a ocultar las lágrimas.

Voy a las escaleras, me agarro a la reluciente barandilla de roble

y subo los escalones despacio, con la mano apretándome el pecho. Es increíble que sintamos las cosas en el corazón. ¿De verdad? El corazón no es más que un músculo, una bomba que mueve la sangre. He tenido muchos corazones en la mano, y no son más que eso: músculo, tendones y tejido fibroso, y también impulsos eléctricos que le dicen cuándo y cómo latir. Sabemos que el dolor se produce en el cerebro, pero se culpa al corazón, porque es ahí donde sentimos el dolor. Hay una explicación científica que tiene que ver con la adrenalina, el cortisol y la norepinefrina, así como con el impacto que estas hormonas tienen en el funcionamiento del órgano. Pero eso no es lo que las personas quieren oír cuando sienten dolor. No les importa *por qué* se les parte el corazón; solo sienten que es así.

Y yo tampoco quiero oírlo.

Quiero oír, en cambio, que el dolor terminará. Pero no lo hará. Tendré que aprender a vivir con él un poco mejor. No puedo esperar otra cosa.

Llego al siguiente piso y camino despacio hasta el segundo dormitorio de la derecha. La enorme puerta de roble está cerrada. Toco con la mano la madera lacada mientras un sollozo emerge de mi pecho. Cierro los ojos y escucho atentamente hasta que oigo la risa de Melanie al otro lado de la puerta. No es real; es solo un recuerdo que he devuelto a la vida con esfuerzo y tesón.

Me miento a mí misma. Melanie nunca volverá a reír.

El dolor que me desgarra el pecho deja, a su paso, espacio para la ira. Es extraño que hayan pasado tantos años y yo siga luchando con esa fase de mi duelo. Saber qué es y cómo funciona no lo hace más fácil.

Melanie era solo una niña que nunca llegó a crecer, a enamorarse, a vivir. Mi dulce hermanita.

Agarro el pomo de la puerta e intento girarlo, pero mi mano se

niega a obedecer. No consigo apretarlo. Sigo sin poder entrar. Ni siquiera hoy, cuando lo necesito tanto. En un arrebato de rabia, provocado por mi propia debilidad, golpeo la madera con la mano abierta. «Maldita sea.»

—¿Está todo bien? —grita Derreck desde el comedor.

Llevo aire a mis pulmones.

—Sí, ahora bajo.

Limpio mis ojos con la manga y vuelvo a bajar. Me siento otra vez y contemplo el plato. Cojo el tenedor y, con él, un trozo de puré de patatas que mojo en salsa, igual que antes. No puedo tocar la pechuga de pollo. Me recuerda al pavo de Acción de Gracias de cuando era pequeña; me recuerda a mi padre, al primer trozo de piel de verdad que cosí. Me recuerda los pechos abiertos y los esternones partidos; y a Caleb Donaghy.

Mi madre me lanza una mirada inquisitiva, la cual percibo, más que verla, pero no pregunta nada. Sabe dónde he estado y lo que he intentado hacer. Y sabe, también, que he vuelto a fracasar. No se hablará de esto. Esta noche ni nunca.

Se levanta de la mesa, y Derreck también se pone de pie.

—Voy a cargar el lavavajillas —dice él, y besa la mano de mi madre como un caballero medieval—. Gracias por una cena maravillosa.

Ella le sonríe débilmente y, al pasar, me acaricia el pelo y la mejilla. Me apoyo en su mano y cierro los ojos. Una lágrima rueda por mi cara. Luego, ella se aleja hacia las escaleras, que sube con dificultad.

—Vale, ¿qué pasa? —pregunta Derreck en cuanto oímos que se cierra la puerta de la habitación de mi madre. Aparta la silla para mirarme y me coge de la mano. Las patas de la silla chirrían sobre las baldosas en señal de protesta, pero el sonido es tan lejano que

no parece real—. ¿Anne? ¿Qué ha pasado? —Su pulgar me limpia una lágrima de la cara con un gesto tierno.

¿Cómo empezar?

—Hoy he perdido a un paciente. Yo, este… Él era… —Me ahogo, incapaz de respirar, de decir las palabras.

—Lo siento mucho —susurra, y aprieta mis manos entre las suyas—. Estoy seguro de que ya lo has oído hasta la saciedad, pero la gente muere, Anne. Las cirugías que haces conllevan un riesgo. Lo sabes.

Sacudo la cabeza débilmente, con ansias de que me deje hablar.

—No sabes nada, Derreck. Este no era un paciente ordinario. Este hombre era… Yo lo conocía.

Él arquea las cejas.

—¿A qué te refieres? ¿Era algo así como un amigo? Yo creía que los cirujanos nunca operaban a sus conocidos.

—Sí, eso es verdad —me apresuro a explicarle. Agarro la manga de su camisa arremangada, como si quisiera mantenerlo quieto—. Yo no sabía quién era; al menos, no al principio. Luego, cuando lo vi, ya era demasiado tarde. Quizá… no lo sé.

Se me queda mirando un momento, visiblemente confuso. Lo que estoy diciendo no tiene mucho sentido. Las palabras brotan de mi boca a un ritmo frenético. Mis secretos tienen ansias de liberarse. Quiero contárselo, pero, al mismo tiempo, tengo mucho miedo. Temo que esto cambie para siempre lo que somos, que dañe su amor por mí. Pero, si alguna vez ha habido un momento para decírselo, es ahora, no cuando la policía empiece a aporrear la puerta para detenerme.

Bebe un poco de pinot y me mira tranquilizador.

—Vale, así que has perdido un paciente, ¿verdad?

Asiento con la cabeza, incapaz de decir nada. Tengo la garganta

completamente seca. Me tiemblan tanto las manos que no me fío de que puedan sostener una copa.

—¿Hiciste algo malo?

—Bueno, eso es… —Vuelvo a sacudir la cabeza. La bajo hasta que unos mechones sueltos de mi pelo largo caen sobre mi cara. Entonces lo miro con una súplica tácita.— No lo sé, Derreck. Su corazón no arrancó después de la operación, ni siquiera después de que intentara reanimarlo con muchos esfuerzos.

Él inclina la cabeza, aparentemente aliviado.

—Por lo que me dices, no ha sido tu culpa. No importa quién haya sido…

—Lo declaré muerto antes de lo debido. Me apresuré a hacerlo, lo admito, pero, para empezar, su corazón no arrancaba. Solo que dejé de intentarlo… después de que supe quién era.

Se aleja ligeramente y cada centímetro de distancia hiela la sangre en mis venas.

—¿Me estás diciendo que podías haber salvado a este hombre y no lo hiciste?

«Sí.»

Quiero gritar la palabra, pero no puedo. Abro la boca y no sale más que un sollozo amargo. Él entierra mi cabeza en su pecho y me abraza con fuerza mientras lloro. Me acaricia suavemente el pelo. Mis lágrimas no son por Caleb Donaghy. Son por Melanie y por nuestra vida, que, después de hoy, no volverá a ser la misma.

Al cabo de un rato, cuando logro volver a respirar, me alejo, dolorosamente consciente de que no se lo he contado todo. Pero algo en la forma en que Derreck me mira me dice que ya lo sabe. Debe de haberlo descubierto. Si no, me preguntaría por qué. Está sorprendido. Puedo notarlo en sus ojos abiertos de par en par, en las comisuras tensas y bajas de su boca. Duele mucho saber que lo he decepcionado.

—Esto podría acabar con los dos; con nuestras carreras, con la vida que hemos tenido. ¿Quién más lo sabe? —Su voz es grave, pero fría, objetiva. Es la versión clínica de un abogado. Un escalofrío me sacude hasta la médula.

Sacudo la cabeza enérgicamente.

—Nadie.

—¿Qué hay de la gente con la que operas? No son idiotas… ¿Sospechan algo?

Me llevo la mano a la boca y me la tapo brevemente antes de hablar. Pienso en el anestesista, el doctor Bolger, y en su odio hirviente hacia mí.

Puede que haya preguntas, pero mi… —Vuelvo a tartamudear lastimosamente. —Mi historial es intachable.

—Pero ¿dijiste que conocías a este hombre, a tu paciente? —Su voz es áspera, profesional, como si estuviera sentado en la sesión preparatoria de una declaración. Le agradezco esa lucidez.— ¿Hay alguien que pueda rastrear esa conexión?

—No.

—Bien. —Se levanta y empieza a pasear por el dormitorio.— Que las cosas sigan así. No desahogues tu alma con nadie. Nada de comentarios casuales en la cafetería del hospital, nada de responder a las preguntas de nadie, a menos que estés en un tribunal con un abogado junto a ti. —Se pasea un minuto más mientras contengo la respiración, temerosa de lo que va a ocurrir. Luego se detiene detrás de mi silla y me frota los hombros doloridos. Sus manos me transmiten calor.— Ven a la cama, cariño.

Ocho

Seis

«Derreck da buenos consejos. Totalmente impracticables cuando se trata de la vida real en un hospital, pero buenos.»

Al menos, estaré mejor preparada el lunes, cuando vuelva al trabajo. No podré, simplemente, negarme a hablar del caso cuando alguien quiera hacerlo. Los hospitales no son comisarías de policía, donde puedas negarte a responder a cualquier pregunta antes de que tu abogado se reúna contigo en la lúgubre y maloliente habitación de tres por tres, con paredes arañadas y muebles torcidos y manchados.

Las comisarías solo las he visto por televisión; jamás he estado en una. Espero no hacerlo nunca. Mi mente teje monstruos y pesadillas a partir de mis miedos mientras estoy sentada en el sofá, observando las llamas mortecinas de la chimenea y esperando a que Derreck termine de cargar el lavavajillas.

El ruido de los platos al traquetear es chirriante, molesto, pero no puedo decirle ni una palabra al respecto. No siento más que gratitud por el amor y la comprensión de mi marido, pero me gustaría que acabara ya con tanto jaleo; o que me dejara hacerlo en su lugar. Quizá, si yo controlara el ruido, me molestaría menos.

Me levanto y voy a la cocina, descalza sobre el frío suelo de baldosas.

—Déjame hacerlo, por favor. —Lo miro brevemente. Luego desvío la mirada, aún con miedo de enfrentarme a él, al daño que le he causado, al daño que he hecho.

—No, ya casi he terminado —responde, y me da un beso en la frente—. ¿Por qué no te duchas? Que sea una ducha larga; o bien, prepara el baño mientras yo acabo aquí. ¿Vale? ¿Qué me dices?

Cojo la copa que dejé sobre la mesa. Aún queda un centímetro de vino. Lo bebo. Está frío. Sabe raro, amargo, agrio. ¿Por qué la gente bebe esta bazofia? Hasta ayer, me gustaba el pinot gris. Quizá esta botella sea diferente.

—Tú primero —susurro, dolorosamente consciente de que no puedo discutir con él, deseando que no insista. No insiste. Tras un momento de silencio, perturbado únicamente por el ruido de los cubiertos cargados sin contemplaciones en el lavavajillas, respiro un poco más tranquila y vuelvo al sofá.

Me detengo frente a la chimenea, ansiosa de que el calor toque mi piel helada. Las llamas se han apagado y en el hogar solo quedan cenizas humeantes. Las brasas proyectan tonos anaranjados en el suelo, en las paredes blancas y en mis manos, cuando las acerco.

No queda leña junto a la chimenea. Hay un poco más en el garaje, pero no me apetece ir y no quiero pedirle a Derreck que vaya. No quiero que haga nada más por mí hoy. Descuelgo el atizador del soporte y remuevo las brasas hasta que surge una pequeña llama, y luego otra. Me acurruco en el sofá y, con un suspiro de satisfacción, disfruto del sonoro movimiento del agua en el lavavajillas.

Pronto no habrá más que silencio.

—No te quedes mucho por aquí, ¿vale? —dice Derreck de camino al dormitorio. Me dedica una sonrisa cariñosa, pero la tensión sigue ahí, en las dos líneas verticales que flanquean su nariz, en la firmeza de su mandíbula y la rigidez de sus hombros. Espero que la ducha elimine parte de esa tensión. Probablemente, el tiempo también ayude.

¿Por qué tenía que decírselo? Me sentí bien durante un minuto o dos, con un hombro donde llorar, con la sensación de ser apoyada y querida, pero ¿a qué precio?

Lo tranquilizo con un movimiento de cabeza y manteniendo por

un momento el contacto visual, y entonces vuelvo a concentrarme en las llamas. Es curioso que sigan ardiendo, frágiles, aunque persistentes, alzándose un par de centímetros o menos, cuando ya no les queda nada que quemar. Este fuego resiste, crepita, silba y da calor. Quizá la esperanza y la resistencia no son inventos del hombre; quién sabe si el fuego las descubrió mucho antes que nosotros, los mortales.

He decepcionado a todo el mundo. A mi familia. A mi equipo. Y, al quedarme en casa por orden expresa de M, también a mis pacientes, a quienes debía operar hoy y mañana. Y a los que operé ayer y anteayer, y a los que debo cuidar durante su recuperación. ¿Qué estarán pensando? Que los he abandonado en su momento más vulnerable. Y, sin embargo, es mejor que piensen así y que por ello me desprecien a que me recuerden que la gente puede morir en mi mesa de operaciones, bajo mi bisturí. Me lo acaban de recordar y aún no puedo aceptarlo. Es más, temo que llegue el día en que no me parezca tan devastador, en que me acostumbre, como dijo el doctor Seldon, después de diez o quince años más como cirujana. ¿Cómo podría acostumbrarme a ver morir a la gente? ¿Cómo podría imaginar un mundo así? ¿Cómo acostumbrarme a dar malas noticias a familias devastadas, a destrozar sus esperanzas con una sola palabra? Espero que esto nunca sea mejor, no para mí. La muerte no puede convertirse en una estadística. No en mi mesa de operaciones.

Porque hoy ha sido una circunstancia especial. Así es como nos referimos a los casos que no encajan en la norma, que no siguen las reglas; casos que desafían la lógica y los patrones y las expectativas. La muerte se ríe en mi cara para recordarme quién manda. Con qué rapidez puedo cambiar de bando.

Oigo que en el dormitorio de invitados se abre la puerta del cuarto de baño y, después, el crujido de las sábanas. Derreck ha

dejado la puerta del dormitorio entreabierta. Del interior sale una luz acogedora, promesa de calor, comodidad y paz.

Sin embargo, no me siento preparada. Inquieta y tensa, con la mandíbula apretada hasta el dolor, entro en el dormitorio y voy directamente al baño, sin decir una palabra. Al pasar, veo a Derreck, con el pecho desnudo fuera del edredón y las gafas de lectura de montura fina sobre la nariz. Está apoyado en las almohadas y lee una revista con mala cara. No me detengo a preguntarle qué periodista lo ha ofendido ni cómo lo ha hecho. Me apresuro a entrar en el húmedo cuarto de baño, cierro la puerta y me apoyo en ella un rato. Solo respiro.

Las lágrimas inundan mis ojos y un sollozo me desgarra el pecho. Para no hacer ningún sonido, me llevo la mano a la boca y abro el grifo. Mis hombros se agitan, casi en estado de shock. Antes de entrar en la ducha, mientras dejo caer la ropa al suelo, mis manos congeladas tiemblan. Bajo el chorro, nadie distinguirá lo dulce de lo salado, el agua de las lágrimas.

Agradezco la sensación de ardor en mi piel. Quisiera que limpiara mi mente tanto como mi cuerpo, pero no funciona. La tensión se acumula, feroz, cargada de sentimientos innombrables. Con los párpados cerrados, veo retazos de Melanie, de su cara. Se ríe de mí y me saca la lengua. Retazos de su cuerpo delgado y frágil, temblando y encogiéndose aquel día en el parque; de los hematomas y los cortes apenas cicatrizados; de su vergüenza llorosa y asustada.

Como si se tratara de una sentencia a trabajos forzados, me lavo con movimientos rápidos, aunque débiles. Espero terminar antes de que se agote toda mi energía. Al salir de la ducha, sigo temblando.

Me miro en el espejo como si fuera una desconocida. El cuerpo desnudo que veo en el reflejo empañado no parece el mío. Lo siento

lejano, extraño, entumecido. Sin dejar de mirarme, me envuelvo en una toalla grande y empiezo a secarme el pelo.

Cuando salgo del baño, unos minutos más tarde, ya me he lavado los dientes, me he secado el pelo y me lo he trenzado para la noche. Lo único que llevo puesto es un camisón de tirantes de seda blanca. Sigo tensa, con el calor de la ducha desapareciendo rápidamente, debilitándome.

Me detengo a los pies de la cama y miro a Derreck. Apenas reconoce mi presencia. El edredón le cubre el abdomen delgado y los pies cruzados a la altura de los tobillos. Mi esposo tiene la revista en el regazo y sus dedos se extienden sobre la portada. Está leyendo la edición de este mes de *Time,* y está claro que aún no está muy satisfecho con el contenido.

—Me pregunto a quién habría que besarle el culo para salir en la portada —dice sombrío y chasquea la uña contra el marco rojo de la cubierta.

Por un instante, agradezco que su mente no esté en el mismo lugar que la mía. Permanezco de pie a los pies de la cama, a la espera de no sé bien qué. La tensión de mi cuerpo empieza a desplegarse, exigente, anhelante. Poco a poco, insegura y con dedos temblorosos, suelto el tirante derecho de mi camisón.

Quizá intrigado por el silencio, Derreck levanta la vista hacia mí. En sus pupilas brilla un destello indescifrable. La revista cae al suelo con un suave crujido y las gafas van a parar a la mesilla de noche.

El segundo tirante se desliza por mi hombro izquierdo, empujado lentamente hacia un lado, mientras miro a mi marido a los ojos, dispuesta a parar si no me quisiera. Pero él no duda. Me espera pacientemente, con los ojos ardiendo de deseo. El camisón de seda cae al suelo, aunque sigo de pie, desnuda, perfectamente quieta y en silencio. Necesito esto desesperadamente. Necesito sentirme

viva, inmersa en el momento, descansar de mis pensamientos oscuros y simplemente vivir.

Inclina ligeramente la cabeza y mueve las sábanas. Me invita a la cama. Niego lentamente con la cabeza. Miro el suelo, a mis pies, el bulto de seda blanca y arrugada. Incluso sin mirarlo, me doy cuenta de que él frunce el ceño, porque ya debe de saber lo que necesito.

Miro la silla donde ha dejado la ropa. Mis ojos se detienen en el cinturón enganchado en sus pantalones, en la elegante hebilla de plata que cuelga a un lado. ¿Cómo puedo pedirle a él, al hombre más amable que he conocido, que haga lo que necesito? ¿Cómo puedo decirle que compré ese cinturón para él porque sabía que algún día querría que cortara mi carne y magullara mis muslos? Eso es lo que necesito: el dolor intenso y la sensación de ser dominada, para no olvidar jamás lo que eso podría sentirse. Hoy, más que nunca.

Trago saliva y, vacilante, cojo el cinturón. Tiro de él y lo doblo en mi mano. Luego lo dejo suavemente a su lado y retrocedo hasta los pies de la cama. Espero. La tensión, insoportable, atenaza mi cuerpo.

Algo oscurece sus ojos. No me pregunta por qué; y sé que no le gusta lo que le estoy pidiendo, pero, aun así, está dispuesto a hacerlo. Cuando por fin coge el cinturón, respiro hondo y me acerco, ansiosa y deseosa de lo que está por venir.

—¿Cuántos? —susurra.

—Seis.

Nueve

Visita

Hace un par de días que he vuelto al trabajo. Desde el lunes por la mañana, me vi inmediatamente arrastrada, una vez más, por el despiadado ritmo de la vida en el hospital. No me da mucho tiempo para pensar, y se lo agradezco.

Sin embargo, las pesadillas persisten. Me estremezco con cada coche de policía que se cruza en mi camino. Hay una inminente sensación de fatalidad de la que no puedo deshacerme. Al principio, me costaba mantener la mente despejada sobre lo sucedido, me descubría obsesionada por la muerte de Caleb Donaghy. Mientras tanto, M, la directora del hospital, me ha puesto de segundo violín en una serie de cirugías; «para volver a la acción», según sus propias palabras. Me ha enviado con el doctor Seldon a hacer un par de baipases, y con el jefe de personal del departamento de cirugía cardiotorácica, el doctor Fitzpatrick, a reparar una válvula mitral.

Por extraño que parezca, ambos médicos estuvieron muy dispuestos a hacerse a un lado y dejarme operar. Creo que me estaban supervisando; de hecho, probablemente ambos cirujanos veteranos querían comprobar que yo estaba preparada para reanudar mis actividades normales tras el incidente de Caleb Donaghy.

«El accidente»… Así es como todos lo llaman. No fue un accidente, eso es seguro. Un accidente es cuando alguien sufre un ataque al corazón en el cine local, durante una película. Un accidente es cuando se va la luz durante una tormenta. Pero no los corrijo, no tendría sentido, y sería un error estratégico. Podría delatarlo todo.

Ambos médicos deben de haber dado el visto bueno a mi

capacidad profesional, porque hoy, miércoles, casi a las ocho de la mañana, Madison me trae una taza de café caliente y la agenda del día para que la revise. Tengo una operación.

Con una mirada de agradecimiento, le quito la taza de la mano y la dejo sobre el escritorio, en un posavasos caliente que siempre está enchufado.

—Gracias, Maddie.

Mi ayudante da la impresión de estar un poco cansada. Su maquillaje, que parece puesto con prisa, no logra cubrir su palidez. No le hago preguntas; no debería sentirse obligada a compartir lo que no quiere.

En lugar de eso, centro mi atención en los coloridos impresos que despliega delante de mí.

—Ayer no hubo tiempo de hacer grandes preparaciones, así que hoy solo tienes un procedimiento: un *stent* coronario en un no fumador de cuarenta años, paciente del doctor Seldon. Eso es a las dos. Tienes tres consultas, una tras otra, a partir de las nueve, y luego sesiones de preparación con el equipo para las cirugías de mañana.

Frunzo el ceño al reconocer los nombres en la agenda impresa. Ayer conocí a los dos pacientes. Uno de ellos necesita el mismo procedimiento que Caleb Donaghy.

—Mañana tendremos a la señora Heimbach para que le cambies la válvula mitral. —Madison sigue revisando la agenda conmigo, imperturbable. Es el punto de partida de cada día.— Luego tenemos al señor Molinari para su triple A.

«Ah.» La miro rápidamente y sonríe con torpeza. No lo llamó «aneurisma de aorta ascendente», ahora es un «triple A». Pero estoy hipersensible, aún verde, y le doy demasiadas vueltas a esto. Podría apostar una fortuna a que Madison ya había usado ese

acrónimo. Todos debemos haberlo hecho, aunque ahora mismo yo no esté segura de recordarlo. Es más corto, más fácil.

—Necesito treinta minutos más para preparar el triple A con el equipo, visto lo que pasó la última vez. Deberíamos discutir las preocupaciones de cada uno, en caso de que las tengan. —Tomo un sorbo de café. Me alegro de que sea fuerte y amargo, de que me dé un buen golpe.— ¿Quién es el anestesista?

Me estremezco, mientras ella rebusca entre sus papeles hasta encontrar el dato.

—El doctor Barrymore. —Me siento tan aliviada que podría abrazarla. Sonríe, como siempre, con su asombrosa capacidad para leerme el pensamiento. Pero, entonces, su tímida sonrisa desaparece y deja el lugar a una mirada de preocupación.— Probablemente no debería decirte esto, pero se rumorea que el doctor Bolger ha ido con M a pedirle que no vuelva a ser tu anestesista.

«¿Ahora?» No esperaba menos de Bolger. Aun así, la noticia me tiene agitada, ansiosa de nuevo. La sensación de fatalidad se aviva dentro de mí como una hoguera de leña seca. ¿Quién sabe lo que le habrá dicho a M? Respiro hondo y despacio, dispuesta a calmarme, y me recuerdo a mí misma que tampoco me gustaba trabajar con él, así que puede que haya una pequeña victoria en toda esta fealdad.

Madison lanza una rápida mirada a la puerta abierta del despacho.

—Lo siento, Anne —susurra—. Ya sabes lo capullo que puede llegar a ser; y sin esforzarse, siquiera.

Sonrío nerviosa.

—Estoy bien. No te preocupes por mí. —Me muerdo el labio inferior y pienso mucho. Me siento apurada por tomar una decisión, deseo desesperadamente que sea la correcta. —Podría llamar al doctor Seldon, no sé, a ver si puede encargarse mañana del señor Molinari. Quizá sea demasiado pronto para que el equipo trabaje en

otro aneurisma aórtico tan poco tiempo después de… —Lo que quiero decir se me atasca en la garganta.

Madison me toca el antebrazo, baja la voz y me dice:

—No desperdiciemos un favor. —La puerta de mi despacho sigue abierta y el pasillo está muy cerca.— ¿Qué tal si llamo a su ayudante? Antes de preguntar, veamos si es posible. Ella y yo podríamos ver los horarios.

Madison es maravillosa. Yo no sabía que una mujer de treinta y cuatro años podía ser tan sabia.

—Hazlo, ¿vale? —Echo un vistazo al reloj digital de pared. Faltan casi cuarenta minutos para mi primera consulta.— ¿Dónde está… mmm… Caleb Donaghy? ¿Se lo han llevado?

Me mira con el ceño fruncido y aprieta los labios en un reproche, probablemente descontenta con una creciente obsesión que no comprende.

—Todavía no —responde con un largo y doloroso suspiro—. Sigue en la morgue. He oído que van a hacerle la autopsia.

Me pongo de pie, miro de nuevo el reloj y pienso en lo que voy a hacer. Sé que está mal, pero no puedo contenerme. Tengo que mirarlo otra vez para asegurarme de que he visto lo que he visto. Solo una vez más.

—Voy abajo.

—Anne…

Paso junto a ella lo suficientemente rápido como para desalentar cualquier comentario, porque ya sé lo que diría si yo le diera la oportunidad. Para colmo, probablemente tendría razón en cada una de sus palabras.

Ya en el ascensor, pulso el botón del sótano. La cabina me lleva allí después de detenerse un par de veces. Otras personas han subido. Han bajado en el vestíbulo. He mantenido la cara vuelta por

si llegara a toparme con algún conocido, pero no ha sido así. «Pequeños milagros.»

El sótano, tenuemente iluminado, está sumido en el silencio. Siempre me he preguntado por qué los sótanos parecen tener una luz más débil que las demás plantas, cuando, en realidad, la necesitan más. Será cosa de los presupuestos y el coste de las bombillas.

La morgue está casi completamente vacía, con la única excepción de un joven ayudante que limpia tubos de ensayo en el lavabo de la pared del fondo. El aire es frío y seco, y el zumbido de los múltiples aparatos de refrigeración es lo bastante fuerte como para encubrir el sonido del agua corriente. Sin embargo, el ayudante percibe que he entrado en la morgue a través de las puertas batientes y se gira para mirarme.

Cierra el grifo y se seca las manos rápidamente con una pequeña toalla que cuelga de la pared. Luego da unos pasos hacia mí, sonriendo vacilante, y me doy cuenta de lo poco preparada que estoy para esto. ¿Qué le voy a decir? ¿Cómo le explico lo que he venido a hacer?

—Ah, es usted —dice por fin—, la «chica del corazón». —Dibuja unas comillas en el aire y sonríe.

Su comentario me desconcierta.

—¿Qué?

Su sonrisa amplia muestra unos dientes torcidos a los que no les vendrían mal unos *brackets.* Saca un teléfono del bolsillo.

—Le voy a enseñar. —Hojea varias imágenes y me muestra la pantalla, aunque me incomoda que la sostenga demasiado cerca de mi cara.— El cartel de la autopista. ¿Lo ha visto?

Claro que sí. Solía estar orgullosa, encantada de que yo, una cirujana que entonces tenía treinta y nueve años, hubiera sido elegida como el rostro de este prestigioso hospital para los carteles

publicitarios del departamento de cirugía cardiotorácica. Me sentí halagada y humilde al mismo tiempo. El doctor Seldon, o incluso el doctor Fitzpatrick, el jefe de personal, se lo merecían más que yo; aun así, me habían elegido a mí. Quizá porque soy mujer, me dije entonces, y los tiempos están cambiando. Derreck había dicho: «De los coches a los donuts, pasando por la cirugía, el sexo vende». Recuerdo haberle dado un puñetazo en el costado por ese comentario, puesto que yo me obstinaba en creer que era mi sagacidad profesional la que me había hecho merecedora del honor. Incluso se lo pregunté a M; así de segura estaba de mí misma. Ella me miró por encima de sus gafas, probablemente preguntándose cómo una idiota como yo podía ser una cirujana medio decente, y me dijo: «Tu impecable historial contribuye en gran medida al éxito de esta organización. Y no tiene nada de malo que también seas una rubia preciosa, de pelo largo y ondulado, ojos azules, pómulos prominentes y una figura para morirse». No recuerdo cómo reaccioné. Solo recuerdo que firmé el contrato al día siguiente, aturdida. Derreck estuvo insistiendo en que me lo había dicho, aunque después me animó a ver el lado bueno: el reconocimiento, el valor. La oportunidad.

Las vallas fueron instaladas hace año y medio. Hay cinco, muy grandes, visibles desde las autopistas más transitadas, así como desde la interestatal. Muestran a un paciente sonriente, de pelo blanco, tumbado en una cama de hospital y conectado a unos monitores. Yo aparezco a su lado, también sonriente, con una impecable bata blanca de laboratorio y los dedos formando un corazón delante de mi pecho. El eslogan, en letras azules, dice: «La vida. De nuestro corazón al tuyo». Debajo, en letra más pequeña, «Le presentamos a la doctora Anne Wiley, cirujana cardiotorácica del Hospital Universitario Joseph Lister».

Después de estarlas exhibiendo durante un año, la agencia de

publicidad hizo un análisis de los resultados y decidió mantenerlas sin cambios por un año más, por lo menos. Al parecer, la gente ha respondido favorablemente a mi imagen, al mensaje en sí. Mentiría si no admitiera que sentí un cosquilleo. Fui una estrella… Me sentí emocionada durante un tiempo. Luego me olvidé de todo.

Pero nunca había oído a nadie llamarme «la chica del corazón». No en mi cara. Esto es nuevo.

Sonrío al empleado de la morgue y doy un paso atrás.

—Claro, es solo que lo había olvidado, nada más.

—¡Voy a decirle a todo el mundo que la he conocido en persona! —Se pasea emocionado.— ¿En qué puedo ayudarla?

Mi sonrisa se desvanece. Sumerjo las manos en los bolsillos y me acerco a las estanterías refrigeradas donde se guardan los cadáveres.

—La semana pasada se me murió un paciente en el quirófano. Esperaba poder ver…

—No se hable más —anuncia alegremente, con un entusiasmo impropio del lugar en el que nos encontramos. Sin vacilar, abre una puerta y saca la estantería. Luego entrecierra los ojos para leer la etiqueta con el nombre—. Caleb Donaghy, ¿verdad? —Debe de saber de memoria dónde se aloja cada uno de sus huéspedes. O quizá su hotel está casi vacío.

Muevo la cabeza de arriba abajo y me acerco despacio mientras él descorre la sábana de la cabeza y el torso de Donaghy. Me estremezco al ver ese rostro conocido, pálido por el livor mortis, con una mancha de oporto aún más llamativa de lo que recordaba.

—Le daré algo de tiempo —dice. Camina hacia atrás, hacia el lavabo—. Pero no se sienta mal; no es culpa suya. Usted es nuestra chica del corazón y la queremos. —Con la mano abierta, se da dos golpecitos en el pecho y suelta una risita torpe. Luego reanuda la

limpieza de los tubos de ensayo bajo un chorro de agua caliente que deja en el aire un leve rastro de vapor.

Espero hasta ver que está lo suficientemente inmerso como para dejar de prestarme atención. Entonces saco mi teléfono y hago una foto de la cara del hombre. Hay poca luz y me tiembla ligeramente la mano, pero, después de dos o tres intentos fallidos, consigo hacer una foto decente. Donaghy no estará guardado en la morgue para siempre, disponible para que pueda visitarlo cada vez que empiece a flaquear mi cordura. O mi memoria.

Vuelvo a meterme el móvil en el bolsillo y me acerco a estudiar su mancha. Sí, es la misma que vi aquel día en el parque. Estoy ciento por ciento segura. La cara que observo empieza a transformarse en un recuerdo de cuando yo tenía catorce años y llevaba a mi hermana pequeña, de solo nueve, por Lincoln Park en dirección al zoológico. Estaba tan orgullosa de ella, tan feliz, que ahora me parece surrealista. Aún recuerdo cómo miraba a los transeúntes, intentando descubrir si notaban cuán guapa era Melanie, lo bonita que iba con su vestido rosa de volantes y la coleta cogida con cintas azules. Melanie cantaba emocionada una canción infantil de zoo, en voz alta y desafinada, riendo. Ella nunca había ido al zoológico, y yo me sentía orgullosa de que hubieran confiado en mí para llevarla sola, como una adulta.

Estábamos casi a las puertas cuando su voz se tambaleó y su mano apretó la mía con desesperación. De su pecho brotó un gemido mientras se escondía detrás de mis piernas, agarrada a la tela de mis vaqueros con la otra mano, apretándola con fiereza. Me di la vuelta, en un intento de mirarle a la cara, gritando su nombre, tratando de entender lo que estaba pasando. ¿Se había torcido el tobillo? Pero escondía la cara, suplicante, sollozando.

—Vámonos a casa —gritaba con la cara enterrada contra mi pierna, apenas unos instantes después de haber bramado la letra

improvisada de *Vamos al zoo.* Protesté, claro. ¿De repente le daban miedo los animales que aún no había visto? Yo estaba ahí para cuidarla, para mantenerla a salvo.

Me agaché a su lado y la abracé. Su delgado cuerpo temblaba en mis brazos, con los ojos muy abiertos por el miedo. Miraba fijamente a un hombre que estaba sentado en un banco del parque, a unos diez o quince metros de nosotras. En la frente sudorosa del tipo había una mancha de algo rojo. Yo entonces no sabía que era una marca de nacimiento, parcialmente oculta bajo el pelo, justo en el límite de sus entradas. Era una marca inolvidable; tan inusual y reconocible que su forma se grabó a fuego en mi memoria. El hombre tenía unos treinta y cinco años. Leía un periódico y no se percató de nuestra presencia. Llevaba unos manchados vaqueros de trabajador y una camisa a cuadros con los dos botones de arriba desabrochados. Por ahí se asomaba un poco de pecho velludo.

—No dejes que vuelva a lastimarme —susurró Melanie entre gemidos y lágrimas—. Por favor, no dejes que me lleve.

Le prometí que no lo dejaría volver a acercarse a ella y nos fuimos corriendo a casa. Ha sido una de las cosas más difíciles que he tenido que hacer nunca. Aún recuerdo las ganas que tenía de ir a ver a aquel hombre, de darle un puñetazo en la cara —yo, la adolescente delirante y temeraria a la vez— y de preguntarle qué le había hecho a mi dulce hermanita.

Pero yo ya lo sabía… Había visto las señales en el cuerpo de Melanie desde el primer día que llegó a casa.

Ya no necesito preguntarle qué le hizo. Solo necesito decirle algo.

—Tú la mataste, cabrón hijo de puta —susurro cerca de su oreja, con los dientes apretados, incapaz de contenerme—. Y ahora pagarás por ello. Espero que te pudras en el infierno.

—Yo también hablo con ellos. —La voz me sobresalta. Me alejo del cadáver y miro al asistente. Parece tan jovial como cuando recién

entré. Se queda a unos pasos de distancia, probablemente fuera del alcance de mis oídos.— No todo el tiempo; solo a veces, cuando estoy aburrido… Se encoge de hombros y sonríe con la boca torcida. —¿Lo necesita fuera más tiempo? Tenemos que mantenerlos fríos, ya sabe.

Sacudo la cabeza, lista para salir corriendo de allí. El corazón me late con rabia, desgarrado, dolorido, reviviendo aún fragmentos dolorosos de aquel día en el parque.

Lo que tenía que haber hecho en vez de irme a casa. Lo que tenía que haber dicho.

Quizá hoy seguiría viva.

Diez

Preguntas

Las tres consultas programadas para esa mañana se prolongan más de lo previsto. Dos de ellas son con pacientes de edad avanzada que, por encima de sus respectivos síntomas cardíacos, luchan contra un miedo atroz. El tercero, un varón más joven con un problema grave, es un cínico negacionista que se burla de todo lo relacionado con la muerte y me asegura que ya ha vivido lo suficiente.

Sin embargo, ha estado allí, esperando más de una hora para una consulta que, según aseveraba con bravura, no necesitaba.

Cuando vuelvo a mi despacho, encuentro una taza de infusión de manzanilla en el posavasos caliente. A un lado está el expediente que le he pedido a Madison, meticulosamente colocado sobre mi mesa, pero no hay ninguna nota adhesiva como las que suele haber, con detalles tales como la fecha de la cirugía y el número de habitación. Esta vez no la necesito.

Me siento y abro la carpeta roja. Sé lo que me espera. Le he pedido que reuniera todo lo que tenemos sobre Caleb Donaghy: resultados de pruebas, imágenes, evaluaciones…, todo el archivo. Quiero una copia para mí, algo que pueda volver a revisar cuando las cosas se calmen un poco. Pero falta algo. Saco mi teléfono y elijo la mejor de las fotos que tomé en la morgue. Con un toque en la pantalla, la envío a la impresora a color.

Madison llega a la impresora antes que yo. Coge la hoja de la bandeja y la mira por un instante. Luego me mira a mí con una expresión interrogante y de desaprobación. No puedo explicarle nada. Es mejor que piense que exagero con lo de la muerte del paciente.

Cuando vuelvo a sentarme, coloca la fotografía sobre el expediente abierto. Luego apoya las manos en mi mesa y me mira directamente a los ojos.

—Le pasa a todo el mundo, Anne. ¿Por qué no puedes olvidarlo? No es saludable.

Miro fijamente su rostro y un escalofrío recorre mis venas. «Donaghy está muerto. Lo hecho hecho está.» Cierro la carpeta roja lentamente y dejo la foto encima de los resultados clínicos.

Madison tiende una mano, a la espera de que le entregue la carpeta. Su trabajo es archivar los documentos cuando los pacientes han sido dados de alta o, en este caso, después de su muerte.

Pero no puedo dejar ir esto. Todavía no.

Pongo la mano encima del expediente, como protegiéndolo.

—Lo necesitaré para la revisión formal.

Me mira con una ceja levantada, a punto de decir que me deje de patrañas. En vez de hablar, apoya las manos en las caderas y suspira.

—Tienes pacientes vivos de los que preocuparte. Vas a volver al quirófano a las dos. Apenas te queda tiempo para almorzar algo y prepararte para la intervención. —Mira la carpeta roja con desdén.— ¿Necesito decir algo más?

No me hace falta almorzar y estoy lista para entrar en ese quirófano a la hora programada. Una pizca de rabia me acelera el pulso. Lo único que necesito es un poco de paz, no que me hablen como si tuviera cinco años.

Ella se percata de que ha estado aquí más de la cuenta y sale. Abro de nuevo el archivo, aliviada, aunque todavía un poco enfadada por los interminables aspavientos de Madison, y satisfago mi obsesiva necesidad de mirar fijamente la cara del hombre, sin apenas darme cuenta de que el teléfono suena a lo lejos.

Un momento después, Madison regresa. Se anuncia con

prudencia, dando un golpecito en la puerta de cristal que separa su despacho del mío.

Apenas me ha dado tiempo de cerrar la carpeta. Este gesto, apresurado y clandestino, me enfurece aún más. ¿Por qué me escondo de ella? ¿O es mi propio subconsciente el que me dice que no debería seguir mirando la cara muerta de Caleb? Levanto las manos sobre la carpeta roja y miro a mi ayudante con severidad.

—¿Sí, Madison?

—M quiere verte.

«Claro.» Aprieto los dientes, a pesar de que ya sabía, sin la menor duda, que esto iba a pasar.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Acaba de llamar.

No dice nada más y vuelve a su despacho. Echo un vistazo rápido a la carpeta roja, pensando si debería llevármela, pero decido no hacerlo. Cuando paso por delante de la mesa de Madison, la veo mecanografiando las notas del caso a su velocidad habitual de cincuenta palabras por minuto.

A la hora de comer, el hospital bulle de actividad. No tanto como a las ocho de la mañana, cuando las puertas giratorias arrojan hordas de nuevos pacientes al comenzar del día, pero, a mediodía, suele haber mucho tráfico en los pasillos. Me abro paso entre la gente y espero unos minutos a que llegue el ascensor. Lo cojo y bajo a la segunda planta, donde está el despacho de M, junto al departamento de facturación.

A diferencia de antes, camino con la cabeza erguida y las manos metidas despreocupadamente en los bolsillos de la bata.

El despacho desde donde M dirige el hospital está marcado con un sencillo rótulo que dice «Administración». Tengo que pasar por delante del escritorio de su ayudante antes de entrar. La ayudante me hace señas para que entre, pero me detengo y miro el interior

del despacho a través de los cristales. Las persianas de color madera están abiertas.

M está de pie, gesticulando. Mantiene una acalorada conversación con el doctor Fitzpatrick, el jefe de personal del departamento de cirugía cardiotorácica. Él es, en esencia, mi jefe. Es responsable de todo el personal médico de nuestro departamento. Si leo correctamente su lenguaje corporal, se está disculpando con M. Y ella parece encendida. Se pasea por el despacho con zapatos de tacón alto y un traje de negocios ajustado. Lleva la chaqueta abotonada lo justo para mostrar algo de escote, pero no demasiado. El pelo oscuro y rizado rebota en sus hombros. Sus movimientos son enérgicos, animados por ese entusiasmo que la ha hecho famosa.

Las paredes de cristal son gruesas y no capto ni una palabra de lo que se dice. Sé que la ayudante de M podría estar mirándome, así que llamo dos veces, abro la puerta y entro en el despacho.

—¿Querías verme?

—Sí —responde y, al instante, se vuelve hacia mí—. Pasa, únete a la fiesta. —Señala una mesa de centro rodeada de varios sillones pequeños. Se sienta y cruza las piernas, con lo que me indica lo que debo hacer. Su pie izquierdo rebota ligeramente en el aire. No muestra otro signo de impaciencia.

El doctor Fitzpatrick me echa una mirada rápida y se sienta. Opto por situarme frente a M. Un fuerte malestar se despliega en mis entrañas.

—Va a haber una inspección formal por el caso Donaghy —dice M. Su voz es áspera, pero nada fuera de lo normal. Pronuncia las palabras rápida y apasionadamente, como si tuviera prisa por decirlas—. Estoy segura de que lo esperabas, doctora Wiley.

—Sí. —Mis respuestas son cortas, como cuando no estoy segura de mí misma; tal como Derreck me ha enseñado.

—Es solo rutina —añade M, tranquilizadora, aunque eso me da

más miedo que si hubiera empezado a gritarme—. Ya conoces el procedimiento. —Frunzo el ceño, un poco confundida. No estoy dispuesta a asumir nada cuando se trata de M. Su pie rebota en el aire con impaciencia.— O quizá no, ya que es el primer paciente que pierdes.

Lo hace sonar como si no saber perder a la gente fuera algo malo. No le doy importancia y espero con paciencia.

—Déjame refrescarte la memoria —dice—. No hables de este caso con nadie; ni con la prensa ni con ningún familiar. Con nadie, excepto con quienes estamos en esta sala. —Pone las manos sobre el regazo y, mientras habla, cuenta con los dedos.— Si alguien viniera a hacer preguntas, mándalo con el abogado del hospital.

Asiento con la cabeza. Esto es lo último que necesito: que el abogado del hospital me taladre con preguntas que no quiero responder.

—Entendido.

—Muy bien, ya está —dice, y se levantan bruscamente. El doctor Fitzpatrick la sigue. Yo también. Él me sonríe débilmente, tranquilizador. Me aterra que piense que necesito una sonrisa tranquilizadora.

¿Qué es lo que no me han dicho?

¿Qué les habrá contado el doctor Bolger? Madison me ha dicho que el tipo ha hablado con M y que le ha pedido no volver a trabajar conmigo. Eso tiene que haber dañado mi carrera de algún modo. Definitivamente, ni el jefe de personal ni el administrador de un hospital querrían oír algo así sobre uno de sus cirujanos: que un anestesiólogo reputado diga que ya no quiere trabajar con ese equipo. «Pero ¿qué tan malo ha sido?»

En un segundo, todos mis temores se reavivan. He pasado el fin de semana reforzando mi autoestima, tranquilizada, en gran medida, por Derreck, que me ha dicho que todo saldrá bien mientras juegue

las cartas correctas y mantenga la boca cerrada. Pero ahora ya no sé nada. Quizá me han contado lo de la inspección para mantenerme ocupada y tranquila hasta que se les ocurra qué hacer conmigo, hasta saber cómo deshacerse de mí. O… hasta decidir si deberían denunciar el «incidente» a las autoridades. Querrán saber cómo hacerme arrestar sin dañar la reputación del hospital.

Porque eso es lo que le importa a M: su hospital. Se lo he oído decir varias veces. Los médicos van y vienen, los pacientes van y vienen, pero su hospital tiene que ser el mejor, y cualquiera que se meta con él terminará deseando haberse dedicado a ordeñar vacas.

—¿Alguna pregunta, doctora Wiley? —me dice.

No me había dado cuenta de que yo estaba congelada en mi sitio, procesando mi angustia.

—N… no —consigo articular, y camino a paso ligero hacia la salida del despacho. Me obligo a llevar la cabeza alta, con una expresión de calma en el rostro, aunque me estoy desmoronando por dentro.

Antes de salir, miro por encima del hombro y veo que la animada conversación entre mi jefe y su jefa continúa como si yo nunca hubiera estado allí.

El camino hasta mi oficina se me hace eterno, por más que mi paso sea rápido. Me apresuro entre la multitud de la hora de comer y murmuro un «disculpe» de vez en cuando. Cuando llego a mi despacho, me tiemblan las rodillas. Lo único que deseo es un poco de paz, ordenar mis pensamientos y convencerme de nuevo de que todo va a salir bien.

Pero lo que yo quiero no es siempre lo importante. Me espera una mujer. Está sentada en una de las dos sillas para visitantes que Madison tiene en su despacho, junto a la pared de cristal que da al pasillo. Tiene unos cuarenta años. Viste con elegancia un traje pantalón gris marengo, camisa de seda blanca y zapatos de tacón

negros de piel de cabritilla. Cuando entro en el despacho, se levanta rápidamente y coge un maletín con la mano izquierda. Me sigue hasta mi despacho antes de que Madison pueda detenerla.

—Paula Fuselier, de la Fiscalía del Estado —se anuncia. Su tarjeta de visita se materializa en mi escritorio.

Es ayudante del fiscal del Estado.

«Una fiscala.»

Mi sangre se congela. Esto está empezando y no estoy preparada.

Me giro hacia ella y meto las manos en los bolsillos, donde no pueda verlas temblar.

—¿En qué puedo ayudarla, señora Fuselier? —Mi voz suena fuerte y con la cantidad exacta de prisa. Estoy imitando a M lo mejor que puedo.

Sin esperar a que la invite, toma asiento frente a mi escritorio, coloca el maletín en su regazo y descorre las cerraduras. Pero no lo abre.

—Tenemos unas preguntas sobre un paciente suyo, un señor llamado Caleb Donaghy.

Permanezco de pie. Espero que lo vea como una señal de que no es bienvenida.

—¿Qué preguntas?

—¿Qué puede decirnos sobre su muerte?

Frunzo el ceño. Me viene a la cabeza el consejo de Derreck, seguido de cerca por la petición de M de no hablar con nadie.

Pero no puedo no hablar, no sin levantar sospechas.

—Para todos los pacientes que mueren durante la cirugía o inmediatamente después, hay un proceso de revisión formal. Se examina lo que salió mal y si la muerte podría haberse evitado o previsto —recito con calma, agradecida de haber tenido que instruir a residentes durante los últimos años. La información que estoy

dando no tiene nada que ver con Caleb Donaghy. No puede ser usada en mi contra, ni en un tribunal ni en ningún otro sitio. Prefiero no meter al abogado del hospital en esto.

Una sonrisa torcida se dibuja en los labios de la mujer.

—Está eludiendo mi pregunta, doctora.

Me acerco un paso a la puerta.

—Me temo que no tengo tiempo para esto. Tengo que ir a una cirugía. —Abro el despacho. Madison espera al otro lado de la puerta de cristal, dispuesta a acompañarla a la salida. Tiene las cejas fruncidas. Su boca tensa no augura nada bueno.

Lentamente, la fiscala cierra su maletín y se levanta. Antes de llegar a la puerta, se detiene y me mira fijamente.

—¿Conocía al señor Donaghy antes del jueves pasado?

Casi me atraganto.

—Sí. —Mi voz suena tranquila, decidida.— En realidad, lo vi dos veces. En la consulta inicial y, luego, en la visita preoperatoria. —Sonrío impaciente.— Por favor, tendrá que disculparme. Llego tarde.

—Aún tengo preguntas, doctora Wiley.

Su mirada se detiene en mi rostro durante un momento largo y tenso. Me sondea. Está a la caza del más mínimo respingo.

—No podemos dejar pacientes críticos bajo sedación por atender a gente a la que no le gusta concertar citas. Así que, lo siento. —Mis ojos se clavan en los suyos sin piedad. Lo que veo en ellos me asusta.

Determinación. Odio.

Por fin se mueve.

—Se pondrán en contacto con usted de mi oficina —dice por encima del hombro mientras se marcha.

Suelto la puerta, que gira hasta cerrarse y silenciar el mundo que me rodea, pero no mis pensamientos acelerados. Me agarro al borde

del escritorio para apoyarme. Estoy demasiado débil y temblorosa para mantenerme en pie.

Entonces Madison irrumpe. Viene lanzando miradas de reojo al concurrido pasillo por donde Paula Fuselier ha desaparecido.

—¿Qué demonios ha sido eso?

Once

Lecciones

No puedo responder a la pregunta de Madison. Si supiera la respuesta, probablemente se la compartiría. Por vida mía, no entiendo por qué la Fiscalía del Estado está investigando el caso de un paciente gravemente enfermo que ha muerto durante una cirugía. Esto no tiene sentido. En todas las cirugías hay algún grado de riesgo, de mortalidad operatoria, y no puedo recordar una sola ocasión en la que la Fiscalía del Estado se hubiera implicado.

Me abstengo de llamar a Derreck para ver si puede darme una explicación. Si la Fiscalía del Estado está haciendo preguntas, ¿quién sabe qué más podrían estar haciendo? A lo mejor hay micrófonos ocultos en mi despacho.

Me estoy volviendo loca. Me esperaba que la policía viniera a preguntarme cosas, pero ¿una fiscala?

Entonces miro el reloj digital de pared y me quedo paralizada. En menos de treinta minutos debo estar preparada para instalarle un *stent* coronario al paciente del doctor Seldon. Es imposible… Me tiemblan mucho las manos. De mala gana, suelto el escritorio y me examino la mano, como si nunca me la hubiera visto. El subidón de adrenalina ha hecho que los dedos me tiemblen; ligeramente, pero no hay duda de que me tiemblan. Mis músculos débiles me instan a sentarme, pero no puedo. No tengo tiempo.

—Revisa la agenda del doctor Seldon, averigua dónde está y mándame un mensaje con su ubicación —le digo a Madison mientras salgo corriendo de mi despacho. En primer lugar, voy al consultorio del doctor. Por suerte, está en la misma planta que el mío.

Su ayudante me dice que se está lavando y que puedo encontrarlo en el quirófano 5. En ese preciso instante, llega a mi

teléfono un mensaje de Madison con la misma información. Corro a trote ligero por los interminables pasillos que llevan a los quirófanos cardiotorácicos y lo encuentro, todavía fregándose en el lavabo, flanqueado por dos ayudantes.

Allí, de pie, mirándolo, con poco aliento y sudorosa, me quedo sin palabras. Esta operación de *stent* me la ha encargado el propio doctor Seldon. Me ha pedido un favor, y rara vez lo hace, así que accedí. Ahora no se me ocurre cómo pedirle que vuelva a sacarme del apuro.

Empieza a lavarse más lentamente en cuanto me ve. Debo de estar hecha un adefesio…, toda sonrojada, con el pelo suelto cayéndome sobre la cara y gotas de sudor cubriéndome la frente. Me mira con ojos críticos, pero hay un atisbo de simpatía en su mirada. Luego se concentra en sus uñas y reanuda su enérgico restregar.

Sabe lo que he venido a pedirle.

—Cielos, Anne… —Se enjuaga las manos bajo el chorro de agua y se las seca con toallas estériles que le entrega su enfermera.— Vale, haré el *stent* justo después de esto. No debería ser después de las cuatro.

Me mira de nuevo y me ahogo de vergüenza. Las lágrimas me queman los ojos. Bajo la cabeza para ocultarlas.

—Gracias —susurro.

Se da la vuelta para entrar en el quirófano, pero hace un alto y se vuelve de nuevo hacia mí. Esta vez, hay tristeza en sus ojos, y eso es lo que más me duele.

—Estás dejando que un corazón testarudo y cansado arruine tu carrera. Nuestros pacientes necesitan que seamos de fiar, que seamos diligentes, responsables y fuertes cuando más falta les hacemos. Eso es lo que significa ser un buen cirujano. Una mano firme y la cabeza despejada en las peores circunstancias. ¿Y si

estuvieras operando bajo fuego enemigo o tras una catástrofe natural?

Avergonzada, lo veo entrar en el quirófano. Me arrepiento de haber venido. Tiene razón. Debería haberme recompuesto y hacer mi trabajo, en lugar de correr a pedirle ayuda a mi mentor. Porque sé que *soy* esa cirujana, la fuerte, la que descuella, inquebrantable, pase lo que pase. Toda la gente que ha creído en mí, el doctor Seldon incluido, no puede estar equivocada.

También estoy profundamente dañada, rota por dentro, y esto está empezando a notarse.

La asistente del Doctor Seldon me mira con señales de desprecio en los ojos, dando golpecitos en una tableta.

—Entonces, tu compromiso de las dos pasa ahora al equipo del Doctor Seldon, aunque para la franja de las cuatro de la tarde, ¿vale? —Su voz es profesional, pero fría.

A través de las puertas de cristal, miro la espalda del Doctor Seldon, encorvado sobre el pecho de su paciente. Me enseñó algo mejor que esto.

—No —respondo tranquila, y miro la hora con el ceño fruncido—. Yo lo haré. Por favor, dale las gracias al doctor Seldon de mi parte, ¿quieres?

Sonríe. A nadie le gustan las largas horas ni los cambios inesperados en la programación de las operaciones.

—Entendido.

Mientras camino a paso ligero de vuelta a mi despacho, envío un mensaje a Madison para confirmarle que mi equipo debe estar lavándose, según lo previsto. Me responde de inmediato.

Pero, cuando doblo la esquina y veo mi despacho, me quedo paralizada, petrificada. Un policía espera frente a mi puerta, apoyado contra la pared. Está consultando su teléfono. Lleva el uniforme de la policía de Chicago, incluyendo el arma.

Parece que, después de todo, no haré la cirugía de *stent.* Se me ha acabado el tiempo.

No voy a quedarme aquí, mirando, aunque sienta que estoy a punto de desmayarme. Voy a arrostrar esto con dignidad.

Con paso firme y decidido, salvo la distancia hasta llegar al policía.

Él no reacciona hasta que estoy a menos de un metro. Es un tipo musculoso, corpulento, bien afeitado, incluido el cuero cabelludo. Las mangas de su camisa se tensan alrededor de sus bíceps. La radio que lleva en el cuello emite estática de vez en cuando.

—Soy la doctora Wiley —le digo, con la voz un poco estrangulada —. ¿Me está buscando?

Levanta la vista del teléfono y frunce el ceño.

—Me han dicho que espere aquí noticias sobre mi compañero. ¿Doble herida de bala en el pecho?

Lo miro fijamente, confundida, sin entender de qué herida de bala me está hablando. Tengo la mente atascada en mis propios hechos, no en los de otra persona. Pero entonces me doy cuenta de que él no está aquí por mí, y me invade una oleada de alivio.

Me aclaro la garganta y pregunto:

—No soy su cirujana, ¿verdad?

«Qué pregunta más idiota.»

Sus cejas levantadas coinciden con mi apreciación.

—N… no, es el doctor Fitz… algo.

—El doctor Fitzpatrick. Si quiere, mi asistente puede comprobar cómo está su compañero.

Me sigue al despacho de Madison con una sonrisa de agradecimiento. Un minuto más tarde, después de que Madison le hubiera indicado el lugar correcto, se ha ido. Su compañero lucha por su vida en el quirófano 3.

La operación de *stent* es un éxito y termina más rápido de lo

esperado. Me avergüenza reconocer lo aliviada que me siento, como si aún fuera una residente de primer año.

Poco más de una hora más tarde, estoy de vuelta en mi despacho, con una taza alta de café en mi calentador y una Madison obsesionada con el almuerzo que me salté.

Mientras va a la cafetería a ocuparse del asunto, recibo en el móvil una llamada de M. En menos de treinta segundos, me echa la bronca por no haberme puesto las pilas.

Alguien del equipo del doctor Seldon me ha delatado.

—No puedes vacilar sobre los procedimientos, doctora Wiley —me dice con su habitual ritmo de metralleta—. Haz tu trabajo tan bien como todos esperamos que lo hagas o no vengas a trabajar hasta que estés lista. Estos pacientes no son juguetes que puedas lanzarle a otro si no te apetece jugar.

—Va, lo entiendo —consigo decir en cuanto hace una pausa para tomar aliento.

—Tómate más tiempo libre, si lo necesitas; pero, cuando vuelvas a entrar por la puerta principal, quiero que tu mente esté en esto al cien por cien. ¿Está claro? —No tengo oportunidad de responder. —Bien —dice, y cuelga.

«Me lo merecía. Todo.»

No puedo dejar de pensar en lo que ha pasado desde que vi la mancha de Caleb Donaghy. Me siento al escritorio y bebo un sorbo de café. El líquido desciende caliente y amargo hasta el fondo de un estómago vacío y revuelto. Pero mi atención no está ahí. Mis ojos se fijan en la carpeta roja que contiene el historial médico de Donaghy.

La abro lentamente y miro con fijeza el rostro descolorido del hombre. No siento nada, ni arrepentimiento ni remordimiento. Donaghy era un monstruo y merecía morir. Pero ¿eso habrá cambiado las cosas mientras yo sostenía el bisturí cerca de su corazón? ¿De alguna manera presentía quién era?

Madison trae un poco de ensalada César y un tenedor envuelto en celofán. Le doy las gracias sin levantar los ojos de la carpeta. El número de paciente, en uno de los resultados de las pruebas, es la clave para encontrar las grabaciones de vídeo de la operación en nuestro servidor. Momentos después, mastico ensalada distraídamente mientras veo el procedimiento grabado desde múltiples ángulos, sincronizado con las constantes vitales del paciente.

Seguí el protocolo. Sé que lo hice. Hice todo según las reglas, hasta que vi su cara y lo reconocí.

¿Podría haber vivido? De haberlo operado otro cirujano, ¿Caleb Donaghy estaría vivo hoy? Miro el vídeo una y otra vez: desde que aparecí en la pantalla hasta que lo declaré muerto. Busco respuestas. No encuentro ninguna clara. O quizá las hay y, simplemente, no quiero admitirlo.

Podría haber vivido. Tal vez. Otro cirujano le habría inyectado epinefrina directamente en el corazón hasta devolverle el ritmo sinusal normal. Habría seguido con los masajes y los electrochoques un rato más, con tal de eliminar cualquier posibilidad de duda.

Entonces le habría devuelto la vida a un monstruo.

En cuanto supe quién era, yo ya no podía correr ese riesgo.

No me arrepiento de lo que he hecho. Estoy en paz conmigo misma, aunque petrificada por aquello en que esto me ha convertido:

Una asesina.

¿Para empezar, por qué su corazón no arrancó? Eso es lo que me está volviendo loca. De entrada, por qué tuve la posibilidad de declararlo muerto. Eso no debió haber ocurrido. Todo se hizo bien, y, aun así, el corazón se negó a latir. *Antes* de pasar al otro lado de la tela y ver quién era. *Antes* de darme cuenta de que ese corazón

pertenecía a un animal enfermo y perturbado que ya no merecía seguir respirando.

«¿Por qué?»

Dentro de mi despacho, la voz de Madison me devuelve a la realidad. Ha traído con ella a Lee Chen, y él no parece muy entusiasmado.

—Dile lo que me dijiste solo a mí —dice ella, sin soltarle el brazo, como si hubiera tenido que arrastrarlo hasta este lugar.

Lee parece indeciso. Tiene los ojos fruncidos y la cara pálida. Le sonrío, lo animo a hablar. Se lame los labios y se queda quieto un momento.

—Creo que deberías saber que hay una fiscala merodeando por los pasillos, haciendo todo tipo de preguntas. Al parecer, sabe muchas cosas. No he dicho ni una palabra, te lo juro.

Doce

Servicio en la habitación

—Oh, señor alcalde, se ha acordado —susurró Paula. Cogió la copa de supuesto champán que le ofrecían.

La botella, ahora abandonada sobre la mesa de mármol negro, era de su marca favorita: Martini Asti.

—Claro que sí. —Las copas tintinearon en el aire. Ella se acercó al hombre y depositó un largo beso en sus labios.— El vino barato no me es ajeno, ya sabes. —Rio.

Ella se apartó y le dirigió una mirada larga y burlona.

—¿Acaso lo conozco, señor alcalde? Yo creía que usted tenía dinero. Mucho. —Ella lo había investigado y conocía sus antecedentes, pero él no tenía por qué saber eso.

Definitivamente, no escatimaba en hoteles para pasar las tardes juntos. Esta vez era el LondonHouse, en el último piso, con una vista impresionante del río y sus numerosos puentes. A ella, nada le gustaba más que permanecer desnuda junto al cristal, con solo un fino velo blanco entre su cuerpo y los cientos de ventanas de las torres al otro lado del río. Esa era su visión de un vestido de novia: un velo blanco perfecto, sin nada más debajo. Pero Paula no ansiaba casarse, como otras jóvenes. Había tenido oportunidades; un par de ellas, buenas. A los treinta y nueve años, no se arrepentía de haber dicho que no. Seguía siendo la dueña de su propio juego, libre para perseguir sus metas profesionales y tener aventuras y hacer lo que le viniera en gana. Le habría gustado tener una hija, pero no se veía a sí misma trayendo al mundo un alma vulnerable. Demasiado bien sabía que bastaba un fallo del destino, un estúpido accidente o una enfermedad imprevista para dejarla sola, a merced de extraños. No era un riesgo que estuviera dispuesta a correr.

Bebió otro sorbo de su vino espumoso favorito.

—No me digas que ya lo habías probado. Creía que solo te gustaban los grandes vinos del mundo.

Él se encogió de hombros. La sonrisa incómoda de sus labios no le llegaba hasta los ojos.

—No soy tan rico como me gustaría. —Una sombra oscureció sus ojos.— Sí, ya había tomado Asti, y no está tan mal. —Se unió a ella junto al cristal; sin preocuparse, aparentemente, por dejar su desnudez expuesta en la ventana del suelo al techo.— Esta ciudad podría ser nuestra —dijo, y rodeó con los brazos el cuerpo de Paula.

—Esta ciudad *será* nuestra, señor alcalde. —Al decirlo así, con él a su lado y mirando el río, parecía verdad. Era posible. Alcanzable.

—¿Quieres más? —susurró él, mordisqueándole la oreja.

Ella levantó la copa, haciendo como que no había entendido el verdadero significado de la pregunta. Le encantaban esos juegos de doble sentido.

—Claro, lléname esto.

Las manos del hombre se cerraron alrededor de la cintura de Paula.

—Con mucho gusto. —Sonrió, la levantó y la llevó a la cama. La copa vacía cayó al suelo y rodó silenciosamente sobre la gruesa alfombra de felpa.

Ella lo contempló de pies a cabeza y se relamió.

—Me muero de hambre. —Cogió su copa de champán y la llenó con lo que quedaba del vino espumoso en la botella.— Yo también tengo sed.

—Me vuelves loco, mujer —susurró él, mirando, con inconfundible lujuria, el cuerpo desnudo extendido sobre las sábanas de satén—. No me sacio de ti.

Paula bebió un sorbo de champán y sonrió, con la dosis justa de tristeza en los ojos.

—Lástima que no pueda quedarme mucho más tiempo —se quejó. —Le tendió la copa, pero él negó con la cabeza. Ahí estaba, de vuelta, la sombra que antes oscurecía sus ojos.— ¿Por qué no la dejas? —dijo. Sabía que esa pregunta debía hacerse más pronto que tarde. Quería que él dejara a su mujer. No…, *necesitaba* que la dejara. Este era el momento oportuno para cuestionarlo, seguramente, mientras el hombre miraba fijamente aquello de lo que habría de despedirse sin haberse saciado.

La pregunta lo hizo apartarse bruscamente.

—Sabes que no puedo. Eso acabaría con mis posibilidades de llegar a la alcaldía. Un divorcio o un escándalo me llevarían al paro. —Su voz sonaba débil, poco convencida. Tenía que haber algo más que lo estuviera reteniendo.

—¿Me estás diciendo la verdad, Derreck? —susurró ella.

Él la miró brevemente antes de apartar la vista.

—Cuando haya ganado las elecciones, seré todo tuyo, Paula, si quieres tenerme. Seré libre de hacer lo que yo quiera.

«Mentiroso.»

Reconocía a uno desde que lo oía hablar. Derreck no era mejor que las hordas de culpables y sospechosos de asesinato que había interrogado en el estrado. Todos los culpables mienten igual.

Él movió la mano para cubrirse el torso con la sábana y un rayo del sol poniente brilló en su alianza. Paula tocó el anillo por un instante; él lo apartó.

Usaba la maldita cosa en la cama hasta cuando estaba con ella.

—Siempre me he preguntado cómo acabaste viviendo en la casa de la infancia de tu mujer, con su madre. No debe ser fácil.

—Me has investigado, ¿eh? —Frunció el ceño.— No podría culparte. —Se volvió hacia ella, le puso la mano en la pierna y apretó suavemente.— Créeme, no fue mi primera elección. Vivimos allí porque Anne está unida a esa casa, a su madre. Así es más fácil.

Está cerca del hospital, de mi despacho. Pero ¿por qué estamos hablando de ella? —Movió la mano hacia el norte, lentamente, sembrando calor en el abdomen de Paula.

—Porque no quiero dormir sola esta noche —respondió ella con frialdad. Su voz era un susurro tenue con un matiz amenazador—. Por lo visto, no te importa. —Desvió la mirada hacia el ventanal, donde el crepúsculo empezaba a envolver la ciudad en una miríada de luces.— Tengo que irme. Se sentó a un lado de la cama, de espaldas a él.

—Hoy puedo quedarme hasta tarde. —Esas palabras brotaron en un instante, con la voz teñida de urgencia.— Anne ha tenido algunos problemas en el hospital. No estará en casa por un tiempo.

Ella, con un silencio de unos segundos, le transmitió un mensaje de gravedad.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó.

Un suspiro frustrado salió del pecho de Derreck.

—Ya te lo he contado. Perdió un paciente. Un tipo murió en su mesa de operaciones. Nada de lo que debas preocuparte.

—¿No afectará tu carrera, sea lo que sea por lo que está pasando tu mujer? Si los medios…

Se miraba las manos.

—No, nada de eso. Los cirujanos lo pasan mal cuando sus pacientes mueren, eso es todo. Pero pasa todo el tiempo.

En ese momento, a Paula se le ocurrió algo: el probable motivo por el que él nunca dejaría a su mujer. La rica debía de ser ella, émula de un padre adinerado. Derreck no era rico por sus propios medios, sino por haberse casado con ella. Por eso estaba acostumbrado a los vinos baratos. Por eso estaba dispuesto a vivir con su suegra.

—¿Quién era el paciente? —preguntó Paula con indiferencia, aunque ya lo sabía muy bien—. ¿Alguien a quien ella conocía, o…?

Un encogimiento en uno de los hombros advirtió a Paula de que Derreck estaba a punto de volver a mentir.

—Un paciente, no lo sé. Pero puedo quedarme, si quieres. Tenemos la habitación hasta mañana.

Esa afirmación merecía una sonrisa. Ella se acercó un poco más y le pasó la uña por el pecho.

—¿Puedes quedarte hasta mañana? —preguntó con una voz cargada de promesas.

Él le cogió la mano, con lo que puso fin al viaje descendente, y se la llevó a los labios.

—Puedo quedarme hasta la noche. Hasta las once, como muy tarde. Mañana tengo un día duro.

—Ah. —Paula se levantó y entró en el cuarto de baño, envuelta en una sábana sedosa. Cerró la puerta y se miró en el espejo. Su sonrisa se desvaneció en cuanto, con un roce, la sábana cayó al suelo sobre las baldosas negras hexagonales. —Maldita zorra —murmuró sin dejar de mirarse. Pensar en la esposa de su amante le hacía hervir la sangre. Siempre estaba ahí, entre ellos, incluso cuando yacían desnudos en la cama. El poder que esa mujer aún ejercía sobre Derreck alimentaba su rabia, una rabia que se desbordaba hasta engullirlo a él también. —Para usted, señor alcalde, no habrá más esta noche. No hasta que entienda sus prioridades.

Se echó agua fría en la cara y bebió del grifo saboreando la sensación refrescante después del champán. Ya era bastante malo querer volver corriendo a la cama y follarse a aquel hombre hasta dejarlo seco. Pero lo peor era que el tipo siguiera siendo leal a su mujer, por más que se tumbara desnudo con ella en camas de hoteles caros al menos una vez por semana. «Vaya lealtad…» Bueno, era un político. ¿Qué otra cosa podía esperarse de él?

Pero la mayoría de las personas, incluidos los políticos, pueden

ser adiestradas, y Derreck Bourke no tenía por qué ser una excepción, con todo y su carisma, sus ojos azules y su célebre éxito con las mujeres. Se lo podía entrenar a ser fiel y leal a la persona adecuada, aunque eso requiriera unos cuantos golpes de látigo.

Al salir del baño, Paula venía arrastrando la sábana por el suelo, con un brillo juguetón en los ojos, contoneando las caderas al andar. Lo encontró tumbado en la cama. El hombre tenía las manos bajo la cabeza, estaba listo. Solo que ella, como si no se hubiera dado cuenta de lo excitado que él estaba, se envolvió en la sábana y se dejó caer en el sillón junto a la ventana, a mirar el exterior.

—Que nos traigan unos aperitivos, ¿quieres? No podré quedarme mucho.

Derreck se sentó en el borde de la cama, visiblemente decepcionado, y llamó a recepción por el altavoz.

—Y otra botella de champán —pidió ella justo cuando en la recepción le cogieron la llamada. Lo escuchó dar instrucciones detalladas sobre la bebida.

Él colgó, sonriendo.

—¿Contenta?

Y ella se relamió.

—Ajá.

El Rooftop Lounge les traería una selección de sus mejores aperitivos: vieiras negras y ensalada de pulpo a la parrilla. A Derreck le gustaban los mariscos más de lo debido para un aspirante a alcalde de una ciudad sin mar.

Se levantó a coger su ropa, pero ella le hizo un gesto con el dedo.

—No. Todavía no. A menos que quieras que me vista yo también.

—Vienen del servicio de habitaciones.

Ella se encogió de hombros con indiferencia.

—Pues que vengan. Estoy dispuesta a apostar que ya han visto

gente desnuda.

Él rio entre dientes y se le acercó. Paula desvió la mirada hacia la vista panorámica de la ciudad.

—Yo también tengo problemas en el trabajo —dijo en voz baja, despacio, esperando a que él se implicara.

—¿Qué ha pasado? —Derreck se sentó en el suelo, a los pies de ella, sobre la sábana arrugada. Se apoyó en sus piernas y descansó la cabeza en el regazo de su amante. Vaya gesto abominable. Hacía que todo pareciera posible, doméstico. Como si él de verdad la quisiera, como si esta noche no fuera a volver con su mujer.

Apartó de sus pensamientos a la doctora Anne Wiley, la despampanante cirujana a quien acababa de conocer. El mero hecho de estar en la misma habitación que ella había hecho que Paula se sintiera pequeña y vana, fea, insignificante. Anne lo tenía todo: la fisonomía, la riqueza, el marido, el poder. «Maldita zorra.»

Se descubrió preguntándose por qué Anne Wiley no había adoptado el apellido Bourke. Probablemente porque Wiley seguía significando algo en el panorama médico de la ciudad. Ella estaba aprovechando al máximo esa herencia.

—Hay algo que me tiene desconcertada —dijo finalmente—. Un niño de once años presenció un tiroteo en el centro. Necesito que testifique, pero su padre no quiere. —Hizo una pausa y acarició lentamente el pelo de Derreck.— Es un padre soltero y está asustadísimo. Entiendo por qué.

—¿Lo dejarás pasar?

—¿Qué? ¿Y que el asesino quede libre? No puedo. Ojalá pudiera. Siempre he querido proteger los derechos de los desfavorecidos, con toda mi pasión. Por eso, este caso me desgarra por dentro.

Derreck se quedó mirándola.

—Lo sé —dijo—. Estás metida en demasiados programas de ayuda comunitaria y asistencia jurídica. Siempre me he preguntado

por qué te preocupas tanto. ¿Es algo personal? —Sonrió como un gato que viera aterrizar a un arrendajo azul.— ¿Esto tiene que ver con tu preferencia por el champán barato?

«Maldita sea…» Hacía demasiadas preguntas. Y sabía demasiado.

Se oyó un rápido golpe en la puerta y una voz masculina que anunciaba:

—Servicio de habitaciones.

—Mierda —murmuró Derreck. Se puso de pie en un salto y buscó algo con qué cubrirse. Cogió el edredón, pero era demasiado voluminoso.

Estaba tan nervioso que ella se rio.

—En el baño.

Él desapareció un momento y, enseguida, salió envuelto en un albornoz de rizo bordado con el logotipo del hotel. Abrió la puerta y firmó la comanda.

Para cuando la comida estuvo sobre el escritorio, él ya había olvidado la inoportuna pregunta de su amante.

Paula cogió una vieira, se la metió en la boca y la masticó lentamente, saboreando su exquisito sabor y textura.

—Ése es el dilema —dijo. Retomaba, sin detenerse, el hilo de sus pensamientos—. ¿Debo dejarlo pasar, aunque eso signifique volver a poner en la calle a un asesino? ¿O debo porfiar y obligar a este chico a testificar, pase lo que pase? —Esperó a que Derreck abriera la nueva botella y llenara las dos copas que venían con ella.— ¿Qué haría usted, señor alcalde? ¿Qué es lo mejor para sus ciudadanos?

Él vertía el líquido lentamente, con cuidado de no derramarlo.

—En situaciones como esta, la ley es clara. El testigo debe declarar. Si te preocupa su seguridad, puedes meterlo en el sistema de protección de testigos. Como es menor, su padre también entraría con él. Aquí no tienes ninguna opción real. Si te negaras a hacerlo, la fiscalía reasignaría el caso.

Paula pinchó un trozo de pulpo con el tenedor y lo probó. Era inesperadamente sabroso. Venía acompañado de una deliciosa salsa de mayonesa con hierbas y especias, una sinfonía de sabores y sensaciones.

—Supongo que no. Qué asco sentirme así de desgarrada por algo que realmente no puedo controlar. —Le lanzó una rápida mirada.— Me pregunto si Anne se está enfrentando a algo así. —Él se quedó confundido, visiblemente disgustado porque ella hubiera vuelto a mencionar a su mujer.— Ya sabes, ¿con lo de ese paciente que perdió?

Trece

A salvo

La casa está tranquila y en penumbra. Normalmente la prefiero así, siempre que me encuentro rehuyendo la luz y apartando de mi vida la brillantez. Hoy es diferente, como si invitara a las sombras a arrastrarse sobre mí, rezumando recuerdos y la trama del tiempo en una invasión lenta y aterradora. Mientras estuve en el despacho, dejé las persianas cerradas, a pesar de las suspicacias de Madison. Ahora, en casa, cuando está oscuro allá fuera, todo lo que tengo que hacer es no oponerme a la penumbra que prevalece al final de cada día.

Es miércoles, día de la partida semanal de bridge de mamá. Por la tarde ha ido a casa de su mejor amiga. Tenía intenciones de cancelar y pasar el tiempo conmigo, pero le aseguré que trabajaría hasta tarde.

No lo hice.

Quería la casa para mí sola. Derreck trabaja hasta tarde casi todos los días y rara vez llega antes de las siete. Hoy me ha mandado un mensaje para decirme que tiene que asistir a una reunión especial del comité electoral. Esas reuniones suelen durar hasta las nueve; incluso hasta más tarde, si no se ponen de acuerdo y tienen que debatir cada uno de los puntos del orden del día. Sinceramente, no entiendo cómo puede sobrellevar algo así.

Durante un rato, deambulo sin rumbo por el salón, pensando en la cena. Mi estómago no está en sintonía con mi sombrío estado de ánimo; me exige sustento después de que lo he desairado todo el día. Pero hacer la cena requiere esfuerzo, el tipo de esfuerzo que no estoy dispuesta a poner en algo tan intrascendente. La comida es

combustible. Lo único que necesito es una parada en boxes, no una experiencia lujosa.

Me van fetén unas cuantas galletas saladas untadas con mantequilla de cacahuete, comidas de pie entre la isla de la cocina y la nevera. No hace falta mucho para que la sensación de hambre en el estómago se convierta en náuseas. Vuelvo a enroscar el tapón del tarro de mantequilla de cacahuete y, de pasada, noto el fuerte sonido que hace, cómo resuena y reverbera contra las paredes. Guardo el tarro en la nevera y saco del estante de la puerta una botella de vino abierta. Es un pinot gris, uno de mis favoritos. Quizá haga su magia habitual y disuelva este nudo de la garganta. Vacío la botella en un vaso y frunzo el ceño cuando veo que este solo se ha llenado un tercio.

El primer sorbo me parece amargo y demasiado frío. De cualquier modo, me llevo el vaso al estudio. Es una habitación pequeña, decorada sobriamente con un viejo escritorio de nogal y una estantería a juego. Eran de mi padre. La alfombra persa en tonos burdeos y rojos está un poco desgastada y tiene algunas borlas deshilachadas. En esta habitación, todo fue elegido por él, tocado por él. Solo son míos el portátil y el chal blanco en el respaldo de la silla del siglo XX, hecha de cuero holandés con tachuelas.

Paso la mano por la superficie del escritorio, consciente de que él la tocó montones de veces. Solía sentarse a trabajar en esta silla todas las noches, a revisar los expedientes de los enfermos, a aprender, a enseñar. Su presencia sigue siendo intensa, humilde, reconfortante. Me habría gustado haber aprovechado el tiempo, cuando él estaba aquí, con nosotros, para preguntarle todo lo que quiero.

Siempre damos por hecho que tendremos tiempo.

Nunca lo tenemos. Cada día que vivimos lo tomamos prestado a

lo imprevisto.

Son tantas las preguntas que se han quedado sin respuesta. Preguntas sobre Melanie. Sobre el día que la trajimos a casa. Sobre lo que hice el día que murió. Él sabría qué decirme. Sin importar lo hirientes que pudieran ser, sus palabras curarían la herida de mi corazón. Tal vez me perdonaría, aunque yo no pueda perdonarme a mí misma.

Coloco el vaso de vino en el alféizar de la ventana y miro fuera un rato. Nuestra calle es un pequeño callejón sin salida, con muy poco tráfico nocturno. A lo lejos, la bulliciosa ciudad vive y prospera las veinticuatro horas del día, pero, desde donde estoy, lo único que veo es un cielo nocturno nublado que refleja las luces del centro. No se oye más que alguna sirena de policía ocasional por encima del bajo murmullo del tráfico pesado, silenciado por la distancia. Esas sirenas aún me provocan escalofríos.

El último sorbo de vino sabe mejor y me calienta un poco. Dejo el vaso vacío en el alféizar y me acerco a la estantería. Me agacho frente a ella, cojo con ambas manos la última fila de libros y tiro de ella hacia un lado, como si fuera la puerta de un armario. Es la tapa corredera de mi caja fuerte personal, disfrazada de dos filas de lomos de libros.

Me quedo mirando la caja fuerte un rato. Sé perfectamente lo que hay dentro y, aun así, necesito volver a verlo. La combinación es el día en que Melanie llegó a nuestra casa.

La puerta de la caja fuerte se abre y un leve olor a humedad inunda la habitación. Algunas cajas fuertes se humedecen por dentro, así que todos los papeles que se guardan ahí durante mucho tiempo tienen que estar sellados en sobres impermeables. Uno de esos sobres impermeables translúcidos está debajo de todo lo demás: la escritura de la casa y de las pocas joyas que poseo. Es de color azul claro. Cuando lo saco, siento en los dedos la superficie

suave y húmeda. Momentos después, el sobre está encima del escritorio. He apartado el portátil para hacerle sitio.

Los recuerdos se agolpan en mi mente mientras tomo asiento en la vieja silla holandesa, que gime en señal de protesta cuando la arrastro más cerca de la mesa. El sobre azul sigue cerrado. Vacilo. Yo ya estaba en el primer año de mi residencia en el Joseph Lister cuando por fin me armé de valor y empecé a buscar el historial de Melanie. La idea de encontrar respuestas se me había metido en la cabeza desde el primer día que tuve mi propia acreditación en el sistema informático del hospital, pero algo me retuvo durante unos meses. Encontrara lo que encontrara, ella seguiría desaparecida y nada la traería de vuelta. Dejar que prevaleciera mi curiosidad era casi una falta de respeto a su memoria y a la de mi padre; pero necesitaba saberlo. Tenía que estar segura…

Antes de que Melanie viviera con nosotros, todo lo que sabía de ella eran especulaciones o deducciones. Yo tenía una necesidad vital de certezas .

Después de esperar unos meses, escindida entre lo que sentía que debía hacer y mi conciencia, empecé a investigar. Si nadie me estaba vigilando, cada vez que tenía acceso al ordenador rebuscaba en los historiales médicos archivados. Encontré muy poco: registros de vacunación, principalmente, bajo el nombre de Melanie Wiley. Nada más. No era ninguna sorpresa, teniendo en cuenta que mi padre era médico y nos atendía en casa cuando nos enfermábamos.

Pero ¿cómo se llamaba antes de venir a vivir con nosotros?

Nunca lo supe.

Aún recuerdo el día que la trajimos a casa. Tenía nueve años. Yo tenía catorce, y estaba entusiasmada con la idea de tener una hermana. Un día, sin mucho aviso, mis padres me llevaron a conocerla y a traerla a casa. Supongo que el lugar que visitamos era un orfanato, porque allí había otros niños, no solo Melanie. Era un

edificio decrépito que olía a moho. El patio era inhóspito. Solo había restos de hierba aquí y allá, dispareja y sucia de barro. Por una ventana equipada con un ventilador, llegaba el olor a macarrones con queso y aceite de cocina en mal estado. Era nauseabundo.

Habían devuelto a Melanie al sistema después de que escapara de la casa de acogida. Dos veces. Era una niña asustadiza, con el pelo largo y castaño apelmazado, la cara y las manos sucias. Tenía unos ojos grandes y redondos que, de algún modo, me atravesaban el alma, porque al instante comprendí sus deseos y sus temores. Charlé con ella y jugué un rato mientras mis padres estaban ocupados hablando con otros adultos. Estarían ultimando el papeleo de la adopción. Eso supongo.

Cuando nos disponíamos a marcharnos, Melanie empezó a llorar histéricamente. Quería soltarse de la mano de mi padre; le rogaba que la dejara marchar. Yo le cogí la otra mano y, entonces, dejó de llorar. Se aferró a mis dedos con una fuerza inusitada, aunque no dejaba de mirar hacia atrás, hacia el patio lleno de niños, como si no quisiera abandonar aquel lugar tan horrible. Gimoteó en silencio durante todo el trayecto de vuelta a casa. En el asiento trasero del coche de mi padre, seguía agarrada de mi mano con fuerza. De vez en cuando se limpiaba los ojos con el dobladillo de su falda fruncida de lunares, una de las prendas más feas que yo había visto nunca. Estaba manchada de suciedad de la calle, de comida derramada; y la camisa blanca no estaba más limpia. Parecía ropa de segunda mano, demasiado usada y deshilachada para haber pertenecido a una sola hija. Pero no me importaba; sabía que mis padres la mimarían como lo habían hecho conmigo. Se asegurarían de que mi nueva hermana tuviera todo lo necesario.

Cuando llegamos a casa, le solté brevemente la mano para abrir la puerta del coche. Empezó a sollozar de nuevo. Se agarró a mi antebrazo con ambas manos, rogándome que me quedara con ella.

Y eso hice, en mi infinita ingenuidad, feliz de que se hubiera atado a mí, sin comprender lo que realmente estaba ocurriendo. Tomé su mano entre las mías, miré fijamente aquellos ojos grandes y llorosos y le prometí que jamás la abandonaría. Lo juré por mi vida.

Ella me creyó.

Silenciosa y sumisa, me siguió fuera del coche. Su falda de volantes se enredó en la hebilla del cinturón de seguridad y dejó sus piernas al descubierto. Me quedé mirándolas. Luego miré a mi madre; su sonrisa había desaparecido, estaba blanca como un papel. Mi padre soltó un taco entre dientes, cosa que rara vez hacía. Entonces mamá soltó mi mano de la de Melanie y se agachó a su lado. Con unas sentidas palabras, le dio la bienvenida a nuestra familia, a nuestro hogar. Le prometió que siempre estaría a salvo y que nunca le pasaría nada malo. Luego se llevó a mi pequeña hermana para bañarla.

Yo había pensado, al principio, que tenía las piernas sucias, pero luego supe que estaban muy magulladas. Como si alguien la hubiera golpeado en lugares que no se veían, debajo de la ropa.

Llevamos a Melanie a su nueva habitación. Al principio estaba encantada; lo tocaba todo: las sábanas lisas, los peluches que había esparcidos por todas partes, las alegres cortinas que colgaban de la ventana. Hundió la cara en las sábanas, aspiró y dijo que olían a princesas de cuento.

Luego se enteró de que dormiría sola en esa habitación y volvió a romper en llanto. No la entendí entonces; ahora sí. Instintivamente, supe qué hacer: le enseñé mi habitación, justo al lado de la suya, y le pregunté si quería dormir un rato con su nueva hermana. Seguía asustada, pero aceptó con entusiasmo.

Esa noche dormimos juntas en mi habitación. Melanie quería que su preciosa cama nueva permaneciera intacta el mayor tiempo posible. Era así de graciosa, siempre reacia a tocar las cosas bonitas,

como si no se las mereciera; como si su tacto pudiera ensuciarlas o degradarlas irreparablemente.

Eran signos reveladores de una niña muy dañada.

Ya se había quedado profundamente dormida, acurrucada contra mí, cuando empecé a oír los sollozos de mi madre al otro lado de la pared.

Hasta esa noche, nunca la había oído llorar, excepto cuando murió la abuela. Mi madre estaba aterrorizada. Sus sollozos apagados se mezclaban con susurros tensos. Hablaba con papá de algo que le hacía pedazos el corazón. No discutían… Sus voces no eran altas, no estaban enfadados; pero algo terrible estaba pasando y yo no sabía qué.

En mi juvenil ignorancia, tenía miedo de que a mamá no le hubiera gustado Melanie y que quisieran llevarla de nuevo a aquel lugar espantoso. En vez de hablarlo con ellos, me callé y viví durante un tiempo con un miedo ridículo. En retrospectiva, para mis catorce años de entonces, era muy ingenua. Mis padres habían hecho todo lo posible por protegerme de los horrores de este mundo, pero al hacerlo, me dejaron desprevenida para comprender lo que estaba ocurriendo con mi nueva hermana.

Ahora sé más de los horrores de este mundo. Demasiado poco, demasiado tarde.

Quito el sello del sobre de plástico que he puesto encima del escritorio, extraigo la fina carpeta y la abro. La primera página se titula «Informe de autopsia».

En mi primer año de residencia, cuando por fin me puse a buscar en el hospital el historial de Melanie, no encontré nada relevante, pero no me detuve ahí. Para entonces, los dos se habían ido: Melanie y mi padre. Yo no me atrevía a hablar del tema y abrir las heridas de mamá. No quería preguntarle nada. El expediente de

adopción de Melanie no estaba disponible para consultarlo. Era otro callejón sin salida.

Busqué respuestas en otra parte.

La primera oportunidad llegó en mi segundo año como residente, durante mi rotación de cirugía general. Un detective de la policía de Chicago aterrizó en mi mesa de urgencias. Tenía una profunda herida en un brazo. La detención de un adicto a la metanfetamina armado con un machete se había complicado. Mientras lo cosía, le pregunté si los familiares tenían acceso a las autopsias. Me dijo que los registros eran técnicamente públicos, pero que, aun presentando una solicitud formal, el asunto podría llevar un tiempo. Me ofreció llamar al forense del condado de Cook. Se lo supliqué. Hizo la llamada allí mismo, desde la camilla, mientras yo le curaba la herida.

Unos días después, un mensajero me trajo una copia de la autopsia de Melanie.

No podía leer el informe de inmediato. Tuve que esperar a estar sola en casa para no disgustar a mamá. La primera vez que lo leí, me temblaban las manos, igual que ahora, mientras paso las páginas una tras otra. Cada una de las palabras de estas hojas está grabada para siempre en mi memoria, y, sin embargo, a veces lo vuelvo a leer. Como si fuera la tumba de Melanie, lo leo con la respiración entrecortada y los ojos llorosos.

Antigua fractura de costillas. Antigua fractura en espiral de la muñeca derecha. Miositis osificante traumática marcada en ambos muslos: tejido óseo desarrollado en el tejido blando tras lesiones traumáticas repetidas. Pequeñas puñaladas antiguas cicatrizadas en muslos y abdomen. Cicatrices de antiguas laceraciones vaginales.

Una apretada página mecanografiada que cuenta la historia de torturas y abusos de una niña inocente a manos del hombre que envié a la morgue: Caleb Donaghy.

Me sigue pareciendo demasiado poco, demasiado tarde. El tipo

debería haber sufrido más.

Una lágrima cae y mancha la última página del informe de la autopsia. Me apresuro a limpiarla, aunque no es la primera. Esta página apenas puede leerse después de tantas lágrimas que he derramado leyéndola.

No sé cuánto tiempo he pasado mirando esas páginas, como si de algún modo pudieran cambiar y mostrar de pronto una realidad distinta. Cuando el coche de mamá ilumina la ventana del estudio, me apresuro a guardar el informe de la autopsia, a cerrar el sobre de plástico y deslizarlo dentro de la caja fuerte. Pulso el botón y, con un pitido quedo, la caja fuerte está cerrada. Mientras mamá abre la puerta de la lavandería y entra en la cocina, yo deslizo las filas falsas de lomos de libros hasta ocultar todo. Entonces me apresuro a saludarla.

Hace tiempo que sé lo que ella y papá murmuraban aquella noche. Bueno, lo supongo… En realidad, no lo sé de cierto, porque ella nunca me lo ha contado y yo nunca se lo he preguntado; pero, al verla, la abrazo muy fuerte y no quiero soltarla. Me gustaría poder decirle lo que he hecho.

—Hola, mamá —susurro, con la cara hundida en su pelo. Su perfume llena mis fosas nasales de calidez, amor y familiaridad.

Al final, se aparta y me mira recelosa.

—Hola, cariño, ¿está todo bien?

Me callo, incapaz de responder a su sencilla pregunta.

Melanie solo tenía nueve años cuando se convirtió en mi hermana pequeña.

Cinco años después, se había ido.

Catorce

Problema

Hay algo que se me ha quedado grabado en la cabeza mientras hago la ronda matutina. Anoche dejé el vaso de vino vacío en el alféizar de la ventana del estudio. Por alguna razón, este pequeño hecho irrelevante se niega a perderse en el olvido, como si, de alguna manera, fuera importante. Su persistencia es probablemente una respuesta al estrés.

Estoy cansada, y sí, me siento tensa, con los nervios a flor de piel.

Pasé una noche intranquila, dando vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño hasta que Derreck llegó a casa. Ya era más de medianoche. Entró de puntillas en el dormitorio, me dio un leve beso en la mejilla y me tapó con el edredón como se arropa a un niño. Me encanta cuando hace eso. Me hice la dormida, porque sabía que lo iba a hacer, hasta que empezó a desvestirse. Entonces lo saludé y, para que pudiera verme, encendí la lámpara de la mesilla. Ese gesto me valió otro beso. Olía fresco, increíblemente fresco después de un día tan largo. ¿Cómo lo hace? Algún día se lo preguntaré. Su aliento olía a vino, pero no me sorprende. Esas reuniones interminables suelen incluir cenas y copas a costa del candidato.

Debí habérselo preguntado anoche. Me desperté a las cuatro, sin poder dormir y haciéndome muchas preguntas. Seguro que es algo muy básico, como llevar un desodorante en el portafolio y usarlo cada vez que hace falta. Su marca favorita es Old Spice. A eso olía anoche: a vino y a Old Spice. Pero no intenté ahuyentar de mi cabeza la insensata preocupación. Era mejor permanecer despierta, obsesionada con el desodorante de Derreck, no con el vil corazón de Caleb Donaghy.

Ha pasado exactamente una semana desde que declaré muerto a ese monstruo. Desde entonces, hoy es mi primer día de horario completo. No obstante, mis rondas han sido ligeras. Llevo días sin trabajar de manera normal y ayer solo tuve una intervención: el *stent* coronario del paciente del doctor Seldon. Hoy tengo que reemplazar una válvula mitral. He reservado para eso la mayor parte de mi tiempo. No hay muchos pacientes que visitar por la mañana.

Encuentro al doctor Seldon en la habitación del paciente del *stent* coronario. Está auscultando su corazón con un estetoscopio digital mientras, en su teléfono, observa el ritmo. Me detengo en la puerta, un poco insegura, antes de entrar.

—Buenos días —le digo, alegre. La expresión «finge hasta que sea verdad» me viene a la mente cuando me oigo hablar. No culpo al doctor Seldon por hacerse cargo de su paciente después de la conversación que tuvimos ayer. Yo tampoco me fiaría de mí misma.

—Ah, doctora Wiley —dice el doctor Seldon. Se quita de las orejas los auriculares del estetoscopio y dobla el tubo hasta hacerlo caber en su bolsillo—. Estábamos hablando de ti. —El paciente sonríe y asiente.— Has hecho un gran trabajo con este joven. Vivirá lo suficiente para enterrarnos a los dos. —El doctor Seldon es un poco exagerado al animar a los pacientes, pero le funciona. No hay nada malo en que crean que tendrán una vida larga y saludable.

Paso unos minutos hablando con el paciente y escuchando sus latidos. El hormigueo en el pecho ha desaparecido y la respiración se ha normalizado. Le doy la mano y me voy, pero el doctor Seldon me alcanza antes de yo pueda entrar en la habitación de la señora Heimbach.

Me lleva a un lado, junto a la ventana, lejos del persistente tráfico de peatones. Baja la cabeza y habla en apenas algo más que un susurro.

—Extraoficialmente, Anne, he perdido más pacientes de los que

me gustaría admitir. Es la triste realidad de nuestro trabajo. Pero nunca me han investigado por ello. Ni internamente ni la Fiscalía del Estado. Solo las inspecciones formales habituales.

Al oír sus palabras, se me hiela la sangre. No puedo respirar y siento que estoy a punto de desmayarme, aunque mi corazón sigue bombeando con fuerza, impulsado por el pánico. ¿Cómo explicar esta investigación, si es algo que nunca les ha ocurrido a otros cirujanos? Miro fijamente al doctor Seldon, con la boca abierta, sin habla.

—Aguanta y pasará. Pero ten mucho cuidado. No sé de qué se trata. Me da la impresión de que alguien te tiene en la mira. —Gira la cabeza a izquierda y derecha, como para asegurarse de que nadie nos oye, y continúa.— Alguien poderoso y cargado de motivos. Haz bien tu trabajo y no des a nadie la menor oportunidad de echar más leña al fuego.

Me aprieta la mano para animarme.

—¿Como la petición de ayer?, ¿lo del *stent…*?

Señala con la cabeza la puerta del paciente, como si yo no supiera a qué se refiere.

—Por cierto, me alegro de que hayas cambiado de opinión sobre eso. En este momento, lo que más necesitas son éxitos. Te fortalecerán, te revitalizarán. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza, aún sin habla, horrorizada ante la idea de que en todo el hospital se hable de mí; ante esta investigación de la Fiscalía del Estado. Ante Caleb Donaghy. Creía que solo los de mi equipo sabían lo de la visita de la fiscala, ayer. Resulta que estaba equivocada.

El Doctor Seldon me da una palmada en el hombro y empieza a caminar hacia los quirófanos, con la espalda ligeramente encorvada y el paso un poco torcido. Tiene una intervención muy temprano; lo he visto en su agenda.

Antes de ver a la señora Heimbach, necesito unos minutos para recuperar la calma. Después, paso con ella más tiempo del previsto. Hasta dos horas antes de su intervención, la mujer no había pensado en redactar una declaración de voluntades anticipadas, así que reservó todas sus preguntas para mí. Soy una ferviente partidaria de este tipo de declaraciones. En un sistema sanitario con ánimo de lucro, es la única posibilidad que tiene la gente de controlar las cosas si sucediera lo peor.

Madison acude al rescate con un formulario y funge como testigo. Ha llegado minutos antes de que la señora Heimbach sea llevada a sus últimas exploraciones y a la preparación preoperatoria.

Cuando salgo de su habitación, casi me tropiezo con M. Mi jefa lleva un traje pantalón gris claro tan ceñido a la cintura que me pregunto cómo se mueve tan deprisa con él. Como de costumbre, es increíblemente directa y llana.

—¿Cómo te sientes? ¿Estás preparada para volver a tu carga de trabajo? —Tiene la mano derecha apoyada en el muslo, mientras sujeta con la izquierda una pequeña pila de historiales de pacientes de cardiología. Los reconozco por el código de colores.

—Sí, al ciento por ciento —digo sin pestañear, a la espera de que pronto se convierta en realidad.

—¿Hay algo más que necesite saber?

—No —digo, con calma. Respuestas cortas, por consejo de Derreck.

—Bien —responde ella, y reanuda de inmediato sus apresuradas idas y vueltas por los interminables y concurridos pasillos. Cuando está a unos cinco metros de mí, por fin respiro tranquila, aunque he sabido que ha cambiado de opinión y ha vuelto desde distancias mayores.

Me alivia que no parezca saber nada del interés de la Fiscalía en mi paciente muerto. Puede que sea la única en todo el hospital,

aunque esta idea es solo un producto de mi mente sardónica. A lo mejor, muy poca gente lo sabe, aparte de mi equipo y, ahora, del doctor Seldon. Tal vez siga siendo así.

«Y, a lo mejor, los cerdos vuelan y podemos ir al trabajo montados en uno.»

Pero no puedo dejar de preguntarme por qué esta fiscala se ha interesado tanto por mí y por mi paciente. ¿Sabe algo que yo no? ¿Hay algo que averiguar?, ¿algo de qué preocuparse?

Varias vueltas más, un breve viaje plantas abajo en ascensor y estoy de vuelta en mi planta. Miro la hora y apuro el paso. No queda mucho tiempo hasta la hora de lavarme.

Madison me espera delante de mi despacho y, al verme, empieza a caminar hacia mí a paso ligero. Parece desconcertada, incluso aterrorizada, y lanza miradas de reojo hacia mi escritorio. Entorna los ojos de miedo y arruga las cejas profundamente.

—Lo siento mucho, Anne, no he podido hacer nada para detenerla —susurra mientras caminamos hacia mi lugar.

Estoy a punto de preguntarle de qué habla, pero la pared de cristal aparece delante de mí y veo el interior con mis propios ojos. La ayudante del fiscal está sentada detrás de mi escritorio, cómodamente instalada, hojeando las páginas de un tratado de cirugía. Debajo del libro de seiscientas páginas, puedo ver la carpeta roja que preparé para Caleb Donaghy.

Jadeo. ¿Y si la ha abierto? Toda la información sobre él está en ese archivo.

Qué descaro el de esa mujer.

Irrumpo en mi despacho con Madison a cuestas.

—¿Qué demonios le da derecho a entrar aquí? —pregunto en voz baja.

Cierra el libro despacio, se levanta y rodea el escritorio hasta situarse frente a mí, apenas a medio metro. Lleva un pantalón negro

de traje que combina con una blusa de seda blanca y tacones. El escote es generoso. Su maletín de cuero negro a juego está abierto en la esquina de mi mesa. Es como una versión más joven y hermosa de M. Me estremezco al pensar que el parecido podría ir más allá de las apariencias.

Una sonrisa bañada en desprecio aletea en sus labios.

—¿Cree que tiene derecho a la intimidad aquí, doctora Wiley? El hospital no pensaba lo mismo cuando pusieron paredes de cristal en su despacho.

Madison da un paso adelante, enfadadísima, con las manos apoyadas en las caderas.

—Aquí la gente tiene modales. Eso no es…

—No pasa nada —susurro, con lo que detengo la perorata de Madison. Tiene razón, pero eso es irrelevante. Derreck siempre sostiene que lo correcto no importa en el sistema judicial. Solo importa lo que la ley dice y el calibre del abogado que la esgrime como arma.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora…? —Finjo haber olvidado su nombre. No lo he olvidado. No cuando ha estado rondando cada uno de mis pensamientos desde que la conocí.

—Fuselier —dice con calma, con la sonrisa torcida, los ojos clavados en los míos, las pupilas dilatadas. Mi despacho debe de estar muy oscuro. O ella podría estar reaccionando a otra cosa, quizá a una emoción fuerte. No es miedo, eso no tiene sentido… ¿Ira, quizá? Sin duda, esta es una respuesta de adrenalina. Pero ¿por qué?

—Señora Fuselier, sí —digo con elegancia, mientras doy un paso de lado hacia el interruptor de luz de la pared y lo enciendo. No hay mucha más. Ella reacciona moviendo brevemente los ojos, pero vuelve a mirarme. Sus pupilas siguen dilatadas. Es como si estuviera

mirando a un depredador venenoso a los ojos—. ¿En qué puedo ayudarla?

Un destello de desprecio se dibuja en la comisura de sus labios.

—¿Siempre ha tenido tanta potestad, doctora Wiley? —Se ríe cuando Madison jadea.— Apuesto a que sí. Usted nació en el seno de una familia rica, su padre era cirujano, no le importaba nada. —Sacude la cabeza lentamente, como si todo eso fuera vergonzoso o, de alguna manera, malo.— Ni siquiera se preocupa por sus pacientes, ¿verdad, doctora Wiley?

No puedo entender lo que la motiva. Está pescando, obviamente. Si tuviera algo concreto, lo diría. Me arrestaría y me sacaría de aquí esposada. En vez de eso, simplemente me está provocando. «Bueno, yo puedo jugar a este juego igual de bien.»

—¿Quién era Caleb Donaghy para usted? —pregunto con curiosidad no fingida. Da un paso adelante. Noto su aliento en mi cara. Levanto las manos en lugar de dar un paso atrás—. Por favor, mantenga la distancia o póngase una mascarilla. Estamos en un hospital.

—La cuestión es quién era él para usted y por qué lo ha dejado morir —susurra, sin hacer caso a mi pregunta.— Más bien, centrémonos en eso, doctora Wiley.

—Voy a llamar a seguridad —dice Madison, pero la agarro de la manga y la detengo.

—La señorita Fuselier no es una amenaza, Maddie. Es una oficial de la ley. Una empleada del gobierno. —Todo este tiempo le sostengo la mirada, negándome obstinadamente a permitirme pestañear.— No sobrepasaría los límites de su función oficial, porque eso acabaría con su carrera.

Veo un destello de rabia en sus ojos. Eso me dice lo que de verdad le importa, lo que está buscando: un caso de alto perfil para encumbrarse dentro de su oficina o quién sabe dónde. Quiere

derribar a «la chica del corazón». Eso parece encajar. El caso tendría visibilidad instantánea y atención mediática. Puedo ver los titulares en mi imaginación.

—¿Le traigo una máscara? —pregunto. Madison desaparece un momento y vuelve con una mascarilla estéril. La mujer no la coge. En lugar de eso, da un pequeño paso atrás, con los ojos clavados en mí.

He ganado la primera ronda. Espero que no me cueste más de lo que puedo pagar.

—¿Por qué murió Caleb Donaghy? —pregunta, fríamente—. ¿Fue un error? Todo el mundo comete errores, es comprensible.

Debe pensar que soy una completa idiota.

—Estoy segura de que el error ha sido venir a acosar a mi equipo con sus preguntas.

—Estaba haciendo mi trabajo. Puede que usted no esté familiarizada con el concepto. Heredó este puesto, ¿verdad? Toda esa tontería de «seguir los pasos del padre» no ha sido más que una estratagema para coger un atajo y conseguir un curro para el que no está cualificada. Sabe a lo que me refiero, ¿verdad?

Ya pasé el punto en el que me sentía insultada. Ahora estoy simplemente asustada. Si está aquí, hablándome de esta manera delante de testigos, debe de saber algo que yo no. Debe tener un cheque en blanco de alguien.

El doctor Seldon tenía razón. Esto da la impresión de ser personal, más allá de una caza de brujas. Es casi como una ejecución.

Consulto la hora y frunzo el ceño. Debería estar lavándome ahora mismo. Probablemente ella lo sabe.

—Si tiene una pregunta legítima, haré lo posible por responderla. Le quedan treinta segundos. Después tengo que entrar en un

quirófano. —Me aparto y hago un gesto hacia la puerta del despacho. La invito a salir.

—¿Por qué murió su paciente? ¿Qué salió mal? —Su voz es amenazadora.

Madison da un paso atrás y me lanza una mirada preocupada.

—Para todas las muertes de pacientes durante la cirugía o inmediatamente después, hay un proceso de revisión formal. Se examinará qué salió mal y si era posible evitar o prever la muerte. —Le recito las mismas palabras que le dije ayer.— Se emitirá un informe. Le sugiero que se ponga en contacto con el departamento jurídico del hospital y solicite una copia. Le abro la puerta. —Ahora, si me disculpa, tengo trabajo que hacer.

Recoge el portafolio que había dejado encima de mi escritorio.

—No se va a salir con la suya —dice.

—Y le agradecería que dejara de entrevistar a mi equipo sin la presencia del abogado del hospital. Estoy bastante segura de que es ilegal, pero si quiere, puedo hacer unas llamadas y averiguarlo.

Mi segunda amenaza da en el blanco.

Sale de mi despacho sin decir nada más y me lanza otra mirada venenosa antes de desaparecer de mi vista.

Madison suspira con fuerza.

—¡Es increíble esta mujer! Menos mal que se ha ido.

La miro con severidad.

—No se ha ido, Maddie. Esto acaba de empezar.

—¿Qué acaba de empezar? No hubo nada malo en esa operación. El paciente murió, vale, pero no hicimos nada mal. Se pasea por mi despacho agitada. Es lo último que quiero de ella antes de una operación de sustitución valvular. O de mí misma. Yo siento lo mismo, la ansiedad, la sensación de ser perseguida, atrapada, solo que lo disimulo mejor. Eso espero.

Tras analizar mis opciones durante un largo y tenso momento,

cojo el teléfono de mi escritorio y llamo a M. Me contesta de inmediato.

—¿Qué pasa? —pregunta, en lugar del saludo habitual.

Lleno mis pulmones de aire.

—Podríamos tener un problema feo.

Quince

Testimonio

El trayecto hasta el edificio de la fiscalía del condado de Cook es corto, demasiado corto para que Paula tenga tiempo de dejar de echar humo. Se detiene un par de manzanas antes de llegar a su destino. Necesita unos minutos más para recuperar la compostura que había perdido pocos segundos después de salir del hospital.

¿Por qué algunas personas tienen todas las de ganar en la vida? Anne Wiley era resuelta y segura de sí misma, dueña de la valentía que los fuertes llevan dentro desde que nacen; la de los criados en buenas familias, la de los rodeados de amor, dinero y posibilidades. Esas son personas que no conocen el miedo. No conocen la lucha de las familias empobrecidas. No tienen ni idea de lo que significa estar completamente solo en el mundo, de ser vulnerable y estar arruinado y desesperado; igual que aquel chico, Kestner, de quien Paula había hablado con su jefe la semana pasada, durante el almuerzo, el robo de cuyo coche casi lo había hecho saltar de un puente.

Las Anne Wiley del mundo, cuando son molestadas con preguntas por personas como Paula Fuselier, llaman por teléfono. La fiscala podía apostar un filete a que, instantes después de haber salido de la consulta de la arrogante cirujana, esta había cogido el teléfono para llamar a alguien.

«Que se vaya al infierno de ida y vuelta.» La vida era tan injusta. Esa mujer lo tenía todo. Un buen trabajo, una excelente reputación, su rostro en las malditas vallas publicitarias de toda la ciudad… Y a Derreck. Podía haberse casado con un borracho maltratador, pero no, tenía que casarse con un abogado inteligente y ambicioso, un hombre con un futuro dorado y modales como de quien ha sido

criado en Europa por una niñera francesa; no en Joliet, en el lado equivocado de las vías, justo al lado de la vieja prisión.

Algunas personas lo tenían todo.

La vida era cosa de suerte. Eso no la hacía más justa.

Al pensar en Anne Wiley, en su figura alta y esbelta, en su porte tranquilo y bello rostro, a Paula le entraron ganas de romper algo, de hacerlo trizas. Miró dentro el coche, a su alrededor, pero no había nada que romper. Frustrada, dejó escapar un largo suspiro cargado de juramentos.

Derreck no dejaría nunca a su mujer; estaría loco si lo hiciera. Paula no se hacía ilusiones. Por muchas promesas que ella le hiciera, por mucho que ella impulsara su carrera, Derreck nunca se divorciaría de su mujer. Paula siempre sería la amante, la otra. Tendría que valerse por sí misma, como siempre había hecho; sola en este mundo, sin nadie a quien pudiera considerar suyo y sin una llamada telefónica que hacer cuando surgieran los problemas.

Odiaba a Anne Wiley. Esa mujer le recordaba todo lo que estaba mal en su propia vida, lo mucho que había tenido que esforzarse para estudiar Derecho, todos los culos que había tenido que besar y todas las opiniones que se había tenido que tragar para salir adelante. Los abogados defensores, como la cirujana segura de sí misma, la habían superado muchas veces en la vida, en la facultad, en la oficina del fiscal, siempre avanzando más rápido, adelantándose a ella sin siquiera mirarla, como si no existiera.

Pero, ahora, la famosa doctora Anne Wiley había cometido un error. Un paciente había muerto en su quirófano. Durante meses, Paula había estado esperando a que algo así sucediera. Por fin se había abierto la temporada de caza de zorras ricas con títulos médicos. Acabaría con ella, y entonces Derreck la abandonaría como a una patata caliente, contento de que Anne nunca hubiera adoptado su apellido, con ganas de acelerar el divorcio.

Arrancó el motor y se adentró en el tráfico. Se preguntaba disparatadamente si Anne sería buena en la cama. Tal vez, en la facultad de medicina se enseñaban secretos del cuerpo humano que en la de derecho no tenían por qué enseñar. «No». Probablemente era tan fría en la cama como en su vida profesional: medida, calculadora, sistemática, tranquila. No era como Paula: una mujer ardiente, lujuriosa, de sangre encendida.

En algún momento, Derreck tuvo que darse cuenta de que se merecía algo mejor que la doctora Carámbano.

Vaya apodo. Se le quedaría grabado en la mente durante algún tiempo, porque le iba fetén. Lástima que no pudiera compartirlo con nadie.

Al entrar en el aparcamiento de la oficina, sonrió tensa. Se imaginaba a sí misma rompiendo en pedacitos el cuerpo de Anne, como si en realidad estuviera hecho de hielo.

Ya en su despacho, bordeó las cajas que había apilado junto a la puerta, a pesar de que faltaban más de siete semanas para la mudanza a la quinta planta. La mitad de sus cosas ya estaban empaquetadas: objetos que no utilizaba a diario; sobre todo, libros de derecho y expedientes de casos antiguos que guardaba en su archivo personal. Pero empaquetar lo hacía todo más real. Estaba preparada para el nuevo despacho, el nuevo trabajo, la nueva vida.

Su investigador, Adam Costilla, no estaba en su lugar. Ella sabía exactamente dónde encontrarlo. Cuando no andaba por las calles o escribiendo un informe, era un fijo de la cafetería, y Paula había visto su coche en el aparcamiento.

Adam estaba sentado en su mesa habitual, en la cafetería de la planta baja, soplando a una taza alta de café recién hecho.

Ella tiró de una silla y se sentó a la pequeña mesa de melamina, frente a él, frunciendo ligeramente el ceño.

—Adam —le dijo, mirándolo con cierta preocupación. El hombre

tenía sobrepeso y, la mayor parte del tiempo, le costaba respirar. Su piel estaba coloreada de un rojo intenso, probablemente por la hipertensión, pero Adam consumía cafeína como si fuera su último día en la Tierra. A este paso, pronto lo sería—. No me digas, ¿es tu primera dosis del día?

Se rio con ganas, con la papada rebotando, como la de un bulldog.

—Más bien, la quinta, jefa. Me mantienes ocupado. Tengo que arreglármelas.

Habría querido decirle que se lo tomara con calma, pero sabía que era una pérdida de tiempo.

—Tengo un caso para ti —dijo en su lugar.

Él sacó del bolsillo un pequeño bloc de notas, de los que usan los policías. Tras un clic en el extremo de su bolígrafo, estaba listo.

—Venga.

—El Hospital Universitario Joseph Lister tiene en su plantilla a la doctora Anne Wiley, cirujana cardiotorácica.

—La conozco —anunció, alegre—. Es esa rubia supercachonda de los carteles de corazones, ¿verdad?

Paula cerró los ojos un momento para velar los destellos de rabia.

—Sí. Necesito que investigues todos sus antecedentes. Todo lo que puedas. Demandas por mala praxis, quejas, pacientes fallecidos, historial personal, todo. Busca debajo de cada piedra. Ya me entiendes.

Él la miró con una ceja levantada.

—¿Qué pasa?

—La semana pasada, un paciente suyo murió en circunstancias sospechosas.

—¿Qué comisaría lo está investigando? ¿Streeterville?

—Ellos no lo están investigando, nosotros sí. ¿Tienes algún

inconveniente?

Se llevó dos dedos a la sien en un simulacro de saludo militar y sonrió. Tenía los dientes manchados de tabaco.

—¡No, señora! Yo voy adonde me dicen.

—Qué listo eres —dijo Paula, y se apartó de la mesa con un chirriante sonido de metal contra hormigón—. Gracias… Y tómate con calma ese café, Adam. Existe un concepto llamado *moderación.* Averigua. Podría salvarte la vida.

Él puso los ojos en blanco y gimió.

—No pienso vivir para siempre, ¿sabes? —Dio un sorbo apresurado al café, como si Paula estuviera a punto de arrebatarle la taza de las manos.— No te vayas todavía. Moses Degnan ha venido a verte. Ha traído a su hijo. Los he instalado en la pequeña sala de conferencias del tercero.

—Ah, mierda —murmuró ella.

—¿Ya te has decidido? Es solo un niño, Paula.

Sacudió la cabeza lentamente, sin dejar de pensar. No podía permitirse leer mal los astros. Lo mejor sería mejor que su jefe le diera alguna pista.

—¿Hobbs está?

—Ajá, arriba. Acaba de terminar una peliaguda reunión de líderes. He oído que estaba de mal humor.

Estupendo. Justo lo que necesitaba.

—De acuerdo —dijo—, veré qué puedo hacer.

Simon Degnan era por quien se sentía desgarrada. El niño de once años había presenciado un tiroteo en el edificio donde vivía. Un vecino, Vicente Espinoza, borracho y en un ataque de furia, había matado a tiros a su mujer embarazada. La había estado acusando a gritos de haberlo engañado, hasta el punto en que todo el vecindario alcanzó a oír los insultos y las amenazas. Simon presenció el tiroteo desde su balcón, a pocos metros. Llamó a la policía y esperó a los

agentes a la entrada del edificio para contarles lo que había visto. Después, el padre, un obrero viudo llamado Moses, preocupado por la seguridad de su hijo, se había negado a que este testificara.

Paula podía obligar al chico a testificar y asegurarse así de que el caso fuera una victoria fácil y segura. O bien, podría dejarlo al margen y recurrir a los forenses y a los antecedentes del asesino para respaldar la acusación.

No era una decisión fácil. A diferencia de las Anne Wiley de este mundo, los Degnan no tenían a quién llamar para salir de los líos de la vida. A nadie le importaba que un niño negro de once años apareciera un día tiroteado en algún callejón del barrio. A ella sí. Ella realmente se preocupaba por el chico.

La cuestión era si el niño era más importante que su carrera. ¿Podría proteger una cosa sin poner en peligro la otra?

Tomó el ascensor hasta la quinta planta y se dirigió rápidamente al despacho de Mitchell Hobbs. La ayudante la hizo esperar un par de minutos para dejarlo terminar una llamada. Luego abrió la puerta.

Hobbs se reclinó en su silla y entrelazó los dedos detrás de la cabeza.

—Ah, mi fiscala asistente favorita —la saludó. Se había quitado la chaqueta y aflojado el nudo de la corbata. Llevaba la camisa blanca remangada hasta debajo de los codos.

Esa postura le recordó a Derreck y su posición horizontal favorita en la cama. Por un instante, se vio a horcajadas sobre su jefe. Qué asco.

Sonrió mientras apartaba de su mente esa idea perturbadora.

—Necesito su opinión sobre el caso Espinoza. El testigo de once años… En realidad, no lo necesitamos para ganar el caso, ¿verdad?

—¿Tienes dudas? —Hobbs la miró atento, con los ojos entrecerrados.

—¿Dudas? No. —Cambió el peso de un pie al otro. En ese momento se dio cuenta de que no la habían invitado a sentarse.— Me preocupa poner en peligro la vida del chico. Mucha gente lo vio hablar con la policía. A estas alturas, estoy segura de que Espinoza también lo sabe.

—Pero tú sabes quién es Espinoza, ¿no? —Se lo preguntó como si ella fuera una niña de tercer grado frente a la clase, con la tarea sin hacer.

—Lo señalamos el año pasado por el asesinato de Kravitz, aquel anciano a quien le machacaron la cabeza durante un robo. Mismo edificio, diferente piso. Pero no había pruebas suficientes para acusarlo.

Hobbs seguía con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Se inclinó hacia atrás y la silla de cuero se retorció bajo su peso.

—Bien, ¿cuál es tu nivel de confianza si sigues adelante sin el testimonio de Degnan?

Ella se mordió el labio antes de contestar. Podía ver a dónde iba esto, pero tenía que ser franca y conservadora en sus respuestas.

—Yo diría que un buen noventa por ciento de posibilidades de asegurar que el jurado lo declare culpable.

Él se levantó bruscamente y se dirigió a la ventana.

—Pero no un ciento por ciento, ¿verdad? —Había dejado de mirarla.

—No, no un ciento por ciento. Con puras pruebas forenses, corremos el riesgo de que el jurado pierda interés o que no entienda…

—¿Sabes quiénes trabajan en este piso, Paula?

Ella se encogió de hombros a la espera de que él continuara. Pero no continuó. No era una pregunta retórica.

—¿Lo mejor que esta oficina puede ofrecer?

—No. ¿Quieres hacer otro intento?

Se le encendieron las mejillas.

—No, señor. Prefiero tomar esto como una oportunidad de aprendizaje.

—En este piso, todo el mundo es un cien por cien, sea chico o chica. Aquí todos hacen lo necesario para tener un índice de condenas impecable. No vacilamos, no vamos al tribunal sin prepararnos, no nos encomendamos a la virgen María. Hacemos el trabajo. Y si tenemos preocupaciones legítimas por la seguridad de los testigos, llamamos a Protección de Testigos. Pero siempre ganamos. —Se volvió y la miró con ojos fríos y decididos.— ¿Está claro?

—Clarísimo, señor. Retrocedió dos pasos, preparándose para salir.

La mirada de su jefe se suavizó un poco.

—Que se muden a Wyoming con la pasta de los contribuyentes —dijo, e hizo un gesto despectivo con la mano—. No es que tengan una vida aquí que no puedan dejar atrás, ¿verdad? Apuesto a que allí también hay trabajos para repartidores de hamburguesas.

Ella apretó la mandíbula, pero se guardó sus opiniones. Esa actitud despectiva la sulfuraba.

—Sí, señor.

—Ahora, haz lo que tengas que hacer.

La reunión había terminado. Paula salió del despacho de Hobbs y no se detuvo hasta llegar a la sala de conferencias del tercer piso, decidida a no dejar que este asunto arruinara su futuro. Hobbs tenía razón, por mucho que le costara admitirlo. En caso de tener que mudarse, los Degnan no tenían mucho que perder.

Cuando entró en la sala de conferencias, Moses Degnan se puso en pie de un salto.

—Por fin —dijo. Se situó detrás de la silla de su hijo y le puso las manos sobre los hombros en un gesto protector—. Tengo trabajo, ¿sabe? —protestó—. Esperarla me cuesta un dinero que no tengo.

—Entiendo y me disculpo. Estuve en el juzgado toda la mañana. —Sacó una silla, se sentó y cruzó las piernas. El aire estaba viciado y olía a axilas sudorosas y aceite rancio de comida rápida. La mesa estaba llena de envoltorios. Al parecer, alguien les había traído algo de comer mientras esperaban.— ¿Tiene algo que decirme?

—Sí —dijo él, apretando los labios un momento, como para controlar las palabras que querían salir a borbotones—. No dejaré que mi hijo testifique, y no hay más que decir.

—Me temo que tendrá que hacerlo. —Paula suspiró y frunció el ceño. Habría preferido no tener que adoptar una postura así, pero Hobbs había sido perfectamente claro al respecto.— El fiscal del condado de Cook ha decidido citar a su hijo. Si consideramos que la amenaza contra su vida es viable, los pondremos a los dos en el programa de protección de testigos.

—¿Y dejar mi trabajo? —El hombre empezó a pasearse enfadado entre la mesa y la pared del fondo.— ¿Está loca? ¿Sabe lo que me ha costado conseguir este trabajo? ¿Qué voy a hacer? ¿Empezar a currar otra vez por ocho pavos la hora y morirme de hambre?

—Lo siento mucho, señor Degnan. No hay nada que pueda hacer al respecto —dijo ella con toda franqueza.

Él dejó de deambular y miró a Paula fijamente, con los puños apretados contra la mesa, los nudillos blancos.

—Ya tengo un abogado. Él me ha dicho que usted haría esto, que a los fiscales solo les importa meter a la gente en la cárcel. Me ha dicho que podíamos conseguir una audiencia de competencia. Será un juez quien decida si mi hijo puede testificar. Es solo un niño. Puede que ni siquiera sepa lo que dice. —Golpeó la mesa con ambos puños.— A partir de ahora, usted hablará únicamente con mi abogado, ¿entendido?

—Bien.

Simon Degnan le entregó la tarjeta de visita de un abogado.

—Tome, cójala. Y le juro que, si algo le pasa a mi hijito, iré a por usted, porque ya no tendré nada que perder, ¿ha entendido?

Dieciséis

Artículo

Me siento a la mesa, cansada hasta los huesos, contenta de que mi motor, para variar, funcione al ralentí. Mamá está poniendo la mesa mientras Derreck descorcha una botella de burdeos. Por un momento, agradezco que esté en casa para cenar, algo poco habitual últimamente. Es bueno tenerlo cerca.

Entonces mi mente cambia y estoy a kilómetros de distancia, reviviendo los acontecimientos del día, procesando el trauma de unas horas complicadas. La visita de Paula Fuselier me ha dejado hecha un manojo de nervios. La operación de la señora Heimbach ha salido bien, pero mis manos estuvieron temblando ligeramente todo el tiempo, un temblor que apenas he podido controlar. «¿Y si ella también muriera? ¿Y si perdiera a otro paciente en el quirófano, solo unos días después de Caleb Donaghy?» No podía pensar en otra cosa. Esa fiscala del Estado estaría ahí fuera, vigilando, esperando como una araña, lista para entrar a matar.

Afortunadamente, la señora Heimbach sobrevivió. La sustitución de la válvula ha sido un éxito.

Paula Fuselier me está poniendo muy nerviosa.

Me pregunto cómo se enteró de lo de Caleb Donaghy. No es que los hospitales se la pasen publicando las listas de personas que no sobreviven. Hay leyes de privacidad que impiden divulgar cualquier información relacionada con los casos.

Caleb Donaghy no tenía parientes cercanos. No me sorprende, sabiendo quién era. No podía haber hecho las cosas horribles que le hizo a Melanie, y a muchas otras niñas, sin duda, mientras su mujer y sus hijos veían la tele en la otra habitación. O tal vez sí. ¿quién lo sabe, con la gente de hoy?

Pero hoy, antes de irme, he comprobado el sistema del hospital. No había ninguna llamada relacionada con él en el registro. Que yo sepa, su cuerpo sigue en un armario refrigerado de la morgue. Eso solo puede significar una cosa: ningún familiar o ser querido ha presentado una denuncia por su muerte ni ha pedido a la Fiscalía del Estado que investigue el caso.

Entonces, ¿cómo lo sabe esta asistente del fiscal y por qué está en mi caso?

Al recordar las venenosas palabras que me ha escupido a la cara, vuelvo a temblar de rabia. No soy una enchufada. Nunca lo he sido. He trabajado duro toda mi vida para llegar a donde estoy. Sí, ha sido una suerte tener buenos padres y siempre estaré agradecida por ello. Sé que otros no han sido tan afortunados. Definitivamente, no necesito que esta mujer venga a decírmelo, después de lo de Melanie.

Sinceramente, no recuerdo ni una sola vez que me haya sentido como una enchufada o haya actuado como si lo fuera. Tal vez me equivoque…, pero no estoy en paz con sus acusaciones. Sí, mi padre me enseñó a coser piel de pavo y puso la primera aguja en mi mano de niña, y eso me dio una ventaja. Siempre he agradecido esa prerrogativa y siempre la he retribuido. He seguido los pasos de mi padre, pero no como ha querido hacerlo ver esta asistente de la fiscalía. Fui mentora de residentes y voluntaria, y dediqué horas de cada semana a trabajar en clínicas gratuitas. No corría a mi casa para salir de fiesta o ir a la peluquería. Y nunca he ocupado un puesto ni he conseguido algo por lo que no haya trabajado duro. Por el amor de Dios…, cuando murió mi padre, yo todavía estaba estudiando medicina. No es que él hubiera pasado un día tras otro al teléfono pidiendo favores a los hospitales y a los profesores que conocía para asegurarse de que yo consiguiera el trabajo al que aspiraba.

El problema con lo que dice Paula Fuselier es que otros le creerán. Incluso yo le he creído, y por eso ahora estoy agonizando, por eso no puedo dejar de discutir con ella en mi mente. Las palabras que me ha lanzado estaban cargadas de tanto odio que me hicieron sentir a la defensiva, y eso es imperdonable. No debería dudar tanto de mí misma solo porque alguien ha venido a atacar mi integridad. No puedo creer que yo sea tan idiota.

Podría ser su estrategia. Hacerme dudar de mí misma y forzarme a hacer algo estúpido para confirmar así sus sospechas y sellar mi destino. Pero ¿por qué ella…?

—¿Quieres vino? —La voz de Derreck me devuelve al presente. La boca de la botella se inclina sobre mi copa. Asiento y sonrío débilmente.

Ponen la mesa y mamá llena nuestros platos con lasaña cubierta de una gruesa capa de queso fundido. Han de ser unas mil calorías por bocado, pero se me hace la boca agua. Mis sentidos despiertan.

—Es totalmente vegetariana —se apresura a aclarar—. Es, en realidad, una receta de pasta primavera adaptada, cubierta con queso y horneada. Mira los platos con ojos alegres, satisfecha.

Ha dejado de servir carne desde la semana pasada, después de que, el día de la operación de Caleb Donaghy, yo no me comiera el pollo de la cena.

Doy un pequeño mordisco a la lasaña y la mastico despacio. Está deliciosa.

—Esto es una maravilla, mamá. —Ella sonríe, encantada.— Está bien cocinar con carne, ¿sabes? —añado mientras cargo otro poco en el tenedor.

Se ríe.

—Lo sé, cariño. Tu padre era igual. A veces, después de un duro día en el quirófano, no soportaba tener carne en su plato. —Bebe un sorbo de vino y se toca los labios con la servilleta.— ¿Sabes qué otra

cosa hizo? Redecoró el cuarto de baño con azulejos azul oscuro. No soportaba los azulejos blancos. Lo hacían ver sangre.

La miro y frunzo ligeramente el ceño.

—Antes, los quirófanos eran todo baldosas blancas. En el suelo caían montones de esponjas empapadas en sangre.

Derreck se ríe.

—No puedo creer que me haya acostumbrado a hablar de cosas como estas durante la comida. Cualquier otro abogado que conozco apartaría su plato y pediría un chupito de algo fuerte.

Me acerco a él y le aprieto el antebrazo. Me alegra oírlo reír. La casa ha estado envuelta en silencio durante la última semana. Miro su atractivo rostro y no puedo creer la suerte que he tenido con mi vida, mi familia, mi carrera.

Pero podría perderlo todo en un abrir y cerrar de ojos.

La oscuridad desciende sobre mí como una cargada nube de tormenta.

Todavía podrían descubrir quién era Caleb Donaghy y lo que he hecho. La revisión del caso aún no ha tenido lugar; no está prevista hasta la semana que viene. Las cosas podrían torcerse a partir de ahí, sobre todo tras el testimonio del doctor Bolger, que estoy segura de que tendrá algo que decir. ¿Y si yo no volviera a casa después de esa reunión? ¿Y si esta fuera la última vez que cenamos juntos y en paz? ¿Cómo sabe la gente cuándo es la última vez de algo? ¿La última vez que haces el amor? ¿La última vez que sales de casa o saludas a un ser querido por teléfono?

—¿Qué pasa, cariño? —La mano de mamá encuentra la mía.

Sacudo la cabeza y me doy cuenta de que ruedan lágrimas por mi rostro.

—No es nada. Un día duro, eso es todo. —Resoplo y me seco los ojos con la servilleta. Los dos me miran atentamente, preocupados,

a la espera de algo más. —Habrá una investigación sobre la muerte de mi paciente de la semana pasada.

Mamá jadea y se tapa la boca con una mano que tiembla ligeramente. Me desprecio por haberla puesto nerviosa.

—No tenía ni idea de que ya había empezado —susurra.

—¿Qué investigación? —pregunta Derreck en tono profesional—. ¿De qué hablas? ¿Te han denunciado?

—No. —Me giro hacia él.— No hay parientes cercanos. No me demandarán. Es una fiscala del Estado quien está investigando la muerte del paciente.

Nunca había visto a Derreck tan enfadado. Sus pupilas se dilatan, su ceño se frunce, su mandíbula se aprieta.

—¿Qué fiscala? —pregunta con calma, pero es la calma en el ojo del huracán.

—Paula Fuselier. ¿La conoces?

Traga saliva.

—Sé de ella, sí. Es una oficiala de poca monta. —Le rechinan los dientes. Vuelvo a tocarle el antebrazo en un intento de apaciguar su rabia. No lo aparta, pero se tensa aún más bajo mi contacto.— Debe de ser mi candidatura a la alcaldía lo que provoca todo tipo de problemas.

No lo había pensado. Tiene sentido. Definitivamente, eso explicaría por qué alguien me ha cogido manía.

—¿Boyd Lampert haría algo así? —Lo miro con las cejas arqueadas. De algún modo, no veo al actual alcalde de Chicago conspirando para manchar mi reputación profesional con el único propósito de sacar el nombre de Derreck de la papeleta.

Derreck coge su copa de vino, pero no la levanta de la mesa. La gira en su sitio, una y otra vez, obsesivamente.

—No sé. Podría ser. Competimos a menudo.

—Oh, querida —gimotea mamá. Aparta el plato y cruza las

manos sobre el regazo—. Es terrible.

—¿Pero sabes a quién más conozco? —pregunta Derreck con un brillo extraño en los ojos—. Conozco a Mitchell Hobbs, el fiscal del estado del condado de Cook. Es el jefe del jefe de esta mujer. Lo llamaré.

—No, no lo hagas. —Agarro su mano con las mías.— Eso empeoraría las cosas. El hospital ya está metido en esto. Han puesto un abogado. Es todo un lío, y si intervinieras…

—Increíble —murmura. Se aparta de mí y se pasa la mano por el pelo en un gesto de pura desesperación—. Jodidamente increíble.

—Por favor, no hagas esa llamada —insisto—. Por favor, prométemelo. —Lo encaro fijamente hasta que baja la mirada.

—Vale, Anne, te lo prometo. Por ahora. —Apura el vino de dos sedientos tragos. Luego coge la botella y rellena la copa.— Pero cuídate la espalda. No hables con nadie. No tengas miedo de exigir tu propio abogado.

Lo miro atenta y asiento con cada cosa que me dice que haga.

—Pero, ¿sabes?, este paciente era…

Su dedo toca mis labios, me exige silencio.

—Era solo un paciente, Anne. Un tipo cualquiera que necesitaba una operación de corazón y que, desgraciadamente, murió en el quirófano. —Me mira hasta que vuelvo a asentir.— Qué bueno. —Entonces deja escapar el aire de sus pulmones en un suspiro de dolor.

—Era una operación rutinaria, pero salió mal. No es que tengamos corazones a la mano si uno se niega a reiniciarse tras la reparación de un aneurisma. —Me cuesta respirar mientras intento racionalizarlo todo.— Hay un comité que examina todas las muertes de pacientes y audita los procedimientos. La administradora del hospital adelantó la fecha de la vista para tener listo el informe, en

caso de que los fiscales sigan indagando. Esto podría salir muy mal. Podrían decir…

—Es un ataque, nada más. Lo superaremos. —Él busca mi mano y se la lleva a los labios.— Siento mucho que tengas que ser el blanco de esto, Anne. Es muy injusto. Pero la política es sucia, no puede ser más sucia. —Se detiene un momento y lanza una rápida mirada a mi madre.— A menos que queráis que renuncie a la alcaldía.

Otra lágrima rueda por el rabillo de mi ojo. No puedo pedirle eso. Es la única gran cosa que él siempre ha querido. Podré soportar un poco de calor hasta noviembre, si hiciera falta. Esto no cambiará lo que he hecho en el quirófano ni por qué, pero sí cómo me siento al respecto.

—No, cariño. Definitivamente no.

—Por supuesto que no. —Mamá replica casi al mismo tiempo que yo.— Eres como mi propio hijo, Derreck, y no podría estar más orgullosa de ti. Las Wiley somos mujeres fuertes, por si necesitas que te lo recuerde. —Se ríe entre dientes y desvía brevemente la mirada.— Somos mujeres decididas e intrépidas con las que puedes contar.

—No dejes que ganen esos cabrones —susurro entre lágrimas, pensando en Paula Fuselier sentada a mi escritorio—. Dales caña. Serás un buen alcalde a partir de noviembre.

Él levanta la copa y sonríe. Su rabia ha desaparecido casi por completo. Vuelve a ser el hombre carismático y optimista del que estoy enamorada.

—Por el futuro, bellas damas —brinda.

Nosotras también levantamos nuestras copas.

Se produce un momento de silencio mientras cada uno de nosotros, aparentemente, se sumerge en sus pensamientos.

Mamá se remueve en su asiento y acaba levantándose. Deja la

servilleta sobre la mesa.

—Entonces creo que es un buen momento para contarte lo que he visto en el periódico de la tarde —dice con voz temblorosa.

Una aguda punzada de ansiedad me recorre el abdomen, manifestación física de la liberación de hormonas del estrés en el torrente sanguíneo. La veo caminar lenta y rígidamente hacia su bolso y volver con un periódico doblado, el cual deposita en el centro de la mesa, entre nosotros dos.

—Esto. —Toca un pequeño artículo con la punta del dedo.— No pierden el tiempo, ¿verdad?

Derreck lo coge antes que yo.

—¿Qué es esto? «Se investiga la sospechosa muerte de un paciente de cirugía cardiotorácica» —lee, y su voz se oye más baja y consternada con cada palabra—. Ese es el título. —Veo cómo mueve los ojos mientras lee deprisa, murmurando para sí mismo. Cuando yo cojo el periódico, él lo suelta.— Esto es una locura —dice.

Desde la primera palabra que baila ante mis ojos, leo con la respiración entrecortada. El artículo es abrasador. Habla de la «chica maravilla» del departamento de cirugía cardiotorácica del hospital universitario Joseph Lister, quien ha perdido su primer paciente en, al parecer, circunstancias sospechosas. También refiere cómo se investigará esa muerte. El artículo no menciona la candidatura de Derreck a la alcaldía. Y, si él es el objetivo, esto es algo extraño. Hacia el final, el texto cita fuentes cercanas a la Fiscalía del Estado.

Paula Fuselier.

«Juego, set y partido.» Me ha destruido.

Diecisiete

Látigo

No era normal que Derreck quisiera reunirse con ella a primera hora de la mañana, y menos en público. Él le había enviado mensajes autoritarios, sin ofrecerle ninguna explicación sobre la urgencia, pero ella no la necesitaba. Sabía que ocurriría algo así en cuanto Anne Wiley volviera a casa y llorara amargamente sobre el hombro de su marido a causa de la investigación de la Fiscalía del Estado. Todo el montaje era una bomba de relojería y acababa de estallar. Ahora, Paula no podía esperar otra cosa que el máximo daño.

Pasaban unos minutos de las siete y el aparcamiento del Starbucks estaba casi vacío, aunque la cola del autoservicio era lo suficientemente larga como para rodear el edificio completo. Esto le venía bien. No quería testigos de algo que podía acabar en una conversación acalorada. Ya llegaría el momento de ser el centro de atención, pero no durante algún tiempo.

El coche de Derreck estaba aparcado justo delante de la entrada. Ella dejó el suyo a dos plazas de distancia y entró a paso ligero en la cafetería. La encontró casi desierta, con los camareros apresurándose a servir a los clientes del autoservicio. Olía a granos de café recién molidos, a caramelo y a pasteles calientes de canela.

Echó un vistazo a la tienda y vio a Derreck sentado en una mesa del fondo con un café alto delante. Sonriendo, como si no pasara nada, caminó hacia él haciendo sonar sus tacones de diez centímetros y balanceando ligeramente las caderas. Al llegar a la mesa, dejó caer su maletín en una de las sillas vacías.

—Buenos días —dijo. Se desabrochó el sedoso pañuelo blanco que llevaba al cuello y lo colgó en el respaldo de la silla—. Iré a buscarme…

—Siéntate de una puta vez y cállate. —La mano de Derreck aferró su muñeca sin piedad. Tiró de ella con tanta fuerza que Paula estuvo a punto de caer sobre la silla, en vez de sentarse.— ¿A qué clase de juego de mierda estás jugando, Paula?

Estaba furioso, tan furioso como ella había previsto. Sin dejar de sonreír, ella lo miró como si no pasara nada.

—Esta no es forma de tratar a una dama, señor alcalde. Suélteme y espere a que me consiga un café.

Le soltó la muñeca, cogió el vaso y lo estrelló contra la mesa con tanta fuerza que unas gotas salieron por la tapa y cayeron en la chaqueta azul de la mujer.

—Vaya, vaya —dijo ella sin dejar de sonreír—. Te enviaré la factura de la tintorería. Ella cogió el vaso, lo olió y bebió un sorbo. Estaba muy caliente, era un simple café negro, no un café con leche.

Paula se levantó a medias, pero él volvió a agarrarla del brazo y la estampó en la silla.

—Siéntate. No irás a ninguna parte hasta que me hables de tus putos planes.

A Paula no le gustó el brillo en los ojos de Derreck. Quizá lo había presionado demasiado. Su sonrisa se desvaneció, pero mantuvo la calma y empujó el vaso de café hacia él.

—Esto no me gusta. Quiero otra cosa.

—Mala suerte —siseó él—. ¿Por qué has sacado la muerte de ese paciente para acosar a Anne?

Era definitivamente directo el señor alcalde. A ella, eso le gustaba en la cama. Le gustaba mucho menos a las siete de la mañana en un café que estaba a punto de llenarse.

—Tal vez debería hablarle de ti y de mí. ¿Qué me dices? ¿Debería dejar mi investigación, digamos, por razones personales? ¿Debería decirle que llevamos saliendo unos meses?

—No hablarás en serio —replicó él. Se pasó la mano por el pelo

un par de veces, como si le cayera sobre la frente. Era demasiado corto para eso; el gesto era solo para tranquilizarse.— ¿Qué ganas con tirar todo por el desagüe?

Ella sonrió más abiertamente. La zanahoria con que lo tenía cogido aún tiraba. Quizá la esposa no le importaba tanto, después de todo.

—Eso lo es lo que tú estás haciendo, no yo. Prometí que apoyaría tu ascenso. Nunca dije que pondría mis deberes en segundo plano mientras te ayudo. La doctora Anne Wiley está siendo investigada por mi oficina. Pensé que, dadas las circunstancias de nuestro acuerdo, era mejor que yo tomara el caso para poder controlar los daños.

Él la miró con la boca abierta un momento. Aún no se lo creía.

—¿Controlarlo? ¿Cómo? ¿Con artículos de prensa? ¿Cómo se supone que eso aumentará mis posibilidades de llegar a la alcaldía?

Paula ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa torcida, como pidiéndole que no fuera tan idiota. Él apretó la mandíbula.

—Tengo mis métodos, Derreck. El artículo se publicó en una página cualquiera. Es corto y quedó profundamente enterrado, lo bastante invisible como para evitar cualquier daño real a tu carrera. No te nombraba, ¿verdad?

—No —admitió con visible reticencia—. No me nombraba.

—Y, por suerte, tu mujer no adoptó tu apellido cuando te casaste con ella. —Lo miró un momento, tratando de medir si su látigo había chasqueado con suficiente fuerza. Ni por asomo.— La gente no suma dos más dos. No esta vez.

Él se retorcía las manos, con la cabeza baja y los labios apretados. Por un momento, se hizo un silencio entre los dos, un silencio pesado, premonitorio.

—¿Cómo te enteraste de la muerte del paciente de Anne? ¿Por mí? —Ella no respondió, solo lo miró, sopesando sus opciones.—

¡Contéstame, maldita sea! —bramó Derreck. Dos camareros giraron la cabeza y los miraron—. Sé sincera conmigo, para variar. Sea lo que sea, puedo soportarlo.

Paula rio entre dientes. Jugaba con un mechón de su pelo, haciéndolo girar entre los dedos.

—Típico narcisista. Piensas que todo gira en torno a ti. —Hizo una pausa, mientras él contenía visiblemente la respiración.— No, Derreck, no ha sido tú. Alguien del hospital llamó a la Fiscalía del Estado y la denunció. El caso se abrió con base en esa llamada, y yo me hice cargo.

Su enfado se convirtió en sorpresa mal disimulada.

—¿Alguien llamó? ¿Quién?

—Sabes que no puedo decírtelo.

Él soltó un taco en voz baja.

—Hace tiempo que tú y yo sobrepasamos los límites de la corrección, Paula. Estoy seguro de que podrías saltarte las reglas un poco más y darme una pista.

Ahí estaba: esa preocupación por su esposa, que eclipsaba todo lo demás. Ella había supuesto que, como la pareja llevaba tantos años unida, el aburrimiento los habría distanciado y la grieta en el vínculo se habría hecho lo bastante grande como para ampliar la brecha y presionar.

—No debería preocuparse por eso, mi querido señor alcalde. Deberías centrarte en tu parte del trato. Cuando llegue el momento y mi nombre esté en el sombrero de donde se elegirá al próximo fiscal del Estado en el condado de Cook, sé que cumplirás la promesa que me has hecho. Mientras tanto, haré las llamadas correctas y te pondré delante de los medios de comunicación en todos y cada uno de los arrestos importantes. Brillarás, Derreck. ¿Tienes listo tu discurso para la primera detención?

Él la miró como si no la hubiera visto nunca, con una pizca de

desprecio en los ojos. Ella se sintió molesta.

—Si no puedo confiar en ti, Paula, no hay trato.

—¿No puedes confiar en mí? —preguntó ella, hablando despacio, con la voz llena de amenazas tácitas.

—No, no puedo. —La miró con severidad y bebió un buen trago del café que ella había puesto a un lado.— Si me hubieras contado lo de la investigación a mí antes que a Anne, antes de que lo leyéramos en los periódicos, entonces sí, tal vez. Pero ahora no sé a qué juego estás jugando y, sinceramente, hasta aquí he llegado. — Se levantó y se abrochó la chaqueta.— Adiós, Paula.

Alcanzó a dar solo uno o dos pasos antes de que Paula dijera:

—Todavía puedo destruirte. Puedo derribarte con la misma facilidad con que puedo hacer algo de ti. No te atrevas a alejarte.

Derreck se quedó inmóvil, mirándola un momento.

Luego, como en trance, volvió a la mesa y se sentó.

—¿O qué, Paula? —Sonrió burlonamente.— ¿Vas a ser la amante estereotipada que no se entera de la letra pequeña? ¿Le contarás a mi mujer lo nuestro? —Se reclinó en la silla y cruzó las manos sobre el regazo.— Podrías llegar a ser la asistente de fiscal equivocada que acaba con su propia carrera por acosar a la mujer de su amante secreto. ¿Qué te parece ese titular?

A ella le hervía la sangre. No había imaginado que Derreck la desafiaría de esa manera, que la llevaría al borde de la insania. Todo lo que intentaba conseguir se estaba desintegrando ante sus ojos atónitos.

No podía dejarlo escapar. No así. Lo primero que se le ocurrió fue sacar la pistola que llevaba en el portafolio, una pequeña Glock siempre cargada. Pero se tranquilizó. Matar a Derreck no tenía sentido. No le servía a nadie. No la beneficiaría en nada.

Tomó una larga bocanada de aire y exhaló lentamente, tratando

de calmar sus nervios. La sangre caliente de rabia no combinaba bien con su agenda. Cuando habló, lo hizo con voz uniforme y fría.

—¿Qué tal este titular? «Sorprenden a un prometedor candidato a la alcaldía con veinte gramos de cocaína. Se presentarán cargos.» ¿Le parece mejor, señor alcalde?

Boquiabierto, él la miró con incredulidad.

—Tú no… Paula, no puedes estar hablando en serio.

Ella se puso en pie y recogió sus cosas. Se enrolló lentamente el pañuelo de seda alrededor del cuello, y, por un momento, se esmeró en hacer un moño muy elaborado.

—Llego tarde al juzgado, Derreck. No es nada importante: un cargo de posesión con agravantes. Ya sabes, más de quince gramos. Espero conseguir la pena máxima, pero es la primera vez que este tío delinque. Estoy segura de que le caerán cinco años en una prisión estatal. Pan comido. —Guiñó un ojo y se marchó, caminando lentamente hacia la salida.

Por el gran ventanal, Paula podía ver el reflejo de Derreck difuminándose hacia el fondo. Seguía sentado, mirándola. Tenía la mano delante de la boca.

Esta vez, ella había dado con el látigo lo suficientemente fuerte. Ahora, él haría lo que ella quisiera.

Dieciocho

Lunes

Pasamos el resto de la semana en un silencio sepulcral, bajo una tensión insoportable dentro de la casa, a la espera. Todos teníamos miedos y preguntas, pero nadie decía nada. Todos fingíamos estar bien. Estoy segura de que Derreck no estaba bien, ya que se pasaba todo el tiempo estudiando un caso. Mamá tampoco parecía estar bien. Se pasó la mayor parte del domingo junto a la ventana, mirando al exterior, con un periódico doblado en una mano y un lápiz en la otra, aunque sin terminar nunca el crucigrama. Y yo no estaba demasiado bien, tampoco, agotada por la ansiedad, sin dejar de pensar en el día de hoy.

A las dos de la tarde compareceré ante un comité que examinará el caso de Caleb Donaghy. Para entonces, los miembros habrán visto los vídeos del procedimiento, habrán revisado los historiales médicos de Donaghy y estarán listos para escuchar testimonios y hacer preguntas. En juego están mi vida, tal y como la conozco, mi permiso para ejercer la medicina y mi libertad.

Fue gratificante poder respirar y pensar lejos del hospital durante todo el fin de semana. Me quedé en casa, fingiendo que trabajaba en algo, cuando en realidad estaba preparando mi testimonio: las cosas que quería decir, las que quería asegurarme de no decir, las que quería usar como razones médicas para declarar a mi paciente muerto con tal celeridad (aunque, de hecho, la verdadera razón había sido su identidad), cosas que tenía que preguntarle a Derreck.

El domingo, justo antes de una cena que no me pude comer, estuvo preparándome. Me recordó que mis declaraciones debían ser breves, claras y sencillas, aunque estuviera testificando delante de otros médicos. Por último, me dijo que tuviera en cuenta que la

transcripción de mi testimonio podría acabar siendo leída ante un tribunal o utilizada en mi contra, como si me hubieran detenido formalmente.

Ese simple consejo me mantuvo despierta toda la noche.

Pero hoy estoy preparada para lo que pueda venir. Llevo un traje pantalón azul oscuro con una chaqueta más larga de lo normal. Lo he combinado con zapatos azul marino de tacón y una blusa de seda azul aún más oscura. Incluso me he maquillado. La idea ha sido de Derreck: si algo me desconcertara y me ruborizara, el enrojecimiento se notaría menos bajo el maquillaje. Anoche me tomé un betabloqueante; esta mañana, otro, y un tercero me espera en el bolso para el almuerzo. Evitará que me tiemblen las manos y que se me entrecorte la voz. Las pastillas amortiguarán mi instinto de luchar o huir ante la presión. Podré mantenerme firme y responder a todas las preguntas como una profesional que no ha hecho nada malo.

Pero, primero, tengo rondas que hacer.

Madison se ha limitado a repasar la agenda del día y las perspectivas de la semana. No ha insistido mucho en las consultas programadas ni en los nuevos ingresos; no se lo he permitido. Solo quiero que el día de hoy ya se acabe para saber a qué atenerme antes de hacer planes para toda la semana.

Tengo un par de pacientes nuevos esperándome. La señora Orlowski ha ingresado esta mañana. Es una mujer de sesenta y tres años a quien mañana por la mañana le pondrán un baipás. Pasará el día en el hospital. Le harán otros análisis de sangre y más pruebas de imagenología. El segundo paciente es un traslado de urgencias de anoche, un camionero de cuarenta y tres años. Viene de otro estado y se queja de dolores en el pecho. Sus imágenes muestran vegetación valvular mitral en una fase muy temprana, pero querían que yo le echara un vistazo.

Los historiales de ambos descansan sobre mi mesa, encima de la

carpeta roja que ha estado allí desde el jueves pasado. Cojo los historiales y, antes de salir, bebo otro sorbo de manzanilla. Hoy no tomo cafeína, aunque la necesito como al aire.

—¿Hablaste con esa fiscala sin la presencia de un abogado? La voz de M me sobresalta. Me doy la vuelta y me la encuentro en medio de mi despacho, con la puerta de cristal detrás de ella cerrándose suavemente. Tiene las manos en las caderas y las cejas unidas en un ángulo furioso por encima de la nariz. —¿Qué, tienes tres años? ¿O eres una completa idiota? —Da un pisotón y se lleva una mano a la nuca, frotándosela con fuerza.— Si haces algo más que ponga en peligro la reputación de este hospital, te vas más rápido de lo que me tarde en decir «despedida».

Se me seca la garganta, aunque creía estar preparada para esto.

—Lo único que le dije es que se pusiera en contacto con el departamento jurídico para que le dieran los resultados de la inspección del comité. Nada más. Tal y como tú me indicaste.

—Eso no es lo que te pedí que dijeras. —Gira en su sitio como buscando algo que no está ahí.— Cuando me llamaste y me hablaste de esa mujer, la semana pasada, ¿no te pareció necesario decirme que ya habías hablado con ella? ¿Dos veces? Ella no tenía por qué saber lo de la maldita reunión del comité, ¿verdad? —Agarra el pomo de la puerta, aunque no se va, solo se aferra a él. Detiene su movimiento a medio camino, mientras todo su ser vibra con la presión de una locomotora de vapor sobrecalentada.— Se suponía que no tenías que decirle absolutamente nada. Ni una palabra. Y eso no es lo que he oído que has hecho. Y mis advertencias habían sido muy específicas. Me señala con un dedo amenazador.

Alguien habló. Siempre habla alguien. Esa es la regla. Por supuesto, las paredes de cristal no ayudan mucho a guardar secretos.

—De verdad, no le dije nada. No había nada que decir, y yo no…

—Guarda eso para el comité, doctora Wiley. —Se marcha sin volver a mirarme.

Nunca me he sentido tan avergonzada en toda mi vida. Ni tan asustada.

Podría perderlo todo.

Dentro de unas horas tendré que presentarme ante mis compañeros y justificar cada una de las decisiones que tomé ese día, cada uno de mis actos, incluso los injustificables.

A la salida de la sala de juntas, tras la reunión de hoy, podría encontrarme a la policía esperándome, lista para llevarme esposada. Por mucho que intente prepararme para ese escenario, nunca estaré lista. Ni siquiera puedo pensar en ello, en lo que haría. Prefiero que la tierra se abra y me trague entera.

Eso rara vez ocurre cuando la gente lo necesita.

Planeaba ver a M antes de la reunión y pedirle que me adelantara los hallazgos de la autopsia, y así prepararme mejor. Ahora eso es imposible. Es probable que me eche de su oficina antes de dejarme abrir la boca.

Sin embargo, cuando siento que estoy a punto de derrumbarme, pienso en Melanie y me tranquilizo. Lo que he hecho lo he hecho por ella, por nadie más. No había ningún plan ni ningún otro pensamiento en mi mente, solo el recuerdo de mi hermana pequeña, muerta de miedo, viendo a Caleb Donaghy en el banco del parque. Los moratones en sus piernas. Los resultados de su autopsia como una revelación de años de traumas y abusos indecibles.

Por eso, mi paciente está ahora en una nevera de la morgue.

Por lo que hizo.

Si el hecho de hacerle justicia a Melanie, cuando nadie más era capaz, acaba con mi vida tal y como la conozco, al menos tendré esto: saber que he vengado el sufrimiento y la muerte de mi hermana pequeña.

Pero, aun así, una pregunta sigue zumbando en mi mente como un molesto e insumiso insecto. ¿Por qué ese corazón se negó a reiniciarse?

Madison me recuerda que tengo que cumplir con mis obligaciones del día. Ya voy con retraso.

Para cuando empiezo a hacer mis rondas, el camionero, por petición de M, ha sido reasignado al doctor Fitzpatrick. «Ahora me quita a mis pacientes.» Se me llenan los ojos de lágrimas cuando salgo de la habitación y voy a ver a la señora Orlowski, mi paciente de baipás. Camino con una mediana expectativa de que también a ella la hayan reasignado.

No ha sido así.

Me espera, pálida y monosilábica, mientras Ginny le toma la tensión. Algunas personas actúan así cuando tienen miedo; como si abrir la boca y hablar de lo que les pasa por la cabeza mermara, de algún modo, su esencia. Por desgracia, ese estrés interiorizado aumenta el riesgo de que el procedimiento salga mal. Tomo una nota mental de pasarme por allí después de la vista del comité para levantarle un poco más el ánimo.

Ahora mismo no tengo tiempo, además de que mi mente está obstinadamente en otra parte.

—Uno cuarenta y cinco sobre noventa y siete, doctora —anuncia Ginny.

Abro la historia clínica y busco su medicación. Ya tiene dos medicamentos para la tensión.

—Un poco alta para alguien que está descansando cómodamente —digo con una sonrisa alentadora—. Pero nada que no podamos controlar. —Garabateo algo en el gráfico y se lo doy a Ginny.

—Ya están los resultados de las pruebas —dice.

Quizá se ha dado cuenta de que no los he revisado. Me devuelve la tabla y hojeo las páginas en busca de los análisis de la señora

Orlowski. Los encuentro. Están bien ordenados y son fáciles de revisar. Los valores fuera de rango aparecen en la parte superior, en negrita, y se distinguen claramente. El colesterol es más alto de lo normal, pero no demasiado. Los triglicéridos también están altos. Nada sorprendente. Todo lo demás es normal, especialmente los valores que vigilo antes de la cirugía, como los factores de coagulación, el azúcar en la sangre y la hemoglobina. Este no es su primer conjunto de analíticas y es congruente con lo que he visto antes.

Me gustan las visitas sin sorpresas.

Cierro el historial y sonrío.

—Volveré en un par de horas para charlar un poco más. Creo que esta tensión tan obstinada que usted tiene podría estar algo relacionada con el estrés. —Me mira fijamente, sin decir palabra.— Quizá, si charláramos un rato, veríamos cómo baja. —Le doy unos instantes. Todavía nada. Un rápido vistazo a mi reloj me dice que no puedo esperar más. Muevo la cabeza de arriba abajo y salgo de la habitación. Cierro la puerta suavemente antes de dirigirme a mi despacho.

Casi he terminado. Los papeles están apilados encima de la carpeta roja de Donaghy. Tengo todo lo que se me ha ocurrido, incluidos un par de artículos revisados por expertos sobre cuándo se declarara la muerte después de una cardioplejía. Los imprimí anoche y subrayé las secciones que apoyaban mi decisión, aunque fuera remotamente. Encontrarlos fue como la proverbial aguja en un pajar.

Entonces mi teléfono suena con fuerza y me sobresalta. Maldigo en voz baja. Estoy tan tensa que no sé cómo voy a sobrevivir a esta revisión. Pero es el tono de Derreck, y ahora necesito su voz, su fuerza.

—Hola —digo en voz baja. Me giro hacia la ventana para tener intimidad.

—Hola, de vuelta —responde despreocupado, pero noto la tensión en su voz—. ¿Has comido?

Me río entre dientes, recordando el betabloqueante que debía tomar.

—Por lo general, a los pacientes les damos instrucciones para que se presenten a la operación con el estómago vacío. —Mi intento de broma suena lastimoso y artificial.

Un momento de silencio. Luego pregunta:

—¿Has vuelto a saber algo de esa entrometida fiscala asistente?

Paula Fuselier. Pensar en ella me atraviesa las tripas.

—Afortunadamente, no. Es lo último que necesito hoy. ¿Por qué? ¿Sabes algo?

—Nada —responde, un poco demasiado rápido. Seguramente Derreck hizo esa jodida llamada a la Fiscalía. Malditos hombres y su necesidad genética de proteger a las mujeres. Si M se enterara, yo estaría frita—. Solo quería saber cómo estabas. Sé que estás pasando por un mal momento —añade, y, al instante, me arrepiento de mis amargos pensamientos.

—Gracias —susurro con un largo suspiro—. Es hora de cruzar los dedos por mí. La revisión empieza en diez minutos.

—Dedos de manos y pies. Llámame cuando sepas algo. He despejado toda mi tarde.

El final de la llamada llena el despacho de un silencio prohibitivo. Me acuerdo del betabloqueante, me lo tomo y salgo con la pila de papeles y la carpeta roja de Donaghy.

Unos minutos más tarde, abro la puerta de la sala de reuniones y entro. Miro a mi alrededor en busca de caras conocidas. Todos los miembros del comité son cirujanos titulares y jefes de departamento, personas cuyas opiniones profesionales tienen mucho peso. Algunos son mis amigos, como el doctor Seldon, pero también tengo algunos enemigos, como el doctor Bolger, que sonríe

maliciosamente cuando me ve. Probablemente sea el primero en testificar.

Hay una persona cuya presencia me llena de temor. Está sentada al lado de M. Se trata de un hombre corpulento, con traje gris marengo, camisa blanca y corbata roja sangre. Sus ojos entornados me miran con curiosidad y preocupación mientras me hace un rápido gesto con la cabeza. Después aparta la mirada.

Lo había visto pocas veces. Es Aaron Timmer, el abogado principal del hospital.

Esta no será una revisión ordinaria.

Es mucho peor de lo que tenía pensado.

Diecinueve

Prueba

En algún momento de los últimos meses, se había enredado con Derreck más de la cuenta.

Esa conclusión la hizo levantarse de la silla y empezar a pasearse por el pequeño despacho mientras, a través la ventana del tercer piso, miraba el ajetreado tráfico del centro. Las mañanas de los lunes eran las peores: los constantes bocinazos casi siempre terminaban en colisiones. Pero hoy, las dos densas filas de coches que se abrían paso junto a la farola de la esquina parecían estar a kilómetros de distancia. Casi en otra vida.

Su mente estaba en Derreck Bourke.

Al principio, Paula había creído que podía utilizar su propio cuerpo como arma para conseguir lo que quería; sobre todo, después de haber conocido a Derreck y comprobado que no era nada desagradable a la vista. Algo en él la había hecho creer que podía ser el próximo alcalde de Chicago, en caso de que se dieran las circunstancias adecuadas. El hombre tenía un semblante tranquilo y fuerte, realzado por los anchos hombros y la frente alta; o, quizá, por los profundos ojos azules que miraban a lo lejos como en busca de un prodigio. Era perspicaz y elocuente, y debatía cualquier tema sin ofender a nadie, por muy agresivo que se pusiera el rival. Tenía madera de candidato a la Casa Blanca, aunque él no lo supiera.

Durante meses, creyó que podría mantenerse desconectada emocionalmente, permanecer fría, objetiva y decidida. Sería una profesional en persecución de un objetivo. No tenía problemas de conciencia por acostarse con él con fines utilitarios. Antes que ella, muchos lo habían hecho, y, mientras no aparecieran en los

periódicos, a los demás no les importaba. Incluso en los casos de las mujeres más esforzadas, siempre se ha creído que su éxito ha sido un pago por favores sexuales. ¿Con quién se acostó esta para conseguir tal trabajo o tal papel o tal contrato para un libro o lo que sea? Esa ha sido siempre la pregunta. Es parte del estigma asociado a ser mujer, y probablemente lo seguirá siendo durante generaciones.

Pero, con una vulnerabilidad alimentada por años de soledad, poco a poco se había encariñado con Derreck. Ya no era solo una nota en el calendario de las citas; era el mensaje de texto o la llamada telefónica que esperaba emocionada. Era la razón por la que visitaba tiendas de lencería de lujo con más frecuencia que nunca. Insidiosas e ineludibles, sus emociones habían enredado las cosas de mala manera.

¿Se estaba enamorando de Derreck? ¿O ya se había enamorado de él?

Qué estupidez. Un plan perfecto requería una ejecución perfecta, y ella era fuerte. Si no fuera capaz de creer en sí misma, ¿cómo podría pedir a los demás que lo hicieran? Aun así, se había convertido en un cliché decepcionante: la mujer débil y encaprichada que no ha podido evitar enamorarse del hombre equivocado.

Se había pasado todo el fin de semana esperando señales de Derreck, paseándose ansiosamente por el apartamento, incapaz de concentrarse. Su teléfono guardaba un obstinado silencio. Tampoco había recibido mensajes de texto. Después de la reunión en Starbucks el viernes por la mañana, no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que el hombre no quería saber nada más de ella. Esa tarde que pasaron en el LondonHouse, la semana pasada, fue, quizá, la última vez que él la tuvo en sus brazos.

Y ahí estaba: el dolor profundo que le cortaba la respiración al pensar que había perdido ese amor. ¿Cuándo empezó todo esto a

ser importante? Probablemente en el instante mismo en que ella ya no pudo oír de sus labios el nombre de Anne Wiley sin que le rechinaran los dientes.

Pero se mentía a sí misma al creer que Derreck la había amado alguna vez. El viernes por la mañana, él se lo había dejado muy claro. La primera y principal lealtad de ese hombre era hacia su esposa. Paula nunca había sido más que una aventura pasajera, unas cuantas veladas furtivas en elegantes habitaciones de hotel, con champán y aperitivos y mucho sexo apasionado y alocado.

Todo su plan se estaba desmoronando. Si el viernes por la mañana había fragmentos aún acoplados, Paula, ansiosa por sacar el látigo imaginario y demostrarle que era ella quien tenía el poder y no él, lo había destruido todo. Allí, en la cafetería, creyó que se había salido con la suya. Entonces, ¿por qué seguía sintiendo esta aflicción?

Porque se había enamorado sin siquiera darse cuenta. «¿Cuán estúpida se puede ser?»

En algún punto de todo esto tenía que haber comprobado sus prioridades. ¿Qué quería de esta relación? ¿Qué importancia tenían sus objetivos? Si Derreck significaba algo más que un medio para conseguir un fin, debería haberlo visto a tiempo y actuado en consecuencia.

Aún sabía cómo apretarle las clavijas. A diferencia de las suyas, las prioridades de Derreck parecían seguir siendo las mismas: presentarse en noviembre a las elecciones para la alcaldía. Ganar la carrera. Ella todavía podía significar una ventaja para él, y tal vez ese era el camino de regreso a sus brazos.

¿Pero con qué fin? Él nunca dejaría a su esposa; no mientras ella siguiera respirando.

Por fin, una fría sonrisa aleteó en los labios de Paula. Era posible acabar con la gente, eliminarla de más de un modo. Y también se

podía cambiar la mentalidad de los hombres; no era una misión tan difícil para una mujer inteligente y motivada.

Llegada a esa conclusión, pudo sonreír ampliamente. Iba a ser una semana fantástica. Debía comparecer ante el tribunal dentro de un par de horas, pero estaba bien preparada. No tendría ninguna dificultad para llevarse a casa otra victoria.

Oyó un rápido golpe y la puerta se abrió intempestivamente. Adam Costilla, su investigador, siempre irrumpía así, como un SWAT completamente equipado derribando la puerta de un sospechoso. Siempre le ponía los pelos de punta.

Adam se aferró a la puerta, como decidido a no entrar.

—Buenos días, jefa —dijo— ¿cuál es tu última palabra sobre el testimonio de Degnan? —Jadeaba, casi sin aliento, y tenía la frente cubierta de sudor. Habría subido una vez más por las escaleras.

—Hola, Adam —respondió ella. Echó un vistazo a una carpeta—. Sí, tenemos una orden de comparecencia para el chico. Le entregó la hoja de papel.

Él dio dos pesados pasos dentro del despacho y cerró la puerta. El suelo crujió bajo su peso.

—Sabes, no te entiendo —dijo, todavía respirando con dificultad —. Ya no sé quién eres. Solías preocuparte por estos niños.

—El jefe fue muy claro al respecto. No tolerará una derrota, y no podemos arriesgarnos. No podemos arriesgar todo esto por lo que hemos trabajado…

—Si este gamberro saliera libre después de haber matado a su mujer, a pesar de todas las pruebas físicas que tenemos apiladas contra él, lo acosaremos como el gato al ratón y le clavaremos el culo a la primera que escupa sobre la acera. —Apoyó las manos en las caderas y suspiró con amargura.— Pero no pongas la vida de ese chico en peligro, Paula. No merece la pena.

Odiaba admitir que Adam tenía razón. Debía existir una línea

fronteriza para que el sistema se abstuviera de implicar a los niños en las ruedas de reconocimiento y en la identificación de asesinos. Nunca deberían obligar a niños de once años a testificar ante los tribunales.

—No tenemos alternativa. Esto es cosa de Hobbs, y él tomó la decisión. Si no cumplimos, nos echarán del caso y asignarán un nuevo fiscal asistente, alguien que le dé lo que quiere. No voy a arriesgarme. Sería un suicidio profesional, ¿y para qué? Pase lo que pase, Simon Degnan tendrá que testificar.

Adam la miró como si fuera basura. Había en él algo íntimamente directo e intransigente, un conjunto de valores cardinales que lo mantenían en un camino recto y estrecho, por mucho que ardiera el fuego en sus entrañas. No se andaba con rodeos cuando algo se oponía a ese mantra interior, aunque fuera ella.

Paula se frotó las manos. Sentía frío, tenía los dedos helados, como si el fresco de la ventosa mañana del lunes se hubiera colado en su despacho a ahogar el aire caliente que salía de las rejillas de ventilación.

—Los Degnan solicitaron una audiencia de competencia.

—Me pregunto quién les habrá dado esa idea —dijo Adam. Reía, con la cabeza un poco inclinada hacia la izquierda.

—Madre santa, Adam, ¿de qué lado estás?

Él dejó de reír en ese instante.

—Antes lo sabías, Paula: la justicia, eso es todo lo que me importa. Y tú y yo solíamos compartir esa idea.

Ella le hizo una mueca de desdén, enojada, y se puso a caminar de un lado al otro, frunciendo el ceño a su investigador.

—Es perfectamente legal citar a un testigo para que declare en un caso de asesinato.

—Dije «justicia», Paula, no ley. La diferencia solía importarte en

los viejos tiempos. Parece que el aire se enrarece aquí, en este edificio, cuanto más arriba estás. Puede causar errores de juicio.

Se miraron durante un momento tenso, hasta que ella apartó los ojos. Él tenía razón. Cuando fuera la próxima fiscala del condado de Cook, tomaría las decisiones y pondría a los niños detrás de una línea. Hasta entonces, tenía un jefe cuyas órdenes eran la ley.

—Asegúrate de que esté allí el próximo lunes, Adam, listo para testificar; en caso de que el juez lo considere competente, por supuesto. —Adam era hábil, Paula tenía que reconocerlo. Cerró el expediente y, sin volver a sentarse al escritorio, preguntó—: ¿Cómo vas con el caso de Caleb Donaghy?

El detective apretó los labios durante un rato. Luego sacó su bloc de notas y hojeó las páginas.

—No he tenido mucho tiempo y, en realidad, no hay nada que averiguar. Después de buscar por todos lados, no he encontrado la menor conexión entre la cirujana y el muerto. El tal Donaghy era un borracho y una basura. En los últimos diez años, pasó un par de temporadas en la cárcel por agresión y abuso. Antes de eso no hay nada. —Se encogió de hombros y cerró el bloc de notas.

—¿Has hablado con algún conocido suyo?, ¿con familiares, amigos, vecinos?

—No tiene familia ni amigos. Le pregunté al camarero del bar local y me dijo que me fuera a la mierda. Le pregunté por qué y me dijo que a Donaghy le diría lo mismo. Le dije que el tipo estaba muerto. Entonces el camarero escupió en el suelo y dijo: «Que se vaya al infierno». Esa ha sido la única referencia que he podido conseguir.

«Fabuloso.»

—¿Y la cirujana?

—¿Qué pasa con ella? —Unas finas crestas en la frente lo hacían parecer genuinamente confundido y un poco preocupado.

—¿Sus finanzas?

Él volvió a reír. No parecía convencido.

—Oye, solo he tenido un par de días, ¿vale?

Ella sonrió tímidamente.

—¿Y?

Adam sacudió la cabeza.

—Por ahora, solo cosas muy generales, y ahí no hay nada. La cirujana está forrada.

—¿Se casó por interés?

—No, no, todo lo contrario. La del dinero es ella. Le viene de inversiones familiares, sobre todo, aunque gana una pasta gansa cortando gente. El nombre de la madre está en los cheques con que se ha pagado la campaña publicitaria del marido. Tu cirujana se ha casado con un tío que no tenía un duro.

Ahí estaba: una de las principales razones por las que Derreck nunca dejaría a su esposa. «Maldita mujer.» Sin saberlo, siquiera, ganaba siempre.

—Vale. ¿Registros telefónicos?

—Nada, todavía. Primero necesito una orden judicial. La doctora Wiley no es una yonqui sintecho cuyos derechos podamos pisotear. Esta mujer tiene tirón y no voy a jugar con fuego.

—Olvida los registros telefónicos, entonces. No tenemos suficiente para una orden judicial.

—Eso creí. ¿Por qué estamos investigando esto de la cirugía? ¿Alguien se ha quejado?

Ella rumió la respuesta, detenidamente, durante un momento. Todas las quejas oficiales se registraban en un sistema al que Adam podía acceder fácilmente. No tenía sentido mentirle, como había hecho con Derreck.

—No, nadie ha denunciado nada.

Otro encogimiento de hombros.

—¿Entonces?

—Oí un rumor, ¿vale? Estaba en el hospital por motivos personales y oí hablar a la gente. Es como si alguien hubiera presentado una queja, y ese alguien soy yo.

Él silbó con incredulidad.

—Eso no significa nada, Paula. No tienes nada. La gente habla mierda todo el día. Eso es lo que hace la gente.

—Todavía quiero investigar esto, y es mi prerrogativa, ¿de acuerdo? —Su voz fue tan cortante como un cuchillo. La temperatura de la habitación bajó unos grados.— Solo dime si tendré que pedirle a alguien más que lo investigue para mí.

—No hace falta, jefa. Yo lo haré. Siempre hago lo que necesitas que haga.

—Entonces averigua por qué murió Caleb Donaghy, ¿de acuerdo? Algo pasó ahí y necesito saber qué ha sido.

—Recibido —contestó Adam, visiblemente más cauto—. Por cierto, hoy he estado en el hospital, pañuelo en mano, con globos, esperando en los bancos junto a la consulta de tu médica, para echar un vistazo. Habrá una inspección a las dos. Están analizando el caso Donaghy internamente.

—¿Hoy? Se suponía que sería el miércoles. —Alzó la voz, frustrada. Había planeado presentarse en el despacho de Anne, para perturbarla, justo antes de la reunión.— Maldita sea.

La mandíbula de Adam se aflojó.

—¿Por qué te importa? ¿Qué importancia tienen para ti sus revisiones? Cuando muere un paciente, esas cosas son de rutina, ¿no?

Paula se obligó a mantener la calma. Adam era su amigo, se conocían desde hacía mucho tiempo, pero esa disposición del investigador a hacerse el desentendido tenía un límite.

—Planeaba hablar con ella antes de la revisión, eso es todo.

Esperaba tener en mis manos una copia del informe de la autopsia de Donaghy.

Adam la miró un momento, curioso.

—Paula, nuestra oficina investiga los crímenes de una forma determinada. No es esta. Si tenemos procedimientos es por una razón. Obtenemos órdenes judiciales, presentamos solicitudes de documentos, etcétera. Sí, puede que me haya colado allí con un montón de globos en la mano para escuchar cosas, pero eso es solo porque tú y yo somos amigos, porque me lo has pedido.

Ella apartó la mirada un momento y volvió a enfocarla directamente en su investigador, con un poco más de gratitud en los ojos.

—Gracias, Adam, te lo agradezco. Eres el mejor. —Juntó las manos y fue detrás de su escritorio, como para poner algo de distancia entre los dos.— En este asunto, simplemente confía en mí, ¿vale? Si no encuentras nada en un par de días, nos olvidaremos de todo.

—Claro, lo que tú digas. —Cambió el peso de un pie al otro. Parecía dispuesto a marcharse.— ¿Por dónde quieres que siga?

—Si por ahora pudieras, ya sabes, arreglártelas sin una orden judicial, esos registros telefónicos serían estupendos. Si no, profundicemos en las finanzas. Busca cuentas en el extranjero, problemas fiscales, inversiones en criptomonedas. Quizá está vendiendo fentanilo por ahí.

Él frunció el ceño y se frotó la barbilla.

—No lo creo, pero miraré.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es una donante de oro para Médicos sin Fronteras. Todos los meses dona una gran parte de su sueldo a esa organización y a otras dos. No encaja en el perfil de narcotraficante. —Hizo una pausa. Se quedó mirando fijamente a Paula, pero ella

desdeñó esa mirada inquisitiva y se concentró en el expediente que tenía delante, pensando atentamente.

—Vale, puede que no trafique con fentanilo, lo reconozco, pero hay algo que no cuadra en esta mujer. Averígualo, Adam. Escarba en sus cuentas sociales, vecinos, amigos… Averigua lo que la gente dice de ella. En algún sitio encontrarás una pista.

«Y, con suerte, todo mi mundo quedará desenmarañado», continuó en la intimidad de sus pensamientos.

Adam enarcó las cejas, pero asintió.

—Claro, jefa, haya hecho lo que haya hecho. Si ha cruzado la calle imprudentemente o ha ensuciado algún callejón oscuro en los últimos veinte años, lo averiguaré por ti.

Paula lo miró fijamente.

—Sé que mató a Caleb Donaghy. Ella lo asesinó. Te lo aseguro. Solo consígueme una prueba.

Veinte

Inspección

Tomo asiento en la gran sala de reuniones y miro a mi alrededor. No veo una sola mirada amistosa, ni una sonrisa de ánimo de nadie.

Oficialmente, esto se llama «análisis de caso con revisión por pares», pero estas personas no son mis pares. Son mis jefes y sus jefes, personas con poder suficiente para hacer o deshacer carreras en este hospital y en todo el país. La mayoría de ellos llevan batas blancas de laboratorio sobre el traje formal de negocios. Han reemplazado sus chaquetas con el almidonado atuendo blanco del hospital.

La sala está inundada de luz solar que se filtra a través de persianas verticales entreabiertas. Sobre la mesa hay montones de carpetas, esparcidas delante de todos los asientos, ocupados o no. Eso me revela que aún falta gente. En un mostrador lateral con armarios hay dos cafeteras, una marcada como descafeinada. Hay otra más, una tercera, que tiene agua caliente para infusiones. En el mostrador, junto a una bandeja con agua fría y refrescos con hielo, hay dos pilas de vasos de plástico.

Aún tengo tiempo de beber agua antes de que empiece la reunión. No me apresuro. Me da un poco de miedo que la tensión me haga beber demasiado líquido y me obligue a ir al baño. Incluso en un entorno médico, sería vergonzoso pedir un breve receso.

El expediente que tengo ante mí está etiquetado con el nombre de mi paciente fallecido y su número de caso. Lo abro y hojeo las páginas. Están perfectamente organizadas, con separadores. La ayudante de M ha hecho un buen trabajo al preparar estos expedientes con el rigor de una presentación de la junta directiva.

Las primeras secciones son la historia clínica, los análisis y las

imágenes. Luego hay una declaración del doctor Bolger que me llena el pecho de rabia y los ojos de lágrimas. Me acusa de negligencia grave y exige que me quiten la licencia médica por incompetencia. Necesito toda la entereza que me queda para mantener la calma y no correr a abofetearle su engreída cara.

La última sección del expediente es el informe de la autopsia. Se me corta la respiración cuando paso la página y empiezo a leer. M ha traído al forense del condado de Cook para que la llevara a cabo, en lugar de recurrir a uno de nuestros cardiólogos, como es habitual. Ver su nombre y cargo estampados en la última página del informe confirma que no se trata de una revisión rutinaria del caso.

Es como si me estuvieran juzgando por asesinato.

Quizá soy una asesina.

Vuelvo al principio del informe de la autopsia y empiezo a leer. El forense ha examinado la reparación del aneurisma, los puntos de sutura y el injerto de Dacron y no ha encontrado nada malo en la forma en que se realizó la cirugía. Escribió dos páginas de conclusiones, desde un hígado graso agrandado con varios quistes hasta cálculos renales y un pequeño tumor suprarrenal. Luego ha resumido sus conclusiones en un único párrafo que me exonera de toda culpa.

Cierro los ojos en un momento de gratitud mientras el alivio me invade. Luego vuelvo a la página anterior, donde algo me llama la atención.

[CORONERS REPORT FORMAT START]

Concentración más elevada de potasio en las cavidades del corazón, probablemente restos de la solución de cardioplejía utilizada durante la intervención, pero no anormalmente elevada. Restos de solución salina.

[CORONERS REPORT FORMAT END]

Lavé ese corazón a fondo. Lo enjuagué durante dos minutos con

solución salina. No deberían haber quedado restos de potasio que le impidieran latir.

La habitación me da vueltas por un momento mientras intento recordar.

Siempre lo hago igual. Después de tantos años operando, la reanimación del paciente se ha vuelto una rutina, no algo que de repente se te olvide cómo hacer bien. He visto los vídeos de la cirugía innumerables veces y no he detectado nada fuera de lo normal.

Por un momento, me planteo preguntárselo a M. Luego me imagino lo que Derreck me diría si lo hiciera. Sí, sería una idiota. Ella tiene a su lado a Aaron Timmer, el jefe de asuntos jurídicos, como para asegurarse de que está cubierta, pase lo que pase. Es hora de que me guarde mis preocupaciones, me limite a sobrevivir a la revisión y salga con mi licencia, mi libertad y mi vida intactas.

—Gracias a todos por acompañarme hoy —anuncia M. La charla en voz baja de la sala se apaga y da paso a un tenso silencio. Miro hacia delante, agradecida de que al otro lado de la amplia mesa, frente a mí, el asiento siga vacío—. Todos habéis tenido tiempo de revisar los datos del caso y las grabaciones en vídeo del procedimiento. —M mira alrededor de la mesa. Se asegura de que nadie esté en desacuerdo con ella.— Muy bien, procederé, entonces, con las declaraciones. Luego le pediremos a la doctora Wiley que responda a cualquier pregunta de este grupo.

Otro momento de silencio, mientras la mayoría de mis colegas hacen todo lo posible por no mirarme. El Doctor Seldon se preocupa por su taza de café. El Doctor Fitzpatrick, mi jefe, sigue hojeando las páginas del expediente, tomando notas con un bolígrafo verde. El Doctor Dean, el ecocardiólogo de mi equipo, está inquieto, visiblemente tenso. El único que sonríe es el doctor Bolger.

«Maldita sea.»

De la nada, me pregunto cuánto daño ha hecho ya esa ayudante del fiscal. ¿Y si Paula Fuselier ha hablado con el doctor Bolger? ¿Y si fue él quien la llamó? Si él le ha contado lo que puso en su declaración, no me extraña que esa mujer quiera meterme en la cárcel por asesinato. Me invade un torbellino de pánico. Miro por encima del hombro hacia el mostrador del armario donde están el agua y las gaseosas. Lamento no haberme aprovisionado cuando tuve la oportunidad.

—Doctor Bolger —dice M—, tiene la palabra.

Él se levanta y me lanza una mirada de desaprobación antes de aclararse la garganta y ajustarse la corbata.

—Antes de este caso, he trabajado muchas veces con la doctora Wiley y su equipo. Demasiadas, quizá. A lo largo de los años, he planteado a la dirección del hospital mi preocupación por la actuación de la doctora Wiley; los he advertido de que esto acabaría ocurriendo. La doctora Wiley es demasiado relajada para llevar las cirugías a buenos términos. Su supuesto equipo charla sin parar, pone música, probablemente se distrae demasiado para prestar suficiente atención a las minucias clave, las que pueden marcar la diferencia entre la vida y la muerte en el quirófano. Al igual que muchas otras cirujanas, la doctora Wiley no está físicamente preparada para responder de manera conveniente. Le falta… sentido común —dice, y cierra el puño en el aire—. Con Caleb Donaghy, se rindió después de solo veintitrés minutos de esfuerzos de reanimación; así, nada más. ¿Por qué? Esa es la pregunta que todos ustedes deben hacerse. Sí, la cirugía se hizo bien. Sí, la costura fue perfecta, y la técnica, impecable. Durante siglos, los finos dedos de las mujeres han manejado la aguja y el hilo mucho mejor que los de los hombres. Pero, cuando se trata de fuerza de voluntad, del brío y la determinación necesarios para conducir esforzadamente una reanimación durante el tiempo que sea necesario hasta salvar una

vida, la doctora Wiley se queda corta. Terriblemente corta. —Respira y mira alrededor de la mesa.— Esta ha sido solo la primera de las muchas víctimas que vendrán. Asiente con frialdad y se sienta.

M se lo queda mirando un poco más de lo habitual.

—Gracias, doctor Bolger. —Luego se vuelve hacia su izquierda.— ¿Doctor Seldon?

Mi mentor se levanta, se pasa las manos por la corbata, como si quisiera asegurarse de que está perfectamente lisa, y se abrocha la bata. No me mira a los ojos ni una fracción de segundo, siquiera.

—Gracias, doctora Meriwether. Seré muy breve.

«Grandioso.» Ese hijo de puta de Bolger se tomó su tiempo, mientras que el único amigo que tengo aquí hoy tiene prisa.

En ese mismo momento, me doy cuenta de que la carpeta de M es del mismo color que el resto de las nuestras, pero entre dos y tres centímetros más gruesa. ¿Qué diablos puede tener ella ahí que yo no tenga? Este día no he venido con ganas de sorpresas.

—Quince por ciento —dice el Doctor Seldon—. Esa es la tasa media de mortalidad intraoperatoria de nuestro departamento de cirugía cardiotorácica, y estamos entre los cinco mejores hospitales de todo el país. Usted —señala a Fitzpatrick y a un cirujano más joven— y yo, todos rondamos esa cifra. Perdemos gente. Suele ocurrir. Pero no a la doctora Wiley, no hasta ahora. —Golpea con el dedo la cubierta del expediente.— Caleb Donaghy es sido el primer paciente que se le ha muerto en el quirófano. —Un momento de silencio.— No sé ustedes, pero yo envidio sus números. —Se oye una risa leve y apagada alrededor de la mesa.— Le he preguntado muchas veces cómo lo consigue. —Finalmente me mira y asiente con la cabeza, sonriendo.— Me ha dicho que mantiene la muerte a raya con el trabajo duro, el espíritu de equipo, música, bromas y un ambiente en el que todo el mundo puede hablar con libertad de lo que le preocupa. Me ha contado que, aparte de eso, no sabría qué

más decir. —Otro momento de silencio, tan profundo y tenso que oigo rechinar los dientes de Bolger.— ¿Es su increíble tasa de éxito una casualidad? Tal vez. No lo sé con certeza, aunque yo fui su mentor. Pero sé que alguien que tiene una tasa de mortalidad tan baja merece mi confianza cuando declara muerto a un paciente. Yo no la cuestionaría. —Mira a Bolger, y sus ojos amables y cansados se vuelven de acero, fríos y afilados.— Aunque sea una mujer.

Se sienta y susurra un gracias a M. Luego me mira y yo sonrío con gratitud. Asiente con la cabeza. Es un estímulo silencioso.

—¿Alguien más quiere hacer una declaración? —pregunta M, y luego espera en silencio unos quince segundos antes de continuar—. Doctora Wiley, el comité tiene algunas preguntas, basadas en la revisión que ha hecho del expediente del caso y las grabaciones del procedimiento.

Me pongo en pie y me aclaro la garganta. La siento apergaminada y seca, pero estoy preparada. Siempre lo estaré.

—Doctora Wiley, el hospital hizo cálculos estadísticos de sus cirugías y observó que, en otros tres casos, cuando los corazones no se reiniciaban después de la cirugía, empleaste una media de cuarenta y tres minutos en restablecer un ritmo sinusal normal. En un caso, llegaste a trabajar en el corazón del paciente durante casi dos horas. ¿Es correcto?

—Sí. —Eso creo. No lo recuerdo exactamente, pero este no es el momento ni el lugar para confesarlo. M no mentiría sobre algo así.

—Entonces, la pregunta es ¿por qué te rendiste tan pronto en el caso de Caleb Donaghy? ¿Qué había de diferente en él?

La cuestión trae a mis labios una amarga mofa, pero consigo mantenerla en silencio y sin que nadie pueda detectarla. Es posible que mis otros pacientes no hayan sido monstruos que merecían morir. Pero es obvio que no puedo decir eso.

—Su corazón —respondo, con calma. Derreck estaría orgulloso

de mí—. En la mayoría de los casos, para que el corazón vuelva a latir, lo único que tenemos que hacer es enjuagarlo con suero salino caliente y llenar las cavidades de sangre. Sí, puede que tengamos alguna fibrilación, pero entonces usamos las paletas y restablecemos el ritmo sinusal normal. Este corazón era diferente.

—¿En qué sentido?

—Lo enjuagué con suero salino caliente durante casi dos minutos. —Compruebo mis notas mientras hablo.— Eso está en la grabación, si queréis comprobarlo. —M asiente.— Luego solté la pinza y llené el corazón de sangre, pero no pasó nada. Ni siquiera un ligero temblor. Absolutamente nada. —Miro alrededor de la mesa. Hay curiosidad, una vaga simpatía y un odio muy evidente por parte del doctor Bolger. El abogado susurra algo al oído de M y ella le responde.

—¿Había pasado esto antes? —pregunta M.

—No, nunca. A falta de una forma mejor de decirlo, el corazón ya estaba muerto.

En cuanto he dicho eso, me han entrado ganas de poner los ojos en blanco. Es una afirmación muy idiota, pero cierta. Derreck se abalanzaría sobre mí y me preguntaría: «¿Ah, sí? Entonces, ¿quién lo mató, si no fuiste tú?».

Afortunadamente, M no.

—¿Pero seguiste adelante con los esfuerzos de reanimación?

—Por supuesto. Durante todo el tiempo que trabajé en el corazón, ya fuera con paletas o con masajes, no detecté ni un solo parpadeo de movimiento, ni la más mínima fibrilación. Nada. Por eso lo declaré muerto.

—El paciente estaba en la bomba, ¿no? —pregunta M.— Pudiste haber continuado con los esfuerzos de reanimación durante horas, prácticamente. Sin embargo, decidiste darlo por muerto a los veintitrés minutos. ¿Por qué?

Lleno mis pulmones de aire, a la espera de encontrar las palabras correctas para esa pregunta que, en realidad, no puedo contestar. ¿Me apresuré a declararlo muerto después de verle la cara? Sí, me precipité. ¿Estaba impaciente por verlo muerto, bajado a la morgue y encerrado en una caja?

Estaba más que ansiosa. Tenía miedo de que el tipo volviera a la vida por algún jodido giro del destino, que me obligara a cerrar su pecho y dejarlo vivir de nuevo, después de todo lo que el maldito había hecho. No podía permitirlo. Simplemente no podía.

—¿Doctora Wiley? —pregunta M.

Me doy cuenta de que se me llenan los ojos de lágrimas. Respiro para apartarlas y me pongo a pensar.

—La respuesta está en la temperatura del músculo cardíaco —digo; dubitativa, al principio, pero luego me voy animando—. La cardioplejía protege el corazón al bajar la temperatura casi hasta el punto de congelación. Una vez recuperada la temperatura normal, el corazón deja de estar protegido. Sí, técnicamente se puede decir que podemos continuar la reanimación para siempre mientras el paciente esté en bomba, pero en realidad, un corazón tan dañado que ni siquiera fibrila bajo los esfuerzos de reanimación y múltiples inyecciones de epinefrina solo seguiría deteriorándose.

M mira alrededor de la mesa, pero nadie levanta la mano. El doctor Seldon asiente lentamente. El doctor Fitzpatrick tiene los labios apretados, pero no está sombrío; su expresión es de vergüenza, por una razón que no logro entender. El doctor Bolger tiene los brazos cruzados; está furioso.

—Una pregunta más, antes de dejarte marchar —dice M—. Que tú sepas, ¿cómo se involucró la Fiscalía del Estado en el caso de este paciente?

Sacudo la cabeza.

—Lo siento. No lo sé. —Me siento bien diciendo la verdad otra

vez. Probablemente los llamó el doctor Bolger, pero eso es especulación, y no voy a señalar a nadie, a menos que tenga alguna prueba.

—Muy bien, doctora Wiley —dice M—. Tenemos suficiente información para formular nuestras conclusiones.

De mano en mano, empiezan a circular hojas de papel hacia M. Por lo que puedo ver, son idénticas: simples formularios con una pregunta y respuestas de opción múltiple. Varios tienen notas garabateadas debajo de las opciones.

M repasa las hojas rápidamente y comparte algunas de las respuestas con el abogado. Una de ellas provoca un acalorado murmullo que dura unos dos minutos, mientras mi corazón se acelera más que en mis carreras matutinas.

Finalmente, palmea las hojas de papel para apilarlas de manera ordenada y cruza las manos sobre ellas.

—Este comité no encuentra a la doctora Anne Wiley culpable de nada relacionado con la muerte de Caleb Donaghy.

Respiro, Lleno de aire mis hambrientos pulmones. Los asistentes empiezan a barajar sus papeles y a apartarse de la mesa.

—Hay un hallazgo más que debo compartir —anuncia M. Alza un poco la voz para sobreponerse al ruido. De inmediato se hace un silencio denso—. El comité de revisión por pares ha considerado que el comportamiento del doctor Bolger ha sido despreciable y gravemente inapropiado, tanto durante el procedimiento quirúrgico grabado en vídeo como durante la sesión de declaraciones de este comité.

El doctor Bolger da un grito ahogado y se levanta.

—¡No hablará en serio!, ¡no puede ser! Esto es una locura.

El Doctor Fitzpatrick, sentado a su lado, lo agarra por la manga y tira hacia abajo, tratando de que se siente.

—Por lo tanto —continúa M imperturbable—, basándome en las

peticiones de varios miembros de este comité, el doctor Bolger será puesto en excedencia administrativa, a la espera de una investigación sobre su conducta profesional. —M hace una pausa de un segundo y mira fijamente al doctor Bolger, a la espera de que se calle.— Este comité os agradece su participación. Podéis retiraros.

Entre la charla que viaja en oleadas, suscitada por los últimos comentarios de M, doy las gracias y soy la primera en salir. Al abandonar la sala de reuniones, siento en la espalda los ojos del doctor Bolger. Está lívido y furioso, pero ya no me importa. Fuera, en el pasillo, el aire es más frío, más fresco, y puedo respirar con facilidad. Me apresuro a ir a mi despacho, deseosa de estar sola unos minutos.

«Lo he logrado.»

No hay policías esperando para detenerme. Tampoco está Paula Fuselier; solo Madison, cuya expresión es de tensa determinación. Me mira con una pregunta tácita y luego me abraza.

—Todo ha salido bien, Maddie —digo. Me estoy esforzando por no llorar—. Nos han dado el visto bueno. Comunícalo al equipo.

Desaparece para prepararme una taza de té, pero la llamo y le pido un café.

Luego me siento a mi escritorio, infinitamente cansada. Mis ojos vagan hasta posarse en la foto enmarcada de Melanie, encima de la mesa. Es una foto antigua, tomada pocos días después de que mis padres la adoptaran. Las dos estábamos jugando en el patio. Aquel día, Melanie había estado riendo, con la cabeza inclinada hacia atrás y los rayos del sol dándole en la cara. Giraba y revoloteaba como si nunca hubiera tenido la menor preocupación en toda la vida. Finalmente, exhausta, aterrizó a mi lado en el banco y me cogió de la mano con fuerza. Fue entonces cuando le hicieron la foto; mamá, si no me equivoco.

Junto a la foto, guardo una piña lacada que aquel mismo año me

regaló por mi cumpleaños. Ella la había recogido del patio, y fue papá quien la ayudó a convertirla en un regalo. La barnizaron con unos pequeños pinceles que podían introducirse entre las escamas de las semillas. Me regaló esa piña, atada cuidadosamente con un lazo verde, mientras cantaba *Cumpleaños feliz;* desafinada, pero con una sonrisa radiante y amplia que me alegró el día entero.

Rozo con los dedos las escamas de la piña. Luego cojo la foto y paso los dedos por su dulce rostro. Pero solo siento el frío cristal bajo las yemas y las lágrimas que corren por mis mejillas. Sus ojos me hablan, sin embargo, como si aún estuviera viva, como si aún estuviera conmigo.

Caleb Donaghy merecía morir por lo que le hizo a mi hermanita.

Estoy en paz con lo que he hecho.

Sin embargo, dos preguntas me persiguen todavía. ¿Por qué su corazón se negó a arrancar? ¿Y por qué la Fiscalía del Estado ha convertido el corazón de Donaghy en un caso digno de investigación?

Veintiuno

Formal

No tengo mucho tiempo para pensar en Melanie y revolcarme en lágrimas de alivio tras la revisión por pares, porque pronto mi despacho se llena de los miembros de mi equipo. Antes de que el Doctor Seldon venga a felicitarme, apenas alcanzo a enviar mensajes de texto a mamá y a Derreck para compartirles el resultado del comité. Lee Chen, normalmente taciturno, se muestra inesperadamente alegre, y Ginny me abraza cada dos por tres.

Me siento conmovida ante su afecto.

Al cabo de un rato, levanto la mano y pido la atención de todos.

—Sí, hoy nos han exculpado de la muerte de un paciente. Sobre todo, me han absuelto a mí, porque la declaración de la muerte y la operación en general son responsabilidad mía. Pero, aun así, hemos perdido a un paciente. Les prometo que seguiré investigando los detalles hasta averiguar qué hizo que su corazón se negara a latir.

—Claro que sí. —Madison se ríe y me da un abrazo de lado.— Entonces, ¿supongo que no puedo triturar esa carpeta roja hoy?

—No, todavía no.

—Hablas como una auténtica líder —dice el Doctor Seldon, y me estrecha la mano con fuerza—. Pero no te obsesiones. A veces, estos misterios se quedan sin resolver. Es biología, no ingeniería. Sin razón aparente, algunas bombillas no encienden al darle al interruptor.

Sus comentarios provocan risas. Detrás de la multitud, alguien a quien no puedo ver juega con el interruptor de la luz en la pared. Lo apaga y lo enciende unas cuantas veces, y se producen más risas. Es el alivio tras la tormenta mortal.

—Tenemos un montón de enfermos pendientes. Este

departamento la necesita, doctora Wiley —añade el doctor Seldon.

Sonrío y asiento con la cabeza.

—Gracias —susurro, con la voz un poco entrecortada—. Por todo.

Se disculpa y se va. Tiene programada una operación a las cuatro de la tarde: un triple baipás, si no me equivoco.

Madison sugiere que nos volvamos a reunir aquí para comer tarta dentro de un par de horas, después del trabajo. Mientras todos se van dispersando, me llaman al despacho de M.

Camino deprisa por los pasillos casi desiertos, con las palmas de las manos sudorosas y el corazón latiendo con fuerza. Por hoy, he tenido más estrés de la cuenta. Si bien el comité me acaba de dar el visto bueno, tengo un mal presentimiento. Aunque no creo en las premoniciones

Tengo buenos motivos para no hacerlo.

Al llegar al despacho de M, antes de llamar, miro a través de las puertas de cristal. Está con Aaron Timmer, el abogado jefe del hospital, y otro hombre. Me resulta familiar. Me parece haberlo visto la semana pasada esperando a alguien con un montón de globos en la mano. Debe de ser uno de los seres queridos de mis pacientes.

Siento una punzada de pavor. Espero que no haya muerto nadie más. Sería muy inoportuno. Llamo a la puerta y M me invita a pasar con un apresurado gesto de la mano.

—Doctora Wiley, gracias por venir tan rápido. Este hombre es Adam Costilla, investigador de la Fiscalía del Estado.

La sangre se me escurre por la cara. Lo noto, igual que noto que se me hielan las manos y que el corazón me golpea desesperadamente la caja torácica.

El investigador me ofrece una mano que decido desdeñar.

—Doctora Wiley, tenemos varias preguntas sobre la muerte de este paciente, Caleb Donaghy, que estaba bajo su cuidado.

Miro a M brevemente, pero no tiene oportunidad de intervenir.

Aaron Timmer es más rápido.

—Me gustaría saber por qué esta muerte en concreto interesa tanto a la Fiscalía del Estado —pregunta con calma. Casi me aparta de su camino para acercarse al investigador. No me importa.

La pregunta de Timmer despista a Costilla. El hombre da un paso atrás y se mete las manos en los bolsillos de su larga gabardina negra. Es un tipo corpulento que pronto se convertirá en paciente de urgencias de algún cardiólogo, a juzgar por las manchas de color rojo violáceo que le tiñen la cara y el cuello. Tengo que refrenarme de tomarle la tensión. Con cualquier otra persona, no habría dudado en tomársela.

—Pediré a mi oficina que prepare una declaración, si el hospital lo exige; pero, en este momento, solo tengo algunas preguntas simples…

—Yo también tengo una pregunta —suelto.

—Doctora Wiley —dice M con una voz baja e imperiosa que apenas percibo—. Este no es el momento.

—Hay algo que me gustaría saber: ¿no estuvo usted aquí la semana pasada? —pregunto, a pesar de que, dentro de mi cabeza, la voz de la razón grita que cierre el pico. Grita más fuerte que las órdenes en voz baja de M, y, aun así, hago oídos sordos—, ¿acechando en el pasillo frente a mi despacho, con globos en la mano y fingiendo ser quien no es?

—¿Qué? —M se coloca delante del hombre, con las manos firmemente apoyadas en las caderas.— ¿Es cierto?

El hombre sonríe nervioso.

—No es ilegal. Estoy llevando a cabo una investigación. Se llama *vigilancia.* ¿Habrá oído el término alguna vez? —Se rasca la frente. Está avergonzado. Probablemente no esperaba que me hubiera dado cuenta.

«¿Me estaban vigilando? ¿Qué demonios está ocurriendo?» Sus

palabras resuenan en todo mi ser, me debilitan las rodillas. Quizá han puesto micrófonos en mi despacho, en mi teléfono; ¿quién sabe qué más habrán hecho? Puede que sepan de qué he hablado con Derreck, puede que estén enterados de que Donaghy no era un desconocido para mí. «Oh, no, por favor, que no sea verdad.»

La visión de pesadilla de los policías sacándome de aquí esposada vuelve con fuerza de vendaval. Me siento mareada y débil.

M susurra algo rápidamente al oído de Timmer. Este le responde con un susurro muy corto, probablemente de una o dos palabras. Luego se vuelve hacia el investigador y le dice:

—Señor Costilla, queremos una declaración formal de la Fiscalía del Estado sobre esta supuesta investigación. Para que quede claro, me gustaría que esa declaración incluyera el número del caso y la firma del fiscal del Estado.

El mentón de Costilla tiembla de rabia. El tío no dice nada, solo se queda mirando al abogado un momento.

Timmer da un paso adelante.

—No me haga llamar a Mitch Hobbs. Fuimos compañeros en la facultad de derecho. Si tiene una razón válida para estar aquí haciendo preguntas, enséñeme el papeleo.

Cuando el investigador se da la vuelta y se marcha sin decir palabra, las enormes colas de su gabardina ondean a su alrededor como una capa, pero no es un superhéroe.

Es un ave de mal agüero.

Veintidós

Escena del crimen

Habían pasado unos cuantos días más y seguía sin saber nada de Derreck. Paula consultó su teléfono. Era la quinta vez, desde que se levantó aquella mañana. Los miércoles se habían convertido en el día habitual para reunirse en algún hotel a pasar una tarde de sexo y hacer juntos ambiciosos planes de futuro.

¿Quedaba alguna posibilidad de un futuro en común? Le había enviado dos mensajes de texto durante el fin de semana y no había recibido respuesta. La estaban despechando, y ella detestaba eso. Con pasión.

Sin embargo, no podía culpar a Derreck. Ella lo había amenazado y lo había obligado a ceder bajo presión. ¿Cómo podía esperar amor después de aquello?

Amor.

Qué palabra tan pesada. Hasta el viernes anterior, ni siquiera habría reconocido tener esperanzas de ser amada. O habría jugado otras cartas. Ahora, eso parecía completamente quimérico. Su propio odio infinito hacia Anne Wiley lo había vuelto imposible.

Él tenía que dejarla. Tenía que hacerlo.

Paula seguía esperando una señal de Derreck, un mensaje de texto con el nombre de un hotel y un número de habitación. Estaba lista para sentirse sorprendida por el nuevo lugar elegido, como un niño en la mañana de Navidad. La vida le había puesto obstáculos económicos: no había tenido a nadie que la agasajara con las mejores cosas; no hasta Derreck. Y ella se las había arreglado para arruinarlo todo, tal vez para siempre. Y aunque él la invitara a pasar una tarde juntos, ¿cómo sería aquello? ¿Cómo podría un hombre llevarla a la cama después de que ella lo hubiera amenazado así?

¿Con rudeza? ¿Estaría asqueado de ella, lleno de odio?, ¿sería capaz de soportarla?

Probablemente, el candidato tenía razón en distanciarse por un tiempo. Poco a poco, tal vez, empezaría a echarla de menos, en lugar de odiarla por sus amenazas. Paula iba aferrándose a esa esperanza irracional, mientras, al mismo tiempo, se obsesionaba con el paciente muerto de Anne Wiley. Si había una forma de conseguir lo que quería, esta era su mejor oportunidad. ¿Cuántos años tendrían que pasar antes de que surgiera otra oportunidad así, sobre todo si Derreck lograba ganar las elecciones sin su ayuda? Aquellos dos vivirían felices para siempre, como si Paula nunca hubiera existido. Quedaría atrás, olvidada más pronto que un desliz de noche de borrachera.

De verdad que no podía lidiar con el abandono, con ser dejada atrás, convertida en un fantasma, descartada como un zapato viejo. Eso la llenaba de una cólera indescriptible, una rabia al rojo vivo que quemaba todo a su paso, que la hacía sentir irrelevante y barata.

Derreck la tenía casi colmada, a punto de dejarse llevar, de ceder a un ardiente deseo de venganza.

¿Realmente lo necesitaba para convertirse en fiscala del Estado? La idea de depender de él, de necesitarlo —o de necesitar a cualquier otro, ya que estamos— le producía náuseas. La gente mentía y traicionaba; en general, nadie era de fiar. Ella tenía más posibilidades de conseguir el puesto de fiscala por su propia cuenta. Siempre y cuando jugara bien sus cartas.

Volvió a comprobar el móvil. Seguía sin haber nada. Reprimió un amargo suspiro de frustración y se dirigió a su despacho. Saludó con la cabeza a sus compañeros.

—Buenos días —dijo Marie cuando Paula pasó por delante de su mesa—. Están solicitando tu presencia en la escena de un crimen —añadió justo cuando Paula entraba en su despacho.

Esta se dio la vuelta y regresó al escritorio de su ayudante.

Marie se quedó mirando unos papeles con demasiado interés, evitando, aparentemente, la mirada de Paula.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿Adam no se está haciendo cargo?

Marie dirigió una rápida mirada a su jefa.

—Ha sido él quien ha llamado. Te necesita allí.

Paula frunció el ceño. Eso no era habitual.

—¿Dijo por qué?

Marie la miró de nuevo y bajó rápidamente los ojos.

—Lo siento, no, y yo no le pregunté. Solo sé que tiene que ver con el tiroteo de Espinoza.

Mentía, pero Paula no quería perder el tiempo interrogando a su ayudante como si fuera una sospechosa de asesinato en el estrado. Pronto descubriría qué la estaba volviendo tan escurridiza en relación con esta escena del crimen.

Por un momento, tuvo la esperanza de que Vicente Espinoza se hubiera tirado por un balcón, pero luego recordó que lo habían metido a la cárcel. El juez lo había puesto en prisión preventiva tras la comparecencia de la semana pasada. Un suicidio de Espinoza habría dejado fuera de peligro a Simon Degnan y habría suprimido la necesidad de que el niño de once años testificara.

—Me pregunto por qué Adam no me ha llamado al móvil —murmuró. Volvió a comprobar el aparato—. Envíame la dirección, ¿vale?

Se marchó sin esperar respuesta. Cuando llegó al coche, su teléfono recibió un mensaje de texto con los detalles.

La dirección estaba a una manzana del lugar del crimen de Espinoza. Encontró la calle acordonada y llena de policías. La furgoneta del forense del condado de Cook ya estaba en el lugar, con las puertas traseras abiertas de par en par y sin la camilla.

Mostró sus credenciales y se agachó bajo la cinta policíaca amarilla. Luego se dirigió adonde un joven agente hacía señales con la palma de la mano abierta. Caminó deprisa y, al cabo de unos metros, distinguió entre la multitud la enorme estatura de Adam.

El investigador estaba a un par de metros del centro de atención de todos: muy probablemente, un cadáver; una víctima de asesinato, tal vez.

Cuando ella llegó a su lado, le tocó el codo para alertarlo.

—Oye, Adam, ¿qué pasa?

Él miró más allá de ella, con ojos atormentados, la mirada vacía. La guio con un rápido empujón por la espalda.

—Míralo tú misma —le dijo. Paula pasó junto a la camilla del forense, aún vacía, y mirando inquisitiva a su compañero—. Les he pedido que te esperaran. He pensado que debías ver esto en persona.

Ella dio dos pasos más y vio el cuerpo. Soltó un grito ahogado, abrumada por las náuseas. Era Simon Degnan. Estaba tendido en un charco de sangre, con dos agujeros de bala en su delgado pecho. Aún tenía los ojos abiertos y transparentes. El azul del cielo primaveral se reflejaba en los iris.

—Ya está —dijo Adam, con voz despiadadamente fría—. Esto es lo que pasa cuando metes niños en este negocio, Paula.

Ella lo agarró por la solapa. Estaba a punto de gritarle y ponerlo en su sitio, pero tenía el estómago revuelto. Jadeó y se tapó la boca con la mano.

—Será mejor que no contamines la escena del crimen.

Adam tiró de ella hacia un lado, agarrándola por el codo con tenazas de hierro, y la alejó del equipo de escenas criminales hasta llevarla al lateral de un edificio. La empujó contra la pared; pero a ella no le importó, porque estaba más ocupada en controlar sus espasmos.

—Yo ya era un policía veterano con casi veinte años en las calles de Chicago a mis espaldas. Tú eras una fiscala recién salida de la facultad de Derecho. Eras únicamente agallas y ambición y un cerebro como el que yo nunca había visto. ¿Recuerdas lo que me dijiste? —Gritaba. Su acento italiano era más fuerte de lo habitual.

Ella volvió a resoplar, incapaz de borrar de su mente la imagen de Simon Degnan tendido en el asfalto, cubierto de sangre. Toda esa sangre estaba en sus manos. Podía haber llevado el caso a los tribunales sin el testimonio del niño, sin haber implicado a Hobbs, y haber ganado con las pruebas, únicamente. Podía haberse arriesgado, pero estaba demasiado ilusionada con el ascenso y con lo que esto significaría para su futuro como para preocuparse.

—En los niños, nosotros ponemos el límite, Paula —le gritó en la cara—. Tú me lo has enseñado. Nadie más. Lo único que te importa es esa doctora y su paciente muerto, cuando ni siquiera es un caso. —Se dio una palmada en la frente mientras se paseaba en su sitio, visiblemente atribulado.— Y tengo que jugar tus estúpidos juegos.

Ella inhaló el aire frío de la mañana, tratando de calmar su estómago.

—Es un caso. Y haré con él un envoltorio para presentarlo a un gran jurado tan pronto como la semana que viene.

—Entonces estás más loca de lo que pensaba —le espetó él—. Estás arriesgando tu carrera por nada. Si yo me he enterado de tu aventura con su marido, ¿crees que su abogado no lo hará? Por Dios, mujer, ¡eres más lista que esto!

Las palabras de Adam la golpearon en la boca del estómago. Sabía lo de Derreck. Los engranes de Paula empezaron a girar rápidamente. Pensaba qué decir, cómo forzar al investigador a que siguiera haciendo lo que ella necesitaba.

—No entiendes nada. Es gracias a esa aventura que me he enterado de que mató a ese tipo.

—¿En serio? —Adam se frotó la frente con rabia, como castigándose, como si su cabeza hubiera hecho algo mal—. Deberías abrir un caso formal, entonces, o dejar esto por la paz antes de que arruine tu carrera y la mía. El hospital no se va a quedar con los brazos cruzados.

Miró más allá, hacia el forense y su ayudante, que cargaban el cuerpo de Simon en la camilla y lo llevaban a la furgoneta. Cerró los ojos por un momento. Quería que la imagen se disolviera, pero no despareció. Permaneció allí, fresca en su memoria.

—Soy un detective, Paula. No soy tu sicario. Investigo casos legítimos y, cuando hay razones válidas y legales, presento acusaciones contra los sospechosos. Eso es lo que hago. Y yo estaba en ese hospital, no en el caso Espinoza, cuando este chico murió en las calles, abatido como escoria. No tuvo ninguna maldita oportunidad, Paula, y tú lo sabes.

Una lágrima rodó por el rostro de la fiscala. Él tenía razón. La muerte de Simon había sido culpa suya.

—La orden de presentación se le entregó esta mañana, tal y como ordenaste —continuó Adam—. Lo reventaron a las dos horas. —Se la quedó mirando. Ella bajó los ojos.— Solías preocuparte por chicos como él. ¿Qué ha pasado? No me digas que estás enamorada de ese astuto aspirante a alcalde.

Esa acusación la enfureció. Como si fuera un cuchillo, la dejó desgarrada.

—¿Eso piensas? ¿De verdad? ¿Aquí es donde estamos, señalándonos con el dedo y haciendo acusaciones que desafían el sentido común? Si has perdido toda la confianza en mi juicio, y parece que es así, quizá sea hora de pedir que te cambien de oficina.

Se hizo un breve y atónito silencio mientras Adam la miraba con la boca abierta.

—¿Me estás echando?

—Te estás echando tú solo. —Enderezó la espalda y empujó la barbilla hacia delante.— Soy tu jefa, y pensé que también tu amiga. Por eso siempre he dado la bienvenida a tus pensamientos, siempre has podido compartirlos conmigo en plena libertad, pero hoy lo has llevado demasiado lejos. Nunca me he pasado de la raya en mi cargo. Jamás. Y, aun así, me hablas como si fuera un pedazo de mierda corrupto con una agenda secreta. No sé cómo vamos a salir de esto.

Los hombros del investigador cayeron bajo el peso de esas palabras. Se quedó allí, sin habla, mientras ella pensaba qué hacer. Despedirlo era coherente, pero Adam ya estaba implicado en la investigación de Anne Wiley, y esa información, en manos de un antiguo empleado descontento, era dinamita pura.

Respiró y tocó brevemente el codo de Adam. Él no se apartó, solo miró la mano con recelo.

—Esto ha sido duro —dijo, eligiendo cuidadosamente las palabras —. Estoy dispuesta a dejar esto atrás, teniendo en cuenta la carga emocional que la muerte de Simon ha supuesto para los dos. —Hizo una pausa para darle tiempo a que procesara las palabras.— Ambos hemos dicho cosas que tendríamos que haber callado. Estoy de acuerdo en que podríamos haber hecho todo de otra manera para no tener que solicitar el testimonio de Simon. Puedo jurarte que he aprendido la lección. En el futuro, sabré pedir perdón en lugar de permiso y mantendré a los niños alejados del estrado, cueste lo que cueste.

Él la miró con el destello de duda que aún persistía en sus ojos. Era un policía experimentado, callejero, sabio y astuto. Ella no estaba segura de haberlo convencido.

—¿Y qué con el asunto de esta señora cirujana? La he conocido, y no es Ted Bundy.

—¿Confías en mí?

Él asintió, pero con un revelador encogimiento de hombros. Ella prefirió fingir que no se había dado cuenta.

—Entonces confía en mí en esto. Prepararé tan pulcramente un caso de gran jurado que pensarás que es Navidad.

Los ojos de Adam se desviaron un momento y volvieron a posarse en ella, agudos, alerta.

—Ponme al tanto. Si confías en mí, dime lo que sabes.

Eso era, justamente, lo que ella más temía. No tenía nada que decirle. Había cometido un grave error al implicarlo en esto, lo sabía. Era demasiado tarde para retroceder.

—Dame dos días más y lo haré —dijo—. Entonces me ayudarás a decidir la mejor manera de llevar a Anne Wiley ante un gran jurado por asesinato.

Adam se mofó.

—¿Ves, Paula? Esa es la cosa con la confianza. Ahora mismo, está claro que no confías en mí ni de coña. —Sonaba decepcionado, pero también dudoso; suspicaz, incluso.— Desde mi punto de vista, quieres joder a la mujer de tu amante y estás usando tu puesto para conseguirlo.

—Cielos, Adam… Si eso es lo que piensas de mí, realmente no podemos seguir trabajando juntos.

—Convénceme de lo contrario, entonces. Trabajemos este caso según las reglas, si es que hay un caso real en alguna parte.

—No. Quiero que nos concentremos en atrapar al asesino de Simon Degnan. Las primeras horas son críticas cuando se trata de homicidios por encargo. Por si lo olvidaste, Espinoza está encerrado, así que alguien más apretó el gatillo por él. No quiero que perdamos tiempo en el caso de la cirujana hasta que este perpetrador esté entre rejas.

Adam la miró fijamente durante un largo momento y luego se dio

la vuelta.

—Sí, Paula, lo que tú digas. —Se dirigió a su coche y la dejó allí sola, recusada, como una obviedad.

«Hijo de puta.»

Ella caminó a paso ligero hacia su coche. Iba armándose de valor, diciéndose a sí misma que todo iría bien una vez que las piezas estuvieran en su sitio. Pero ¿qué estaba haciendo?

El viaje de vuelta a la oficina fue lento y tenso, con mucho tráfico. Optó por tomar la interestatal, pero avanzaba con la misma lentitud que el resto de la ciudad, además de que había colas interminables para pagar los peajes.

A diez kilómetros por hora, podía contemplar el exterior. El cielo azul era perfecto, sin una sola nube que amenazara el cálido día primaveral. A lo lejos, un cartel de la autopista captó su atención. Desde el centro del anuncio, la doctora Anne Wiley le sonreía con su rostro de modelo y sus dientes perfectamente blancos, haciendo el gesto del corazón con dedos bien cuidados. En uno de ellos distinguió un tramo de alianza de oro idéntica a la que había visto en el dedo de Derreck.

Aquella imagen perfecta era la personificación de todo lo que ella más odiaba. Esa mujer estaba a una increíble distancia de gente como el pobre Simon Degnan, a quien había visto yacer muerto en una calle, y de gente como ella misma. La bilis le subió a la garganta mientras la ira le recorría las venas.

—Te juro que arrancaré de tu vida todo lo que amas y le prenderé fuego —susurró, con la mirada fija en el cartel. Tenía las manos blancas de agarrar con fuerza el volante, como aferrándose a él para salvar su vida—. No descansaré hasta que te quedes sola, abandonada y sin nada más que perder.

Veintitrés

Álbum

El miércoles por la noche, cuando por fin llego a casa, me siento exhausta después de un día de agenda apretada. Las interminables angustias me están pasando factura, a pesar de estoy tomando betabloqueantes con regularidad y de que he empezado a hacer meditación. Estas cosas ayudan, pero no pueden protegerme por completo de la alarmante realidad.

Todavía estoy bajo investigación. Había un policía vigilando mi despacho. También podrían estar inspeccionando mi casa, nuestros teléfonos, nuestras búsquedas en internet… ¿Quién sabe qué más? Tal vez han venido a registrar mis cosas. O quizá eso solo ocurre en las películas: policías que se meten en las casas sin orden judicial y se salen con la suya. En la vida real, no puede estar pasando. No a nosotros.

Mamá se ha ido a jugar a las cartas y, sin ella, la casa está sumida en el silencio. Derreck sigue fuera, aunque prometió volver antes de lo habitual. Ha dicho algo acerca de que, durante un tiempo, dejarán de celebrarse unas reuniones electorales o algo así. Yo estaba demasiado agobiada con mis propios miedos como para prestarle atención. Lo único que recuerdo es que va a llegar a casa más temprano. Eso es lo único que me importa.

Luego tendré que llevarlo a algún sitio, quizá al restaurante chino que tanto nos gusta, y contarle mis temores sobre esta investigación interminable. Son cosas de las que no podemos hablar en casa. ¿Y si nos estuvieran escuchando? Paula Fuselier no ha vuelto a pasar por mi despacho, ni tampoco el investigador hipertenso, pero su ausencia no alivia mis temores. Todo lo contrario: abre la puerta a una paranoia en toda regla. Aunque, en realidad, no es paranoia,

puesto que van a por mí por algo que realmente he hecho. Es culpa, miedo y preocupación legítima.

Dado que tengo planes de salir a cenar con Derreck, no me desvisto ni como. Incluso me salto la botella de vino que me llama desde la puerta de la nevera. Me conformo con una galleta untada de mantequilla de cacahuete. No tengo ganas de comer mucho. Es comprensible.

Subo las escaleras y me detengo ante la puerta de Melanie. Lleva años cerrada. Seguro que mamá entra, limpia, quita el polvo y todo eso. Me sorprendería que no lo hiciera. Pero sigo sin poder entrar.

Pongo ambas manos sobre la madera lacada, me apoyo en la puerta, pego la mejilla en ella y aspiro el aroma. Huele a pino, a laca y a muebles viejos. Cierro los ojos, y el sonido de una risa vuelve a la vida, engañosamente real, lleno de alegría infantil. En mis recuerdos, está cantando algo: *Twinkle, Twinkle, Little Star.* La canta mucho más despacio que en el ritmo normal, con lo que suena extrañamente divertida, como si quisiera arrastrarla para hacerla durar más. Aquel invierno ya había cumplido diez años y la Navidad la tenía enloquecida. Había hecho listas de las cosas que quería y se las había recitado a todo el que quiso escucharla. Incluso escribió una carta a papá Noel. Pero no pedía mucho. La mayoría de sus deseos eran pasar tiempo con su hermana, cantarle canciones, cepillarle el pelo con su nuevo cepillo enjoyado y dormir con ella la noche de Navidad.

Conmigo.

Su amor llenaba mi corazón con un montón de alegría. Ansiosa por recordar más cosas aún, me despido de la puerta cerrada y bajo las escaleras, a mi estudio.

La habitación está más fría de lo que esperaba. La ventana del suelo al techo deja entrar el frío más rápido que cualquier otra

ventana de la vieja casa. Me estremezco y me envuelvo en un chal que suelo tener aquí por este mismo motivo.

Voy al sillón holandés que hay detrás del escritorio. Invito a los recuerdos a entrar y los recibo como si fueran viejos amigos. Llevo la mano a los cajones de la izquierda y abro el de abajo, donde guardo el gran álbum de fotos de mi infancia. Lo saco y lo coloco sobre el escritorio. Las tapas brillantes reflejan la luz de la lámpara en un blanco de matices cálidos ribeteado de arcoíris. Huele a plástico polvoriento y a los productos químicos de las viejas fotos.

Huele a hogar, a familia.

No paso mucho tiempo mirando las imágenes de cuando aún era hija única. Solo me llama la atención una en la que mi padre me sostiene sobre sus rodillas durante una cena familiar de la que no recuerdo nada. No hay muchas fotos de él: era quien normalmente sostenía la cámara. Su escasa presencia es el precio que pagábamos por su diligente trabajo documental.

Con cada vuelta de página, me hago mayor. Los colores se vuelven más brillantes.

Siempre quise tener una hermana. Mis padres trabajaban muchas horas, y aún recuerdo la soledad, la casa en silencio cuando ellos no estaban, a pesar de las niñeras: mujeres generalmente jóvenes, agradables y educadas que no se preocupaban mucho por mí. Algunas eran estudiantes que aprovechaban el tiempo para estudiar o leer en el sofá del salón. Otras preferían ver la tele, mientras alguna que otra dormía. A una de ellas le gustaba tanto la cocina que preparaba la cena para toda la familia. Ninguna me dedicaba tiempo.

Cuando era más joven, creía que mis padres habían adoptado a Melanie por eso, porque yo tenía muchas ganas de tener una hermana. Mi mente adulta me dice que ellos debían de desear otro hijo con la misma intensidad. Pero a mamá le hicieron una

histerectomía unos años después de darme a luz, así que la adopción era la única forma de hacer realidad nuestro sueño común.

No me dijeron que estaban pensando en adoptar. No me contaron nada mientras estaban allí, presentando papeles y gestionando la aprobación. Mamá no dijo ni una palabra cuando empezó a pasar más tiempo en el dormitorio destinado a Melanie. Lo limpió, lo renovó, lo amuebló y lo decoró para que estuviera listo el día de su llegada. Yo tenía catorce años. Acababa de descubrir las citas y a los Backstreet Boys. *Quit Playing Games* sonaba sin parar en mi Discman. Y acababa de empezar el instituto. Estaba tan absorta en todo aquello que mamá podía haber traído un unicornio a aquel dormitorio de invitados y yo no me habría dado cuenta.

Paso otra página. La expresión de alegría de Melanie es tan contagiosa que no puedo evitar sonreír. Es otra foto del día de su adopción; esta vez, del momento en que se lo dijeron. Hay una inmensa alegría y sorpresa en esos ojos tan abiertos. Melanie dilata la boca en la más encantadora de las sonrisas. Destella sobre el triste fondo del patio trasero del orfanato, lleno de niños que deambulan curiosos. Algunos nos observan con recelo, como si fuéramos depredadores al acecho desde las sombras; otros, con miradas esperanzadas y suplicantes.

Me encanta esa foto. Representa el momento en que vi a Melanie por primera vez. Papá la captó en el centro de la imagen, con la fea y malvada asistenta fuera del encuadre. Recuerdo a esa mujer. Fornida y de grandes pechos, vestía un manchado atuendo azul de hospital. La recuerdo porque nunca sonreía. En aquel momento pensé en lo terrible que debió de ser para aquellos niños estar cerca de ella, de una adulta que no era capaz de mirarlos con la más mínima gentileza. No está en mi foto favorita de Melanie. Gracias a papá.

Estoy a punto de pasar la página, pero no me atrevo a dejar esta

foto. Con cuidado de no dañar los bordes, la saco de la bolsa de celofán y la dejo sobre el escritorio, apoyada en un libro. La quiero en mi despacho, enmarcada, junto a la otra. Paso mucho más tiempo en el despacho que en el estudio, y me gustaría que mi hermana pequeña estuviera conmigo en más de una foto.

Paso otra página y rememoro. En la mayoría de las imágenes estamos las dos haciendo cosas juntas: jugando al escondite en el patio, abriendo regalos la mañana de Navidad; yo, probándome mi vestido de graduación, mientras Mel, que le levanta el dobladillo, intenta ponerse un retazo. Ese día lloró porque no podía al baile ir conmigo y con mi novio. Dejé que me cepillara el pelo un rato. Todavía le encantaba hacerlo; la hacía feliz.

Otra más. Estoy conduciendo el coche, con papá en el asiento del copiloto y Melanie asomando la cabeza entre los asientos delanteros. Está con la lengua fuera, manchada de morado por el helado de arándanos. Esta la tomé el día que me saqué el carné de conducir; un permiso de aprendiz. Yo tenía dieciséis años. Ella tenía once y era una niña explosiva que no nos recordaba en absoluto el terrible calvario que había sufrido.

Mis padres la llevaron a terapia. En aquel momento, yo no sabía para qué servía eso. Ellos, con su típica actitud sobreprotectora, me habían dicho que era para ayudarla a adaptarse después del tiempo que había vivido en casas de acogida. Mirando otra foto que le tomaron a Melanie cuando estaba desprevenida, de pie junto a la ventana de su habitación y mirando al exterior con una pizca de melancolía en los ojos, me doy cuenta de que nunca supe cómo se quedó huérfana. Algún día se lo preguntaré a mamá.

Estuvo en terapia unos tres años, seguramente por estrés postraumático. Papá encontró a una buena persona, una terapeuta amable que sonreía cada vez que veía a Melanie. La llevábamos mamá y yo. Mamá dejó el trabajo uno o dos meses después de la

adopción. Se quedó en casa. Probablemente quería estar al lado de la niña, atenta a cualquier indicio de problemas e intervenir.

Que yo recuerde, no había señales de problemas. Melanie parecía una niña feliz y sana que jugaba mucho y reía aún más. Iba bien en el colegio; era lista y no parecía tener dificultades para concentrarse o ponerse al día con su formación. Si algo faltaba, yo estaba fácilmente disponible para ayudarla.

Parecía estar bien. No había un solo rastro que nos recordara lo que había sufrido.

Hasta que llegaron los terrores nocturnos.

El primero me puso los pelos de punta. Fue un chillido tan enérgico que me heló el aire en los pulmones. Corrí hacia ella y me topé con mis padres, que venían desde el otro lado del pasillo. La encontramos no del todo despierta, sollozando con fuerza, empapada en sudor, suplicando que dejaran de hacerle daño.

Llevaba ya un par de años en terapia cuando empezaron a ocurrirle. El terapeuta les dijo a mis padres que eran normales, que por fin estaba superando lo que le había ocurrido. Yo tenía mis dudas, pero también solo dieciocho años. No recuerdo haber expresado esas dudas, sino únicamente haberlas pensado. ¿No podía esa terapeuta hacer que cesaran las pesadillas? Por aquel entonces, aún no conocía el alcance de su calvario. Aún no lo entendía.

Continuaron durante un rato: gritos espeluznantes en medio de la noche seguidos de nuestra prisa por consolarla. Después, nadie volvió a la cama; nos quedamos con ella, haciéndole compañía, charlando de cualquier cosa ligera, con todas las luces encendidas en su dormitorio. Papá decía que mirar la luz borraba el recuerdo de las pesadillas. Yo misma lo probé y era cierto.

Nunca tenía esos terrores cuando dormía conmigo. Solo que yo me hacía mayor. Quería estar al teléfono hasta tarde, hablando con

mi novio, o leer revistas que mamá no conocía. Aún no cogía el coraje suficiente para decirle a Melanie que no entrara en mi habitación. Por otra parte, su terapeuta había dicho que no era sano que durmiera siempre conmigo.

Entre la terapia y las actividades deportivas del cole, los terrores nocturnos fueron desapareciendo poco a poco. Melanie crecía deprisa y estaba más guapa que nunca. Doy otra vuelta de página y me la encuentro con unos trece años, probándose vestidos. Papá quería que los cuatro fuéramos a la gala anual de recaudación de fondos para el hospital. Ella estaba encantada. Por fin se vestiría como una chica mayor e iría a una fiesta de verdad.

Tres fotos inmortalizan ese día. Una cuarta, tomada por mí, muestra a Melanie bailando con papá.

Me quedo mirándola un largo rato, incapaz de animarme a seguir adelante. Mis ojos se han aferrado a las dos caras que tanto echo de menos, pero también hay otros motivos. Sé lo que viene después de esta página:

Nada.

Los demás espacios para fotos están vacíos.

Nadie volvió a tomar fotografías familiares después de la muerte de Melanie.

Lentamente, cierro el álbum y lo guardo. Empujo el cajón hasta el fondo, con suavidad, dolorosamente consciente del silencio que envuelve la casa que mi padre construyó pensando en nietos risueños.

A lo lejos, un coche de policía se hace presente con una sirena que se va apagando. Las sirenas aún me sobresaltan. Sigo temiendo el día en que vengan a por mí, aunque estoy satisfecha con lo que he hecho.

Podrían crucificarme. Despojarme de todo lo que aprecio, de todo: mi familia, mi empleo, todo por lo que he trabajado.

Y aún puedo decir que mereció la pena.

Ese bastardo no merecía vivir.

De haber sabido dónde encontrar al hombre que vimos aquel día en el parque, lo habría buscado y… No sé qué, pero habría hecho algo. Le habría pedido a papá que me ayudara a hacerlo pagar. Solo que yo no sabía quién era, no sabía su nombre ni nada. Lo había visto aquel día en que llevé a Melanie al zoológico, y eso era todo. Un hombre de unos treinta años con entradas; una mancha de oporto en la frente, en forma de letra R, y tres gotas cayendo del lado izquierdo de la letra. No es algo que yo pudiera olvidar fácilmente.

Ahora sé su nombre.

Espero que se pudra en el infierno.

Aparto la silla y me levanto. Cojo del escritorio la foto de Melanie y la meto en mi bolso.

Momentos después, Derreck está en casa. Le recibo con los brazos abiertos y una invitación a cenar en el restaurante chino que tanto nos gusta.

Me duele el corazón. Estoy a punto de arruinarle el día.

Veinticuatro

Captura

A Adam le llevó tres días conseguir información sobre el asesino de Simon Degnan. Paula nunca lo había visto tan decidido, incluso feroz. Ella se hacía la disimulada mientras lo veía interrogar a los sospechosos sin los guantes puestos. El detective no se tocaba el corazón mientras el interrogatorio sirviera al propósito que ambos compartían. Pero, al final, lo que prevalecía era el buen trabajo detectivesco, nada de nudillos ensangrentados ni guías telefónicas del año pasado.

Con Espinoza en la cárcel, Paula y Adam estudiaron minuciosamente el registro de visitas y todas las llamadas telefónicas que entraron a la prisión del condado y salieron de ella. Nadie iba a visitarlo, salvo un abogado de oficio con varios años de experiencia. No era el tipo de abogado al que Espinoza pudiera haber convencido de organizar un golpe.

El registro telefónico contaba una historia diferente. Pasaron toda la noche del martes y la mayor parte del miércoles comprobando los antecedentes de todas las personas que, a partir de que Espinoza fuera puesto en prisión preventiva, hicieron llamadas o las recibieron. Excluyeron a los abogados, a los familiares de los detenidos y los números gratuitos de un par de servicios de recomendación de defensores. Se quedaron con diecisiete nombres y tres contactos que no pudieron rastrear.

Entonces, Adam empezó a buscar a alguien que encajara en el perfil. Para dar un golpe por encargo de un delincuente como Espinoza, el sospechoso tenía que ser alguien de su calaña o incluso peor, un tipo ávido de dinero rápido y con muy poco o nada que perder.

Tres de los diecisiete encajaban en el perfil. Eran expresidiarios: uno vivía en un centro de reinserción social; el segundo era un drogadicto que acababa de ser puesto en libertad tras cumplir siete años de condena por agresión con agravantes, mientras que el tercero era un antiguo compañero de celda de Espinoza de hacía cinco años, de la anterior detención. Adam no perdió el tiempo con los dos primeros. Apostó por el tercero. El viernes por la mañana, sobre las diez, llamó a Paula y solicitó la orden de detención. Ella se la entregó en persona.

Encontraron al sospechoso tres pisos por encima del de Espinoza. Estaba fuera de sí, desplomado sobre un colchón sucio en un apartamento infestado de cucarachas. En la encimera de la cocina había casi diez mil dólares en billetes de cien. Probablemente faltaban uno o dos billetes. Lo más probable era que los hubiera utilizado para comprar una pizza grande de pepperoni con queso extra. Las cucarachas se estaban dando un festín con ella cuando Adam echó la puerta abajo.

El detective esposó al lamentable saco de mierda y lo puso en pie. El tipo ni siquiera recobró el conocimiento; quedó inerte hasta que Adam, con el ceño fruncido y esforzándose hasta el punto de jadear, lo dejó caer sobre el colchón.

Paula se quedó mirando al sospechoso y arrugó la nariz.

—¿Seguro que es él? —El hedor era insoportable.

Adam soltó una risa burlona y señaló el mostrador, donde estaba el ladrillo de billetes de cien nuevos.

—¿Quién, si no?

Se puso a buscar el arma homicida por todo el apartamento. Después de unos minutos de abrir y cerrar armarios con los guantes puestos, la encontró escondida bajo el lavabo, que era un fregadero de cocina, envuelta en un periódico viejo.

La sujetó con dos dedos y una cucaracha cayó del papel. Le dio

un pisotón.

—Ah, mierda. Las cosas que hacemos para ganarnos la vida —murmuró. Luego se volvió hacia Paula, sonriendo—. La he encontrado. —Expulsó el cargador y sacudió la pistola para extraer la bala que quedaba en el caño. Luego se llevó este a la nariz.— Recién disparada. Podemos marcharnos.

Paula miró al tipo: un amasijo esposado, con la cabeza apoyada en el colchón y las piernas en una de esas posturas antinaturales que solo los colocados pueden adoptar. Este no había sido el arresto glamuroso que buscaba; no obstante, habían cogido a un asesino de niños, así que era un cautivo de alto perfil. Una buena oportunidad para atraer al señor alcalde de nuevo al juego.

—¿Puedes darme treinta minutos, Adam?

—¿En este agujero de mierda? ¿Me tomas el pelo?

—Por favor —dijo ella con voz firme.

—Claro, jefa. —El detective hizo un gesto con ambas manos.— Adelante. Me quedaré aquí a oler rosas.

Paula sacó el teléfono del bolsillo y vaciló. Se quedó mirando fijamente al sospechoso.

—Me habría gustado que estuviera sobrio para la fiesta que le tengo planeada. Bueno, quizá no sobrio. Me conformaría con que estuviera despierto y ligeramente consciente. ¿Bastará con eso?

Adam gimió. Agarró al sospechoso por el brazo y lo arrastró hasta el cuarto de baño. Abrió la ducha, puso al hombre a través de la bañera, sujetado por el cuello, y roció su cabeza con agua fría.

El primer mensaje que Paula envió fue al teléfono de Derreck. Decía simplemente «Estoy a punto de hacer un arresto de alto perfil. El asesino de un niño testigo. Llega en treinta minutos, no puedo darte más tiempo» y la dirección. Luego llamó a Hobbs. Afortunadamente, el fiscal no contestó. Se sintió encantada de dejarle solo un mensaje para informarlo de la detención.

Discretamente, echó un vistazo a Adam. El detective todavía estaba rociando al sospechoso, de quien no conseguirían nada más que alguna palabrota entre dientes.

Volvió a guardarse el teléfono del trabajo en el bolsillo y cogió otro, uno desechable con unos cuantos números codificados como grupo de texto en la memoria: los principales medios de comunicación de la zona. Luego tecleó «El asesino de Simon Degnan será detenido en treinta minutos. La asistente del fiscal está en el sitio».

Cuando terminó de teclear la dirección, el delincuente ya se había despertado y estaba insultando a Adam. Lo primero que hizo fue vomitar. Paula dejó que Adam se ocupara de él y salió a poner sus pensamientos en orden.

¿Y si, después de todo, Derreck se apareciera por aquí? ¿Significaría eso que el pacto debía reanudarse como si nada hubiera pasado? ¿Significaría eso que aún había un atisbo de esperanza de que algún día dejaría a su mujer? ¿O Paula ya había sobrepasado la línea divisoria entre el sentido común y la pura ilusión?

Eso dependía de cuánto quisiera Derreck ser alcalde el próximo noviembre.

Miró por la ventana. Había, a un lado, un contenedor de basura que olía mejor que el apartamento del sospechoso. El primer equipo de televisión estaba llegando a la acera. Otro apareció un par de minutos después. Pero no Derreck. Paula consultó su reloj y respiró profundamente un aire relativamente limpio antes de volver a entrar en el apartamento.

—¿Cómo vamos aquí? —Miró al sospechoso y frunció el ceño. Estaba acurrucado en el suelo, de lado, con las manos esposadas a la espalda y gimiendo.

—Tiene una resaca de mil demonios, pero está como tú lo querías: consciente. Siento no haber podido hacer más.

El hombre levantó la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados e inyectados en sangre. En la barba de tres días había acumulado toda la suciedad y la mugre del suelo. Su camiseta, antaño azul, con el logotipo naranja de un equipo deportivo, estaba manchada y casi completamente mojada. La fiscala pensó en pedirle a Adam que le cambiara la ropa, pero, finalmente, decidió no hacerlo. Era ella quien tenía que salir bien en la tele, no ese sujeto.

—Vale, estamos listos —dijo, exactamente treinta minutos después de haber enviado el mensaje a la prensa.

Cuando salieron del edificio, los medios de comunicación se congregaron a su alrededor, aunque a una distancia respetuosa; probablemente por el olor que desprendía el detenido.

—Señorita Fuselier —preguntó un periodista—, ¿quién es este hombre?

Ella se irguió y echó la barbilla hacia delante.

—La Fiscalía del Condado de Cook ha emitido una orden de captura contra el hombre que mató a un niño de once años. Este niño, Simon Degnan, fue asesinado para impedir que testificara contra Vicente Espinoza, a quien tenemos detenido por el asesinato de su propia esposa.

Entre clamores, los medios de comunicación se acercaron y extendieron sus micrófonos hacia ella.

—¿Qué comisaría ayudó en la investigación?

—Este caso nos afectaba especialmente. Mi investigador, Adam Costilla, y yo lo llevamos personalmente.

Un reportero con pinta de empollón se acercó un paso. Se le puso casi cara a cara con un micrófono recubierto de espuma.

—¿No es inusual, señora Fuselier?

Ella sonrió. Hizo un rápido parpadeo que se desvaneció inmediatamente.

—Mucho. Pero hay casos que tenemos que cerrar nosotros

mismos. Simon Degnan fue testigo material en un homicidio y nosotros…

—¿No fue capaz de garantizar su seguridad? —preguntó el reportero empollón—. ¿Cómo se siente al respecto, señora Fuselier?

Paula estaba a punto de responder cuando vio a Derreck a unos metros de ella. Venía acercándose a grades pasos. En un instante, ella se desvió del camino previsto, contenta de apartar la atención de sí misma.

—En la Fiscalía del Estado nos preocupa primordialmente la seguridad de todos los ciudadanos de esta ciudad. Colaboramos estrechamente con la oficina del alcalde de Chicago para reducir la delincuencia que asola a nuestra gente. Esperamos que esta colaboración continúe después de noviembre; posiblemente, con un nuevo titular. Señaló a Derreck con la cabeza. Los medios de comunicación siguieron el gesto y dirigieron su atención hacia él.

—Madre mía, Paula —gruñó Adam en voz baja—. ¿En serio? ¿Trajiste a tu amante aquí para esto?

—Cállate y sonríe para las cámaras, Adam. Pronto lo entenderás todo.

Fueron juntos hasta el coche y ella esperó a que el detective pusiera al sospechoso dentro. Entretanto, Derreck respondía a las preguntas de los medios como un profesional. Parecía muy cómodo rodeado de periodistas, sonriendo con calma, haciendo las declaraciones adecuadas, carismático y seductor.

—Adelántate, Adam. Te alcanzo enseguida.

Él la miró fijamente, se puso al volante y se marchó. Al doblar la esquina, bajó la ventanilla.

Paula esperó a unos metros de distancia, fingiendo que hacía algo con el móvil, mientras la prensa se hartaba de Derreck Bourke, candidato a la alcaldía y favorito en las últimas encuestas. Cuando los periodistas terminaron, fueron marchándose uno a uno y se

olvidaron de ella por completo. Era como si una mujer nunca pudiera ser el centro de atención en tanto hubiera un hombre presente; como si ella no pudiera sacudirse la sombra del candidato. Lo mismo había visto suceder en las ruedas de prensa con Hobbs, incluso con otros ayudantes del fiscal más jóvenes que ella. En cuanto aparecía un hombre, se acababa su momento.

¿Cómo serían las cosas cuando presentara su candidatura a fiscala del Estado en el condado de Cook, muy probablemente contra Hobbs, si este no se convertía antes en gobernador? Le gustara o no, iba a necesitar el apoyo de un hombre.

Sonriente, se acercó a Derreck cuando este ya daba el cierre a la entrevista con el canal de noticias local. La cámara estaba apagada y la reportera coqueteaba descaradamente con el candidato. Aunque él parecía disfrutar de la atención, se enfadó visiblemente en cuanto Paula estuvo cerca.

—Señor Bourke —dijo ella, y le tendió la mano. Él se la cogió, aparentemente por guardar las apariencias, pero ella se la sujetó con fuerza, reteniéndola una fracción de segundo más de lo que él hubiera querido—. Qué sorpresa encontrarlo aquí.

La reportera se alejó, visiblemente descontenta por la interrupción. El cámara la siguió y ambos subieron a la furgoneta.

Derreck se zafó de la mano de Paula.

—Sí, qué sorpresa —respondió.

—No sabía si llegarías. —Le habló con una voz indiferente, dándole espacio para guardar las apariencias.— Pero me alegro de que lo hicieras.

—Apuesto a que sí.

Sorprendida por el tono hostil, lo miró fijamente, intrigada y preocupada. Con su presencia, Derreck revelaba que quería continuar con el acuerdo, ¿o no? De otra suerte, ¿qué hacía allí?

—¿Estás vigilando a mi mujer? —preguntó en un susurro bajo y

amenazador—. ¿Has puesto micrófonos en nuestra casa? ¿La estás siguiendo? ¿Qué estás haciendo, Paula? ¿Has perdido completamente la cabeza?

«Ah…, su preciosa Anne Wiley.» No había nada que este hombre no sacrificara por ella. De solo pensarlo, a Paula le rechinaron los dientes. Una oleada de resentimiento hirviente le calentó la sangre.

Era ahora o nunca. No tenía tiempo que perder con alguien que no la tomaba en serio.

—Reunámonos esta noche para discutirlo. —Sonrió y, por un momento, posó los ojos en los labios de Derreck—. En la habitación de hotel que elijas. Nunca decepcionas.

Él se dio una palmada en la frente en un gesto de pura frustración.

—Ni hablar. Por tu culpa, he tenido que convencer a Anne de que no se lance del tejado. Esto no es lo que dijiste que harías, Paula. Se suponía que estabas aceptando este caso para hacerlo desaparecer, no para enviar a tu investigador a vigilar su despacho.

—Te lo cuenta todo, ¿verdad? —Por un momento, tuvo algo más que envidiarle a Anne: alguien con quien compartirlo todo.

—Tú fuiste quien rompió las reglas, Paula, no yo —dijo Derreck. Dio un paso hacia su coche—. Lo siento.

Iba a marcharse, a dejarla allí. Otra vez.

Ella había tenido otra oportunidad y la había echado a perder. Su pecho se hinchó de rabia, de una rabia cruda que exigía sangre. Solo por esta vez, quería ser ella la primera en marcharse.

—Si yo fuera tú, tendría cuidado de no caerme mal. —Pasó a su lado, rozándole el brazo.— Qué fácil sería destruirte; eso es lo más penoso.

Caminó hacia su coche a paso ligero, con los tacones resonando enérgicamente contra el asfalto de la pequeña calle. El repiqueteo hacía eco entre los muros de hormigón de los rascacielos de la

urbanización popular. Cuando llegó al coche, dirigió a Derreck una mirada rápida y discreta. Él seguía de pie, sin dejar de mirarla, aparentemente atónito.

El juego aún no había terminado. Ella todavía podía ganar.

Veinticinco

Por poco

Mis días han vuelto a la normalidad. Tengo la agenda repleta de operaciones y un número cada vez más grande de pacientes en el postoperatorio. Vivo en una tranquilidad inquietante: la paz que precede a la tormenta, porque sé que esto no ha terminado. Puedo sentirlo.

Paula Fuselier nunca se rendirá. Lo he visto en sus ojos.

La amenaza se cierne sobre mí día y noche y me paraliza. Los días en el hospital son tensos, y las noches en casa, silenciosas. Derreck pasa más tiempo conmigo últimamente, quizá a costa de todo lo que ha estado posponiendo en el trabajo, pero no hablamos mucho. Es difícil hablar cuando temes estar rodeada de micrófonos.

Barrió la casa con un buscador de micrófonos que compró en el centro, en una tienda para espías, y no encontró nada. Creo que se habría sentido más aliviado si hubiera encontrado algo. Ahora duda de sí mismo y de la precisión de su búsqueda.

En definitiva, nuestra tranquilidad ha desaparecido. Nuestro disfrute de la vida se ha esfumado, de la noche a la mañana, sustituido por esta constante sensación de miedo y aprensión. Todo es culpa de Caleb Donaghy, como si no hubiera hecho ya suficiente daño a mi familia; como si hubiera venido a fastidiarnos una vez más antes de que yo lo pusiera bajo tierra.

Sin embargo, no creo que esté bajo tierra. Una de las cosas que aún me mantienen congelada en mi angustia es su cadáver, almacenado indefinidamente en el depósito del sótano. Si se tratara de cualquier otro paciente, no dudaría en preguntar qué ocurre. Pero, con él, cuanto menos llame la atención, mejor. Podría haber otro detective de Paula Fuselier acechando entre las sombras,

escuchando, observando, reuniendo pruebas para encerrarme. Nunca se sabe.

Eso es lo que hago todo el día: mirar a cada persona con desconfianza mal disimulada. Ya no me fío ni siquiera de los compañeros de trabajo más veteranos. Me pregunto de qué lado están, ¿del mío o del del doctor Bolger? Me pregunto quién llamó a la Fiscalía, ¿habrá sido Bolger? ¿O alguien más? Evito mirar de frente a las personas por miedo a que atraviesen con sus ojos el velo de justificaciones bien articuladas y se enteren de que soy una asesina.

El único lugar seguro para mí es el quirófano. Allí estoy rodeada de amigos y de uno de los tres anestesistas decentes que han quedado tras la suspensión del doctor Bolger. Gran suspiro de alivio. Nadie irrumpiría en el quirófano para sacarme esposada. Me dejarían, al menos, terminar el procedimiento, aunque por el bien del paciente, no del mío.

Cada vez que salgo del quirófano, presiento que habrá problemas en la puerta. Contengo la respiración.

Sé que llegará. Solo que no sé cuándo.

Incluso podría ser hoy.

Disperso mis preocupaciones con la letra de *Anti-Hero,* de Taylor Swift. Qué apropiado… «monstruo de la colina». ¿Tan loca estaba al dejar morir a Donaghy, solo porque pensaba que era lo correcto? ¿Por Melanie?, ¿por todo lo que este tipo le hizo sin haber recibido castigo?

¿Quién me nombró repartidora de condenas, juez, jurado y hasta verdugo de este hombre?

Me torturo con estas reflexiones y me pregunto si tendré conciencia, porque sigo sin sentir remordimientos. No. Mi conciencia debe de estar de vacaciones o profundamente dormida, ya que ni siquiera parpadea bajo el montón de culpa que me he echado a mí misma. Lo único que recuerdo es a Melanie: su cuerpo magullado,

sus ojos aterrorizados. Ella sollozando en el parque al ver a su violador. Y su cuerpo frío y flácido en mis brazos, cinco años después.

Estoy lista para comenzar el procedimiento de triple baipás en la señora Orlowski. Se ha retrasado unos días debido a las fluctuaciones en la presión arterial. La mujer parece particularmente sensible al estrés, incluso después de que hemos tratado de estabilizarla bajo una dieta estricta y un régimen de medicamentos. Tras una serie de problemas metabólicos, le hicimos nuevos estudios en busca del culpable y encontramos niveles de tiroides ligeramente más bajos de lo normal. Nada que no podamos solucionar.

Me he impuesto una nueva norma en el quirófano. Antes de hacer la primera incisión, doy uno o dos pasos del otro lado del paño y miro la cara de mi paciente. Me parece que es lo correcto, aunque no haya otro Caleb Donaghy por ahí. Él ha sido el único monstruo en la historia de mi familia.

Detrás de mí, el doctor Dean cuenta una historia sobre su última aventura de alpinismo y sus planes de escalar la cordillera Absaroka, en la frontera oriental del parque nacional de Yellowstone, el año que viene. Casi todos ríen con su narración de lo que ocurrió en una hoguera: el relato del perro de otro campista que vino a robarle el filete de la parrilla. Casi todos. Yo estoy tensa por alguna razón. Lee Chen parece un poco cansado. De paso, me doy cuenta de que hace tiempo que no lo veo sonreír, con excepción de aquel lunes por la tarde, después de que el comité me diera el visto bueno. Debe de estar pasando algo en su vida personal.

Vuelvo a mi puesto, junto al pecho de mi paciente, pegada al paño, en el lado del corazón, y extiendo la mano. Madison coloca el bisturí en mi palma, con la presión justa. Estamos listas para empezar.

Tras la primera incisión, noto que algo no va bien. Aunque hemos

comprobado las analíticas varias veces, me detengo y espero, con la sierra quirúrgica unos cuantos centímetros por encima del esternón expuesto. Frunzo el ceño ante los riachuelos de sangre que fluyen rápidamente e inundan el corte sin el menor signo de coagulación.

—Párala —digo, y Ginny sabe que me refiero a la música. El parloteo se reduce instantáneamente a cero. Se hace un silencio tenso, interrumpido por los monitores que marcan el ritmo del corazón de mi paciente. Dejo la sierra quirúrgica en la bandeja de instrumental y miro los bordes de la incisión.

No hay hemostasia.

Me he perdido algo. Su sangre no coagula.

—Plaquetas envasadas, inmediatamente —ordeno, apenas unos segundos antes de que los monitores alerten con un sonido estridente.

—La tensión está cayendo de prisa —alerta el anestesista—. Noventa y cinco sesenta.

Morirá desangrada por la incisión de quince centímetros que le acabo de hacer en el pecho.

Ginny se apresura con la bolsa de plaquetas y Madison la conecta. Por el otro brazo le metemos una segunda transfusión, esta de sangre entera. Tras unos momentos interminables, la alarma del monitor deja de chillar.

—Uno, cero, cinco y subiendo lentamente —dice el anestesista.

—Ginny, quiero volver a ver sus factores de coagulación. Estaban normales cuando los revisé. —La mujer tenía presión arterial fluctuante, pero eso no es lo que estoy viendo aquí.

—¿La cerramos? —pregunta el anestesista.

—Todavía no. —Examino los bordes de la incisión, que siguen sangrando profusamente después de que Madison hiciera la succión. La sangre está empezando a coagular un poco mejor, pero todavía no lo suficientemente rápido.

Ginny sostiene la carpeta abierta delante de mis ojos, lejos de la mesa, para que pueda ver las analíticas sin tocar las páginas. No me lo puedo creer. Leo los valores de los factores de coagulación con una sensación de temor en la boca del estómago. Recuerdo cómo los hojeé el lunes, centrándome solo en los números que estaban en negrita, es decir, en las pruebas con los valores fuera de rango. En esos momentos, mi mente estaba en Paula Fuselier y en el comité de revisión por pares.

Los ordenadores son estúpidos. Las personas como yo, que confiamos excesivamente en que los ordenadores nos pondrán en negrita los valores anormales, somos aún más idiotas. Sus trombocitos estaban solo cinco unidades por encima del límite inferior. Y lo mismo ocurría con el fibrinógeno. El tiempo de protrombina estaba apenas un segundo por debajo del umbral que habría puesto la fuente en negrita y, por lo tanto, descartado a la paciente como candidata a la cirugía. De haber leído bien estos valores, habría pospuesto la operación hasta que la señora estuviera atiborrada de plaquetas y hasta que sus tiempos de coagulación estuvieran más cerca de lo normal en rapidez.

No me lo puedo perdonar. En mi línea de trabajo, las distracciones no son aceptables, independientemente de lo que esté pasando. M tenía razón. O estás en el hospital, lista para dar el ciento por ciento, o este no es tu lugar. La vida de las personas está en juego.

Unas horas más tarde, salgo del quirófano, me quito la ropa de cirugía y la tiro en el contenedor que hay junto a los lavabos. Me pongo la bata y me dirijo al despacho de M con paso decidido. Esto me está matando. No poder hablar con nadie de lo que está suciendo, no saber lo que me va a ocurrir, casi le cuesta la vida a una mujer.

Irrumpo en el despacho de M y la encuentro atendiendo una

llamada, algo sobre la recaudación de fondos del mes que viene. En su mesa, junto al teléfono de cable en espiral, hay una foto enmarcada. Aparece ella cogiendo de la mano a una risueña niña de cinco años. ¿Su hija? A los cuarenta y siete, ya es demasiado mayor para eso. Quizá no sea demasiado joven para ser abuela.

El televisor de la pared, junto a su mesa, emite las noticias de las cinco con un sonido tan bajo que no alcanzo a oír gran cosa. Camino nerviosa, mirando distraída el televisor. Dicen algo de una captura por el asesinato a tiros de un testigo.

M me mira y termina inmediatamente la llamada.

—¿Qué demonios ha pasado?

Tengo la garganta seca, pero las ganas de descargarme son abrumadoras.

—Casi mato a mi paciente —le suelto—. No me di cuenta de que la coagulación estaba al límite. La abrí y… —Me froto la frente y cierro los ojos, sin palabras. ¿Cómo puedo explicar en uno o dos minutos el torbellino de culpa y ansiedad que se agolpa en mi cabeza?

—¿Quién es el paciente? —pregunta M. Desvía la mirada hacia el ordenador. Quizá ya tiene abiertos los calendarios quirúrgicos, porque pulsa unas teclas y pregunta—: Orlowski, ¿para el triple baipás?

Asiento con la cabeza. Me siento débil, pero, ante esa pregunta, una fuerte respuesta de luchar o huir provoca un tremor familiar en mis músculos.

—¿Cuál es su estado? —Su voz es apresurada, me presiona. M siempre tiene prisa. Hoy no es diferente.

—Está en postoperatorio. —Estoy tartamudeando—. Se pondrá bien.

—¿Abriste el pecho de una paciente con coagulación subóptima?

Asiento con la cabeza y siento que la sangre se me va de la cara.

—Le di plaquetas, sangre, todo; allí mismo, en la mesa de operaciones. Era eso o cerrarla y decirle que habíamos fracasado y que tendríamos que volver a intentar el baipás dentro de un par de días, cuando recuperara las plaquetas. —Miro sus ojos oscuros, serios y afilados y me estremezco.— Tomé la decisión de continuar con el baipás. Sé que era arriesgado y lo siento.

Me mira fijamente, como si quisiera ver de qué estoy hecha. Se queda inmóvil, con los labios apretados y las manos apoyadas en el escritorio. Por un momento, solo oigo el débil sonido de la televisión.

—Has hecho lo correcto —acaba diciendo—. La paciente no ha muerto. No has cancelado la intervención después del primer corte y, por lo tanto, no has puesto al hospital en riesgo. Nadie tiene por qué saber nada de esto, sobre todo si tu equipo es capaz de mantener la boca cerrada. —Hace una pausa, sus ojos brillan con algo indefinido.— Pero que quede claro: hoy has tenido suerte. Y la suerte puede ser una maldita zorra si se da por sentada.

Se levanta y rodea el escritorio con pasos tan amplios como se los permite su falda lápiz negra. Luego se sienta en el sofá y, en una invitación silenciosa, palmea el lugar de al lado. Me siento, alejada en la esquina, incómoda, y noto lo inusual que es esto para ella. La he visto sentarse en el sofá con otras personas: donantes, conferenciantes visitantes, pero nunca conmigo. No sé qué pensar.

Al otro lado de la sala, la televisión emite un comentario de un periodista local. Luego aparece un anuncio de queso fresco.

—Anne, es evidente que, por razones que no puedo comprender, se la pones dura a alguien en la oficina del fiscal del Estado. —La miro fijamente, incapaz de aportar nada.— Pero, si quieres seguir teniendo una carrera, aquí o en otro sitio, tendrás que ponerte las pilas. No hace falta que te diga que, si pierdes otro paciente mientras estás bajo la lupa de estos tíos, es todo para la doctora Anne Wiley. No podrás ejercer en absoluto. Y, si lo hicieras, tendría

que ser en algún lugar remoto de Alaska, atendiendo congelaciones y abscesos perianales.

—Entiendo. —Sus duras palabras me sacuden, pero no me sorprenden. Agradezco la reprimenda; podría ser la patada en el trasero que necesito para ponerme las pilas. Sin embargo, se me llenan los ojos de lágrimas. Si alguna vez hubo un mal momento para tener una crisis…

—¿Es por él? —dice, señalando la televisión.

El anuncio electoral de Derreck está en marcha, justo después de un anuncio de Tide sobre cómo las manchas aman la ropa.

Se ve muy bien en televisión; la pantalla lo adora. Por un momento, me olvido de dónde estoy y miro el anuncio como si fuera la primera vez. Derreck viste un traje azul marino con una camisa azul grisácea, a juego con el color de sus ojos, y una corbata Armani ajedrezada del mismo color, aunque más oscura. Está cómodamente sentado en una silla de hierro forjado, en una cafetería local, y habla despreocupadamente sobre cómo la tercera ciudad más poblada de los Estados Unidos se ha convertido en la nueva capital del crimen. Sin gestos exagerados y con un tono de voz sombrío, pero agradable, promete medidas contra la delincuencia y una postura firme para controlar la zona de guerra en que se ha convertido su querida ciudad. El anuncio pide «un voto de confianza y confianza en el cambio», un juego de palabras que yo le desaconsejé hace unos meses, cuando se le ocurrió la idea de utilizar la delincuencia como palanca para conseguir votos. No creí que el cursi eslogan funcionara; las encuestas me han demostrado que estaba equivocada.

—¿Crees que el alcalde esté viniendo a por ti para darle a él? —pregunta M cuando termina el anuncio.

La miro. No me percato de que me estoy retorciendo las manos hasta que los dedos me crujen y duelen.

—Sinceramente, no lo sé, pero probablemente nos hunda a los dos. A menos que…

M se inclina hacia mí, ansiosa por escuchar lo que tengo que decir.

—¿A menos que qué?

Mis pensamientos aún no están claros, no están listos para ser compartidos. Pero estoy empezando a darle forma a algo.

—No entiendo cómo se enteraron de la muerte de Caleb Donaghy.

En cuanto digo esto, a M se le cae un poco la mandíbula.

—Ah —dice—. Buena observación.

—Siempre pensé que el doctor Bolger los había llamado, pero ¿y si no? Él fue, en parte, responsable de esa cirugía. En retrospectiva, aunque me odie mucho, no creo que sea tan tonto como para publicar que un paciente murió mientras él estaba en el quirófano.

—¿Y si lo hubiera hecho? Parece cegado por su odio machista hacia las mujeres exitosas. No creas que no he probado su veneno —se burla con desprecio.

Sacudo lentamente la cabeza.

—Por el momento, tengo dudas. Alguien llamó a la fiscalía antes de que tuviéramos los resultados de la autopsia, *antes* de que Bolger supiera, con certeza, que él no había metido la pata. Quien llamó lo hizo cuando aún no se reunía el comité de revisión. —Dejo de retorcerme las manos a costa de toda mi fuerza de voluntad.— Mi instinto me dice que él no tomó esa decisión.

Entonces, ¿quién ha sido?

—No lo sé —digo simplemente, con un largo y silencioso suspiro. Mi respuesta no ha cambiado mucho desde la revisión por pares, cuando ella me preguntó eso por primera vez—. Entendería las razones de Bolger, al menos. Por muy retorcidas y odiosas que

fueran, las entendería. Pero, si él no ha llamado, no veo a nadie con motivos.

M inclina la cabeza y sonríe.

—Se me ocurre una forma de averiguarlo; si tuviéramos suerte y la llamada se hizo desde una extensión del hospital. Pediré a Informática que lo compruebe. Luego, si encontramos a quien lo hizo, podrás preguntarle por qué.

Asiento con la cabeza y me muevo inquieta, preguntándome por qué todavía no me ha echado de aquí.

—¿Quieres dejar de operar hasta que pase esta tormenta de mierda? —pregunta, con su típico estilo directo.

—No —respondo, y la urgencia y el dolor en mi voz son inconfundibles—. Por favor, no me suspendas los privilegios. Me mataría. Este tren de vida, mi trabajo… Esto es lo que me mantiene viva. No me lo quites.

Lo que no le he dicho es que perder mis privilegios de cirugía sería visto como algo raro por la ayudante del fiscal, y eso nutriría su convicción de que hay algo sospechoso en la muerte de Caleb Donaghy.

Ella levanta las manos.

—Vale, no lo haré. Pero no puede haber más meteduras de pata. ¿Está claro?

Me levanto.

—Clarísimo —le respondo antes de que me despida con el mismo gesto de impaciencia con el que, probablemente, manda a su nieta a lavarse los dientes.

De camino a mi despacho, me pregunto qué haría M si llegara a averiguar quién llamó a la fiscalía.

Veintiséis

Orden judicial

Se va rápidamente otro fin de semana de relativo silencio. Entre las cosas que tengo que hacer, una de las más difíciles es fingir que todo va bien . Quiero hablar de todo esto con Derreck, de lo que podría pasar y de lo que yo debería hacer. Pero la idea de tener micrófonos en casa me quita las ganas de todo, prácticamente. Somos autómatas que van de un lado a otro con frases a medias o palabras masculladas, que evitan las conversaciones, como personajes paranoicos de películas del tipo de *1984.*

Mamá está casi siempre en su cuarto, leyendo o viendo la tele. Seguimos comiendo juntos. Derreck se queda en casa todo el fin de semana. El domingo por la noche me lleva a cenar a una pequeña pizzería. Conoce a los dueños y puede pedir un reservado.

Allí, con las cabezas juntas, en un susurro frenético, le pregunto cómo sabré cuando todo haya terminado. ¿Me llamará la Fiscalía y me dirá que la investigación está cerrada? Dice que eso nunca ocurre. Peor aún: a veces, esas investigaciones pueden tardar años en cerrarse. Entonces vuelve a pedirme permiso para hablar con Mitch Hobbs, el fiscal del estado del condado de Cook.

Me niego. M se tomaría muy mal que algo se torciera y la fiscala quisiera añadir a la lista de delitos el intento de influir en la investigación. Él acepta a regañadientes. Dice que probablemente sea más seguro así, pero no parece convencido. Como muy poca pizza, aunque me haga la boca agua y esté repleta de un queso delicioso capaz de reventar arterias.

Solo puedo pensar en cuánto tiempo tendrá que pasar para que yo pueda volver a respirar normalmente.

Derreck me explica los mecanismos de la carrera por la alcaldía.

Lo escucho, pero le presto atención a medias. Algunos clientes de la pizzería lo reconocen y nos señalan con el dedo o nos saludan. Uno frunce el ceño; probablemente es un devoto del alcalde en funciones.

Advierto las reacciones de estas personas. Son breves interrupciones en mi cadena de pensamientos, atascada en el mismo bucle infernal sobre la única pregunta que nadie ha podido responder: ¿por qué no volvió a arrancar el corazón de Caleb? ¿Por qué estaba tan inerte, tan inmóvil, después de que yo lo purgara con suero salino caliente?

Quizá nunca lo averigüe; pero, de alguna manera, esta falta no me parece de recibo.

Ya tengo un plan para el lunes por la mañana.

No es el mejor de los planes, y probablemente Derreck me echará la bronca, pero tengo que saber qué impidió que ese corazón despertara. Las dos semanas y tres días que han transcurrido desde que envié a Caleb Donaghy a la morgue, días que he pasado con una ansiedad exacerbada y pura angustia, han generado en mí una especie de crisis de identidad.

¿Soy una asesina o no? ¿Le quité la vida o simplemente me quedé con las ganas de hacerlo?

Algunos dirían que, en realidad, no importa, ya que actué como si su corazón fuera capaz de seguir funcionando y suprimí sus posibilidades de volver a latir. Después de que le vi la cara, el masaje a corazón abierto no habría servido de nada, de ningún modo, ya que, menos de dos minutos después, me precipité a declararlo muerto. Estaba aterrorizada de que siguiera viviendo.

Por eso, tengo que saber si ese corazón podía funcionar. Tengo que saberlo. Si no, me volveré loca poco a poco.

Termino mis rondas y me siento delante del ordenador. Empiezo a escribir un correo electrónico al forense del condado de Cook,

quien hizo la autopsia de Caleb Donaghy. Después de presentarme y explicarle mis motivos, en un breve párrafo enumero los procedimientos que me gustaría practicar en el cuerpo de Donaghy. Quiero investigar más a fondo por qué su corazón fue renuente a funcionar.

Sí, es ridículamente estúpido, como patear un avispero. El informe de la autopsia me ha exonerado, y estoy muy agradecida por eso. Cualquiera con una pizca de sentido común dejaría todo por la paz.

Por eso, al final guardo el mensaje entre mis borradores. Consultaré esto con la almohada durante uno o dos días. Quisiera encontrar otra forma de averiguar si ese corazón podía funcionar, ya que estoy ante un perro demasiado feo como para darle una patada. O quizá yo termine aceptando, por fin, que han sido mis acciones, corazón viable o no, las que me han convertido en asesina. Y dejaré de buscar exoneración. Aunque la ley no esté de acuerdo. Si un hombre muere en un accidente de coche, por ejemplo, y luego alguien lo apuñala, creyendo que sigue vivo, el agresor solo puede ser acusado de profanación de cadáver. Técnicamente, no se le consideraría un asesino.

Quizá a mí tampoco. Pero ¿a quién quiero engañar? ¿A mí misma? No, desde luego.

Cuando levanto los ojos de la pantalla del ordenador, a través de la pared de cristal de mi despacho veo a Paula Fuselier y su sonrisa torcida. Se me hiela la sangre.

No puedo creer que haya vuelto. Derreck tenía razón. Podría llevar una eternidad saber que, por fin, estamos a salvo. Probablemente, mucho después de noviembre, si, a fin de cuentas, esta caza de brujas está relacionada con las elecciones.

Un pensamiento se mete apresuradamente en mi cerebro mientras la fiscala entra en mi despacho. Tal vez alguien hizo otra

llamada la semana pasada, tras el accidente con la señora Orlowski. Lo descarto. Nadie lo sabía, aparte de mi equipo quirúrgico, mi nuevo anestesista y M. Estoy dispuesta a apostar mi vida a que ninguno de ellos me echaría la Fiscalía del Estado encima.

Me levanto y me dirijo a la puerta. No quiero que vuelva a acercarse a mi mesa.

—Señora Fuselier, ¿verdad? —La miro directamente, sin sonreír.

—Sabe bien quién soy.

—Me temo que no puedo hablar con usted en ausencia de un abogado. Ha desperdiciado esta visita.

—Pero puede escuchar —dice con frialdad. Pasa a mi lado y se deja caer en una de las sillas frente a mi escritorio. Cruza las piernas y mueve el pie rítmicamente, casi golpeando mi escritorio.

Quiero que se vaya.

No irá a ningún lado. Instintivamente, cruzo los brazos y me apoyo en la pared, mirándola fijamente.

Ella se toma su tiempo para mirarse en un pequeño espejo antes de hablar.

—Esta es una visita de cortesía. He venido a comunicarle que hay una orden judicial pendiente para ver todos los vídeos de sus cirugías.

Me resisto a preguntar para qué y cuántos vídeos quieren ver. Según Derreck, incluso las preguntas pueden usarse en tu contra en un tribunal. No solo las declaraciones.

Saca un pequeño bloc de notas del bolsillo y sonríe tímidamente.

—Debe perdonarme; algunas de estas cosas son difíciles de recordar. —Se aclara la voz y continúa.— Por lo que sé, en reanimaciones cardiopulmonares, dentro del quirófano y con el corazón conectado a la bomba, ha tardado, de media, cuarenta y tres minutos antes de declarar la muerte.

Me encojo de hombros.

—Nunca he declarado muerto a ningún paciente antes de Caleb Donaghy. No tiene ni idea de lo que está hablando.

Sin embargo, los números que ella cita son exactamente los que M citó en la sesión de revisión por pares. Así que el que me delató ha sido el doctor Bolger después de todo; y no una, sino dos veces. Nadie más que él estuvo presente tanto en la cirugía Donaghy como en el comité de revisión.

Mi corazón se hunde. Lo último que esta mujer necesita es una recarga de munición como la que Bolger debe haberle proporcionado.

—Ah, sí, me he equivocado. Aquí dice «un promedio de cuarenta y tres minutos antes de RSN». Pensé que era, ya sabe, jerga médica para decidir cuando alguien ha muerto.

—*NSR* significa 'ritmo sinusal normal'. Es cosa de vivos, no de muertos. —No puedo evitar el tono mordaz. Debería callarme ya.

—Ah, vale, eso tiene sentido. Así que vamos a conseguir una citación para averiguar cómo esta cirugía…, no, cómo esta reanimación ha sido diferente. Compararemos todas las otras grabaciones con esta. Haremos gráficas y exhibiremos cada uno de los movimientos diferentes que haya hecho. Por ejemplo, aquí dice que normalmente inyecta epinefrina directamente en el corazón del paciente, pero esta vez no lo hizo.

Esa sensación de presentimiento de la que apenas me libré se renueva y se filtra por mi cuerpo, debilitándolo. ¿Quién iba a conocer esos detalles, aparte del doctor Bolger? De haber querido dañarme, M nunca habría puesto en peligro la reputación de su hospital. Cuando M quiere hacerle daño a alguien, lo despide, y suele ser algo bien merecido. Es más una reprimenda que un daño. M no es una sociópata; no necesita nada más poder que el que ya ostenta.

La fiscala está a punto de preguntarme algo más cuando Madison irrumpe por la puerta.

—La señora Molinari te necesita inmediatamente en el postoperatorio —anuncia desde el umbral mientras mantiene la puerta abierta. Frunzo el ceño un momento, sorprendida de que haya dicho «señora» para referirse a un paciente varón.

Entonces me doy cuenta de que ha venido a rescatarme con una razón ficticia.

Salgo. Sé que echará a Paula de mi despacho. Si no lo consigue en menos de tres segundos, llamará a seguridad, según las instrucciones meridianamente claras de M.

Me dirijo rápidamente a las salas situadas junto al quirófano. Encuentro una vacía, entro, cierro la puerta y corro las cortinas. Luego me desplomo en la silla, respirando con dificultad, ahogada entre lágrimas de miedo y desesperación.

«Esto no va a desaparecer.»

Tengo que correr. Tengo que salir de aquí e ir a un lugar seguro, aunque sea por una hora.

Veintisiete

Madriguera

Al salir del hospital, sin decir una palabra a nadie, tuve la impresión de que me iba temprano. Pero ya había oscurecido. Aun así, mantuve la cabeza gacha mientras me dirigía a mi plaza de aparcamiento, temerosa de que la fiscala pudiera verme. En realidad, era yo quien no quería verla, y nada más. Yo, la versión humana de un avestruz con la cabeza proverbialmente enterrada en la arena, mientras su gran trasero emplumado queda expuesto a la vista de todo el mundo. Por eso, de camino al coche, a pesar de mi cabeza agachada, varios colegas me desearon buenas noches.

Pero no la he visto, no me he cruzado con ella, y, por lo que sé, no se ha enterado de que salí huyendo.

En el momento en que cierro la puerta del coche y arranco el motor, las lágrimas inundan mis ojos. Dejo que un sollozo salga de mi pecho. Sabía que esto iba a pasar, pero haberlo pronosticado no lo ha hecho más fácil.

No estoy preparada. He aceptado lo que he hecho y en lo que eso me convierte, pero no puedo admitir un futuro entre rejas, alejado de todo lo que aprecio: mi familia y mi trabajo. Me moriría. Y, mientras me deslizo entre el denso tráfico de la primera hora de la tarde, un pensamiento inquietante se cuela en mi mente. La gente muere de todas todas. La gente cree que morirá si ocurre esto o aquello, pero, en realidad, no es así. La naturaleza se las arregla para mantenernos vivos pase lo que pase, incluso contra nuestra fuerza de voluntad, porque sobrevivir a toda costa está escrito en nuestro ADN. No. Puedo decir, con toda seguridad, que viviré muchos años de dolor, sufrimiento y desesperación antes de, de verdad, morir en prisión.

Es un pensamiento horrible. Durante un momento profundamente inquietante, contemplo la posibilidad de quitarme la vida. Mientras pueda.

Entonces respiro. «Esto aún no se ha acabado», me digo a mí misma suficientes veces como para empezar a creerlo.

Me detengo en un pequeño semáforo y espero a que se ponga en verde. Fuera hace viento y cae una llovizna, pero no lo suficientemente intensa como para poner en marcha los limpiaparabrisas. Las hojas y ramas caídas golpean el cristal de vez en cuando, arrastradas por las brutales ráfagas de viento. El sonido es inquietante, como la banda sonora de una película de terror. Pero, entonces, durante una fracción de segundo, vislumbro una ramita que golpea el parabrisas antes de salir volando. En uno de sus extremos hay un brote, aún diminuto, pero ya verde. Es la promesa de la primavera que se avecina.

Hace más de dos semanas que no miro los árboles. Tampoco he corrido por las mañanas. Mi vida dejó de ser normal en el momento en que vi la mancha oporto de Donaghy. Dejé de vivir al mismo tiempo que él, en una simetría surrealista y poética.

Cuando llego a casa, el coche de Derreck no está en la entrada. No esperaba que estuviera aquí. Rara vez llega a casa antes de las seis, aunque últimamente suele aparecer antes de las seis y media.

Entro en el salón y encuentro a mamá en la cocina, removiendo pasta caliente en una olla. El aire huele a cilantro, cebolla salteada y queso parmesano recién rallado. Todavía no hay carne para cenar; es la forma que tiene mamá de demostrar que se preocupa. No hace falta, pero reconforta y es precioso.

Me quedo en su abrazo, aunque ya no tengo tiempo para llorar. *Necesito saber.* La falta de certeza me está volviendo loca; sobre todo, con esta fiscala pisándome los talones, a la espera de que yo

tropiece y caiga, de que me convierta en una presa fácil para masacrarme a su antojo.

—¿Qué te pasa, cariño? —me pregunta mi madre. Se aparta lo suficiente para mirarme con fijeza. Su ceño se frunce un poco por la preocupación. Sonrío y le beso la mejilla.

—No mucho —digo. Dejo caer el bolso en una silla—. Tengo algo que hacer antes de cenar.

—Mantendré esto caliente —dice, y vuelve a remover la pasta. Un momento después, suena el temporizador de su teléfono. Mientras entro en el estudio, la oigo apagar el fuego.

En la tranquila y acogedora habitación llena de recuerdos, llena de la fuerza de mi padre, encuentro la paz que tanto necesito. «¿Qué me diría él? ¿Qué consejo me daría?»

Me hundo en el sillón holandés y cierro los ojos un momento, imaginando una conversación con mi padre. Me habla con voz severa y orgullosa. Califica la muerte de Donaghy de «justicia bien hecha, aunque demasiado tardía». No estoy delirando; nuestro diálogo está todo en mi mente. Yo escribo el guion. Aun así, escribo con su voz, tratando de irradiar tanta sabiduría como sea posible. Sigo escuchando, con los ojos cerrados y la mente en blanco, dispuesta a recoger sus ideas y ponerlas en práctica.

[INNER CONVASATION WITH DAD - IMAGINED LINE FORMAT START]

Intenta averiguar qué es qué, antes de sacar conclusiones precipitadas. Aún no sabes lo que pasó. Y si tú no lo sabes, ¿cómo podría saberlo esta fiscala?

[INNER CONVASATION WITH DAD - IMAGINED LINE FORMAT END]

Abro mucho los ojos. Tiene razón. Nadie sabe quién era realmente Caleb Donaghy, excepto Derreck, y él nunca me traicionaría. Si Paula Fuselier quisiera probar que se ha cometido un

crimen, tendría que demostrar el móvil. Se lo comentaré a Derreck, pero estoy razonablemente segura de que tengo razón.

Enciendo el portátil y espero impaciente a que la pantalla cobre vida. Abro una ventana del navegador y escribo el nombre de Donaghy. Luego empiezo a teclear el de Melanie, pero mis dedos se congelan sobre el teclado.

¿Y si me estuvieran vigilando?, ¿y si la vigilancia incluyera mis búsquedas en Internet? ¿Y si esta ayudante del fiscal no supiera de ninguna correlación entre Caleb Donaghy y mi familia, pero, al hacer yo esta búsqueda, le estuviera insinuando que hay algo que en lo que vale la pena indagar?

Mientras Paula Fuselier crea que Caleb Donaghy murió en el quirófano, como a veces sucede con algunos pacientes cardíacos, lo único que puede hacer es intentar que me suspendan la licencia. Y tengo una buena oportunidad de no ir a la cárcel; a menos que yo haga algo estúpido y le dé más pruebas.

Pero ¿realmente me vigilan? ¿Hay micrófonos en casa? ¿Haría alguien eso sin una orden judicial a gente como nosotros? Derreck es el favorito en la carrera por la alcaldía. Un ataque así tendría consecuencias.

«Pero no si su mujer fuera declarada culpable de asesinato», se apresura a responder el abogado del diablo que hay en mi cabeza.

La preocupación me inunda como una ducha helada. Si han pinchado la casa, no hemos sabido cuándo. Es posible que ocurriera antes de que yo se lo dijera a Derreck, y eso significaría que ella lo sabe.

Intento recordar la conversación que tuve con mi esposo aquella noche, cuando, sin mucho sentido, me puse a sollozar con fuerza en sus brazos. ¿Qué dije realmente? ¿De verdad dije…?

«Sí. Se lo dije. Le dije que lo conocía.» No al principio, pero lo hice, y también le dije que me precipité en declararlo muerto. Pero

no pude explicarle quién era… Recuerdo que rompí a llorar, que me derrumbé en los brazos de Derreck, así que él no necesitó palabras para darse cuenta de quién había sido mi paciente.

La incertidumbre me está volviendo loca. Se apodera de toda mi mente. La pone a dar vueltas, como el molinete que gira en la pantalla cuando mi Mac se bloquea.

Es evidente que esta mujer tiene una motivación personal. No puede tratarse de una simple llamada del hospital, como M supone. Lo que he visto en sus ojos es un odio profundo, alimentado por algo que no entiendo. Es posible que conociera a Caleb Donaghy, aunque el cuerpo aún yace en la morgue, en el sótano del hospital, sin reclamar. Si ella quería a ese monstruo despiadado, probablemente ya le habría dado un entierro digno.

—La cena está lista —oigo la voz de mamá desde la cocina—. Y Derreck ya está en casa.

Cierro la ventana del navegador. Me muerdo el labio inferior de pura frustración. Ni siquiera esto puedo hacer en la supuesta intimidad de mi casa: averiguar si hay por ahí, flotando en la internet, algo que demuestre la conexión entre Donaghy, Melanie y yo.

Apago la luz y salgo del estudio. Una punzada de ansiedad me apuñala cuando recuerdo el correo electrónico que redacté para el forense en el ordenador de mi despacho, ese en que le pido que siga investigando el corazón de Donaghy.

Tengo que borrarlo mañana a primera hora, antes de que se envíe por error o lo lean personas equivocadas.

No debí escribirlo, nunca.

Veintiocho

Carrera

Me quedo despierta, mirando al techo, observando cómo las sombras se persiguen unas a otras mientras la luz de la luna brilla a través de la copa del pino que hay junto a la ventana. El viento sigue soplando. Empuja las largas ramas del árbol, tira de ellas. A veces las hacer rozar contra la ventana.

Pero no es ese ruido lo que me mantiene despierta.

Derreck duerme profundamente junto a mí. Su aliento mentolado envuelve suavemente mi cara. Es un recordatorio de que no estoy sola y de que me quieren. Su brazo descansa sobre mi vientre, pero no me importa. No puedo cerrar los ojos; lo mejor que puedo hacer es quedarme quieta para no despertarlo. Últimamente está cansado; las ojeras ponen en peligro su habitual apariencia de fuerza y despreocupación.

No soy tan tonta como para imaginar que lo que estoy pasando no lo afecta.

«Resuélvanlo —habría dicho mi padre—, por el bien de los dos.»

Recuerdo que me enseñó a darme cuenta de lo que ocurría, o, en sus propias palabras, a hacer un «diagnóstico diferencial, pero de la vida misma».

»Se trata de apostar de manera inteligente —habría dicho, con los ojos brillantes de emoción, como siempre que enseñaba—. Cuando estás sano, no apuestas a que necesitarás operarte el año que viene. Quizá llegues a necesitarlo, si ocurre algo imprevisto, pero tu apuesta más segura es cuidar tu salud. Ve adonde las probabilidades te manden; haz apuestas inteligentes con tus postulados, y siempre —puntualizaba, agitando el dedo índice en el aire— sé sincera contigo misma.»

Es hora de que resuelva las cosas, antes de que esa perra rabiosa de la fiscala las resuelva por mí.

Con los ojos muy abiertos, revivo la operación de Caleb Donaghy: cada detalle, cada momento. Después de haber visto la grabación tantas veces, no es difícil. Recuerdo que, en cuanto lo reconozco, vuelvo detrás del paño, con la mano sobre su pecho, temblando ligeramente.

Por lo que le había hecho a Melanie, yo tenía ganas de arrancarle el corazón. Pero no lo hice. Mantuve la calma y fingí continuar con la reanimación durante dos minutos más.

Nadie se dio cuenta de mi simulacro de reanimación; ni siquiera el Doctor Bolger, o yo ya estaría en la cárcel.

Lo más seguro es que Paula Fuselier no tenga nada contra mí, nada que pueda utilizar. Eso es lo que indican la lógica y el sentido común. La navaja de Occam, con su versión médica, también: cuando oigas cascos, piensa en caballos, no en cebras.

Empezaré a vivir mi vida de nuevo. Actuaré como si nada hubiera pasado, como si todos esos cascos de caballo no fueran más que otra parte de la rutina. La ayudante del fiscal, aunque sea una cebra, no puede darse cuenta de que lo es, a menos que yo misma le dibuje las malditas rayas. Se acabaron los nervios en el quirófano y las prisas por salir del hospital con la cabeza gacha. Se acabaron los correos electrónicos al forense y las llorosas confesiones de culpabilidad en el despacho de M. Ni una más de esas mierdas.

Vale, esa es la respuesta a una gran pregunta.

La segunda pregunta sigue sin ser contestada, por ahora.

Sí, en cuanto vi la cara de ese monstruo, quise que estuviera muerto. Sin embargo, antes necesito entender por qué su corazón no se reinició. Si eso pudiera salvarme, me serviré de ello; si fuera algo perjudicial, al menos sabré que debo evitarlo.

El despertador de la mesilla de noche de Derreck marca las 3:37

de la madrugada en grandes dígitos verdes.

Es la hora perfecta para correr por la mañana.

Me deslizo por debajo del brazo de mi esposo. Él gime en silencio y se gira sobre su otro costado. Espero unos instantes, hasta que su respiración se estabiliza y se vuelve ligera. Luego salgo a hurtadillas de la cama.

Por ahora, me salto la habitual ducha matinal. No quiero que el ruido lo despierte. Cojo mi chándal y mis zapatillas favoritas. Después, añado una bufanda a mi pila de ropa. Puede que el aire de la noche siga siendo demasiado frío.

Corro por el camino acostumbrado, a través de Lincoln Park. El circuito de tres millas está totalmente desierto, a excepción de una persona que duerme en un banco. Entre jadeos, mi aliento suelta vapor a cada paso. Lucho por completar mi carrera después de habérmela saltado durante casi tres semanas. Es increíble lo rápido que los malos hábitos se adueñan de uno.

En cuanto termino, todavía en chándal y zapatillas, me dirijo al hospital, donde puedo ducharme y ponerme la ropa de repuesto que guardo para estos casos. Los pasillos están vacíos. De camino a mi despacho, alguna que otra enfermera pasa a toda prisa, con sus zapatos de suela de goma, sin apenas saludarme.

Lo primero que hago es encender el ordenador y borrar el correo electrónico que había redactado para el forense. Sigue ahí. Ya no. Borrado. Luego, borrado de nuevo de la carpeta de elementos eliminados.

Ducharme y cambiarme me lleva algo menos de quince minutos, y entonces estoy lista para sumergirme en mi siguiente tarea del día. En menos de tres horas tendré que empezar mis rondas; luego, a las diez, reemplazaré la válvula a un chico de diecinueve años.

Puede que no tenga suficiente tiempo para lo que quiero hacer.

Cojo el expediente rojo de Donaghy, lo abro y me pongo a hacer

un cronograma de la estancia del hombre en el hospital. Es un boceto a lápiz sobre hojas de papel que he sacado de la impresora que Madison tiene a un lado de su escritorio. Basándome en la rutina que conozco bien, apunto todos los acontecimientos de su estancia: comidas, extracciones de sangre, rondas… Todo el tinglado.

Una vez que tengo los acontecimientos trazados, empiezo a buscar en los registros del hospital todo lo de su estancia: qué habitaciones ocupó, quién le cambió las sábanas, qué auxiliares de enfermería lo ayudaron a ducharse; todo lo que comió y quién se lo sirvió; todos los medicamentos que le administraron. Quién. Dónde. Con qué frecuencia. Cuánto. Qué efectos secundarios se observaron, si es que los hubo. Por último, quién lo preparó para la operación la mañana anterior. Quién le afeitó el pecho y la barba.

Tarde o temprano encontraré lo que sea que haya paralizado el corazón de ese hijo de puta.

Veintinueve

Hobbs

El escritorio estaba abarrotado de libros de Derecho, algunos de los cuales Paula había extraído de las cajas que tan ordenadamente tenía empaquetadas en preparación para su traslado a la quinta planta. Algunos seguían abiertos; otros, cerrados sobre improvisados marcapáginas hechos de notas adhesivas y con comentarios garabateados.

Adam se había pasado por allí un par de veces, probablemente tratando de averiguar cuáles eran las prioridades, pero ella no había querido hablar con él. Le había dado la espalda en todas las ocasiones. El detective no podía ayudarla en estos asuntos; no era abogado, solo policía.

Nadie podía socorrerla. Esta vez, necesitaba ayudarse a sí misma, solo que no encontraba la manera. No era buena perdedora. Mejor dicho, no sabía perder. En la investigación de Anne Wiley, no podía aceptar que el destino le diera con la puerta en las narices.

Rechinando los dientes, repasaba sus notas en busca de cualquier subterfugio jurídico que le permitiera obtener una orden judicial. Como estaban las cosas, ningún juez se la firmaría. ¿Qué causa probable podría invocar? ¿Un presentimiento? Cualquier juez juicioso se reiría de ella.

Pero había alcanzado a ver el brillo del miedo en los ojos de Anne cuando mencionó la orden judicial. La vio palidecer mientras le leía en voz alta las notas sobre el tiempo que la médica había dedicado a reanimar a pacientes anteriores. Paula sabía que tenía algo entre manos, aunque no podía demostrar nada.

Desde su regreso del hospital, el día anterior, se había puesto a buscar, como una desesperada, antecedentes legales para que le

concedieran esa orden; eso, si encontraba un juez amistoso o alguno que le debiera un favor. Con la ropa de ayer y habiendo dormido solo unos minutos en el sofá del despacho, tenía que admitir su amarga derrota.

No había nada que pudiera usar.

Anne Wiley se iría de rositas después de haber matado a su paciente, en tanto que Derreck nunca dejaría a su mujer.

¿Para qué, si los bolsillos de su suegra financiaban sus aspiraciones a la alcaldía? ¿Cómo podría Paula competir con eso?

Cogió el *Manual de Derecho Penal y Procesal de Illinois,* una edición en rústica con cubierta azul, y, con un gemido de frustración, lo lanzó al otro lado del despacho. El libro golpeó la pared y cayó al suelo. Al asentarse, las páginas crujieron, culpables de no haber proporcionado una salida al atolladero legal de Paula.

Momentos después, la cabeza de Marie asomó por la puerta.

—¿Todo bien?

La fiscala consiguió no contestar a gritos a su ayudante.

—Sí, Marie, estoy bien. Solo se me ha caído algo.

Marie miró el libro con ojos dubitativos; luego, a Paula, pero no dijo nada. Cogió el volumen y lo dejó en el escritorio.

—Hobbs te necesita en su despacho —anunció. Recogió dos tazas vacías con restos secos del café de ayer.

—¿Cuándo? ¿Ahora?

—Acaba de llamar. —Miró con recelo hacia el pasillo.— No parecía feliz.

«Joder.»

—De acuerdo —contestó Paula. Se alisó el pelo con las manos, se acomodó la blusa antes de ponerse la chaqueta y, rápidamente, se pintó los labios. Luego cogió un bolígrafo y una carpeta de cubierta grabada y con bloc de notas en el portapapeles. Salió por delante de Marie.

—Adam también quiere hablar contigo, cuando tengas un momento —gritó Marie detrás. Paula se limitó a levantar la mano con el pulgar hacia arriba, sin volver la cabeza. Ya se ocuparía de Adam más tarde.

El trayecto en ascensor hasta la quinta planta fue corto. No le dio suficiente tiempo para pensar por qué su jefe querría verla. Sería lo de la comparecencia que tenía programada para más tarde; eso era lo más probable. Esperaba que fuera eso; sin embargo, el estómago se le revolvía cada vez que sonaba la campanilla.

Cuando entró en el despacho de Hobbs, este se paseaba de un lado al otro, con la chaqueta del traje color carbón abandonada en el respaldo de la silla, la camisa remangada y la corbata gris floja. El ceño profundamente fruncido no se le borró cuando miró a su ayudante. Le señaló una de las sillas frente a su escritorio, donde ella se sentó en silencio, sin esperar nada bueno.

Hobbs se detuvo a unos metros y se quedó mirándola un momento. El silencio en su despacho estaba cargado.

—Antes de decirte lo decepcionado que estoy, permíteme empezar informándote de que estás siendo oficialmente investigada por abuso en tu papel de ayudante del fiscal del Estado. Quedas suspendida con efecto inmediato.

Ella se quedó paralizada, sin poder decir nada por un momento. ¿Qué demonios había pasado?

—¿Puedo saber de qué se trata? —consiguió preguntar. Logró sonar tranquila, no demasiado alterada.

—Uso de los recursos de esta oficina para lo que, al parecer, son asuntos personales.

Ella se lo quedó mirando fijamente, completamente consternada.

—Señor, puedo asegurarle…

—Hablamos de tu supuesta investigación sobre la muerte de un paciente en el Hospital Universitario Joseph Lister, mientras era

operado por una tal doctora Anne Wiley. —Sus ojos brillaban como el acero.— ¿Ya sabes de lo que te estoy hablando?

Paula se quedó callada, pensando intensamente qué hacer para controlar este choque de trenes.

Pero Hobbs no había terminado de hablar.

—Su nombre debe sonarte familiar, ya que te acuestas con su marido, Derreck Bourke. En horario oficial, por cierto.

Uf, esto era *mucho peor* de lo que esperaba.

«Adam, maldito seas. ¿Cómo pudiste hacerme esto?»

La había traicionado. El pinchazo de la traición ya dolía bastante. Le desgarraba el pecho como una enfermedad. Nadie más podía saber lo que ella estaba tramando. Adam Costilla, su colega y amigo de mayor confianza, la había delatado; le había contado todo a Mitch Hobbs, un hombre que tenía el poder de aplastar la existencia de Paula como si se tratara de un insecto.

Asumiendo lentamente lo sucedido, sacudió la cabeza. Se preguntaba si alguno de sus planes podía salvarse. Un meme visto hacía poco empezaba a dar vueltas por su mente: «Si estás pasando por un infierno, no te detengas». Se había reído al verlo, pero luego tuvo que reconocer su significado; su sabiduría, incluso. Por difícil que fuera su situación, Paula tenía que seguir adelante. Como si todas sus acciones e intenciones hubieran sido ciento por ciento rectas y legales.

Hobbs gimió mientras se apoyaba en el escritorio y se cruzó de brazos.

—Para colmo, invitaste a tu amante, el marido de alguien a quien estás investigando, a una rueda de prensa conjunta en el lugar de una detención de alto nivel. —Por un momento, apartó la mirada, visiblemente consternado. Ella pudo ver que apretaba la mandíbula con fuerza.— Es el candidato opositor al actual alcalde, Paula.

Nuestra oficina no puede involucrarse en absoluto. ¿En qué estabas pensando?

Ella hizo el intento de levantarse, pero él la detuvo con un gesto de la mano.

—Señor, puedo explicarlo.

—¿En serio? —Hobbs se rascó la cabeza a la altura de las entradas.— Entonces eres una abogada cojonuda, porque no veo la menor posibilidad. Interrogaste a empleados del hospital sin un número de caso y sin la presencia de abogados, incluso después de que los funcionarios del hospital te advirtieran de que no lo hicieras. Empecemos por ahí… ¿Cómo lo explicas?

No iba a dejarla hablar. Se le notaba en la inflexión de la voz, en esa sed de verla sangrar por haberlo avergonzado, por haber hecho que su oficina quedara mal. Aun así, tenía que intentarlo.

—No era asunto de abogados. No fueron sometidos a interrogatorios oficiales. Y puedo explicar por qué.

—Estás pisando una línea muy delgada, Paula. No soy un idiota ofuscado. —Hizo una pausa. Ella bajó los ojos.— ¿Lo que me estás diciendo es que esas declaraciones no podrán usarse en un tribunal?

—Sí, pero, desde el punto de vista legal…

—¿Vas a empezar a explicarme la ley? ¡Ni te atrevas! —bramó. Ella se calló de inmediato—. Si este falso caso tuyo llegara alguna vez a los tribunales, todo lo que has descubierto podría ser desestimado. Te han dicho que hables con los empleados solo si el abogado está presente, pero tú, a propósito, has decidido no hacerlo.

Ella asintió con la cabeza, por miedo a abrir otra vez la boca. Le urgía ponerse de pie, pues, sentada ante la alta estatura de Hobbs, se sentía vulnerable. Era una sensación psicológica: no tenía ningún miedo de que su jefe se abalanzara sobre ella físicamente, pero el efecto era desagradable; la hacía parecer pequeña y expuesta.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Hobbs volvió a pasearse por el despacho. Se pasó la mano por el pelo una o dos veces, aparentemente preocupado por algo que no había compartido. Luego se sentó a su escritorio con un largo y doloroso suspiro.

—Parece que tus motivos para interrogar a la doctora Wiley son puramente personales, alimentados por los celos. También sé, de buena tinta, que el hospital exoneró a la doctora Wiley de toda culpa en un proceso de revisión por pares. El forense del condado de Cook hizo la autopsia del paciente y no encontró nada. ¿Te importaría explicarme algo de esto?

Ella se quedó esperando, dándole tiempo para cambiar de opinión y continuar con sus preguntas, pero él se limitó a mirarla fijamente, con los ojos entornados por la ira.

—Sí, soy la amante de Derreck Bourke, el marido de la cirujana —dijo con voz tranquila y nivelada, como si no tuviera nada que ocultar ni de qué avergonzarse—. En el transcurso de esta aventura, me he enterado de que la muerte del paciente no fue un accidente, sino algo intencionado.

Hobbs se pasó la mano por la barbilla, ahuecándola con los dedos.

—¿Y cómo te has enterado de este asunto, exactamente?

Ella dudó un momento.

—Mmm, charla de almohada, señor. Yo…

—También conocida como rumor. —La voz del fiscal era despectiva.— El marido de la cirujana es abogado, no médico. No creo que esté cualificado para saber por qué muere un paciente durante una operación cardiovascular.

—Mi intención era sondear y ver si había un motivo válido de preocupación. Todo lo que he hecho ha sido intentar…

—¿Deshacerte de la competencia? —se burló con voz llena de abrasador desprecio—. ¿No estaría bien tener al futuro alcalde de

Chicago atrapado en tu pequeña red de mentiras y engaños? —Ladeó la cabeza un momento, pensativo.— Tengo que reconocértelo: es brillante. Por un lado, apoyas su carrera al conseguir que aparezca en televisión; por el otro, limpias la casa, te aseguras de que la señora sea historia. ¿En qué estabas pensando?, ¿que en una de esas entrevistas en la tele ella se enteraría de que su media naranja está confabulada con la fiscala que intenta meterla en la cárcel? —Silbó simulando admiración.— Si yo fuera esa mujer, me divorciaría de ese lamentable culo con solo enterarme de lo que está pasando.

Sí, eso era parte del plan original, pero ahora no importaba. Paula ya no sería capaz de lograr sus objetivos, y eso la llenó de una rabia incendiaria.

—Muy bien, ya he oído bastante —dijo Hobbs, como si de repente se hubiera sentido harto, agotado y decepcionado—. Tendrás que dar una explicación de cada vez que hayas visitado el Joseph Lister en horario oficial y dar detalles de cada entrevista, así como un resumen de lo que se habló. Habrá de ser por escrito y en un parte formal que entregarás antes del fin de semana. También tendrás que dar cuenta de cada hora que pasaste fuera de la oficina cuando no estabas en el juzgado, de un año aquí.

—¿Un año? —reaccionó ella antes de poder controlarse—. ¿Cómo se supone que voy a recordar…?

—¿No tienes un planificador? —preguntó Hobbs con voz socarrona—. ¿O quizá no anotaste todas esas sesiones de interrogatorios en hoteles de lujo, almohada mediante, para no dejar un rastro de papel?

Paula bajó la cabeza, profundamente humillada. Le ardían las mejillas.

—Tu ascenso queda en suspenso por un año —añadió Hobbs con frialdad—, a la espera del resultado de la investigación formal sobre

tu conducta. Si te llegaran a declarar culpable de abuso, tu cese será procedente.

Todo se estaba desmoronando. Todo por lo que había trabajado, todo lo que había planeado con tanto cuidado, se desmoronaba más rápido que un castillo de naipes.

Pero había un resquicio de esperanza, algo que aún podría hacer que todo funcionara: que Anne Wiley fuera acusada de asesinato.

—Entonces no tengo nada que perder si le pido esto —soltó, mirando a Hobbs con una súplica silenciosa en los ojos—. Por favor, deme dos días más para demostrarle que esto no ha sido por celos ni venganza; ni siquiera un plan para conseguir el divorcio de mi amante. Si alguna vez ha tenido un presentimiento que no lo ha dejado dormir por las noches, entonces sabrá a lo que me refiero. Sé que esta cirujana hizo algo que no debía. Apuesto mi carrera a que mató a un hombre. No por accidente ni por el hecho de que algunas personas mueren durante una cirugía, sino intencionalmente. Asesinó a su paciente tras la cortina de humo de un procedimiento arriesgado. Todo lo que necesito es encontrar unas cuantas pruebas y podré llevarla ante un gran jurado. —Se detuvo un momento para tomar aliento.— Por favor, señor, es todo lo que le pido, dos míseros días. Si fracaso, le ahorraré la molestia de despedirme. Dimitiré.

Hobbs la estudió con ojos penetrantes en los que brillaban la ira y el descontento. Y algo más, tal vez: curiosidad.

—No es suficiente —susurró entre dientes apretados—. Si fracasas, haré que te inhabiliten. —Paula contuvo la respiración.— Tienes veinticuatro horas.

Treinta

Consejo

Me tumbo desnuda en los brazos de Derreck, agotada pero inquieta, con la rodilla sobre sus piernas y la cabeza apoyada en su pecho. Sus dedos recorren mi pelo, me hipnotizan lentamente e intentan prolongar el estado de felicidad en el que debe de creer que me encuentro. Pero no me siento feliz, estoy atormentada por dentro. Su dulzura me sacude, porque ansío la bofetada del cinturón contra mi piel y el dolor abrasador. Ese dolor me calma, alimenta mi necesidad de sentir lo que Melanie habría sentido, aunque sé que ni siquiera podría acercarme a las dimensiones de su calvario. Pero no me he atrevido a pedírselo a Derreck; no hoy, no cuando, por mi culpa, nuestras vidas están completamente trastornadas.

Quiero permanecer quieta, y, por un momento, me quedo dormida. No es fácil resistir la transición del resplandor al letargo.

Me despierto de inmediato. Acelerados, mis pensamientos no están dispuestos a ceder la batalla contra las oscuras horas nocturnas. Me muevo suavemente y abro los ojos, como si fuera de día y no casi medianoche.

—¿Qué pasa, nena? —pregunta Derreck en un susurro bajo—. ¿Una pesadilla?

Me río con tristeza.

—Una pesadilla de la vida real.

Me siento tentada a decirle lo que siento por esta locura que ha engullido mi vida y que amenaza con consumirla entera, pero recuerdo que hablar en nuestra casa ya no es seguro.

Derreck percibe mi preocupación.

—Pedí a un equipo de seguridad que hiciera un barrido completo de la casa, del garaje, de todo. No hay micrófonos. Por lo que han

podido ver, nunca ha habido micrófonos. Incluso comprobaron tu coche en el aparcamiento del hospital.

Me levanto un poco, apoyada en el codo.

—¿Alguien los ha visto?

—Son profesionales, Anne, lo mejor que un aspirante a político puede contratar. —Su sonrisa es relajada, tranquilizadora.

Me vuelvo a tumbar. Mis dedos recorren su pecho, asimilando la noticia, alegre de saber que nuestras palabras no han sido grabadas, que nuestras vidas no han sido invadidas. Al menos, no aquí, en nuestra casa.

—¿En qué piensas? —me pregunta, con la voz vencida por el sueño. Está a punto de dormirse, pero quiere seguir hablando conmigo, escucharme. Una pequeña sonrisa de gratitud se dibuja en mis labios; soy muy afortunada de haberme enamorado del entonces joven estudiante de Derecho, en lugar de un médico aburrido y egocéntrico con complejo de dios. Me río un poco. Pienso que casarme con un abogado, en vez de con un médico, también me ha traído enormes ventajas en mi lugar de trabajo, ya que no tengo que mirar a todas las enfermeras jóvenes y guapas con celosa suspicacia—. ¿Quieres compartirlo?

—Mmm —digo. Me niego a alimentar su ego. Ya es lo bastante seguro de sí mismo—. Te quiero. Eso es todo lo que necesitas saber. —Me acerco para besarlo en los labios. Él me envuelve en sus brazos y cierra los ojos. Los míos se abren de nuevo de par en par. Esta noche no voy a dormir mucho.

Hoy, en cada oportunidad que he tenido, he analizado los acontecimientos, los procedimientos y las personas que interactuaron con Caleb Donaghy. He buscado patrones, intentando determinar si algo, por pequeño e insignificante que fuera, se hizo mal desde su ingreso. Pero no tengo nada que pueda explicar por qué su corazón se negó a reiniciarse.

—Vale, ya está —dice Derreck. Trepa las almohadas hasta incorporarse. Me mira como se mira a un niño herido.

Desvío la mirada un momento, sin saber qué decir, puesto que él ya sabe todo lo que pasa por mi cabeza. Pero quizá esto no va de informarlo, de mantenerlo al corriente de los acontecimientos. Él no tiene por qué saber todo sobre el corazón de Donaghy ni sobre cada uno de los pensamientos que me atosigan.

—Lo que me desconcierta es la implacable búsqueda de esta mujer. No puedo entender qué alimenta su deseo de arruinar mi vida.

El cuerpo de Derreck se tensa mientras hablo. Estoy arruinando el momento.

—¿Ha vuelto a hablar contigo? —Sus ojos son agudos, analíticos.

—No desde ayer.

Se sienta, se apoya en el cabecero y murmura un juramento.

—¿Qué demonios? Se suponía que tenía que hablar con el abogado del hospital, ¿no? ¿No contigo?

—Sí, se suponía. Pero vino a las oficinas ayer, Derreck, y tenía números: estadísticas sobre mis cirugías, cosas que nadie sabría, excepto…

Me detengo en seco al ver el ímpetu de su mirada. Sé que mis palabras deben de molestarlo, pero no esperaba que se enfadara tanto. Una vena palpita en su frente, clara señal de una elevada presión venosa sistémica. Aprieta la mandíbula y sus pupilas se dilatan más de lo que la tenue luz del dormitorio justificaría.

—Esta mujer…No me lo puedo creer, joder —murmura.

—No la conozco de nada, así que no puede ser personal —recito los pensamientos que se arremolinan en mi mente desde hace días —. Parece ser una fiscala cualquiera a la que le han asignado mi caso y ha querido utilizarlo para hacer carrera. Al menos, eso es lo

que pienso. Ya sabes: soy la chica del corazón y todo eso. —Me río en voz baja, pero sin humor.

—Escucha —dice Derreck mientras me mira a los ojos con una intensidad que asusta—. No quiero que le digas ni una palabra más a esta mujer. Ni una palabra, ¿has entendido? No sin que esté presente el abogado del hospital. Y creo que es hora de que yo haga algunas llamadas.

Tardo varios minutos en disuadirlo hasta obligarlo a prometer que no llamará a nadie. Estoy segura de que eso solo empeoraría las cosas. Y mucho.

Finalmente, se queda dormido, y yo también, tentada de programar el móvil para que me despierte temprano; pero decido no hacerlo, por el bien de Derreck.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, aún está oscuro fuera. Las sombras bailan en el techo, más despacio que la noche anterior. Las ráfagas de viento han amainado. El reloj de la mesilla de noche de Derreck marca las 3:07 de la madrugada.

Hora de levantarse.

Vuelvo a la rutina de ayer, aunque hoy planifico mejor. Me llevo el chándal y las zapatillas, pero también un traje limpio, un par de camisas recién planchadas y un par de zapatos cómodos.

En el aire frío de la mañana, la carrera de tres millas refresca mi mente y vigoriza mi cuerpo. Es menos dolorosa que ayer. Mis músculos despiertos agradecen que recupere la rutina de ejercicios. Luego me dirijo directamente al hospital.

Tengo que mirar una cosa más, y es mejor que no lo sepa mucha gente.

Mi primera parada es el sótano, justo al lado de la morgue, donde tiene sus oficinas la seguridad del hospital. El pasillo está perfectamente vacío y zumba con el sonido de fluorescentes viejos y cutres. Huele a humedad y moho. Mientras camino rápidamente

hacia la oficina de seguridad, noto que, en la pared, la gruesa tubería de agua caliente gotea. Condensación.

Llamo dos veces a la puerta de la oficina de seguridad y entro. Es una suite y está casi completamente a oscuras. No son ni las cinco de la mañana. A lo lejos, a la izquierda, veo el azulado parpadeo de los monitores y oigo el crujido de un envoltorio de comida. Ahí es adonde tengo que ir.

El agente de seguridad es un joven de unos veinte años. Está recostado en una silla ergonómica. Con una mano se come un KitKat mientras, con la otra, juega cartas en línea, completamente ajeno a la presencia de alguien.

Carraspeo suavemente y sonrío.

Él se pone en pie de un salto, desfigurado por el pánico durante una fracción de segundo.

—¿Qué co…? —Yo sigo sonriendo. El pánico desaparece de su cara y queda sustituido por una sonrisa cada vez más amplia.— Anda, es usted. —Sonríe un poco más y busca apresuradamente un lugar donde dejar su golosina. Decide tirarla a la papelera que hay bajo su escritorio. Luego se limpia las manos en los pantalones.— La chica del corazón —añade. Se siente inquieto, probablemente a la espera de un apretón de manos. No lo decepciono, aunque, hoy en día, muy pocos médicos dan la mano. La vieja tradición es buena, solo que, hace unas cuantas mutaciones virales, ha dejado de ser inteligente.

—Soy Mike. —Su mano está un poco húmeda, probablemente por la sorpresa de mi visita, aunque su apretón es firme y entusiasta.— ¿En qué puedo ayudarla, doctora? —Está ansioso por complacer, igual que su colega de la morgue la semana pasada. Podrían ser amigos. Eso supongo.

—Habrás oído que perdí un paciente hace un par de semanas. —Mueve la cabeza da arriba abajo, sin apartar sus ojos de los míos.—

Quiero asegurarme de que no le pasó nada raro la noche anterior a la operación. ¿Hay alguna forma de hacerlo aquí?

—Ah, claro —dice con energía, tan orgulloso del sistema de seguridad que vigila como si lo hubiera inventado él mismo—. Déjeme que se lo enseñe. Lo registramos todo y no purgamos los archivos en dos meses enteros. ¿Cuándo murió su paciente?

Le doy la fecha y él empieza a buscar los ficheros en el archivo del sistema.

Parece tan encantado con mi aparente interés que me explica todo lo que está haciendo.

—Tenemos los datos archivados por fecha; luego, por planta y número de habitación. Los pasillos se etiquetan del P01 en adelante; los ascensores, del A01. El aparcamiento tiene códigos de niveles, en lugar de unidades, porque, aunque es un solo aparcamiento, tiene varias plantas. Las del sótano son las S. Cuanto más alto es el número, más profundo es el nivel del sótano.

—Claro, entiendo.

Solo escucho a medias. Estoy conteniendo la respiración, a la espera de saber si alguien se acercó a Donaghy la noche antes de su muerte. Estaba bien a la mañana siguiente, en el preoperatorio, pero… Solo quiero saberlo.

Le doy el número de cuatro dígitos de la habitación donde Caleb Donaghy estuvo alojado la noche anterior a su operación y miro la pantalla. Junto las manos en un apretón que me pone blancos los nudillos.

La grabación es a color, inesperadamente clara. Ha de ser un sistema muy moderno. Una vez iniciada la reproducción, en la pantalla aparecen varios botones. Algunos, como el de avance rápido y el de reproducir, son símbolos de control que reconozco de años de ver vídeos. Otros no los entiendo. Observo cómo el guardia maneja la interfaz.

—Las grabaciones se guardan en segmentos, normalmente de ocho horas. El sistema lo hace solo, así que no tenemos que preocuparnos. En este hospital hay miles de cámaras; no podríamos mantener el ritmo, nunca. ¿Ve esto? —Señala con el cursor uno de los botones que no entiendo.— Este botón avanza al siguiente segmento. Es muy útil cuando uno quiere investigar algo que desaparece. Primero, averiguas en qué lote ha aparecido, ¿no? —Asiento con la cabeza y sonrío. Al parecer, es lo único que debo hacer durante un rato.— ¿A qué hora quiere empezar, entonces?

—Digamos que la tarde anterior, a las ocho.

Él hace clic en la pantalla y cambia al segmento anterior. Luego busca la marca temporal y coloca el vídeo justo donde lo necesito.

Miro a mi paciente, dormido boca arriba, probablemente sedado. Sigue sin afeitarse y lleva esa gorra de béisbol. La habitación está poco iluminada, y la televisión, apagada.

Mike pulsa el botón de avance rápido varias veces. Con cada clic acelera la reproducción.

—Como realmente no hay nada que se mueva en esta vista, podemos hacerlo muy rápido.

Consulto mi reloj, un poco preocupada. El «muy rápido» de Mike todavía tarda un poco. Me gustaría estar fuera del sótano antes de que alguien me vea y empiece a hacer preguntas.

Cuando suena su teléfono, me sobresalto y, por un momento, despego los ojos de la pantalla. Él lo silencia rápidamente y me mira, disculpándose.

—No es nada. Ahora estoy de descanso, pero puedo…

—No quiero entretenerte —le digo—. Anda, estaré aquí, viéndolo dormir.

Mike asiente y se toca el bolsillo, donde cruje el celofán de un paquete de tabaco.

—Si encuentra algo, apunte la hora. Volveré en unos minutos

para ayudarla. —Se aleja, pero inmediatamente se da vuelta y dice, señalando la pantalla—: No toque estos dos botones. Las tijeras borran un segmento. El cuadradito, por su parte, importa un segmento en su lugar. Si los tocara, se metería en un lío.

—No los tocaré, se lo prometo —le respondo. ¿Por qué alguien incluiría estas funciones en un sistema de seguridad?

Mi cara debe de ser un libro abierto, porque se ríe torpemente y añade:

—Es para los entrenamientos, y, también, para ciertos casos. Por ejemplo, si tuviéramos aquí a una persona muy importante… o a Tom Cruise. —Su sonrisa se llena de orgullo. Endereza ligeramente la espalda.— Mis credenciales son muy sólidas. Me han nombrado jefe de turno la semana pasada.

—Enhorabuena —le digo, y vuelvo a centrar mi atención en la pantalla.

Se aleja y, un momento después, oigo que cierra la puerta de la suite.

El resto de la grabación no muestra absolutamente nada, excepto a mi paciente dando vueltas en la cama y a una enfermera que, según lo programado, entra a las dos para comprobar las constantes vitales. Pero, cuando esta sale de la habitación, veo, a través de la puerta abierta, a una enfermera cuya silueta reconozco. Congelo la reproducción y miro fijamente la pantalla. Un escalofrío me recorre la espalda.

Cierro la pantalla de reproducción, abro la vista del pasillo y pongo la misma marca temporal. La enfermera lleva una bata azul de hospital y parece ir directamente a urgencias. Lleva guantes, mascarilla y gorro, pero un mechón de pelo rubio se le ha escapado y cae sobre su hombro. Camina despacio, con un paso que reconozco, y pasa por delante de la habitación de Donaghy.

La sigo de una cámara a otra. No se detiene hasta que llega a los

quirófanos. La pierdo cuando entra en el quirófano donde murió Donaghy.

—No, por favor, no —murmuro en un susurro entrecortado y ahogado. Entre jadeos, cambio a la vista del quirófano y observo con la mano pegada a la boca, respirando con dificultad.

En la pantalla, la enfermera se acerca a la máquina de bombeo y abre el compartimento refrigerado donde, a la espera del siguiente procedimiento, se almacena la solución de cardioplejía. Saca del bolsillo una jeringuilla grande y quita el capuchón de la aguja. Aunque da la espalda a la cámara, no me cabe duda de que está inyectando algo en el depósito de la solución de cardioplejía. Luego se vuelve a meter la jeringuilla en el bolsillo y deja todo como estaba.

No tengo mucho tiempo, pero la decisión es fácil de tomar. Pulso el botón de las tijeras. La pantalla me pide que confirme mi intención de borrar el segmento. Pulso «Sí» y la imagen se queda estática, pero el pequeño botón cuadrado sigue ahí. A continuación, importo un segmento de unos días antes. La operación se completa sin problemas. Respiro.

Recuerdo entonces que la mujer recorrió algunos pasillos y que probablemente había dejado el coche en el aparcamiento. Reemplazo uno a uno todos los segmentos que puedo. Cuando Mike regresa, solo ha quedado uno sin borrar.

Me tiemblan las manos y no puedo contener la respiración.

—¿Buscaba algo? —me pregunta al ver que estoy en la pantalla de selección de segmentos.

—Sí —digo. Sueno más tranquila de lo que me siento—. Quería ver el vídeo de la noche anterior. Recordé que estuvo dos días en el hospital.

Se hace con el ratón y encuentra fácilmente el archivo. Luego empieza a reproducirlo a una velocidad diez veces superior a la real.

—¿Qué sospecha tiene?

Suspiro, una pizca de alivio empieza a deshacer los nudos de mis tensos músculos.

—La gente nos miente todo el tiempo, ¿sabes? Les dices que no pueden comer sal antes de una intervención y esconden dos bolsas de patatas fritas en la mochila.

—Ah, ya veo. —Sonríe, y dice—: Creía que buscaba a un asesino a sangre fría. —Su risa llena la habitación, y yo me río con él, ocultando la sacudida de ansiedad que me recorre con sus palabras. — ¿Sabe?, quisiera ser policía, algún día —añade, y durante un rato hablamos de su carrera, mientras la reproducción se eterniza.

El vídeo de la noche anterior no muestra nada. Nadie entró en la habitación. Mi paciente tampoco comió patatas fritas.

No es que me importe. Podría haber encontrado a Donaghy en ese vídeo envenenándose con donuts espolvoreados con digoxina, y ni de coña se lo mencionaría a nadie.

Hay demasiado en juego.

Treinta y uno

Nombre

Cuando llego a mi despacho, pasadas las ocho y cuarto, saludo a Madison. Luego me siento a mi escritorio y apoyo la frente en los dedos. Tengo la mano abierta en abanico; el codo, en la carpeta roja de Donaghy. Miro las fotos de Melanie: la vieja, en mi escritorio, como siempre, y la nueva, la que he traído de casa la semana pasada, ahora en un marco plateado a juego. Desde la imagen, mi hermanita me sonríe con los ojos de una niña cuyos sueños se han hecho realidad. Es mi breve escape, antes de que el presente me golpee de nuevo.

Todavía no puedo confrontarme con lo que acabo de ver, con lo que acabo de hacer. He eliminado deliberadamente pruebas de un sistema de seguridad. Este crimen se castiga con prisión; es manipulación de pruebas y obstrucción de la justicia. Si llegaran a atraparme, nunca volveré a ver la luz del día.

Madison me trae una taza de café humeante. La cojo de sus manos, como si fuera un salvavidas, como si me estuviera ahogando en alta mar. La taza me calienta los dedos y calma mis nervios crispados. Ansiosa por que la cafeína fluya por mi cuerpo, soplo brevemente y me quemo con el primer sorbo.

A medias, escucho a Madison, que repasa la programación del día. Mis pensamientos corren acelerados, diseccionando lo que acabo de ver. Y lo que acabo de borrar. Me repito sin parar que nadie sabrá nunca lo que he hecho. Es curioso que esto me hunda cada vez más, pero no tenía elección.

M irrumpe por mi puerta con su típico estilo y paraliza a Madison en medio de su repaso. La echa de aquí sin miramientos y se inclina sobre el escritorio hasta quedar a escasos centímetros de mi cara.

—Tienes un problemón —dice, bajando la voz. Nunca hace eso.

Se me revuelve el estómago.

—¿Qué pasa?

—Me han llamado de la oficina de seguridad. Ya saben quién advirtió a la Fiscalía. —Se me corta la respiración. No espera a que se lo pregunte.— Lee Chen. ¿Te lo puedes creer? —Se golpea las manos en un gesto de puro asombro.

Respiro, aliviada de que esto no tenga nada que ver con mi visita mañanera a la oficina de seguridad. Entonces caigo en la cuenta. «¿Lee?»

No me lo esperaba. Estoy absolutamente devastada de que alguien de mi propio equipo pudiera hacer algo así.

Pero también estoy agradecida de saber cómo ha empezado la tormenta llamada Paula Fuselier. No hay nada peor que no saber.

M actúa con rapidez.

—Llama a Lee Chen de inmediato —grita a Madison. Mi ayudante coge el teléfono mientras M se sienta frente a mi mesa y cruza las piernas. Luego me lanza una mirada de advertencia—. Déjame hablar a mí, ¿vale?

Cuando Lee Chen entra con Madison a su lado, está pálido. Parece a punto de ponerse enfermo y vomitar sobre mi alfombra. M vuelve a hacerle señas a Madison para que se vaya, pero ella no se aleja más allá de su escritorio, tras unas simples puertas de cristal.

—Lo único que necesito que me digas ahora es por qué hiciste esas llamadas —dice M. Se inclina hacia delante como si estuviera a punto de abalanzarse—. Sé que fuiste tú quien llamó a la Fiscalía. Solo que no sé tus motivos.

«¿Llamadas? ¿Hubo más de una? Mi corazón se hunde. Miro a Lee, profundamente descorazonada.

Le tiembla la barbilla y apenas se tiene en pie.

—Lo siento mucho —dice por fin, con palabras que son un mero

susurro—. No tuve elección. Me cogieron, ya sabes, y mi madre no tiene permiso de residencia.

—¿Te han pillado haciendo qué? —pregunto, y M me fulmina con la mirada por haber roto su orden de guardar silencio.

—Una mierda: venía conduciendo con más alcohol del debido. —Solloza con la boca abierta.— Pero sabían lo de mi madre. Estas personas me ofrecieron un trato y lo acepté. Mi madre no puede volver a China. Moriría. —Me mira suplicante.— Me alegré mucho cuando te absolvieron. Por favor, perdóname.

—¿Quiénes son «estas personas»? —pregunto, y esta vez M no me regaña con la mirada—. ¿Quién te ofreció el trato?

—Esa fiscala que ha estado viniendo aquí. Paula Fuselier.

«No. No he escuchado eso.» Significa que la mujer ya quería atraparme mucho antes de la cirugía Donaghy. ¿Pero por qué? Se me pone la carne de gallina de puro terror.

—¿Cuándo?

—El año pasado, en octubre.

Esto no tiene ningún sentido.

—¿Qué te ha obligado a hacer?

Baja los ojos y junta las manos delante de él.

—Debía llamarla siempre que algo saliera mal en tus casos. Solo la llamé una vez, lo juro. No lo hice por el percance de Orlowski Coag.

Me quedo boquiabierta y no se me ocurre nada qué decir.

—Mientes —alega M—. Algo que nunca aceptaré de mis empleados es la deshonestidad.

—La segunda vez fue ella quien *me* llamó. Me pidió que buscara algo en la historia clínica de la doctora Wiley, algo que ella pudiera usar. Sabía lo que habías dicho durante la revisión por pares y lo bien que habías defendido tu decisión, así que le di tus estadísticas de reanimación. Esa fue la segunda llamada, lo juro.

M se lleva la mano a la frente. Me siento identificada… También a mí me da vueltas la cabeza.

—¿Cómo demonios te has enterado de lo sucedido en la revisión por pares?

Se encoge de hombros, pero no levanta la mirada.

—Todo el mundo habla. Pasa que el doctor Bolger era un pesado, y nuestra doctora Wiley…

—¡Basta! —grita M, y levanta la mano—. Te presentarás en el laboratorio de abajo y harás el tercer turno permanente hasta que decida qué hacer contigo. Puedes marcharte.

Lee coge la manilla de la puerta como un sonámbulo. Luego se vuelve hacia mí y susurra:

—Por favor, perdóname, doctora Wiley. Que sepas que no podré perdonarme a mí mismo. —Hace una profunda inclinación de cabeza y desaparece. En el despacho contiguo, Madison se queda boquiabierta.

M se levanta y yo la sigo, aunque la habitación da vueltas conmigo, cada vez más rápido. Pero, entonces, M me guiña un ojo.

—Me aseguraré de que no renuncie. Si esto llega a juicio, vamos a necesitarlo de nuestro lado. Su testimonio podría demostrar que todo esto ha sido un montaje. Ah, y tengo que hablar con el abogado sobre el estatus migratorio de su madre. Si conseguimos arreglar eso, ya no podrán jugar con él. —Entonces su sonrisa se desvanece.— Te sugiero que averigües qué demonios está pasando y por qué la Fiscalía del Estado está repartiendo acuerdos para atraparte. No quiero que una complicación de este tipo estropee las cosas en mi hospital. ¿Está claro?

No espera mi respuesta; simplemente se va, dejando a su paso una vorágine a la que apenas puedo sobrevivir. Me ha puesto sobre aviso, simple y llanamente.

«O arreglo este lío o pierdo mi puesto.»

No sé ni por dónde empezar.

Treinta y dos

La verdad

Termino el resto del día lo más rápida y eficazmente que puedo, aplazando varias tareas administrativas o delegándolas en Madison. Ella está encantada de ayudarme y mantiene la compostura después de lo que ha sabido de Chen; aunque está muy disgustada, me doy cuenta. Probablemente nunca vuelva a confiar en nadie, pero no es eso en lo que pienso ahora mismo.

Al salir del hospital, el sol aún está sobre el horizonte, algo poco frecuente en los últimos días. Nos cubre un cielo nublado y sombrío. Cae una lluvia ligera y el aire es de noviembre, pero agradezco la luz del día. Aun así, el sol no mejora mi humor.

Cuando llego a casa, encuentro a mamá acurrucada en el sofá, con una revista de moda en el regazo. Se levanta, me abraza y me da un beso en la mejilla. Esta vez, me aparto rápidamente y la miro. Busco las respuestas en sus ojos para no tener que hacer las preguntas.

Sonríe con su amabilidad habitual, aunque con un dejo de tristeza, y me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja, como solía hacer cuando yo era pequeña. Cierro los ojos un momento. Quisiera seguir teniendo cinco años. Cuando los abro, sigo siendo adulta, una mujer de cuarenta y un años que lucha más de lo que nunca habría creído posible.

No sé cómo decirle lo que he descubierto. Ella está a la espera, intuye que algo va mal; me da, pacientemente, el tiempo que necesito para ordenar mis pensamientos. En sus ojos y en la firmeza de su mandíbula veo la misma fuerza en la que he confiado toda la vida.

Las lágrimas me pican los ojos.

—Lo sabías —susurro—. Sabías quién era mi paciente.

Dirige una rápida mirada hacia el estudio mientras su sonrisa se pone mustia. A través de la puerta abierta veo mi portátil sobre el escritorio.

Me coge la mano con dedos temblorosos y nudosos y se sienta en el sofá, conmigo a su lado.

—Sí, ¿pero sabes por qué era importante?

Trago saliva al recordar las piernas magulladas de Melanie. Las palabras del informe de la autopsia empiezan a arremolinarse en mi cabeza.

—Sí, lo sé.

Mamá se lleva mis dedos congelados a la cara y apoya en ellos la mejilla.

—Cariño, no tenía ni idea de que supieras lo de Melanie.

—Desde el primer día que estuvo con nosotros —susurro, reacia a decir, dentro de esta casa inquietantemente silenciosa, semejantes cosas en voz alta.

—¿Y no dijiste nada?

Sonrío entre lágrimas.

—Era una adolescente tonta, mamá. Te oí llorar aquella noche y pensé que querías devolver a Melanie.

Ella jadea y se tapa la boca con la mano.

—¿Cómo se te ocurre?

—Eso solo me duró unos días, no te preocupes. Supongo que tenía miedo de perderla, es todo. Era toda mía, ¿sabes? Mi nueva hermanita. —Mamá me aprieta la mano, se echa hacia atrás y cierra los ojos. Sentada así, parece vulnerable y frágil. No le había notado antes esta fragilidad… Se me habría colado cuando no le prestaba atención.— Entiendo por qué lloraste esa noche, pero ¿por qué discutías con papá?

—No estábamos discutiendo —dice con voz suave—. Estábamos

debatiendo qué hacer. Era evidente que la pobre niña había sufrido agresiones sexuales. Queríamos que la examinaran, pero no que la traumatizaran de nuevo. Cuando la bañé y vi aquellos moratones, creí que me iba a morir. La pobre me vio llorar, y estaba muy avergonzada. Me suplicó que no me enfadara con ella. —Se seca una lágrima con la punta del dedo.— ¿Te lo imaginas?

—¿Qué hiciste, entonces? —Llevo casi treinta años preguntándome estas cosas, pero nunca me atreví a cuestionarla.

—Bill la sedó. Corrió un gran riesgo, pero no quería traumatizarla de nuevo. Mientras dormía, nosotros mismos hicimos el examen. No te lo puedes imaginar… —Se le corta la respiración y se toma un momento antes de volver a hablar.— Al día siguiente, fuimos a la policía. Hablaron con Melanie, pero ella se negó a decir nada. Estaba muy avergonzada y asustada, como si, de algún modo, hubiera sido culpa suya.

No sabía que habían llevado a Melanie a la policía. Por más que me estrujo el cerebro, no recuerdo que la hubieran separado de mí. Es posible; no tengo por qué dudarlo. Ojalá me lo hubieran dicho.

—Investigaron a sus padres de acogida, pero, sin el testimonio de Melanie ni un examen médico oficial, no podían hacer nada.

—Pudieron haberla sedado de nuevo para el examen médico…

—Ya no era relevante —responde con amargura—. Había pasado demasiado tiempo como para poder recuperar ADN útil. De todos modos, en esos tiempos el ADN no estaba en boca de todos, como lo está hoy. La policía no tenía nada. —Sus labios tiemblan por un momento.— Pero supimos cómo se llamaba el padre adoptivo: Caleb Donaghy. No era un nombre que yo pudiera olvidar. —Su voz se ha vuelto áspera al decirlo.— La policía buscó a varios padres adoptivos, porque Melanie tuvo unos cuantos. Pero sabíamos que los cardenales eran demasiado recientes para haber sido anteriores a la última familia de acogida, la de pocos días antes de que la

adoptáramos. Era eso y el hecho de que se había escapado de esa familia; dos veces, de hecho. Y nadie se molestó en preguntarle a la niña por qué ni en mirar sus moratones.

—¿Y si ese monstruo también violó a otras niñas? Los pedófilos no cambian; no paran así como así. ¿Alguien se molestó en interrogar a las otras niñas que acogió?

Sacude la cabeza bajo el peso de su impotencia y su culpabilidad.

—No podíamos hacer nada. Bill incluso contrató a un abogado, y este, a su vez, contrató a un investigador privado. Teníamos la esperanza de que lo pillaran haciendo algo ilegal y conseguir así que se mantuviera alejado de los niños. —Me aprieta la mano.— Lo intentamos, cariño. Durante años, esto me mantuvo despierta y llenó mis pesadillas de tempestades. —Solloza y aparta la mirada un instante. Luego vuelve a mirarme.— Tu padre se pasó cuatro años tratando de conseguir que la gente lo escuchara. Hizo llamadas telefónicas y pidió favores para conseguir que ese hombre fuera eliminado del directorio de padres de acogida. Es todo lo que pudimos hacer.

Guardamos silencio por un momento, un silencio perseguido por los monstruos de ayer y los desgarradores ajustes de cuentas de hoy. En algún lugar entre nosotras, en el espacio transparente de mis recuerdos, mi hermana pequeña me sonríe, me anima y me dice que todo irá bien.

—Entonces, una noche, te traje un poco de té. Estabas trabajando en las notas de los casos de tus pacientes —continúa. Cuenta la historia con palabras suaves, con la voz de alguien que está al final de un camino largo y agotador—. Su nombre estaba ahí, en tu pantalla: el nombre que me ha perseguido todos los días de mi vida desde Melanie. Por algún retorcido giro del destino, tenía que ser tu paciente. —De su pecho escapa un largo suspiro. Me mira con visible angustia.— Siento mucho que tuviera que morir en tu mesa

de operaciones, cariño. —Reprime un sollozo que hace temblar su pecho.— Pero tenía que morir.

Me rodea los hombros con el brazo y yo me dejo llevar. Hundo la cara en su pelo y aspiro su perfume.

—Sí, tenía que morir —susurro. Mientras solloza, la abrazo. Nuestras lágrimas se mezclan—. Me aseguré de que así fuera.

Treinta y tres

Culpa

Seis palabras. Son seis palabras cortas que han liberado mi alma más de lo que yo creía posible. Me ha estado pesando inmensamente guardarle este secreto a mamá.

He tenido que luchar un poco para descorchar la sudorosa botella de pinot noir. Le traigo una copa de vino a mamá y luego me sirvo otra. La lleno generosamente y me uno a ella en el sofá.

Necesito un tiempo a solas para descubrir lo que todo esto me hace sentir. Los acontecimientos de las tres últimas semanas me han hecho preguntarme quién soy y de qué tela estoy cortada.

Pienso en mamá y en mí, sentadas en el sofá, bebiendo vino, y me pregunto: «¿Quiénes somos en realidad? ¿Cómo cambian estos hechos lo que somos?, ¿cómo viviremos en el futuro?».

No es una pregunta fácil.

Mamá bebe un sorbo de vino y deja la copa sobre la mesita. —Dime, ¿cómo supiste quién era tu paciente?

Durante un rato, mis ojos miran fijamente la nada.

—El día que la adoptasteis, supe que algo iba mal. Tenía esos moratones… Pero yo también era una niña. No sabía qué pensar. Creí que la habían golpeado o que se había lastimado de alguna manera. Tú lloraste toda la noche, y, por un momento, me aterrorizó pensar que había problemas. —Me acerco la copa de vino a los labios, pero no la toco todavía.— Y los había, solo que yo no sabía exactamente de qué se trataba. —Sonrío a mamá con gratitud.— Melanie empezó a ir a terapia. Entonces saqué mi primera conclusión, a medias, de que le habían pegado o habían abusado de ella.

—No tenía ni idea de que fueras tan consciente de las cosas —

susurra mamá, mirándose las manos artríticas. Se las estruja despacio, como extrayendo todo el dolor posible—. Tenías que haber dicho algo.

Sí, tenía que haberlo hecho. Los niños, especialmente los adolescentes, pueden ser así de estúpidos. Cargan el peso del mundo sobre sus hombros innecesariamente, o, al menos, prematuramente.

—Un día fuimos al parque y ella empezó a llorar cuando lo vio sentado en un banco. Yo, de ese tipo, solo recordaba la mancha de su cara, nada más. Es única.

—¿Por eso ya no quería ir al parque? Un domingo, cuando quise llevaros, lloró a moco tendido. —Asiento con la cabeza. Ella se lleva una mano al pecho, como para tranquilizar su corazón. —Ojalá lo hubiera sabido.

—Yo no sabía el nombre, entonces. No supe quién era hasta que volví a ver su mancha de nacimiento, cuando el tipo estaba tumbado sobre mi mesa, con el pecho abierto. —Sacudo la cabeza. El recuerdo de aquel día aún está vivo en mi mente.— Cuando tenía unos dieciséis años, un programa de televisión me abrió los ojos a la posibilidad de que Melanie hubiera sido violada por él. Encajaba con sus síntomas, con su comportamiento del día que la trajimos a casa; todo apuntaba a que sus cardenales eran algo más que una paliza. —Juego con el vino en mi copa. Lo hago girar, reflejando la luz con destellos de rubí. El inquieto líquido va a juego con los temblores de mi corazón.— ¿Recuerdas el miedo que Melanie le tenía a papá? No quería que la tocara ni que le cogiera la mano.

—Melanie tardó un año en comprender que tu padre no se parecía en nada a ese hombre. El día que ella le tendió la mano, él lloró de alegría.

Es agridulce saber eso de Melanie y papá: un trocito precioso de su breve vida con nosotros que, de alguna manera, me había

perdido. Aunque con decenios de retraso, me siento feliz por ellos. El tiempo que perdimos, las vidas devastadas, me afectan, me hacen temblar como una hoja en el viento de noviembre.

—Se lo prometí, mamá —susurro con una voz llorosa que no parece mía—. Aquel día, en el parque, le prometí que la mantendría a salvo para siempre. —Sacudo la cabeza con incredulidad, reviviendo recuerdos demasiado dolorosos para expresarlos con palabras.— Aquella noche durmió en mi cama, y tantas otras después, y juré que ese hombre jamás volvería a acercarse a ella.

—Me alegro mucho de que te hubiera tenido a su lado —mamá me aprieta la mano con dedos temblorosos y nudosos—; que hubieras hecho lo que hiciste por ella. Fuiste su ángel de la guarda.

Dejo las copas de vino sobre la mesita y tomo su mano entre las mías.

—Pero yo *no estuve donde tenía que star,* mamá —confieso—. Le prometí que ese hombre no volvería a hacerle daño… y lo hizo.

—No, cariño, no fue culpa tuya. —Las lágrimas brotan de sus párpados arrugados, cerrados mientras hablo.

—Sí lo fue. —Levanto la voz.— Yo tenía que haberlo sabido. El día que Melanie murió, yo ya era lo bastante mayor para saberlo. Ya estaba en la facultad de medicina, por el amor de Dios. Era adulta, salía con chicos y me acostaba con ellos; entendía las cosas mucho mejor que ella. —Agacho la cabeza para ocultar las lágrimas. Me caen mechones de pelo sobre la cara y ella los aparta como si yo fuera una niña.

—No, cariño, no fue culpa tuya.

—Debería haberlo sabido —repito tercamente. No la dejo darme su perdón, puesto que yo aún no me he perdonado a mí misma. Aparto la mano de la suya, me levanto y empiezo a deambular por el suelo como un animal enjaulado. Pongo los puños delante de mi pecho, como si estuviera dispuesta a luchar por mi vida, pero la

lucha no es por mí, sino contra mí misma. —Cuando me dijo que iba a salir, que tendría su primera cita, me emocioné por ella. Yo estaba muy feliz. Pensaba que Melanie podría tener una vida de verdad, un novio y, más tarde, un marido, familia e hijos propios. —Hago una mofa. Doy un pisotón y miro a mamá como si fuera ella la que ha metido la pata.— ¿Sabes lo que hice antes de que se fuera aquella noche? La peiné y la maquillé. Su *pelo,* mamá.

Me escucha y me mira bondadosa y comprensiva, con una inmensa tristeza. No me pregunta nada, no me mete prisa. Simplemente está ahí para mí, como siempre.

—Le di mi falda de lunares, la azul, y mi blusa blanca con volantes. Le gustaba mucho esa falda, ¿te acuerdas? —Asiente y se seca una lágrima con el rabillo del ojo.— Daba vueltas y vueltas. Se reía tanto que se la oía desde abajo. Y luego la peiné. —Se extingue, apagada por la ira, la sonrisa que había iluminado mis ojos al recordarla girando en ondulantes vuelos de gasa azul.— Ni por un momento se me pasó por la cabeza advertirla sobre los chicos.

El peso de lo que he dejado de hacer es tan abrumador que aún me cuesta hablar de ello. Sigo dando rodeos. Intento encontrar las palabras adecuadas.

—El chico era un año mayor que ella, y era bastante simpático, pero seguía siendo un chico. Tarde o temprano iba a hacer algo, ¿no? Besarla, tal vez, o tocarle las piernas, los pechos… ¡Yo lo sabía!, y no se me ocurrió decirle que no todos los hombres son iguales, que no todos son Caleb Donaghy. —Hago un gesto de enfado con las manos.— Todavía no sé cómo sobrellevarlo. —Mamá me mira con ojos redondos de agonía, inundados de lágrimas. Su mano temblorosa vuelve a taparle la boca, acallando un gemido insonoro.— Lo peor es que nunca le dijimos adónde iba. Ella quería mantenerlo en secreto, y yo estaba… —se me quiebra la voz y tengo que serenarme antes de volver a hablar—, estaba delirantemente

feliz de verla bailar así, preparándose para su primera cita, un poco enamorada de un chico. Yo quería creer desesperadamente que Melanie estaba bien, que se había curado, que a lo mejor ya no recordaba lo que ese hombre le había hecho cuando era pequeña. —Respiro hondo mientras los recuerdos más oscuros invaden mi mente y, sin piedad, me desgarran de culpa, pena y rabia.

—Ven, siéntate aquí conmigo —dice mamá, pero yo aún no estoy preparada. Hay un temblor en mis piernas que me impulsa a correr, solo que no hay adónde ir. Mientras viva, tendré que cargar con ese peso.

—Debería haber hablado con ella… —Reprimo un sollozo que me hincha el pecho.— Sabes bien que sigo sin poder subir a su habitación. Éramos felices allí. Todavía puedo verla reír. Cierro los ojos y la veo bailar como un derviche, girando en mi falda azul, agitando los brazos como si quisiera volar. Giró y giró y giró hasta quedar sin aliento y se dejó caer al suelo en un mar de volantes y colores y felicidad. —Trago saliva con fuerza, incapaz de detenerme, pero cada palabra que digo me provoca dolor.— Entonces recuerdo su cuerpo, su peso, cómo se sentía en mis brazos, fría, sin vida, tan pesada. La levanté, pero ya era demasiado tarde. Yo solo había ido a ducharme, diez minutos.

Dejo de andar de un lado al otro y miro la puerta de la habitación de Melanie, una franja de roble brillante al final de la escalera. Hay jirones de recuerdos oscuros que no puedo expresar con palabras: mis gritos de auxilio cuando la encontré colgada del poste de la cama; las pisadas apresuradas de papá; su mirada atónita mientras me abría las manos para que la soltara y me quitaba el cuerpo inerte de los brazos; los lamentos desgarradores de mamá, guturales y ásperos. En algún lugar de aquel torbellino, me niego a soltarla, y mi propia voz suena gritando su nombre.

—Ni siquiera me di cuenta de lo alterada que estaba cuando

volvió. No la habría dejado sola. Nunca pensé que acabaría con su vida. Sigo reviviendo esas horas, ese día. Me pregunto cómo lo pasé por alto.

Otra lágrima rueda por la mejilla de mi madre.

—Ay, cariño… No fue algo que pasaras por alto. Lo recuerdo perfectamente, y ella no parecía alterada. Hablamos con el chico unos días después del funeral. Él nos dijo que, de repente, Melanie se puso a llorar mientras veían una película. Quería irse a casa. Es posible que él la haya tocado, como acabas de decir, y que eso haya desencadenado todo tipo de emociones negativas y recuerdos reprimidos; o quizá fue algo de la película. Pero nada de esto es culpa tuya. Caleb Donaghy mató a nuestra Melanie el día que la agredió por primera vez.

—Sabes, eso me digo a mí misma todo el tiempo. Es más fácil que mirarme al espejo sabiendo esta cosa terrible que he hecho. Pude haber hablado con ella. Teníamos que haber salido juntas al principio, en una cita doble; tenía que haberle preguntado a su terapeuta cuál era la mejor manera de manejar esto. Sí, Caleb Donaghy mató a mi hermana, de eso no me cabe la menor duda, pero yo fui una espectadora despistada y egoísta al dejar que eso sucediera delante de mis ojos.

Mamá inclina la barbilla un poco hacia delante. Coge su vaso de vino.

—Me alegro de que esté muerto —susurra.

Me siento a su lado y cojo mi copa de la mesita. El vino está caliente, pero no me importa.

—Yo también.

—Puede que haya un vídeo —susurra mientras mira su copa—. De mí. Ya sabes, en el hospital.

—Ya no está —respondo despreocupadamente, como si le dijera que he sacado la basura—. Casi todo. Al menos, las peores partes.

La miro y no veo preocupación en sus ojos, solo paz. Hacía mucho tiempo que no la veía en paz.

—Ahora, todo lo que tenemos que hacer es guardar silencio hasta que pase la tormenta.

Ella asiente, con su pelo rubio ondeando sobre sus hombros. Siempre ha tenido un pelo precioso.

Tengo que preguntar. De lo contrario, pasaré incontables noches dando vueltas en la cama.

—¿Qué había en la jeringa?

No se ofende por mi pregunta, solo se sorprende, como si yo debiera haberlo deducido por mí misma.

—Potasio, ¿qué más?

Mientras llega el coche de Derreck y los rayos de los faros se cuelan entre las cortinas, levanto los ojos en señal de gratitud silenciosa. La solución de cardioplejía también era potasio, pero menos concentrado. Dado que yo enjuagué aquel corazón con suero salino durante dos minutos, nadie pudo haber detectado la cantidad inicial basándose en la autopsia. La concentración excesivamente alta de potasio impidió que se pusiera en marcha de nuevo. De hecho, lo envenenó durante el procedimiento.

Levanto mi copa y susurro:

—Por la justicia.

Mamá levanta la suya.

—Por Melanie.

Cuando Derreck entra, nos encuentra en el sofá, llorosas y cogidas de la mano. Sus cejas se fruncen de preocupación.

—¿Qué pasa?

Mamá responde con calma.

—No hay de qué preocuparse. Charla de chicas. Nos pusimos un poco sensibleras recordando.

Él me mira como volviendo a hacerme la pregunta, sin usar

palabras. Sonrío al hombre del que estoy tan enamorada.

—Nada, rey, estamos bien.

No estoy segura de cuánto de lo que ha pasado hoy debería contarle. Algunos secretos no puedo compartirlos.

No sé qué va a ocurrir con esta Paula Fuselier, que tan empeñada está en hundirme. Quizá encontró la bolsa original de solución de cardioplejía, la que mamá inyectó con potasio. ¿Después de la muerte de un paciente, conservarán esos consumibles usados? Me doy cuenta de lo poco que sé de esto. Quizá la bolsa de cardioplejía esté ahora en la oficina del forense del condado de Cook, encima de alguna mesa de laboratorio. Un análisis básico mostraría que la concentración de la solución era incorrecta. A partir de ahí, podrían mirar los vídeos, y, si buscaran lo suficiente, podrían encontrar las grabaciones que no alcancé a borrar. Entonces Mike, el recién nombrado jefe de turno, mencionaría, casualmente, que yo he estado allí a altas horas de la noche, mirando vídeos, y que incluso me ha dejado sola unos minutos.

Una cosa sí sé, y me aterroriza:

Esta noche podría ser la última que pasamos juntos.

Treinta y cuatro

Vídeo

Con la tele encendida, estamos de nuevo en el sofá, después de haber cenado algo ligero que nos ha preparado Derreck: una deliciosa ensalada griega con aceitunas de Kalamata y mucho tomillo, servida con galletas saladas y una tortilla de queso.

No he comido mucho. Mis pensamientos me llenan de una ansiedad tan insoportable que apenas tolero estar cerca de mi familia. En mi mente recito el acrónimo AFAR, moldeado como un mantra secreto, con la esperanza de que haga que todo esto desaparezca. *Argumentos falsos aparentemente reales.* «Eso es la ansiedad.»

Pero quizá no sea esto lo que me produce escalofríos. Las pruebas son todo lo reales que pueden ser, así que es posible que la policía llame a mi puerta en cualquier momento.

Mientras Paula Fuselier siga investigando, todos estaremos en peligro.

En apariencia, estamos tranquilos y relajados, viendo la tele juntos, con copas de vino en la mano. Derreck descorcha con facilidad una segunda botella de pinot noir y empieza a servirla. Primero la mía. Yo le tiendo la copa y él la llena casi hasta el borde. El alcohol no es bueno para la ansiedad, pero me calma los nervios. Y no tengo ansiedad… Tengo una preocupación legítima por mi seguridad, la de mi madre, nuestro futuro; incluso por nuestras vidas.

Estamos viendo una serie policíaca. Rara vez tengo tiempo para estas cosas, y la cogí empezada cuando encendí la tele. Es más del gusto de mamá que del mío. El programa induce al espectador a apoyar a los policías y presenta al asesino como un ser despreciable.

«¿Es eso lo que soy? ¿Eso es mamá?» Si otras personas vieran la serie de mi vida, ¿apoyarían a Paula Fuselier? ¿Estarían de acuerdo en que se ha evitado que un monstruo haga daño a otras chicas? Parece que el vino no ayuda a aliviar mi crisis de identidad.

Hay una pausa publicitaria y Derreck la aprovecha para ir a por un bol de *pretzels.* Tendrá hambre. A diferencia de nosotras, su estómago no se revuelve de miedo ante la idea de que la policía entre por la puerta en cualquier momento.

Empieza otro anuncio y reconozco la banda sonora. Es uno de Derreck, el que no paran de poner. Trata de su compromiso de reducir a la mitad los índices de criminalidad y hacer de Chicago, otra vez, un lugar seguro. Conozco todos los detalles, así que cierro los ojos y me evado. Por un momento, atiendo a mis monstruos interiores, les ruego que me dejen respirar.

—¿Cómo va todo? —pregunta mamá cuando vuelve Derreck—. ¿Vas ganando? —La miro, sorprendida por su interés. Ella sonríe. Parece completamente tranquila, como si no hubiera pasado nada.— ¿Qué dicen las encuestas?

Él está radiante, a pesar del visible cansancio que acorrala sus ojos.

—En estos momentos, soy el candidato más votado, con un siete por ciento de ventaja sobre el actual. Siete no es mucho, pero… es un buen lugar para estar a principios de abril. —Coge la mano de mi madre y se la lleva a los labios, como un perfecto caballero.— No podría haberlo hecho sin ti. Tu apoyo financiero y moral han sido increíbles.

—Bah, qué tontería —responde ella con una amplia sonrisa—. Me doy cuenta de que se siente halagada. —Eres el mejor hijo que podía haber deseado, Derreck. Tengo plena confianza en que vas a ganar.

Él levanta su copa.

—Escuchad eso, escuchadlo todos.

Los tres bebemos un sorbo. Mientras, intento acallar mis voces internas. Puede que gane, a menos que arresten a su mujer. Y a su suegra.

—Me encantaría organizar una recaudación de fondos para ti —ofrece mamá—. Puedo limpiar bien este sitio y colgar algunos banderines en la escalera y en la barandilla del segundo piso. Arriba también, quizá. —Señala las altas ventanas del salón.— El día de los Caídos sería un buen momento para hacerlo, ¿no te parece? —Él asiente y se revuelve en su lugar. Da la impresión de estar un poco incómodo, pero mamá no parece darse cuenta. —Conozco a unos cuantos médicos muy adinerados que apoyarían una postura fuerte contra el crimen.

—Es maravilloso —responde, justo cuando termina el anuncio.

Hablar de esto con mamá parece incomodarlo, y eso es un poco extraño. Pero no me preocupa mucho. Todos tenemos días malos y yo tengo otras cosas más graves en qué pensar.

—No había tenido ocasión de decíroslo: he averiguado quién alertó a la Fiscalía sobre mi paciente —digo. Intento mantener un tono informal, pero mi voz suena tensa, casi chirriante. Los dos me miran con atención. Derreck frunce el ceño—. Ha sido Lee Chen, mira nada más. Mi enfermero quirúrgico —le aclaro a Derreck, que quizá no lo recuerda.

—Así que alguien llamó a la oficina del fiscal, ¿eh? —murmura; sobre todo, para sí mismo. Por alguna extraña razón, parece casi aliviado. Se bebe el resto del vino y coge la botella para rellenar la copa.

—Sí, alguien lo ha hecho, aunque parece que Lee no ha tenido elección. Lo chantajearon.

—¿Qué?

Una nube oscura se cierne sobre el rostro de Derreck. Mamá

parece contener la respiración.

—Lo pillaron conduciendo ebrio y le ofrecieron un arreglo —les suelto. Cada palabra que digo enfada a Derreck—. Esa es la parte que aún no entiendo, pero M lo está investigando con nuestro asesor legal. Lee dice que le ofrecieron el arreglo a cambio de cualquier información incriminatoria sobre mí, solo que eso ha sido en octubre pasado, *meses* antes de que muriera mi paciente.

Derreck se levanta de un salto y corre a la cocina. Abre la nevera y mira dentro, como buscando algo. Al cabo de un rato, vuelve con una botella de Grey Goose y un par de vasos de chupito. Pone todo sobre la mesa y me ofrece un vasito, pero lo rechazo. Noto de nuevo lo enfadado que está. Llena de vodka uno de los vasos y lo vacía de un trago. Entonces lo rellena.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunto, pero ya sé la respuesta: descubrir que tu mujer está en el punto de mira de la Fiscalía, como si fuera una mafiosa, no debe de ser fácil. En momentos como este, yo desearía que dejara la política y eligiera, para hacer con su vida, algo pacífico, además de significativo. Pero estoy siendo egoísta.

—Todo está mal —murmura, frotándose la frente—. Tendré que hacer algunas llamadas. —Levanto la mano, como para detenerlo, pero él contraataca con otro gesto de mano.— Tengo que hacerlo. Esto se está saliendo de control y no puede seguir así. Es mi carrera, vale, pero es tu vida, nuestra vida. No puedo quedarme con los brazos cruzados.

Antes de que pueda contestarle, mi teléfono emite un aviso de mensaje, pero decido pasarlo por alto. Un momento después, vuelve a sonar. Podría ser una emergencia.

Cojo el móvil y encuentro dos mensajes de M. Nunca, en todos los años que llevamos trabajando juntos, me había mandado un mensaje. El primero dice: «Mira esto ahora mismo», y hay un

enlace. El segundo simplemente repite la palabra «Ahora», encerrada entre tres juegos de signos de exclamación.

—¿Qué pasa? —pregunta mamá.

—M me envió un vídeo. No sé de qué va. —Me doy cuenta de que me da miedo abrir el enlace.

Derreck acerca su cabeza a la mía.

—Yo también quiero verlo —dice—, a menos que sea algo médico.

Estoy entre los dos, no puedo diferirlo. Pulso el enlace y se descarga un artículo de noticias con un vídeo incrustado. Es de hace cuatro días. El artículo habla de una detención por el homicidio de un niño. Yo ya había oído hablar del asunto, me doy cuenta: el chico iba a testificar en otro juicio por asesinato. Miro brevemente a Derreck y me pregunto qué tiene que ver esto conmigo. ¿Por qué M me lo ha enviado?

Él está pálido y tiene la frente perlada. Con un horror mal disimulado escrito en la cara, ese que muestra la gente cuando ve un choque mortal, mira con fijeza la pequeña pantalla. Me doy cuenta de que hace todo lo posible por no mostrar la consternación, pero está ahí, en sus pupilas dilatadas, en la tensión de su mandíbula, en las manos entrelazadas con tanta fuerza que sus nudillos se están volviendo blancos.

—Dale al botón, cariño —dice mamá.

Eso hago. Me pregunto qué podría estar temiéndose Derreck con tanta angustia. El vídeo es una rueda de prensa celebrada, nada menos que por Paula Fuselier, delante de un decrépito rascacielos en algún lugar del centro, en una calle por la que yo nunca pasaría. No hay muchos periodistas reunidos. Ella está respondiendo a preguntas sobre si la víctima era un testigo al que su oficina no protegió. Mejor dicho, no está contestando nada. Se desvía mal y se contradice.

A continuación, el vídeo muestra a Derreck respondiendo a preguntas sobre la delincuencia y su campaña a la alcaldía. Las formula el mismo grupo de personas.

Él estaba allí, con esa mujer.

Se me atasca la respiración en el pecho. La descarga de adrenalina hace que mi corazón empiece a bombear con fuerza. Miro el vídeo, temerosa de lo que me deparará cada nuevo segundo. En la pequeña pantalla, Derreck responde a las preguntas de los medios de comunicación. Viene un corte y una vista lejana de Derreck y Paula hablando; un par de segundos, no más. Ver tan cerca de Derreck a la mujer que ha estado intentando hundirme me golpea como un puñetazo en el vientre. En el vídeo, él parece distante, incluso enfadado, un poco rígido. Normalmente, cuando quiere que la gente se sienta cómoda, se inclina un poco hacia delante. Trata de no sobresalir. Con ella, está todo lo erguido que puede estar.

Levanto la vista de la pantalla del teléfono y veo a mamá mirándome con ojos de dolor.

—¿Quién es, cariño?

Miro a Derreck, pero él sigue con la cabeza gacha.

—Es la ayudante del fiscal del Estado, la mujer de quien te he hablado. Paula Fuselier.

—Ah, ¿la conoces? —mamá le pregunta inocentemente a Derreck —. Seguramente me he perdido de algo.

Cuando él levanta la mirada hacia mí, está perfectamente calmado, sereno, tranquilizador.

—Ya te he dicho que la conozco. Nos hemos cruzado en algún que otro evento. Yo no decido a quién me encuentro en las escenas del crimen ni en las ruedas de prensa de la fiscalía. Pero te ofrecí hablar con ella, y dijiste que no. La oferta sigue en pie.

Cualquiera de mis sospechas se desvanece y muere. Él me había dicho todo eso.

—No, sigo pensando que M me despediría si me inmiscuyera en esto de alguna manera.

Derreck parece aliviado. Quizá algún día me cuente por qué.

Hoy no es un buen día para interrogarlo. Pero sí hay una pregunta que puedo hacer, aunque no a él, sino a M.

Cambio el teléfono a la pantalla del Messenger y respondo a su mensaje: «¿Cómo lo has conseguido?».

Momentos después, recibo su escalofriante respuesta.

Remitente anónimo.

Treinta y cinco

Un beso

Nadie impidió que Paula se metiera en el despacho de Anne aquel miércoles por la mañana. La fiscala había hecho bien los deberes. Anne y su entrometida lacaya, Madison, estarían en el quirófano hasta cerca de las once. Paula tendría que matar media hora, pero no quería perder la oportunidad de pillar a la cirujana justo después de la intervención.

No tenía un buen plan. En realidad, no tenía ningún plan. Solo una idea, una última esperanza de cambiar las cosas, basada en la angustia emocional que Anne debía estar sufriendo después de haber visto a su amado marido dando ruedas de prensa y charlando con la mujer que intentaba destruirla. Entonces, cuando la cirujana estuviera más vulnerable, la interrogaría de nuevo, y, con suerte, esta vez la haría ceder.

Era una esperanza tenue. Tan tenue que, en realidad, no existía. Era menos que un hilo de telaraña al viento, solo que a Paula no le quedaba nada más para seguir adelante. Si este plan fracasaba, Hobbs se encargaría de que la expulsaran, y entonces su carrera terminaría. En cuanto a Derreck… Él era historia. Si alguna vez la amó, fue algo temporal, y había terminado. Paula se había equivocado mucho con él. A Derreck Bourke le gustaba tenerla a horcajadas en la cama, pero en ningún otro sitio. Se la había quitado de la espalda como un bronco salvaje e indomable.

Toda su estrategia había implosionado sin dejar atrás más que las cenizas de su vida. La fiscala metió la mano en el bolsillo de su chaqueta de raya diplomática y sintió la fría empuñadura de su pistola. De un modo u otro, Anne Wiley no se iría de rositas.

Se sentó en el escritorio de Anne y subió los pies. Detestaba todo

lo que tenía que ver con esta habitación: la ventana del suelo al techo que la inundaba de luz natural, la estantería atiborrada de volúmenes médicos bien empolvados, el ligero olor a ambientador de lavanda y café, el fino cuero de la silla. Desde la estantería superior, Derreck la miraba a través de un retrato enmarcado en formato A5. Sonreía cariñosamente, con su hermoso rostro relajado, unos años más joven.

A ella, él nunca le había sonreído de esa manera.

«Algunas personas lo tienen todo. Aunque no lo merezcan.»

Sobre la mesa, lo único relacionado con el trabajo era una carpeta roja con el logotipo del hospital, aparte de un ordenador portátil. Paula levantó la tapa del ordenador e intentó conectarse, pero no lo consiguió: estaba protegido por una contraseña. Nada de qué sorprenderse. Sin embargo, lo dejó encendido y abierto: un detalle más para desconcertar emocionalmente a Anne. Si la cirujana tenía algo que ocultar en ese ordenador, Paula lo sabría por su pura reacción.

Aparte de esos dos objetos, todo lo demás era personal. Había una gran piña lacada; quién sabía de dónde había salido ni qué significado tenía; sin embargo, si Anne la guardaba allí, debía de ser importante para ella. Paula sintió el impulso de pisotearla bajo la suela de sus zapatos de tacón.

Sobre el escritorio, a la izquierda, había dos pequeñas fotografías enmarcadas. Las miró durante un largo rato, fijándose en cada amargo detalle. Odiaba la cara de Anne, incluso cuando era adolescente. ¿Quién demonios le daba el derecho a reírse así al sol, con sus largos rizos rubios y sus dientes blancos como perlas, perfectamente alineados? Cogió la foto y se quedó mirando la cara de Anne. Deseaba arrancarle los ojos, aunque solo fuera en la imagen. La foto estaba protegida por una fina cubierta de cristal, y Paula todavía no estaba dispuesta a empezar a romper cosas. Volvió

a dejarla sobre el escritorio, con suavidad, sin poder quitarle los ojos de encima. Luego miró la otra foto y se quedó paralizada. La cogió, sintiéndose transportada, y la atrajo hacia sí, sin aliento, boquiabierta.

Interrumpieron sus pensamientos unos pasos que se acercaban a la puerta. Dejó el cuadro y se recostó cómodamente en el asiento, a la espera de Anne. En su lugar, entró Derreck.

Instintivamente, ella se llevó la mano al bolsillo. Al sentir la empuñadura de la pistola, la aferró con fuerza. Si no le quedara otro remedio, apretaría el gatillo.

—Hija de puta —murmuró Derreck, mirándola fijamente desde el centro de la habitación—. No puedo creer lo que estás haciendo, Paula. Estás tirando tu vida por la borda. ¿Y por qué? ¿Por una puta aventura?

—¿Eso he sido para ti, nada más? ¿Una aventura? —Paula susurraba las palabras, ocultando sus emociones lo mejor posible.

Derreck se quedó mirándola un momento.

—¿Qué haces aquí?

—Mi trabajo —respondió ella con frialdad. Rodeó el escritorio y se detuvo a un par de metros de su examante. Podía oler su colonia. El aroma le traía recuerdos de noches apasionadas y promesas rotas —. Tu mujer ha infringido la ley, Derreck, y, dado que tú y yo hemos terminado, no tengo motivos para seguir dándole largas a esto.

Él no se inmutó, solo la miró como se mira a una loca. Paula detestaba eso; lo abominaba casi tanto como ser abandonada, descartada junto a la basura de ayer. Inspiró despacio, llenó los pulmones de aire para mantener a raya el ardor y el dolor de la frustración.

—¿Qué haces tú aquí? —Ella sonrió como solía hacerlo cuando ambos estaban desnudos bajo las sábanas.— No esperaba el placer de tu compañía.

Derreck se burló e hizo un gesto desdeñoso con la mano para demostrarle que eso no venía al caso.

—He ido a tu despacho a buscarte, y tu investigador, Adam Costilla, me ha dicho que estabas aquí, desobedeciendo órdenes directas y específicas de Hobbs. También me ha rogado que te impida hacer lo que sea que hayas venido a hacer. —Se pasó rápidamente la mano por el pelo, nervioso.— ¿Qué demonios has venido a hacer, Paula?

Ella lo miró fijamente a los fríos ojos azules, en busca del más mínimo rastro de calidez; de lujuria, incluso. Preferiría, por mucho, la lujuria a esa odiosa mirada ártica. Tal vez solo habían tenido una aventura y ella había estado equivocada todo el tiempo; pero había sido buena. Durante un rato, al menos, se había sentido afortunada y hermosa y deseada y mimada, igual que la maldita esposa debía de sentirse todos los días. Luego, por culpa de Anne, todo desapareció; y la esposa ni siquiera sabía lo de la aventura.

Bueno, tal vez era hora de que lo descubriera. Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Paula.

—He oído que chantajeaste a su compañero de trabajo para que la delatara —siseó Derreck, que lanzaba cautelosas miradas a izquierda y derecha—. ¿Qué coño ha sido eso?

La fiscala se rio amargamente, sin dejar de vigilar el pasillo a través de las paredes de cristal. Dio un paso a la izquierda y, después de un giro, se acercó a Derreck. Él mantuvo la distancia, pero había quedado de espaldas a la pared de cristal. No podría ver a Anne cuando se acercara.

—No me digas que es el primer arreglo del que oyes hablar en toda tu carrera de abogado. Los fiscales siempre perdonamos cargos menores a cambio de información sobre criminales más peligrosos.

—¿Y eso es mi mujer para ti? ¿Una criminal peligrosa?

—Qué poco sabes —respondió Paula con calma, y echó un rápido

vistazo al reloj de pared. Anne tendría que volver en cualquier momento. Si Madison llegaba antes, habría problemas. El plan se iría al traste una vez más—. Usted no sabe nada de la mujer con la que se casó, señor alcalde.

—No me llames así.

—¿Has cambiado de opinión? ¿Ya no eres candidato? —Ladeó la cabeza y jugó con un mechón de su pelo. Batía las pestañas, le coqueteaba descaradamente.

Él rechazaba sus insinuaciones, aunque la situación parecía incomodarlo. Tiró del nudo de su corbata y apoyó las manos en las caderas.

—Paula, vamos a hacer esto: te irás conmigo en este momento y no volverás a venir. Y, joder, si llegara a darte un maldito infarto, ¡no vendrás aquí a que te atiendan! Esto, sea lo que sea, se ha acabado.

—Me encantan los hombres mandones —susurró ella. Justo en ese momento, vio que Anne se acercaba al despacho. Se puso de puntillas, rodeó con los brazos el cuello de Derreck y lo besó apasionadamente en los labios.

Él intentó apartarse, pero ella tenía los dedos entrelazados detrás de su cabeza, la boca muy cerca y la espalda arqueada. Se frotaba contra él, pegándole el cuerpo de pies a cabeza en lo que parecía un acalorado abrazo.

Derreck consiguió soltarse y le dio un empujón, pero no antes de que la cirujana hubiera visto lo que Paula había venido a mostrarle.

Se abrió la puerta y entró Anne. Lucía pálida. Paula sonrió, relamiéndose lascivamente. Había conseguido, cuando menos, esta victoria. Durante un largo y delicioso instante, asimiló el intenso dolor que veía en los ojos de la cirujana. Lo absorbía como el esencial sustento tras décadas de hambruna.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Anne, sin dejar de mirar a Derreck, que se limpiaba la boca con la manga—. ¿Qué significa

esto, Derreck? —Su voz se había corrido hacia tonos más altos y temblaba un poco.

Paula se metió la mano al bolsillo, sacó la pistola y apuntó al pecho de Anne. Giró con cuidado para que no la vieran desde el pasillo.

—Siéntese, doctora Wiley.

Treinta y seis

A punta de pistola

Me siento… *destripada.*

Nunca pensé que fuera posible que tanto dolor me golpeara así, tan repentina e intensamente, y que yo, no obstante, pudiera seguir en pie, respirando.

Había algo en la forma en que esta mujer tocaba a mi marido —la forma en que su cuerpo se aparejaba con el de él, como si fueran viejos conocidos—. Sé que eso quedará grabado para siempre en mi mente. Él la apartó, sí, pero solo después de haber vacilado una fracción de segundo. Si Paula Fuselier no hubiera tocado nunca a mi marido, él la habría empujado con fuerza, la habría arrojado de espaldas contra la estantería hasta dejarla sin aliento. Ella no estaría sonriéndome con aire de conquistadora victoriosa, de saqueadora que asola mi vida.

«Mi Derreck no. No. Esto no puede estar pasando.»

La pistola en la mano de Paula Fuselier no me asusta tanto. Otras cosas sí, como perder el amor y la devoción de Derreck, nuestra vida juntos. Lo que éramos hasta esta mañana se ha ido para siempre y no volverá nunca, por más que yo intente olvidar, perdonar o hacer lo que esté en mis manos con tal de salvar lo que queda de nuestro amor.

Me duelen las rodillas y me cuesta mantenerme en pie. ¿Dónde está Madison? ¿Por qué tarda tanto? Bastaría una mirada suya a través de esa pared de cristal para saber que hay problemas. Llamaría a seguridad y esto terminaría en segundos.

Recuerdo que, hace algún tiempo, me preguntaba cómo sabe la gente que algo está sucediendo por última vez. Una cena tranquila. Hacer el amor. Saludar a un ser querido. No lo sabemos,

simplemente. No existen las premoniciones. Yo habría visto que esta pesadilla se aproximaba. Habría sentido la decisión de Melanie de suicidarse. Habría presentido algo. No me habría dejado llevar por la vida sin control, incapaz de cambiar de dirección, a la deriva y ahogándome en aguas infinitamente tormentosas.

Un pensamiento aterrador me produce escalofríos. Anoche tuve cierta sensación al ver ese vídeo. Tal vez había advertido algo antes, algo a lo que decidí no prestar atención. Cerré las puertas a mi sexto sentido, me negué a reconocer su valor. Es algo atávico, un vestigio de la sensación visceral que impedía a nuestros antepasados pisar serpientes o cruzarse en el camino de un puma. No hay pumas en Chicago, pero nuestros instintos no lo saben. Seguirán poniéndonos bajo advertencia de otras serpientes. Mientras les hagamos caso.

—Siéntese —dice Paula. Señala con la pistola la silla de mi despacho. Camino lentamente alrededor del escritorio, con las rodillas aún inestables.

Ya sentada, me siento un poco más segura, la silla soporta mi peso. Mis rodillas pueden estar todo lo enclenques que quieran, pero no importa. Lo único que sé es que no puedo permitirme ser débil, nunca más.

—¿Qué quiere, Paula? —La miro directamente y veo los ojos frenéticos y nerviosos de una persona emocionalmente perturbada. Como si hiciera falta confirmar el diagnóstico, como si la pistola apuntándome al pecho no fuera suficiente.

Pero no puedo mirar a Derreck. No me atrevo a verlo a los ojos, aunque noto que me no deja de mirarme.

Se acerca un paso a Paula y le toca el hombro, probablemente intentando desviar su atención de mí.

—Deberías saber que esta mañana he presentado una denuncia contra ti por acoso sexual. Me he reunido con tu jefe, Mitch Hobbs.

Estaba muy interesado en escuchar lo que he ido a decirle. Cualquier cosa que, según tú, estés investigando aquí, se ha terminado.

Ella entrecierra los ojos con rabia y le apunta con la pistola. Luego acorta la distancia entre los dos y presiona con el arma el pecho de mi esposo.

«Ay, no.» Contengo la respiración. Si apretara el gatillo ahora, la bala le atravesaría el corazón. Derreck estaría muerto antes de que su cuerpo llegara al suelo.

—Hijo de puta —susurra ella lentamente, palabra por palabra—. Voy a acabar contigo.

Agarrada del borde del escritorio, necesitada de apoyo, me pongo en pie y pregunto:

—¿Qué quiere? —Una inmensa tristeza me ahoga justo en ese momento, en el peor momento posible, y provoca que mi voz tiemble un poco.

Paula dirige su atención hacia mí, y también la mira del arma. La aleja del pecho de Derreck. Respiro.

—Está justo en sus narices y sigue sin verlo, ¿verdad? —Su voz está cargada de un odio tan inmenso que me eriza la piel. ¿Qué le he hecho yo a esta mujer?

Instintivamente, miro a Derreck. Está delante de mí. De todo lo que tengo enfrente, es lo único que aún me importa.

—No él —ríe la fiscala—. Ella. —Señala una de las fotos de Melanie, la que traje de casa hace poco. Miro a Paula con incredulidad, pero ella se acerca al escritorio y coge el marco.

—Quite las manos de la foto de mi hermana —digo en voz baja y amenazadora.

—¿*Su* hermana? —Ríe como una histérica y, con sus carcajadas, el cañón de la pistola se mueve hacia arriba y hacia abajo.— Solo he venido a quitarle algo, así como usted me lo quitó a mí. He esperado durante un año a que alguien muriera en su quirófano, a que usted

cometiera el más mínimo error, para poder ir a por lo que es suyo del mismo modo que usted me quitó lo que era mío. —Un silencio tenso.— ¡Melanie!

Me quedo con la boca abierta.

—¿Melanie? —Susurro, y un millón de preguntas se disparan con ese nombre.

—Durante veinticinco años he buscado a mi hermana, después de que usted viniera a arrebatármela. Veinticinco años. Lo único que yo tenía era el recuerdo de su cara, doctora, con sus rizos rubios, sus dientes blancos y su sonrisa despreocupada. No tenía nombres ni nada que pudiera ayudarme a encontrar a Melanie, solo la cara de usted. Estudié Derecho para convertirme en fiscala y poder desclasificar los expedientes de adopción. Pero no, ni siquiera como ayudante del fiscal, pude convencer al juez de que me dejara ver quién me la había quitado.

—¿Quién era Melanie para usted? —pregunto, aunque hay carámbanos en mi sangre que me dicen que ya sé la respuesta.

—¡Era *mi* hermana! *Mía,* no suya. No era suya. —Levanta la voz, pero oigo claros matices de dolor.— Ella era la única familia que me quedaba. ¡Maldita sea, Anne Wiley!

Una ráfaga de pensamientos se arremolina en mi cabeza. Me siento mareada y tengo náuseas. La mujer que me apunta con un arma es la hermana de Melanie. Su propia sangre. Por un instante, tengo ganas de abrazarla y estrecharla entre mis brazos, como si una parte de Melanie pudiera volver a mí después de tantos años.

Entonces me asalta un recuerdo atesorado, cuyo revuelto significado me hiela la sangre una vez más.

Recuerdo la carta que Melanie escribió a Papá Noel el primer año que pasó las Navidades con nosotros. Quería pasar tiempo con su hermana, cantarle canciones, cepillarle el pelo con su nuevo cepillo

enjoyado y dormir con ella la noche de Navidad. Y yo me emocioné. Me encantó pensar que su carta iba dirigida a mí.

Pero no era así.

Ella le pedía a Papá Noel que le dejara ver a su verdadera hermana una vez más.

Se me rompe el corazón al recordar a la pequeña Melanie, con tantas esperanzas en los ojos, dándome su carta para que yo la enviara. Yo quería creer que *me* quería tanto así. Ahora solo deseo que me hubiera dicho algo.

—Nunca me enteré de que Melanie tenía una hermana —susurro, luchando contra las lágrimas—. Nadie nos lo dijo. Solo nos dijeron que se escapaba de su casa de acogida y que otra chica la ayudaba.

Con una sonrisa ladeada y triste, que más bien parece una mueca, Paula pone la foto enmarcada delante de mí y, con la uña, da unos golpecitos en el cristal, junto a la cara de Melanie.

—Esa era yo. ¿Nota ahora el parecido? Lo tenía delante y nunca lo vio.

Vuelven a temblarme las rodillas y tengo que sentarme, despacio. No quiero soltar el escritorio hasta sentir la silla debajo de mí. Cojo la foto, me la acerco a los ojos y estudio cada pequeño detalle que conozco de memoria. En primer plano está Melanie, el día que la adoptamos, riendo y mirándonos fijamente. Al fondo, otros niños retozan y corren. Algunos están agachados en el suelo, jugando con la tierra. Pero hay una niña de unos doce años que nos mira, a Melanie y a nosotros, desde cerca del tronco de un árbol. Tiene en la cara algunos mechones sueltos de pelo largo y castaño y sus labios carnosos hacen pucheros. Hay una inmensa tristeza en la expresión de su rostro. Yo ya había notado esa tristeza y la había relegado. Pensaba que se debía a que esa niña no había sido adoptada, mientras Melanie sí.

Y tenía razón, pero, al mismo tiempo, estaba muy equivocada.

La mujer que tengo delante tiene los labios de aquella chica, aunque ahora son un poco más finos y están cubiertos de un tinte rosa brillante. Su pelo tiene el mismo tono castaño, y aún lo lleva largo, pero peinado con un estilo elegante y profesional. Y sus ojos, del mismo tono que los de Melanie, están teñidos de tristeza e inundados de rabia.

—Veinticinco años de buscarla, de hacer preguntas, de patear pavimentos por todas partes para poder volver a ver a mi hermana. —La voz es fría ahora; de hecho, la amargura se ha ido, aunque la rabia sigue ahí.— Entonces, un día, en un atasco de la interestatal, junto al West Loop, la veo a usted, sonriendo con esos dientes tan perfectos, hablándome de la vida desde una valla publicitaria gigantesca. Se ríe amargamente.— Estuve a punto de chocar con un camión por intentar distinguir su nombre desde esa distancia, doctora Anne Wiley.

Mi corazón se estruja por ella, aunque ha hecho de mi vida un infierno.

—No tenía ni idea…

—Cállese la boca —escupe, y hace un gesto amenazador con la pistola—. ¿Cree que me importa algo de lo que tenga que decir? —Retrocedo consternada.— ¡Primero se llevó a mi Melanie y luego la mató!

La miro con los ojos desorbitados. Derreck no se mueve de su sitio y se frota la frente con fuerza, como si quisiera alisarse el entrecejo. Le hago una señal para que guarde las distancias.

—Nosotros no…

—Usted no tenía ni idea de por lo que yo estaba pasando —grita. Se inclina sobre el escritorio hasta quedar a centímetros de mi cara. Siento su aliento caliente en mi piel. Retrocedo por instinto, pero eso la enfurece más.— Veinticinco años buscando, y por fin la he encontrado —dice—: su dirección, su hospital, todo lo que había que

saber sobre su vida minúscula y perfecta. Luego hice una búsqueda documental de su dirección y apellido, solo para toparme con el certificado de defunción de Melanie. —La rabia inunda su rostro en oleadas. Son dolores no resueltos, amargura, angustia.— ¿Se lo imagina? —pregunta, mirándome fijamente, con los ojos llenos de lágrimas—. Le había comprado un osito de felpa igual al que usted no la dejó coger cuando me la robó. —Sus labios tiemblan con sollozos ahogados.— Cinco años, eso es lo que duró con usted. —Se levanta y se endereza, con tal de recuperar un poco de autocontrol y calma; pero no hay nada de eso.— Ese día juré que le arrancaría todo lo que tiene en la vida y que, una vez que usted hubiera perdido hasta la última cosa, la aplastaría con mis propias manos.

Cada palabra es una daga que me atraviesa el corazón. Todo lo que yo creía saber sobre Melanie estaba equivocado. Mis padres nunca las habrían separado; se habrían quedado con las dos, y a mí me habría encantado tener una segunda hermana. De haberlo sabido.

Recordar los gritos desesperados de Melanie cuando la metían en el coche familiar, antes de salir del orfanato, me desgarra el corazón, y ahora entiendo por qué. Sus repentinos ataques de tristeza; sobre todo, en sus dos o tres primeros años con nosotros; la forma en que a veces miraba por la ventana… Todo pinta un cuadro diferente ahora que sé lo de Paula.

Esta mujer debería estar satisfecha: me ha quitado casi todo, las cosas que más quería: primero, a Derreck, y ahora, a Melanie. El recuerdo de mi hermana se refunde bajo la sombra descolorida del «qué habría pasado si» y del «quién lo habría sabido».

—De verdad que usted no tenía ni idea —se burla Paula. Probablemente lee el dolor en mi cara—. ¿Cómo puede ser tan ignorante? —Me mira como si yo no valiera nada, como si fuera una

basura en su camino.— Pero eso no importa. Usted la mató, de todos modos, supiera o no que Melanie tenía una hermana.

La miro con tristeza.

—Hicimos todo lo posible por que fuera feliz. Tuvo terapia, todas sus necesidades cubiertas, una buena escuela…

—¡Usted no entendía por lo que ella estaba pasando! —grita, y golpea el escritorio con el puño—. ¿Cómo iba a saberlo? No le ha ocurrido a usted, no podría entenderlo. Pero yo sí. Yo podía haber estado a su lado, haberla ayudado a superarlo.

Sus palabras se agitan en mi mente, siembran dudas y culpas, más de las que ya cargaba. ¿Tendrá razón? Si no la hubiéramos adoptado, ¿Paula habría entendido los conflictos de Melanie mejor que yo?

En cualquier caso, tiene derecho a saberlo.

—Lo sabíamos —digo en voz baja—. Nos enteramos de los abusos en su primera noche en casa.

La mano derecha de Paula, que aún sujeta la pistola, baja unos centímetros.

—¿Lo sabía? —Un sollozo encoge su cuerpo. Ella respira para sobreponerse y, entonces, su rabia vuelve.— No me importa, como tampoco me importa su estúpido paciente. Pero usted va a pagar por la muerte de Melanie. La mano que sujeta la pistola vuelve a apuntar a mi pecho, firme y segura.

—Por favor, baje el arma y acabemos con esto —susurro—. Usted y yo la queríamos mucho. Me encantaría…

—Ni se le ocurra pensar que usted y yo tenemos algo en común. Desprecio todo lo suyo, hasta lo que respira. Abomino el aire que la mantiene viva.

—… mostrarle fotos de ella conforme iba creciendo —continúo sin inmutarme. En algún lugar, bajo esta superficie endurecida por años de ira y dolor, está la dulce Melanie de carne y hueso. Yo nunca

podría odiarla ni tenerle rencor ni desearle nada malo—. También hay vídeos.

—¿Cree que eso me importa? ¿Cree que usted y yo podemos salir de aquí convertidas en mejores amigas? —Su tono elevado y mordaz llama la atención de un transeúnte en el pasillo. Él nos mira, pero no aminora el paso.— He prometido que arrancaría de su vida todo lo importante, y va en serio. Este lastimoso imbécil —con desprecio, mueve la cabeza y señala a Derreck— era solo el principio.

—Un momento —dice Derreck, sin prestar atención al arma.

Lo miro fijamente, instándolo a que no interfiera. Quizá aún pueda llegar hasta ella.

—Su Derreck era un blanco fácil —añade Paula, y yo quisiera que dejara de hablar—. Lleva siete meses acostándose conmigo, justo a partir de la recaudación de fondos que usted organizó para el hospital. —Mira mi boca abierta y se ríe.— Sí, yo estuve allí, observando, viendo quién le importaba, haciendo una lista. Una lista negra.

—Maldita zorra —dice Derreck, y avanza hacia ella, pero Paula le apunta con la pistola y él se queda inmóvil.

¡Siete meses! La habitación gira conmigo, cada vez más rápido.

—¿Cómo se siente ahora, doctora Wiley? —Ríe como una maníaca—. ¿Tendré que llamar a un médico? ¿Está a punto de sufrir un infarto? Qué fácil sería, ¿eh? Mi trabajo terminaría aquí y Derreck y yo podríamos volver a nuestra suite favorita del LondonHouse para echar un polvo y tomar una copa con aperitivos.

—Por favor, no más —pido. Tiro del cuello de mi blusa, como si me estrangulara.

—Y lo más gracioso es que usted ha pagado todas esas habitaciones de hotel, ¿no? Él estaba en la ruina cuando la conoció, era un aspirante sin carácter ni agallas, licenciado en Derecho y

hundido hasta el cuello en préstamos estudiantiles. Pero usted…, usted está forrada, puede pagar la factura de sus aspiraciones profesionales. *Claro* que él la quiere. —Se ríe de nuevo mientras yo me muero por dentro, centímetro a centímetro.— Les deseo toda la felicidad del mundo.

Me agacho. Siento la necesidad de acurrucarme.

—Ah, pero, espere. Eso no va a suceder —dice, guiñándole un ojo a Derreck—. Este es su último día en esta tierra, doctora Wiley.

El cuerpo de Derreck se tensa como si estuviera a punto de abalanzarse. Lo miro suplicante y él deja caer un poco los hombros.

Con las últimas fuerzas que puedo reunir, dedico a Paula una mirada comprensiva.

—Amábamos a la misma chica, con todo nuestro corazón. No debería odiarme por amar a su hermana.

—¿Por qué? —pregunta ella, e inclina la cabeza hacia un lado.

—Porque Melanie me quería mucho. Puedo demostrárselo. —Mi comentario sacude a Derreck. Él se da una palmada en la frente y golpea la alfombra con el pie.

—Cierre el pico —grita Paula, pero su voz está empapada de lágrimas. Aparentemente molesta por su propia debilidad, quita de un manotazo todo lo que hay encima del escritorio. Las fotos de Melanie caen al suelo con un ruido de cristales rotos. La piña que me regaló cuando cumplí catorce años rueda hasta detenerse a los pies de Derreck.

Y la carpeta roja de Caleb Donaghy se abre, vuela y esparce su contenido por todo el suelo.

Estoy muy cerca de llegar a ella, a pesar de la mirada de reproche de Derreck. Pero los siete meses que mi esposo lleva engañándome le han quitado el derecho a aprobar o desaprobar cualquier cosa.

Estoy a punto de suplicar de nuevo cuando me doy cuenta de la

actitud de Paula. Su rostro se ha vuelto pálido, sus manos tiemblan, la pistola le parece demasiado pesada para sostenerla. Sigo la dirección de su mirada de horror y encuentro la foto de Caleb Donaghy, la que tomé en la morgue.

No lo entiendo, o quizá sí, pero no me cuadra.

—¿Quién es? —pregunta en un susurro apenas audible.

—¿Cómo se le ocurre preguntar quién es? Es el paciente que usted me ha estado acusando de haber asesinado.

—¿*Este* es Caleb Donaghy? —Se agacha y recoge torpemente la carpeta y los papeles desperdigados, todavía con la pistola en la mano.— Solo había visto la foto de su carné de conducir —susurra, más para sí misma que para mí—, con un tupé malo, barba y gafas. No tenía ni idea…

Me levanto y me acerco a ella. Tiendo la mano para coger la carpeta.

—Este es el hombre que murió en mi mesa de operaciones —le digo, suavemente—. Creía que usted lo sabía.

Cuando me mira, ya no la reconozco; pero veo un poco de Melanie en ella: esa mirada inquietante que tenía cuando descubrió a Donaghy en aquel banco del parque.

Por fin entiendo todo.

Melanie no era la única víctima del hombre que yacía en la morgue del hospital. Solo una de tantas.

—Siento mucho que haya tenido que soportar semejante calvario —susurro, con suavidad—. Melanie y usted eran demasiado jóvenes, demasiado vulnerables en manos de ese…

—Cállese la boca —me suelta, pero su voz ya no es tan fría ni cortante como antes. Lleva la foto de Caleb a la trituradora de papel que hay junto a la pared. El zumbido dura un segundo y la foto desaparece—. Me alegro de que esté muerto.

Doy un gran salto de fe.

—Yo también. Por Melanie. —Un tenso silencio.— Y por usted.

Da un paso atrás y desvía la vista. Luego mira a Derreck. La rabia en sus ojos va y viene mientras ella arrostra su batalla interior.

—Mi hermana está muerta y alguien debe pagar por ello. Pensé que ese alguien debería ser usted, la mocosa rica y malcriada que me arrebató a Melanie. —Su cabeza gira hacia Derreck en un tirón, pero sus ojos siguen fijos en mí.— Él me abrió la puerta, me ha facilitado la tarea de empezar a destrozarle la vida.

—¿Quieres decir que yo era solo un peón en tu plan de venganza? —grita Derreck, y va a por la pistola. Ella se aparta, no tiene adónde ir: está de espaldas al escritorio.

—Derreck —grito. Contemplo el forcejeo con los ojos abiertos por el horror. En urgencias, he visto demasiadas veces los resultados de peleas por armas cargadas—. ¡No! Aléjate de ella.

No escucha.

—Me has utilizado —gruñe. Tira de la pistola con ambas manos. Ella no aprieta el gatillo, solo se resiste. Él es mucho más fuerte y está furioso. Finalmente, agarra a Paula por la muñeca, se la retuerce, pero la pistola se dispara y Derreck pega un alarido.

—¡Derreck! —vuelvo a gritar. Quiero correr a su lado, solo que él sigue en pie, luchando aún por esa pistola. Agarra la muñeca de Paula con una mano, la vuelve contra ella y la aprieta contra su pecho.

Chillo cuando el arma se dispara de nuevo. En ese momento, irrumpen los policías. Apuntan hacia Derreck con las armas desenfundadas.

Paula yace a sus pies. Tiene una extraña expresión en los ojos. La herida de su pecho sangra profusamente.

—Suelte el arma, señor —ordena uno de los policías. Va vestido con un pesado equipo SWAT que traquetea con cada movimiento—. Suéltela ahora o disparo.

Derreck se agacha y deja la pistola en el suelo. Luego levanta las manos. Sangra por el bajo vientre, del lado izquierdo. Su frente está pálida y cubierta de sudor.

Madison irrumpe y dice:

—Tengo equipos de Urgencias en camino. Siento haber tardado tanto.

Me arrodillo junto a Paula y le tomo el pulso. Lo siento, pero es débil y filiforme. Está perdiendo mucha sangre, a punto de entrar en shock. No tiene ni cinco segundos que perder.

Uno de los policías sujeta a Derreck por el brazo con un poco de brusquedad. Lo obliga a levantarse. Derreck intenta zafarse, pero el policía lo agarra con fuerza.

—¡Oye, no puedes hacerme esto! ¿No sabes quién soy?

No creo que el policía sepa quién es Derreck.

Yo llevo catorce años casada con él y tampoco lo sé.

Treinta y siete

Celebración

Hace unas horas, Paula se recuperaba en la UCI. Dormía esposada a la barandilla de la cama, conmigo a su lado. La habitación estaba tranquila y las persianas verticales mantenían a raya la luz del sol. Solo el débil pitido de los monitores acompañaba mis pensamientos.

Me senté a su lado, todavía con el traje quirúrgico puesto, y estuve con ella un par de horas después de que la sacaran del quirófano. No he sido yo quien la operó, sino el doctor Seldon, por respeto a la norma de no operar nunca a personas que conocemos personalmente.

Se recuperará por completo. La bala tocó su pericardio y terminó alojada en una costilla, pero no dañó la columna vertebral. El doctor Seldon logró recuperar el proyectil y suturó bien las heridas. De todos los lugares para recibir un disparo, el mejor es, probablemente, un hospital con un centro de traumatología de nivel uno. Estuve presente durante la operación, completamente higienizada, pero, por firme petición del doctor Seldon, no toqué nada.

Y no quería… Solo me interesaba estar ahí para ella, y el doctor Seldon ha sido muy amable al permitirme asistir. Sé que es lo que Melanie habría querido. Estuve con Paula todo el tiempo, desde que cayó al suelo en mi despacho: durante el taponamiento cardíaco que le hicieron en urgencias, mientras se preparaba el quirófano y hasta la operación. Además, durante un par de las horas de su recuperación en la unidad de cuidados intensivos.

Mientras dormía, en un momento en que se movió, me levanté y la cogí de la mano con un suave apretón.

—Lamento mucho haberte quitado a tu hermana —susurré,

aunque Paula seguía inconsciente—, pero no que entrara en nuestras vidas.

Comprobé sus constantes vitales una vez más y me marché.

No quería estar allí en el momento en que despertara. Temía que mi presencia fuera un factor de estrés que ella no necesitaba. Pero no se sabe qué deparará el futuro. Contra toda lógica y sentido común, mi esperanza es que haya alguna forma en que ella y yo podamos seguir en contacto. Me gusta creer que soy una buena persona, alguien que no guarda rencor e intenta comprender lo que el trauma y la pérdida pueden hacerle a otro. Quiero verme como alguien que puede perdonar.

Al salir de su habitación, busqué en mi alma y no encontré nada. No sé si podré ser esa mejor persona cuando todo esté dicho y hecho. Pensar en ella en los brazos de Derreck es insoportable. No sé si alguna vez podré superarlo.

Paula se enfrenta a tortuosos cargos por lo que ha hecho.

Cuando regresé a mi despacho, el policía que seguía ahí mencionó el intento de asesinato. Al ver lo angustiada que esas acusaciones me hicieron sentir, pareció confundido. Una mirada dilatada y un leve ladeo de su cabeza me dijeron lo que el hombre pensaba: que yo debía de estar un poco loca. Pero luego se mostró amable conmigo y, cuando por fin me fallaron las piernas, me ayudó a sentarme en una silla. Madison lo sustituyó y lo sacó de allí como a un colegial.

Paula podría ser condenada a cadena perpetua. Le he preguntado al abogado del hospital y él me ha explicado cosas que solo entendí parcialmente. Me ha dicho que la premeditación y el disparo de un arma de fuego durante la comisión de un delito grave de clase X podrían significar decenios adicionales en la cárcel.

Mientras me sentaba al lado de Paula para buscar en su pálido rostro los rasgos de Melanie, me juré a mí misma que echaría mano

de mis mejores habilidades para luchar contra cualquier acusación que le hicieran.

Tendrá el mejor abogado que se pueda pagar y médicos expertos que hablarán de los efectos duraderos de los abusos sexuales en la infancia. Testificaré a su favor, no en su contra, y el fiscal, que tendrá otras expectativas, se llevará una desagradable sorpresa.

Ya ha padecido bastante.

Por desgracia, ahora me ha tocado a mí. Mi vida ha dado un vuelco devastador. Si bien Derreck ha sufrido una herida física superficial, lo que teníamos juntos se ha acabado, abrasado hasta los cimientos.

Conduzco a casa en un estado de estupor interminable. «Es miércoles, y mamá no está en casa los miércoles por la tarde.» Esto me hace sentir extrañamente agradecida, puesto que necesito mucho tiempo para mí misma, para pensar, para llorar, para procesar todo lo que ha sucedido hoy.

Pero, primero, hay algo que tengo que hacer.

Nada más entrar en casa, subo las escaleras y me detengo ante la puerta de Melanie. Cierro los ojos, apoyo la frente en la madera y dejo que mi mente divague. Al cabo de unos instantes, el leve sonido de su risa invade mis pensamientos. Es un grato y preciado recuerdo de nuestra vida en común. Con ese sonido fresco en mi cabeza, agarro el pomo y lo giro.

La puerta se abre y me encuentro en el antiguo dormitorio de Melanie. Los muebles están cubiertos de sábanas, pero todo sigue tal como estaba. El suelo está limpio; la alfombra, aspirada hace poco. Mamá debió de guardarlo así, sin mencionármelo, sin decirme ni una palabra al respecto, a la espera de que yo estuviera lista.

No tengo nada que hacer aquí. Melanie vive para siempre en mi corazón. Ella se fue de este lugar hace veintidós años.

Antes de salir, hay una cosa que tengo que hacer. Me acerco al

ventanal y abro las cortinas de par en par para que entre el sol. Las partículas de polvo se arremolinan y bailan bajo los rayos, entre recuerdos de una falda circular azul y una blusa blanca con volantes.

Abajo, en el dormitorio de invitados, el olor de la colonia de Derreck me golpea con fuerza. Me detengo y me quedo mirando fijamente el armario abierto.

Sé lo que tengo que hacer. Solo que no sé si podré.

Él aún no está en casa. Después de que en el hospital le cosieran la herida superficial, se lo llevaron a la comisaría para que declarara. No tendrá que enfrentar acusaciones; su alegato de legítima defensa es sólido. La última vez que me envió un mensaje, estaba esperando a su abogado.

No le contesté. No quiero contestarle nunca más.

Solo quiero que se vaya, que se largue de mi vida para siempre.

Uno podría sostener, por un segundo, que ha sido víctima del plan de venganza de Paula. Tal vez sea cierto, pero nadie lo ha obligado a engañarme. Pudo haber dicho que no. No lo hizo. Eso, para mí, es una ofensa de las que cambian la vida.

Tras siete meses de infidelidades, no hay vuelta atrás.

Mientras saco una maleta, la pongo sobre la cama y abro la cremallera, me doy cuenta de que mi instinto me había hablado de esta aventura hace mucho tiempo, cuando me percaté de que Derreck llegaba a casa oliendo a fresco tras una jornada de doce horas. Volvía a casa después de acostarse con ella. Si olía a fresco era porque se duchaba en los hoteles.

Misterio resuelto.

Ahora tengo que averiguar cuál es la mejor manera de desatar nuestras vidas. Un escalofrío me recorre la espalda al recordar las palabras despectivas que Paula dijo de mi marido. ¿Y si fueran ciertas? ¿Y si no se dejara echar de casa pocos meses antes de ser elegido alcalde? Tiene mucho que perder.

Suelto un suspiro de dolor y me siento en la cama junto a la maleta vacía.

Dinero. Esa suele ser la respuesta. Para que se vaya, le ofreceré dinero, así como mantener todo en silencio hasta después de las elecciones. Entonces me divorciaré y me aseguraré de que no saque mucho provecho del asunto. Gracias a Paula, podré probar su infidelidad. Sé que tendré que buscar hoteles elegantes a orillas del río en los extractos de su tarjeta de crédito.

Se abre la puerta de la lavandería y el sonido me lleva al salón. Tenía la esperanza de que mamá hubiera llegado temprano, pero es Derreck.

Me quedo patitiesa. Lo miro como si fuera un fantasma.

Sonríe. Despliega a todo trapo su encantadora sonrisa, me da una docena de rosas rojas de tallo largo y posa un beso en mis labios petrificados. Cojo las rosas. Con un sonido chirriante, el celofán cruje en el tenso silencio de nuestra casa, pero no puedo moverme. Debería llevar las flores a la isla de la cocina y ponerlas en un jarrón. Debería gritar pidiendo ayuda. Debería pedirle que se vaya.

En sus ojos hay algo que nunca había visto: una fría determinación. El núcleo de acero que siempre he admirado brilla ahora enviando ondas de miedo por todo mi cuerpo. Lo miro fijamente y me doy cuenta de lo fuerte que me hablan las tripas.

Solo que, esta vez, sí las estoy escuchando.

—Oye —dice. Tira del nudo de la corbata hasta aflojarla lo suficiente como para pasársela por la cabeza—, sé lo disgustada que debes de estar. —Deja caer la corbata sobre el respaldo de una silla y se quita la chaqueta con una mueca de dolor. Su camisa tiene un agujero ensangrentado, pero alcanzo a distinguir un vendaje limpio debajo. Él se quita la camisa, la hace una bola y la tira a la basura.— La gente comete errores, Anne. —Me quita las rosas, las deja sobre

la encimera y me pone las manos en los hombros. Me estremezco.— La gente hace cosas que no puede explicar. Otras veces, hace cosas por las que prefiere no tener que rendir cuentas. —Me habla con suavidad, pero no me engaña. Mi instinto me está gritando.— Ahí tienes el caso de tu paciente, por ejemplo. ¿Cómo se llamaba? ¿Caleb Donaghy?

Ahí está ese nombre, esa espada de Damocles que cuelga sobre mi cabeza, que me atenaza como su rehén. Derreck no va a aceptar que un golpe mío acabe con su carrera. He sido una tonta al imaginarlo.

Mientras recuerdo todo lo que le he contado sobre Caleb Donaghy, siento fragmentos de hielo recorrer mi columna vertebral. Ahora ya no importa si lo que lo mató fue mi decisión de adelantar la declaración de su muerte. Yo nunca le diría a nadie quién ha sido la responsable. Y hoy, Derreck sabe más cosas aún, gracias a lo que yo he dicho sobre Melanie, gracias a Paula y a su reacción al ver la foto de Donaghy. Acabo de darle a mi marido abogado pruebas de que yo tenía motivos para matar a Caleb Donaghy.

—No sé si podré perdonarte, Derreck —le digo, a sabiendas de que probablemente estoy perdiendo el tiempo. Él se quita los zapatos y, con un gemido de satisfacción, se sienta en el sofá. No va a ir a ninguna parte—. Me quiero divorciar.

No se inmuta.

—Hay algo que tiene el perdón —dice—, y es que se puede aprender a perdonar. El tiempo cura todas las heridas, incluido el dolor devastador que debes de estar sintiendo ahora mismo. El tiempo borra los recuerdos de la gente, sobre todo si se trata de gente que realmente quiere olvidar. Y yo quiero. —Me mira directamente a los ojos hasta que me escabullo bajando la mirada. El ofrecimiento ha llegado alto y claro.

—¿Qué te gustaría hacer, entonces? —pregunto. Lo miro de

nuevo con toda mi osadía. Tampoco voy a quedarme de brazos cruzados.

Él se levanta de un salto, hace una pequeña mueca de dolor y se toca el costado, donde lo ha rozado la bala.

—¿Qué te parece si celebramos un poco? —Se dirige a la nevera y saca una botella de vino, una de las más caras. La descorcha y llena dos copas mientras yo me quedo mirando con incredulidad. Luego me da una copa y levanta la suya.— Por nosotros, querida esposa; por ti y por mí, juntos para siempre.

Levanto mi copa y la choco contra la suya. Tengo náuseas y siento que me desmayo.

Él sonríe y me guiña un ojo.

—Y por Caleb Donaghy.

Mientras lo veo beber, una sonrisa se dibuja en mis labios. Mi querido marido cree que se ha salido con la suya.

Pero lo mismo creyó Caleb Donaghy hasta que aterrizó en el estante 6 de la morgue, en el sótano del hospital.

Nada es para siempre.

Carta de Leslie

Muchas gracias por haber leído *La cirujana.* Si te ha gustado y quieres estar al día de mis últimas publicaciones, suscríbete en el enlace que aparece enseguida. Nunca compartiré tu dirección de correo electrónico, además de que podrás darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/leslie-wolfe

Cada vez que escribo un nuevo libro, pienso en ti, lector: en qué te gustaría leer a continuación, cómo te gustaría pasar el tiempo libre, qué es lo que más aprecias del tiempo que pasas acompañado de mis personajes, experimentando indirectamente los lances que les planteo. Por eso me encantaría conocer tu opinión. ¿Te ha gustado *La cirujana*? ¿Te gustaría ver otras historias por el estilo? Tus comentarios son muy valiosos para mí y te agradeceré que me cuentes lo que piensas. Ponte en contacto conmigo directamente a través de uno de los canales que aparecen más abajo. El correo electrónico es lo que mejor funciona: LW@WolfeNovels.com. Te prometo que recibirás una respuesta mía y que nunca compartiré tu dirección con nadie.

Si mi libro te ha gustado y no es mucho pedir, dedica un momento, por favor, a escribirme una reseña y, tal vez, a recomendar *La cirujana* a otros lectores. Las reseñas y las recomendaciones personales ayudan a los lectores a descubrir nuevos títulos y nuevos autores. Gracias por tu apoyo. Espero seguir entreteniéndote con mi próxima historia. ¡Hasta pronto!

Con mi gratitud,

Leslie

www.LeslieWolfe.com
facebook.com/wolfenovels
amazon.com/stores/author/B00KR1QZ0G
bookbub.com/autores/leslie-wolfe

Agradecimientos

Mi agradecimiento especial y sincero va al fantástico equipo editorial de Bookouture. Es un placer trabajar con ellos. Su entusiasmo es contagioso, y su dedicación, inspiradora.

Tengo un agradecimiento muy especial a Ruth Tross y Christina Demosthenous, que hacen del proceso de edición una experiencia agradable. En el intercambio de ideas, son las mejores compañeras que un autor puede desear.

Gracias especiales a Kim Nash y Noelle Holten por promocionar incansablemente mis libros en todos los canales. Alba Proko es la maravillosa encargada de audio que convierte mis historias escritas en grabaciones audibles, quien cuida las producciones durante todo el proceso y hace que me sienta orgullosa de todas y cada una de ellas. Su trabajo con mis historias es, por decir lo menos, inspirador.

Un gran aplauso para el equipo de mercadeo digital, quienes trabajan sin descanso para garantizar que el lanzamiento de cada nuevo libro sea mejor que el anterior. Sois sencillamente increíbles.

Agradezco sinceramente a Richard King sus entusiastas esfuerzos por llevar mi obra, en versiones traducidas, a otros mercados; y algún día, quizá, a la pantalla. Gracias de corazón por todo lo que haces y por tu gran interés en mi trabajo. Te lo agradezco mucho.